

PISTOLEROS

Paula Castiglioni





Doctor en Educación
Alfredo Barrera Baca
Rector

Maestro en Estudios Urbanos y Regionales
Marco Antonio Luna Pichardo
Secretario de Docencia

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Secretario de Investigación y Estudios Avanzados

Doctor en Humanidades
Juvenal Vargas Muñoz
Secretario de Rectoría

Doctor en Artes
José Edgar Miranda Ortiz
Secretario de Difusión Cultural

Doctora en Educación
Sandra Chávez Marín
Secretaria de Extensión y Vinculación

Doctor en Educación
Octavio Crisóforo Bernal Ramos
Secretario de Finanzas

Maestro en Diseño
Juan Miguel Reyes Viurquez
Secretario de Administración

Doctor en Ciencias Computacionales
José Raymundo Marcial Romero
Secretario de Planeación y Desarrollo Institucional

Maestra en Lingüística Aplicada
María del Pilar Ampudia García
Secretaria de Cooperación Internacional

Doctora en Diseño
Monica Marina Mondragón Ixtlahuac
Secretaria de Cultura Física y Deporte

Doctor en Ciencias Sociales
Luis Raúl Ortiz Ramírez
Abogado General

Maestro en Economía
Javier González Martínez
Secretario Técnico de la Rectoría

Maestro en Promoción y Desarrollo Cultural
Gastón Pedraza Muñoz
Director General de Comunicación Universitaria

Maestra en Administración Pública
Guadalupe Ofelia Santamaría González
*Directora General de Centros Universitarios
y Unidades Académicas Profesionales*

Maestro en Derecho Fiscal
Jorge Rogelio Zenteno Domínguez
Encargado del Despacho de la Contraloría Universitaria

Pistoleros

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctor en Educación
Alfredo Barrera Baca
Rector

Doctor en Artes
José Edgar Miranda Ortiz
Secretario de Difusión Cultural

Doctor en Administración
Jorge E. Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

17° Premio Internacional de Narrativa
“Ignacio Manuel Altamirano” 2020

Jurado

Emilio Gerardo de la Torre Morales, México
José Luis Mauricio Carrera Guerrero, México
Rodolfo Daniel Santullo Barrio, Uruguay

Paula Castiglioni

PISTOLEROS



Universidad Autónoma del Estado de México

“2020, Año del 25 Aniversario de los Estudios de Doctorado en la UAEM”

.PQ
7798.13
.A77
P57
2020

Castiglioni, Paula, 1984-
Pistoleros / Paula Castiglioni -- [1ª ed -- Toluca, Estado de México : Universidad Autónoma
del Estado de México, 2020.]
[328 p.]

ISBN: 978-607-633-213-9

Primera edición, septiembre 2020

Pistoleros

Paula Castiglioni

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: (52) 722 277 3835 y 36

<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-213-9

Hecho en México

Editor responsable: Jorge E. Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras

Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis

Corrección de estilo: Lucina Ayala López

y Eva Gabriela Gómez Velázquez

Diseño: Eva Laura Rojas Almazán

Diseño de portada: Luis Maldonado Barraza.



PRESENTACIÓN

El Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano” consolida el carácter nuestroamericano de las obras que prestigia al ser otorgado este año, en su décimo séptima edición, a la novela *Pistoleros*, de la narradora argentina Paula Castiglioni, quien con su escritura ágil, precisa y colorida nos cuenta la historia de una víctima de la trata de personas que, una vez liberada de la esclavitud sexual, logra colocarse como pareja sentimental de un sofisticado narcotraficante de la capital argentina, ingresando de este modo a una jaula patinada de oropel.

Castiglioni comparte la vocación periodística y literaria con Altamirano —autor de *El Zarco* y fundador del semanario cultural *El Renacimiento*, publicación que duró un año escaso (1869), pero cuya influencia se dejó sentir durante las siguientes décadas del siglo XIX—. Deseo sinceramente que esta coincidencia sea un buen augurio para que *Pistoleros* conquiste el gusto de los lectores hispanohablantes y la atención de la crítica durante los próximos años, pues la capacidad narrativa de Castiglioni, su conocimiento del lenguaje porteño y la lamentable vigencia de sus personajes convierten su novela,

desde hoy, en un claro referente de la tradición realista en la literatura argentina e hispanoamericana.

La Universidad Autónoma del Estado de México se congratula de que, gracias al Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano”, la comunidad uaemita tenga un acceso privilegiado al diálogo polifónico entre escritores y lectores de toda nuestra América, tanto en soporte impreso como electrónico, privilegio que fortalece la vocación universal de nuestra alma máter, siempre orientada a formar ciudadanos universales y profesionistas competentes.

PATRIA, CIENCIA Y TRABAJO

Doctor en Educación

ALFREDO BARRERA BACA

Rector

UNIVERSO CASTIGLIONI

Cada primera novela es una invitación: aquí comienza un universo. Cada primera novela es la entrada a un mundo literario que solo podrá crear ese escritor que ha decidido compartir su obra. Compartirla y compartirse. Una obra que ha nacido y que al mismo tiempo sigue gestándose. Acaso lo primero que conoceremos de ella es el corazón, y pronto querremos también saber cómo es el resto de su cuerpo. Un corazón que late como un universo habitado por nuevas formas de vida. Sorprendentes formas de vida que respiran, sobreviven, se aniquilan y renacen en otros cuerpos. Formas llenas de violencia y de ternura. *Pistoleros* es esa furia que respira en un tibio corazón.

Con esta primera novela potente, rabiosa, ágil, Paula Castiglioni demuestra que el universo que trae en el revólver es puro fuego: mujeres somnolientas que despiertan a la vida, hombres que se lanzan al abismo, historias que son cercanas por lo verosímil de nuestra realidad latinoamericana y que son humanas por lo íntimo de nuestras pasiones. No hay tregua en este universo, no hay una sola fuerza que no sea desatada. Las cajas de Pandora se abren al sonido del gatillo. Así, una historia

de tantas, una chiquilla como cualquiera que cae en las garras de la desgracia es, sin saberlo, la tejedora de una complicada trama de poder, codicia, lujuria y muerte. Una chiquilla que, a pesar de haber vivido en el infierno, sigue creyendo en cuentos de hadas y en la pureza de su alma a través del arte. Un personaje que ha sido envilecido y a la vez es inocente, ¿podrá pasar a través de las balas y vivir para contarlo? ¿Podrá generar alguna emoción en el otro? ¿Podrá destilar miel y a la vez un terrible ajeno? Sí, porque los personajes de *Pistoleros* han venido a poblar un complejo mundo frenético de deseo y de renuncia. Anita es el hilo conductor, esa muchachita que toma al lector de la mano y como un guía le dice: “Este es mi camino, este es mi cuerpo. Lo que era antes y lo que queda, y ahora vas a saber cuál es mi historia”. En un contexto de prostitución y narcotráfico, *Pistoleros* toma como punto de partida las anécdotas de un cártel, y las usa como pretexto para mostrar la verdadera historia: el fuego que habita en los personajes.

Esta es una primera novela de muchas que vendrán porque tiene que seguir gestándose este mundo alterno. Después de esta primera entrega, no autorizamos a Paula Castiglioni a que abandone el oficio. Le tendremos paciencia, pero nos debe muchas novelas más. Por lo pronto, *Pistoleros* es un disparo que no dejará a ningún lector entero.

Orfa Alarcón

*It's still the same old story,
a fight for love and glory,
a case of do or die.
The world will always welcome lovers
as time goes by.*

As time goes by, de HERMAN HUPFELD

A Pablo Sacchi, mi todo

Agradecimientos

Pablo Sacchi, por aguantarme, incentivar-me, corregir diálogos y regalarme apodos.

Laura Estévez Lago, por acompañarme siempre e insistirme en las estructuras.

Enzo Maqueira, por enseñarme y guiarme en un terreno desconocido.

Hernán Gersberg, gurú y cerebro tras las operaciones de la banda de la Barbie.

Orfa Alarcón, por ser tan generosa y darme ánimos.

Débora Schwartz, por asesorarme en guaraní y regalarme los nombres de Jano y Dante.

Daniela González, por asesorarme en portugués y estar siempre para mí.

Giselle Krüger, por leerme y pegarme cada vez que lloriqueaba de ansiedad.

Rolando Graña, por corregir mis primeros cuentos y enseñarme desde periodismo hasta creer en mí.

Lucila Callejón, por sus consejos y los apuntes de policial negro.

Rocío Ferraro, mujer fuerte y bella, bisagra en mi búsqueda de maestros.

*Al profe Esteban Giménez, la RAE con patas, mejor que el
Diccionario panhispánico de dudas.*

*Al jurado: Emilio Gerardo de la Torre Morales, José Luis Mauricio
Carrera Guerrero y Rodolfo Daniel Santullo Barrio. Me hicieron
muy, muy, muy feliz.*

*Mis tíos Gladys y Héctor, quienes me soportaron en Reñaca
mientras escribía el final.*

*Rosa y José, mis papás, quienes
me enseñaron a trabajar y a luchar por mis sueños.*

*Anita. Esta no es tu historia y ese tampoco es tu nombre. Jamás
olvidaré tus ganas de vivir.*

I

ANITA DIJO QUE NO y la molieron a palos.

Ahora llora hecha un ovillo, mientras se traga los mocos y la sangre que le sale de la nariz.

Varela sabe cómo y dónde pegar: nunca deja marcas. A los clientes no les gustan. Al Paja Testa, menos que menos. No hay que dañar la mercadería. Y si se daña, que no sea gratis. “El que lompe, paga”, dice como en chiste, imitando a los comerciantes chinos.

La habitación es un cubículo de *durlock* pintado de rosa bebé. Podría decirse que la cama es bonita, doble somier, con un acolchado digno de una princesa. También hay peluches y una tele donde nunca pasan dibujitos.

De afuera le llegan música, risas y gritos de sus compañeras. Si no están dopadas, están borrachas. Muchas se resignaron a su destino.

Anita tiene quince años y está encerrada, como la Bella Durmiente. Sin embargo, no duerme tranquila y solitaria en una torre. Ella tiene los ojos bien abiertos en medio de una pesadilla.

A veces sueña que los cuentos de hadas existen y que un príncipe la viene a rescatar, pero cuando despierta se siente una idiota.

Ya no es la nena que se refugiaba en la biblioteca de la escuela y memorizaba los libros de Andersen, Perrault y los hermanos Grimm.

La rutina es dura. No existen el día ni la noche. A cualquier hora vienen los cerdos a llenarse de placer. Cuando llega un cliente, suena una alarma y las chicas desfilan por una pasarela. Cada una empelotada y con un numerito.

Anita es el trece.

Si te eligen, te llevan a un cuarto y te desgarran. No importa que te duela. No importa que sangres. No importa que te la metan por donde no querés. En el reino del Paja Testa solo los machos tienen voluntad.

Los hombres no siempre van al prostíbulo para ponerla. También es un lugar de reunión. Beben, aspiran unas líneas y hablan de negocios. Ven bailar en el caño a nenas que podrían ser sus hijas, pero no lo son.

En esas horas muertas que no hay mucha gente, descansan en el sótano. Mientras que el galpón está decorado como un puterío de lujo, el subsuelo es un infierno. No hay ventilación. Están encadenadas a una hilera de catres y las vigilan hasta cuando van al baño. Si alguna está alterada, viene la vieja Yaya y le inyecta morfina.

Anita no se alteró: directamente se volvió loca. Otra vez la había elegido el Gordo Menefrega. El Gordo Menefrega no solo era una mole sebosa que odiaba el jabón. Se excitaba con el sufrimiento. Las chicas tenían que patalear y llorar hasta quedar afónicas para que se le parara.

Cada sesión con el Gordo Menefrega era una tortura. Debían desaparecer los moretones para que te volvieran a

usar. Algunas compañeras le decían que se quejaba de llena: era sufrir unas horitas para después rascarse.

Las demás no podían entenderla porque nunca estuvieron en su lugar. Apenas la vio, el Gordo Menefrega se obsesionó con Anita. Solo quería estar con ella.

Anoche, o esta tarde, o esta mañana, imposible saber porque no hay relojes ni se ve el sol, Anita dijo basta. Y no lo dijo bajito. Cuando el Gordo Menefrega la señaló con su dedo de morcilla, su cara de nena buena se transformó.

“¡Yo no voy más con ese gordo de mierda! ¡Me hace concha!”, chillaba mientras agitaba los brazos como un gorila enfurecido.

Varela se le acercó con sus ojos saltones de psicópata y le susurró al oído: “¿Quieres ligar?”. Ya sabía lo que era ligar, y ligar por ligar, prefería no bancarse al Gordo Menefrega.

Anita se salió con la suya y ligó de lo lindo. Esta vez, el Gordo Menefrega pagó para que le dieran una buena zurra. “Que la pendeja aprenda”.

La dejaron encerrada en ese cuartucho sin comida y con una chata. Ni sabe cuántas horas lleva ahí. Está deshidratada de tanto llorar.

Anita llegó al prostíbulo cuando tenía diez años. La primera en verla fue la doctora Ponte, una cuarentona sin escrúpulos que había perdido la matrícula. La ginecóloga la agarró fuerte de la muñeca, la subió a la camilla y le bajó la bombacha. Después de encajarle un espéculo, musitó con el pucho en la boca: “Está intacta”.

La doctora Ponte las trataba peor que a un animal. No tenía ni un gramo de compasión. Era tan yegua que escatimaba anestesia cuando les practicaba abortos.

No la prostituyeron de inmediato, debía aprender. El Paja Testa la llevaba a su oficina y mientras la manoseaba,

le mostraba cómo trabajaban sus compañeras. Había todo un circuito de cámaras ocultas para controlar la calidad del servicio y la seguridad de la mercadería.

Al principio vivía drogada. Perdió su virginidad con un extraño que pagó mil dólares por algo similar a cogerse a un muerto. Después comenzaron las amenazas. “Si no hacés lo que te digo, vamos por tu vieja”, le advertía Varela. Anita le obedecía sumisa. Temía por su mamá, estaba convencida de que la habían engañado.

El señor de capital, amigo de su padrastro, dijo que le iba a dar un trabajo de niñera y que la anotaría en un colegio de monjas. Parecía todo un caballero. Su madre se terminó de convencer cuando le mostró un fajo de billetes, como supuesto adelanto del sueldo de Anita.

Después de conocer las historias de otras chicas, comenzó a sospechar que la habían vendido. No tenía cómo escapar y tampoco se le ocurría adónde. Solo tenía al rey fiolo, a sus súbditos y al séquito de bellas durmientes que abrían las piernas con resignación.

“Vamos, mové el orto, que vamos por tu vieja”, insistió un día Varela, cuando ella no quería levantarse del catre.

“Andá por mi vieja, me importa un carajo. Yo no me muevo de acá”.

Y ahí empezaron las palizas. Como la última. Ahora Varela está enamorado de un fierro envuelto en una toalla mojada. El dato se lo pasó un amigo de inteligencia.

Aunque no la hayan dopado, Anita está muy tonta. Quedó agotada por el dolor. Cada tanto le viene una punzada por debajo de las costillas y le cuesta respirar.

Cuando te inyectan morfina, te calmás y todo te resbala. Pero si te castigan, quieren que estés bien consciente para que aprendas la lección.

Hace rato que tiene ganas de morirse. No le encuentra sentido a su existencia. Podría armar un nudo con las sábanas, pero faltan lámparas o vigas de donde colgarse. Otras chicas ya intentaron quitarse la vida.

Anita sonríe con expresión enferma. Hay un truco que no conoce nadie, ni siquiera sus compañeras. Se lo pasó Karim, su única amiga. Se la llevaron tras cumplir dieciséis años. Primero tenés que taparte con la sábana y hacer como que dormís, así no te graban las cámaras de seguridad. Después llevás las manos a tu cuello, presionás en esos puntos secretos y listo.

Siempre está el miedo a no despertar. ¿Qué importa? Justamente eso quiere ella: no despertar. O despertarse en un mundo distinto, donde haya fantasmas, duendes, gnomos, cualquier cosa menos los ogros de este prostíbulo.

Sábana, manitos, presión. Fundido a negro.

La despierta una explosión. Gritos. Corridas. Disparos. El olor de la pólvora se cuele por las rendijas de la puerta. Ella lo reconoce. No es la primera vez que hay peleas y armas en el antro.

Ahora los pasos suenan por la escalera. Son pesados, como de botas. “¡Policía, policía! ¡Al piso, al piso, al piso!”. Se escucha una puteada del Paja Testa. Más tiros y un aullido agudo del proxeneta.

Anita se lo imagina tirado en el piso, vomitando sangre. ¿Lo habrán sorprendido en calzoncillos, mientras se hacía la carmela? El viejo ridículo solía encerrarse en la oficina del primer piso para teñir sus canas.

Ojalá lo hayan matado. Le encantaría verlo. Si todavía respirara, le pisaría la cabeza con esos zapatos de tacos aguja que tiene que usar.

Los pasos están cada vez más cerca.

Anita tiembla bajo la sábana. En su pequeño mundo de cafishios y otras lacras, siempre escuchó lo peor sobre los policías. Corruptos. Vendidos. Traicioneros.

¿Vendrán por ella? ¡Si es inocente! ¿Le creerán?

¿Terminará como el Paja Testa?

¡Quería morirse, pero así no!

De una patada bajan la puerta.

Un policía con fusil, pasamontaña y casco levanta la sábana. Se queda helado al ver a una adolescente escuálida y sucia. Su largo cabello negro sería hermoso si no estuviera enmarañado. Anita lo mira aterrada con su cara impregnada de sangre seca y mocos. El oficial saca un pañuelito de su bolsillo y la limpia. Ella está paralizada, no sabe cómo reaccionar.

—Vamos —le dice ofreciéndole la mano. Anita sacude la cabeza y se acurruca contra la pared—. ¿No querés que te rescate?

Y esas fueron las palabras mágicas.

Anita se incorpora y tambalea. Quizá no haya estado encerrada horas, sino días. Sin dudar, abandona su cuerpo a los brazos de ese extraño príncipe azul.

Cuando sale del prostíbulo, la abordan dos médicos y pierde de vista al uniformado. Termina siendo uno más del montón. En ese momento no le dio importancia. Estaba demasiado ocupada en respirar otro aire, en disfrutar su libertad.

Después de cinco años, Anita vuelve a ver el sol.

II

LA BRISA LEVANTA POLVO y papelitos metalizados en los pasillos de Villa Turrón. El calor es insoportable. El barrio se vuelve un sauna inmundo con los vapores que desprenden las cloacas improvisadas.

Junto al búnker hay un chico zombi que ya no tiene fuerzas para ir de caño y conseguir su dosis diaria. Si se da, vende el cuerpo a cambio de su único placer. Difícil saber su edad: podría tener doce o quince. Hace rato que perdió el interés por comer y bañarse. De pura costumbre se lleva la pipa vacía a la boca. Ya está fisura.

Jano *la Barbie* Leder lo observa asqueado a lo lejos. Acaba de bajar de su coche de alta gama e intenta contener la respiración. Nunca se va a acostumbrar a la baranda.

Su traje gris italiano contrasta con las paredes sin revocar y los techos de chapa de las casillas. Avanza con un paso seguro, casi felino. Sabe que las mujeres lo espían tras las ventanas sin cristales. Por dentro intenta convencerse de que camina por la Quinta Avenida o, al menos, Puerto Madero.

—Te dije que no quería a estas mierdas dando vueltas —exclama molesto mientras pateo con su mocasín al paquero que está tirado en el piso.

—Volá, pibe —le dice con un dejo de ternura Héctor *Bambi* Costello. Le palmea el hombro y deja un fajo de billetes en el bolsillo de su chomba.

El chico zombi le regala al Bambi una sonrisa desdentada y se aleja con movimientos torpes por un callejón. Jano se hace sonar el cuello, acomoda su corbata y entra al búnker. Su mano derecha, con edad suficiente para ser el padre, lo sigue cabizbajo, medio encorvado, relamiéndose por lo que vendrá.

Las maratones de *thrillers* coreanos valieron la pena. A simple vista, Jano percibe claras influencias de Park Chan-wook y Kim Ki-duk. La escena es exquisita. Una casucha mugrosa con una sola lámpara que titila con cada mosca que se pega y cae muerta. En el medio del cuarto hay una silla con un joven desfigurado. Le faltan tres uñas y por el piso hay desparramados unos cuantos dientes. Su nariz es ahora una masa deforme y sanguinolenta.

Bebu y Manotas se divirtieron bastante con el traidor. Tan poronga que se hacía en el barrio y al primer submarino seco se cagó encima.

El Bambi agarra un sillón de cuerina roto y lo coloca frente a Tumberito. Jano se sienta con toda ceremonia, como si se tratara de un trono. Permanece un buen rato en silencio.

—¡Qué decepción, Braian! ¿Justo vos? —Jano mantiene la calma. Quien no lo conoce, hasta podría adivinar un poco de pena en su voz.

Tumberito balbucea. Jano ordena que le quiten el trapo de la boca.

—¡Perdón, patrón! ¡Yo no hice nada!

—¿Perdón? Si no hiciste nada, ¿para qué perdón?

—Alto bondi, Tumberito.

—Manotas, cerrá el culo —ordena el Bambi y le pega una bofetada al soldadito. Por los nervios, el chico se pone más estrábico.

—¿Por qué me hacés esto, Braian? Gracias a mí pudiste crecer. Te di toda mi confianza, ¿me lo pagás así?

—¡Nunca más, se lo juro por mi vieja! ¡Tenía deudas, la Nancy está embarazada!

Jano se para, se acerca a Tumberito y lo mira fijamente. El traidor baja la vista. Más allá de su inmundicia, puede oler su miedo. Y le gusta.

Lo eligió porque era un chico dispuesto a todo por una cuota de poder. Pensó que podía ser un buen mando medio si lo recompensaba con pequeños privilegios. Pero se equivocó. Apenas vio la oportunidad de ganar dos mangos más, se vendió a la banda del Koala.

No sabe qué le repugna más: si la traición o que lo tomen por boludo. ¿Realmente piensa que lo va a perdonar? ¿Para qué gasta saliva en implorar clemencia? Ni siquiera sabe comportarse como un hombre.

—Estoy recaliente —Jano camina en círculos—. Yo necesitaba esa merca, ¿sabés? Tuve que salir a comprar de apuro para no quedar mal. ¿Vos me vas a devolver esa plata? ¿Cuánto te pagaron?

—¡Voy a ser papá! ¡Por favor!

—¿No me vas a contestar, Braian? Cinco cuerpos en un *container*. Los cinco con un tajo en la panza. ¿No te parece raro?

—¡No tengo nada que ver!

—Pedís perdón, después te lavás las manos... Sos impresentable. No te quiero escuchar más. Héctor, amordazá de nuevo a este pelotudo.

Tumberito tenía claro que ese domingo esperaban a cinco mulas de Bolivia. Tres mujeres y dos hombres. De Ezeiza los llevarían al sótano secreto del comedor comunitario del Bambi. Con el almuerzo les darían un fuerte laxante para que evacuaran cada una de las cápsulas.

Las mulas nunca se subieron al remís.

Jano mandó a ejecutar a los tres inútiles que perdieron el cargamento en el aeropuerto. Pero después se enteró de que el traidor todavía estaba en la banda.

—Pensabas que tu plan era perfecto. ¡Idiota! ¡Yo sé todo lo que pasa acá! Mirá, para que veas que no soy mal tipo, te concedo un último deseo. Te morís por saber quién te mandó al frente, ¿no? —Lo agarra de los pelos y lo obliga a asentir—. Bueno, si tanto insistís, te lo presento. Héctor, traelo.

Jano se limpia con alcohol en gel, no esperaba que el cabello de Tumberito estuviera tan aceitoso. Él también tiene ganas de conocer al buchón. ¿Será otra rata ambiciosa que, ante el primer descuido, le clavará un puñal por la espalda?

El Bambi regresa con un morocho alto y atlético, con barba incipiente. Parece caído de una pasarela de Milán. ¿Qué hace en Villa Turrón? Jano descubre sus ojos pardos con enormes pestañas negras y su mente se pone en blanco.

—Dante Alifracó, para servirle.

—Acá le decimos Cheto —suelta Manotas y ahora es Bebu quien le pega un tortazo.

—Trabajaba en la remisería, pero le vi pasta para el negocio —dice el Bambi, sacando pecho.

—Bien, bien. ¿Y cómo te enteraste de lo que hacía Tumberito?

—Lo escuché hablar con un tal Mamani. Le preguntaba por dónde podía buscar la plata.

Tumberito se saca y grita mil puteadas que nadie puede escuchar.

—¡Ah, no, Braian, sos más boludo de lo que pensaba! ¿En serio me vendiste sin cobrar antes?

Jano lanza una carcajada espantosa. El Bambi, Bebu y Manotas lo siguen con una risa modesta, por miedo a quedar

mal. Dante tiene la vista clavada en Tumberito. Nunca se quisieron. Bueno, Dante no quiere a casi nadie.

—A ver, decime. ¿Qué debería hacer yo con este sorete? Lo conozco de pibe, hasta le tomé cariño.

—Yo no soy quién para decirle qué hacer, patrón.

—¿Y qué harías vos?

El corazón de Dante se acelera. Hace rato que le tiene ganas a ese pata sucia con aires de capo. Le hizo pasar las mil y una desde que entró a la organización. Un tipo sin códigos. El mundo no pierde nada si se va.

Jano le entrega una *Beretta* de nueve milímetros con empuñadura de oro y esboza una sonrisa encantadora.

—Vamos, no seas tímido.

Dante agarra la pistola. Chequea el cargador: está lleno. Mira por última vez los ojos rabiosos de Tumberito y se coloca detrás de su silla. Quita el seguro, carga el arma y le dispara en la nuca.

Jano ni pestañea por el impacto. Ama las ejecuciones. Colecciona miles de videos en su computadora. Grabaciones caseras y también otras bajadas de internet. Sus favoritas son las decapitaciones de Los Zetas. Eso sí es *heavy*, quizá un poco mucho.

Dante limpia el arma y se la devuelve. Misión cumplida. Este trabajo puede ser gratificante. Jano lo agarra por un hombro, lo disecciona con la mirada y le acaricia el mentón. Sus manos son suaves y delicadas, como de señorita.

—Bien, amigo, bien. Tomate el día.

Dante se despide con una inclinación de cabeza y lo siguen Manotas y Bebu. Ellos también tienen derecho a descansar.

El Bambi abre una pequeña heladera, saca dos cervezas y le convida una a Jano. Siente que debe cuidarlo como a un niño. Hoy fue un día muy agitado.

—Me gusta este tipo, tiene pelotas. Y no es un negro villero como el resto.

—Bien burgués, como vos.

—Al menos no cae por portación de cara. ¿Qué onda? ¿Es de confianza?

—Es un tipo leal, muy agradecido. Estaba en la lona cuando lo contraté. No le hace asco a ningún laburo.

—Es justo lo que necesitaba.

—¿Para qué?

—No te pongas celoso, vos sos mi favorito. Llévame mañana al *country*. Ah, y sacale esa ropa berreta que tiene. En casa quiero todo de primera.

Jano sale del búnker sin custodia. Por la villa se corrió la voz de la ejecución y nadie quiere hacer enojar a la Barbie.

Su mano derecha lo vigila hasta que se sube al auto. Pensar que en otros tiempos lo llamaba tío y le pedía que le cantara tangos sentado sobre sus rodillas. Difícil resistirse a sus ruegos: era un angelito de bucles dorados.

El Bambi reprime un lagrimón. Los pibes crecen rápido.

III

EL VENDEDOR LA AYUDA A SUBIR el cierre que llega hasta poco más arriba de la cola. Pagaría millones por tener ese cuerpo. No en el sentido sexual. Le gustaría encarnarse en ella y disfrutar de todos los chongos que debe esconder.

Anita Briansky se admira ante el espejo de la *boutique*. El vestido le queda espléndido: carmín, largo, con un escote discreto y la espalda desnuda. Cuando camina, se abre un tajo que le descubre la pierna derecha.

Definitivamente, el rojo es su color. Hace que su cabello luzca más oscuro y voluminoso y que la piel le brille con tonalidades cobrizas.

Todos dicen que sos dueña de una belleza exótica. Tus rasgos finos de muñequita rusa. Tus ojos negros, levemente rasgados, que heredaste de algún pariente guaraní. Y esa bendita genética: podés bajarte kilos de helado y seguís con tu físico de *pin-up*.

Anita desaparece en el vestidor y sale con un solero de gasa translúcido que deja adivinar cada una de sus curvas. Le entrega al vendedor la prenda que acaba de quitarse.

—¿Se lo lleva, señora?

¡Señora, las pelotas! ¿De dónde sacan que el “señora” es más respetuoso que un “señorita”? Por Dios, ¡tiene apenas veinte años! La gente es boluda.

—Sí, querido, este también.

Anita se agacha para agarrar las bolsas y la detienen con delicadeza.

—Por favor, señora, yo la acompaño al auto.

Como te ven, te tratan. Y si te ven mal, te maltratan. Mirtha Legrand tiene razón. Por eso su máxima llegó a los subtes de Londres. De Londres, ¿eh? No la mersada de Miami.

No es que sea una mujer viajada. Apenas conoce México, Colombia y Uruguay, pero su novio ya le prometió que la llevaría a Europa. Inglaterra, Francia, Alemania, quizá Holanda. Algún día también irán a Nueva York a disfrutar de los musicales de Broadway. Ella se muere por visitar los estudios de Los Ángeles. Sueña con pisar la misma tierra que Greta Garbo, Ava Gardner y Rita Hayworth. Divas de antes, divas de verdad.

Una diva. Eso quiere ser. Desde que se enteró de la existencia de esos seres casi sobrenaturales, no se pudo quitar la idea de la cabeza. Después de que la rescataron del prostíbulo, fue a parar a una casa refugio. Ahí no había cable ni internet, sino una vieja tele con una vhs. Por suerte, un viejo cinéfilo había donado una videoteca. En esas cintas polvorientas encontró un paraíso.

Anita eliminó hasta el mínimo rastro de acento misionero. Parece porteña. Gracias a los almuerzos de Mirtha Legrand, aprendió los modales de una dama y tiene una mínima noción de cultura general.

Como te ven, te tratan. Valió la pena invertir el mísero sueldo de la peluquería en toda esa ropa fina. Nadie se hubiera imaginado que se ganaba la vida barriendo pelo ajeno.

Antes de subir al remis, que la espera hace una hora, se saca una *selfie* frente al centro comercial. Es una experta en elegir la luz y los ángulos adecuados.

Bien. Va sumando *followers*. Tiene cinco mil. Si se pusiera las pilas, podría ser tranquilamente una *influencer*. Pero no puede. @DivaDeltaOk es tan solo una misteriosa chica de zona norte que no puede revelar su identidad.

Puede tomar fotos de compras, de paisajes indefinidos, de ambientes con fondos desenfocados. Tiene prohibido subir una imagen de su novio. Una pena, con lo lindo que es la rompería en las redes.

Anita juega con su celular durante el trayecto al *country*. Aprendió a no hablar con los remiseros. Ya tuvo malas experiencias.

Hace poco, un chofer la trató de gato y se le insinuó. Esa tarde volvió llorando a la casa. Luego de que su novio insistiera, le contó lo que pasó. “No te preocupes, yo lo arreglo”, dijo con la voz un poco ronca. Hizo un par de llamados y volvió a tener esa expresión tierna que ama.

—Llegamos, señora.

Se baja sin saludar, no vale la pena. El remisero se sacude de hombros. “Negrita trepadora”, piensa con resentimiento de clase media venida a menos. Después de este exabrupto rancio, aprovecha para mirarle el culo hasta que desaparece en su mansión.

Puertas adentro, Anita es *femme fatale* y ama de casa. Casi no tienen personal doméstico. Dos veces por semana van a realizar una limpieza profunda y los demás días cada uno lava lo que ensucia. Si no comen afuera, ella cocina delicias veganas. Su novio la mandó a hacer un curso. Además, siempre tienen un *stock* de viandas en el *freezer*.

No hay nadie. Se quita las sandalias, las deja en un estante que hay en la entrada y camina descalza hasta el baño. El agua caliente la renueva. Pierde la noción del tiempo.

Listo. Ya está divina. Un poco de perfume y un vestidito de entre casa. Fresca y sencilla, como le gusta a él. No sabe a qué hora vuelve. Va a aprovechar para buscar recetas en internet.

Se sienta en un sillón de la sala, abre su *laptop* y *googlea*. Ayer cenaron fajitas con guacamole. Quizá hoy pueda preparar tortillitas francesas con cebolla y harina de garbanzo. Eso y una ensalada de rúcula, tomate y aceitunas negras.

Mientras piensa en el postre, abren la puerta.

—¡Ay, cómo te extrañé! —le habla con tono añorado, sabe que le gusta. Se frota contra él como si fuera una gata—. ¿Qué me trajiste?

—¡Qué interesada! —Jano la besa y le muerde el labio inferior. Ella emite un leve quejido—. Vine acompañado.

Anita frunce la nariz: siempre le cae con visitas inesperadas. Si le hubiera avisado, se habría producido. Ahora ella está con el pelo húmedo y sin maquillar.

El Bambi será un viejo croto, pero tiene buen ojo para elegir ropa cheta. Dante parece un vecino más de Delta Highlands. Sencillo, casual, lo importante es la percha y la sobra. Lo único que desentona es su simpatía de matón de la ‘Ndrangheta.

—Te presento a Dante, nuestro jefe de seguridad.

—Bichi, estamos en un *country*, no seas paranoico.

—Hacé de cuenta que es mi secretario.

—¿Y para qué está Héctor?

—Si necesitás ir de *shopping*, se lo pedís a Dante. Nada de subirte a un remis.

—¿Me estás controlando?

—Más vale que te portes bien, negrita. Dante tiene pocas pulgas. —Jano se ríe y ella no entiende por qué.

Dante le extiende la mano sin cambiar su cara de pocos amigos. Por obligación, le responde el saludo. El apretón la sorprende: es cálido y firme, como si no quisiera dejarla ir. Anita busca sus ojos sin entender, pero él desvía la vista.

—Se va a quedar en la habitación de servicio.

—¡Pero yo tengo ahí mi atelier!

—Negrita...

Anita se traga todas las palabras. Tendrá que ir con sus acrílicos a otra habitación. Hay tres más que son para invitados que nunca se quedan.

Si pudiera tener independencia económica, chistaría. Sin embargo, el que pone la plata tiene la razón. No debe hacerse mucho la loca porque puede terminar de nuevo en la pensión del Abasto.

—Vení a dejar tus cosas.

Jano conduce a Dante a su nuevo dormitorio. Solo lleva una pequeña valija. Ya habrá tiempo para armarle un buen vestuario.

Cae la noche en Delta Highlands, el *country* con más narcos y paramilitares escondidos por metro cuadrado. El personal de seguridad realiza su ronda nocturna. Algunos empleados esperan la combi para volver a sus hogares en el conurbano profundo. Las familias bien cenan con sus niños.

A treinta kilómetros, los paqueros buscan un pasillo donde dormir en Villa Turrón. Los vigías hacen guardia en los búnkeres. Muy cerca del barrio, el Bambi coordina desde su casa la llegada de un cargamento de Bolivia.

El negocio marcha bien, pero las aguas están revueltas y hay que estar atentos. Jano no deja de pensar que tenía a un traidor como mando medio.

La banda del Koala quiere avanzar sobre terreno prohibido. En la última tregua quedó claro que ellos se quedaban en los monoblocks de Villa Compostela y no ponían un pie en Villa Turrón. Sin embargo, estos guerrilleros andinos devenidos a narcos no tienen palabra ni con sus paisanos.

Anita lo peina, masajea su cuero cabelludo con perfume a manzanilla. Se lo toma como un juego: nunca tuvo muñecas. Él suspira. Tiene mucho peso sobre su espalda.

Jano toma sus manos y se las lleva a los labios. Desde que la abrazó en ese boliche, no se la pudo sacar más de la cabeza. Quizá sea algo kármico. O bien, química pura.

Le sorprendió que fuera sumisa y que actuara con piloto automático, como un robot. Jano sospechaba que no se permitía recibir placer. De a poco, fue derribando esas barreras y hoy es una geisha a medida.

Todavía queda mucho por enseñarle. En el fondo, es una chica chapada a la antigua con una vaga idea de moral. Jano tiene una mentalidad mucho más abierta.

—Ay, amor, me da cosita hacerlo ahora. ¿Y si nos escucha?

—¿Y qué tiene?

—Capaz que se calienta. ¿Si después me hace algo?

—Nadie te va a hacer nada que yo no quiera.

Jano la toma por la cintura e inunda su boca con sabor a café recién molido. Anita siente su miembro duro contra el monte de Venus y se olvida del mundo.

IV

—¿UNA PILETA CLIMATIZADA? ¿No será mucho?

—Son empleados, no esclavos.

Erina Niessen parece la reina de las hadas con su figura grácil y el cabello casi plateado. No camina, flota: sus pies apenas tocan el piso.

Jano envidia su energía. Llevan media hora juntos y ya está aturdido por su aluvión de ideas y proyectos. Su madre fue un diamante en bruto. Durante años se portó como una esposa abnegada, y cuando quedó viuda se convirtió en una empresaria de gran visión.

Hacía tiempo que no visitaba la fábrica familiar. El nuevo edificio sumó un quincho y una piscina para festejar los cumpleaños. Rara vez lo usan, saben que está y eso los reconforta. No se sienten tratados como burros de carga.

Una dieta equilibrada en el comedor, con alto contenido de frutas y verduras crudas, bajó el número de licencias por enfermedad. Si bien los empleados van hasta cuatro veces por día al baño, el empresario gana. Cuando cada uno traía su vianda cargada de colesterol y gluten, en invierno se sufrían las consecuencias: todos resfriados.

No es que los Leder Niessen sean buena gente, tan solo aplican los viejos conceptos fordistas que la mayoría de los empresarios en la Argentina olvidó. Todos parecen felices de trabajar ahí. Si el empleado es responsable, seguramente se jubile en *Liebling*.

—Mirá, esta es la nueva *vedette*.

Su madre le muestra unos zapatos brillantes con una correa cubierta de cristales y una plataforma de cinco centímetros.

—¿Cuánto podemos meter ahí?

—¡Qué poco artista me saliste! ¡Igualito a tu padre! —se queja Erina casi teatralmente—. Doscientos gramos, *Schatzi*.¹ Bien compactados.

—Amo tus diseños, mami.

—Fijate acá. Desarrollamos un material aislante para despistar a los perros. De paso, reforzamos la plataforma hueca.

A Jano le brillan los ojos. Si pudiera, se casaría con ella. Cuando era chico se lo decía. Después descubrió que sería incesto.

—Te invito un tecito. —Erina lo toma del brazo y lo conduce hacia su oficina. La gerencia tiene una hermosa vista al jardín interior—. ¿Cómo anda esa morochita?

—Se llama Anita. Y es mi mujer.

—Ay, ay, ay, ay, ay. El nene se me enamoró...

—Basta, ma.

—Solo te pido que algún día me hagas abuela.

Erina pone la pava eléctrica y busca una mezcla de hierbas aromáticas que trajo de su último viaje a la India. Cuando el agua está a punto, prepara la infusión.

El ambiente huele a mamá. Y se ve como mamá. Ordenado, pero con su toque de rebeldía, bien *hippie chic*, todo regido por el *feng shui*.

¹ Tesorito (del alemán).

—¿Va a estar todo bien para Punta?

—Obvio. Están desesperados. La nueva colección es furor.

—Ya arreglé la entrega con Filgueira.

—Qué buen mozo ese gallego, se parece a Clooney.

—Yo le veo cara de boludo.

—Relajate. Tu *Mutti*² sabe lo que hace.

Ya no la escucha. Está muy ensimismado en sus preocupaciones. Erina lo nota y le chasquea los dedos frente a la nariz.

—¿Qué pasa, Jani?

—Me vendió uno de mis hombres.

—*Ach, du Armer!*³ No me digas, la banda del Koala.

—Tengo ganas de cagarlos a tiros.

Ella se levanta y lo abraza. Intenta calmarlo mientras acaricia ese cabello precioso que lleva suelto. Christian *el Búho Leder* también era un muñequito, pero nunca quiso dejarse el pelo largo. Decía que era de maricón.

El Búho. A veces, Erina se sorprende extrañándolo. Era un chico malo, perdió un ojo peleando por ella. Hasta con una prótesis de vidrio se veía lindo. Nunca volvió a encontrar esa pasión. Pasión en todo sentido: en lo carnal y en el sufrimiento.

A Jano lo crio entre algodones. Lo mandó a una escuela trilingüe y tomaba clases de piano. Sin embargo, esos cuidados no sirvieron de nada. Los genes paternos pudieron más.

—La sangre trae más sangre, Jani.

—No somos carmelitas descalzas.

—Comprate a uno de sus hombres.

—¡Imposible! ¡Son como una secta!

—Tomá el teléfono de Melany. Es puntera de los monoblocks, tiene un merendero.

² Mami (del alemán).

³ ¡Ay, pobrecito! (del alemán).

—¿Estás loca?

—Me adora. Siempre le mando donaciones.

—Mirá vos, mi mami solidaria.

—El Koala no reparte nada. La quiere toda para él.

Erina sonrío satisfecha: su hijo todavía tiene mucho que aprender. Nunca está de más hacer amigos, sobre todo si se encuentran en territorio hostil.

Jano guarda el papel. Le da un beso a la madre y toma su portafolios. La visita está durando más de lo esperado. Si pasa demasiado tiempo con ella, se empalaga.

—No te vayas. Esperá que te hago *blessing*.

Resignado, cierra los ojos. Erina le impone las manos y murmura una oración en sánscrito. ¿Tanto le costaría traducirla? Al menos entendería qué le está diciendo.

Su madre está obsesionada con una fundación que es más empresa que ONG. Hace años que realiza cursos de meditación que salen una fortuna. Más vale que se entretenga respirando. Peor sería ir a un psicólogo: no estaría bueno que ventile con cualquiera los pormenores de la organización.

Jano le envía un mensaje cifrado al Bambi con los datos de Melany. Tiene que estar al tanto de los cambios en la banda. Primero la va a tantear él, pero después se la deja al viejo. Héctor Costello es un seductor nato. Tiene compradas a todas las chiruzas de Villa Turrón con sus piropos educados y esos aires de caballero.

El Bambi con la gente, la Barbie con los números. Así fue desde un principio, cuando el viejo y su padre eran adolescentes pandilleros que robaban por diversión.

En la década del ochenta parecían haber sentado cabeza. El Búho Leder trabajaba en la fábrica de zapatos de los suegros. Por su parte, el Bambi manejaba un taxi y le vendía datos a una banda que asaltaba a turistas.

Un día, el Búho tuvo su golpe de suerte. Se reencontró con Jonny Quispe, un antiguo compañero de pungueo. Eran como hermanos, se habían salvado la vida varias veces. Resulta que el papá de Jonny tenía una plantación de coca en Bolivia y había comenzado a producir pasta base y clorhidrato de cocaína. Decidieron hacer negocios juntos.

El Búho sabía que el Bambi conocía los mejores antros de la noche y le propuso sumarse como distribuidor. Gracias a los contactos políticos que fueron ganando, se convirtieron en una organización poderosa de bajo perfil.

Todo marchaba bien hasta que apareció la banda del Koala. Cuando el Búho fue acribillado en una emboscada, Jano tenía veintitrés años. Estaba recién recibido de abogado y había entrado a trabajar a un prestigioso estudio. Nunca había pensado en hacerse cargo del negocio, creía que su padre era eterno. Sin embargo, cuando fue a reconocer el cuerpo, le hirvió la sangre y sintió que debía honrar el imperio que el Búho construyó.

Suena su celular.

—¿Qué querés?

—¡Ay, bichi, qué seco! ¿Qué preferís cenar? ¿Hamburguesas de lentejas o volcanes de quinoa con crema de cajú?

—Lo que quieras.

—Mal día, ¿no?

—Me da lo mismo, negrita.

Le corta. Qué suerte estar al pedo todo el día. Anita solo piensa en comprarse ropa y en cocinar. Jano hasta envidia a los empleados de la fábrica, que cumplen con su jornada de nueve horas y después se dedican a vivir sus vidas.

La vida de Jano está impregnada de falopa. Su traje fino, sus zapatos caros, su auto de alta gama, su mansión en Delta Highlands. Hasta su mujer, que se cree Cenicienta.

¡Anita, no existe la magia! Cuando den las doce, la carroza no se convertirá en ratones. Tampoco volverás a tu pensión pulgienta. Acá estás en la cima o terminás bajo tierra.

Bajo tierra van a terminar esos hijos de mil putas. Los forros de la banda del Koala y todos los traidores que se esconden en su organización.

Hace trece años, apenas tomó el poder, hizo un asado con buena carne y mucho vino en Villa Turrón. Los muchachos estaban contentos. Tan contentos, que en un exabrupto confianzudo, un transa soltó: “Brindemos por la Barbie”. Un grupito festejó el chiste. Jano palideció de bronca. Sacó su nueve milímetros y le pegó un tiro en la frente al desubicado.

Ya tuvo que sufrir las bromas pesadas de sus compañeros de colegio. No le gustaba jugar al fútbol. Era el más menudito de la clase. Las chicas se le pegaban como moscas y los varones se morían de envidia.

“Se te fue la mano, borrego”, lo retó el Bambi. “Cuando te ponen un apodo, te recibís de hampón”. Nadie volvió a decirle la Barbie en su presencia.

Con esa ejecución, se ganó el miedo de sus hombres y el respeto de los rivales. Si no le tembló el pulso con uno de los suyos, menos con el enemigo.

Jano desactiva la alarma de su coche alemán y lo pone en marcha a través de un dispositivo remoto. Pasan los años y cada vez está más paranoico por su seguridad. No le gusta andar siempre con custodia, quiere sentirse libre. Mientras más recaudos tome, mejor.

Bien. Nadie puso una bomba en su auto. Sube tranquilo, se mira en el espejo retrovisor y sonríe: ¡qué suerte haber nacido tan fachero! Mucha gente se queda con el exterior y ni se molesta en escarbar en lo que oculta una cara bonita.

La prosperidad de sus negocios lo ablandó y dejó de tener tanta presencia ante sus hombres. Esto trae sus consecuencias. Muchos se han olvidado de sus aventuras con el gatillo y se dan el lujo de traicionarlo. Es hora de recordarles a estos pendejos quién es Jano *la Barbie Leder*.

V

EL SOL DESPUNTA EN EL HORIZONTE de Delta Highlands. Los caseros limpian las piletas, los pajaritos cantan y Dante putea porque en su cuarto no anda el aire acondicionado. “Que la servidumbre se cague de calor”, piensa resentido.

Al menos la cama zafa. Mucho mejor que el cuartito que le alquilaba a doña Irma, una vieja chilena y ubicada. Nunca habla de más. Lo único que extraña es la compañía de Bebu, un pibe demasiado bueno para este laburo.

Dante se asoma a la ventana y observa las mansiones que se esconden entre bosques y lagos artificiales. Le parece obsceno tanto lujo, es un mundo paralelo. Tan paralelo como Villa Turrón. Dos extremos en los que le tocó vivir.

Se quita la camiseta empapada de sudor y nota que tiene manchas de sangre. Revisa su abdomen: hay una herida que aún no cicatrizó. Es el último regalo que le hizo Tumberito antes de partir hacia ese barrio del que no se vuelve más.

“Eh, Cheto, ¿qué mirás a la Nancy?”, le escupió borracho. Sí, miraba a la Nancy, pero no con ganas de cogérsela. No podía creer que con seis meses de embarazo tomara más cerveza que el novio y anduviera todo el día fumada. Consumía una marihuana

transgénica malísima, cortada con mugre y mierda. Tumberito no le dio tiempo a ninguna explicación. Directamente lo atacó con su faca. Dante llegó a realizarle una llave y sus compañeros se llevaron al transa. Pero el puntazo quedó.

Toma una gasa de su botiquín, la humedece con agua oxigenada y se limpia la herida. Muerde su labio inferior. De pronto, siente en la nuca que alguien lo observa. Levanta la vista y descubre que otra persona también se muerde el labio inferior.

—¿Te ayudo?

Su jefe está apoyado en el marco de la puerta que dejó abierta para que corra un poco de aire. El área de servicio no suele ser concurrida. Está al lado del lavadero, que solo usan durante la noche.

A Dante se le seca la garganta.

Jano revisa el botiquín, toma la cinta adhesiva y le tapa la herida con una gasa limpia. Sus manos se demoran en el abdomen marcado del custodio.

—Todavía no la expongas. Se te puede infectar. —Agarra la camiseta tirada en el piso y la olfatea—. Realmente sos cheto, ¿eh? Hasta tu transpiración huele bien.

Jano larga esa carcajada que le pone la piel de gallina. Dante esboza una mueca que parece una sonrisa tímida. En realidad, tiene unas tremendas ganas de tomarlo por el cuello y romperle las costillas.

—¿Necesita algo, patrón?

—Anita quiere ir de compras.

—Lo que usted diga, patrón.

—A la vuelta me informás de todo.

—Sí, patrón.

—Y nada de boludear por ahí, que no te pago para dama de compañía.

De nuevo esa risita espantosa.

Jano deja la habitación sin soltar la camiseta ensangrentada.

Dante cierra la puerta, se desnuda y trata de sacarse la bronca debajo de la ducha. Su jefe lo inquieta, es demasiado toquetón. A ver, le gustan las minas. ¿Pero si le gustara todo? Por algo le dicen la Barbie. Los apodos dicen más que un simple nombre. Así te bautiza la vida. ¿Cómo debería reaccionar si un día Jano quisiera ir más allá?

Anita espera sentada en la sala mientras lee el nuevo ejemplar de *Country & Style*. Se puso un mono amarillo pastel con un escote angosto que casi le llega al ombligo.

Tiene ganas de completar la decoración de la casa. Antes el ambiente era frío, no había color. Ella se animó a ponerle su toque femenino.

¿Quién vivió antes ahí? Jano dice que él y su familia, ¿pero quién más? Preguntar demasiado puede ser peligroso. Lo importante es no hacerlo enojar. Por eso acepta que le ponga un chofer, guardaespaldas, alcahuete, lo que sea.

—¿Adónde la llevo, señora?

—Buen día, ¿no?

Dante agacha la cabeza ante el tono soberbio de Anita. Prefiere quedar como sumiso en vez de exponer su rabia. Toda su vida obedeció órdenes: de sus padres, en la escuela, en su formación, en la remisería del Bambi, de Jano y ahora de la hembra del jefe.

Caminan hasta un auto gris de gama media que no llama mucho la atención. Dante abre la puerta del acompañante y ella se niega indignada.

—¿Qué te pasa, no querés quedar como remisero?

—No me ofendería, señora.

—Entonces me siento atrás, como corresponde.

—Es una medida de seguridad.

—No pienso rebajarme ante un sirviente.

—Si quiere le consultamos al patrón. —Dante saca el celular con toda intención de llamar a su jefe.

A ella se le borra la expresión burlona. Ocupa el asiento del acompañante y pega un portazo. Los cristales del coche tiemblan.

Anita mira por la ventanilla durante el trayecto hasta un centro comercial junto a la Panamericana. Cada tanto divisa algún ranchito y se acuerda de su tapera en San Ignacio. Ahí también le gustaba decorar con lo que podía: flores de mburucuyá, orquídeas silvestres, burladoras y plumerillos. Los perfumes intentaban tapar la baranda a vino de su padastro.

¡Qué bueno estar lejos de ahí! Ojalá estén bien muertos. Nunca se calentaron por ella. Sí le da pena su hermanito. ¿Estará vivo? No pudo conocerlo. Cuando la vendieron, su mamá estaba embarazada.

Lo único que extraña es tener un lugar donde pensar tranquila. Allá en su pueblo solía escaparse al antiguo cementerio guaraní. Se apoyaba contra esos árboles centenarios con corazón de piedra y lloraba hasta quedarse dormida.

Ahora su gran pasatiempo es reventarle la tarjeta a Jano. Bueno, es una forma de decir. La guita nunca se acaba. A veces pierde la imaginación y se angustia porque ya no sabe en qué gastar.

Dante arrastra un changuito con rollos de papel, pegamento, lijas, brochas y latas de pintura. Qué forma de estar al pedo. La casa ya está bastante bien. Se aburre demasiado con Anita, él es un hombre de acción. Podría tomar estos días como unas vacaciones, pero el contacto con el mundo de los ricos lo asquea.

—¿Vos siempre tenés esa cara de ojete?

—No me pagan por sonreír, señora.

—Si te pagaran, ¿lo harías?

—Yo obedezco órdenes.

Anita saca quinientos dólares de su billetera y los balancea frente al custodio.

—A ver, hacete el buenito. Engañame un poco, dale.

Los músculos faciales de Dante se relajan, su frente queda lisa y sonríe. Sus dientes son blancos y perfectos, muy raro para un vecino de Villa Turrón. Anita se encuentra con sus ojos pardos y aparta la mirada. Hay algo en ellos que la inquieta.

Dante arranca los billetes de sus manos y los guarda en su bolsillo delantero. Nunca se sabe cuándo los va a necesitar.

Ella lo mira atónita. El custodio actúa como si tuviera un botón para activar el modo simpático o el modo mafioso. ¿Será humano? ¿Por qué Jano confía tanto en este desconocido?

—Sos un androide.

—Admiro el poder de observación de la señora.

—Vos pensás que soy un gato, ¿no?

—No me pagan para pensar, señora.

—¿Querés que te vuelva a pagar?

—¿Qué importa lo que yo piense, señora?

Se pone roja. Qué ganas de mandarlo a la mierda. ¿Lo hace o no lo hace? ¿Qué haría una verdadera diva? Anita le da la espalda en cámara lenta, como si tuviera una larga capa y le pegara una cachetada con la tela.

—Cargá las cosas y andate.

—¿Perdón?

—Me vuelvo en taxi.

—Tengo órdenes de llevarla conmigo.

—¿A todas partes me tenés que seguir?

—Con todo respeto, ¿usted es consciente del trabajo de su pareja?

—No soy estúpida.

—¿Por qué cree que el patrón me encargó su seguridad?

—Me acosó un remisero.

—Puede desatarse una guerra en cualquier momento. Y usted es un blanco fácil.

—Yo no tengo nada que ver.

Dante suspira exasperado. ¿Es tonta o soberbia? ¿O las dos cosas? Algo de cerebro debe tener para haberse agarrado a un capo narco. A lo mejor fue pura suerte. Esa cara y ese cuerpo no se encuentran todos los días. ¿Será más simpática en la intimidad? La Barbie no tiene mucha paciencia.

Suena el celular de Dante. Un *ringtone* desabrido, predeterminado. Sí, capaz que sea un poco autómata.

—¿Qué hacen boludeando? Salieron hace tres horas.

—La señora no terminó.

—Sí, terminó porque lo digo yo.

—Ya salimos entonces.

—Volvete a las chapas. Te necesito urgente.

VI

LA REMISERÍA Costello Hermanos queda a tres cuadras de Villa Turrón. Es un local impecable, no desentona en esa parte del barrio que todavía conserva chalets. Los que pudieron, se mudaron. Los que quedaron no tuvieron opción: se llenaron de rejas y alarmas.

Todavía sigue el código de no robarles a los vecinos. De vez en cuando algún paquero se sale de la raya, pero los soldaditos de la Barbie se encargan de ponerlo en su lugar. La primera vez le dan una paliza. La segunda, desaparece en el crematorio de un cementerio privado.

La recepción huele a *tutti frutti*. La secretaria se pinta las uñas de verde manzana, mientras los choferes toman mate y le miran las tetas. El Bambi tiene buen gusto. A la hora de la siesta, Samantha suele abandonar su escritorio, se acomoda la minifalda y se pierde en el despacho de su jefe. Sale con el labial corrido y una sonrisa de oreja a oreja.

Cuenta la leyenda que Héctor Costello la tiene enorme y no le hace asco a nada. Pero son habladurías. Quién sabe, quizá él mismo haya pagado para difundir ese rumor. Le encanta que le hagan fama de pijudo. Se cree un galán.

Nunca se casó. Le gusta disfrutar de su libertad. El Búho, más conservador, se lo reprochaba. Pero después se iban juntos de putas y se reían de las imposiciones de una sociedad pacata en vías de extinción.

Se le conocieron varias novias. Muchas todavía lo frecuentan. Y él no se puede resistir a las delicias de la tercera edad. Las mujeres maduras que se cogía de adolescente ahora son abuelitas dispuestas a todo.

Un garche no se le niega a nadie. Mientras más caiga en su hoguera, mejor. Tiene un monstruo que reclama sacrificios y necesita aplacarlo. Casi siempre lo consigue, pero, a veces, no le queda otra que salir de cacería.

Suena el teléfono de línea. Es uno de esos armatostes color verde oliva, con cable ondulado y dial circular. Samantha atiende con desgano: todavía le falta una mano de esmalte. El jefe quiere algo dulce para picar.

La joven saca de su bolso unos *brownies* que preparó la noche anterior. Va a la cocina, pone una cápsula de capuchino en la cafetera y espera que la taza se llene. Lleva todo en una bandeja al galpón que se encuentra al fondo de la remisería. Tiene salida a la otra calle y casi siempre está cerrado.

Necesita que este amarre funcione. Le cuesta subsistir con su sueldo. Tiene que ayudar a su familia y para ella queda poco y nada. Así nunca podrá darse gustos caros. Quiere que la mantengan. Sueña con una vida de botinera, con una gran mansión, viajes exóticos y autos que parecen naves espaciales.

Lo más cerca que tiene para cumplir ese sueño es Héctor Costello. Por eso mezcló su sangre menstrual con chocolate, harina, margarina, azúcar, nueces y polvo de hornear. Ese amarre lo hizo su madre hace años para enamorar al patrón. O sea, su papá. Las mantuvo hasta que lo pisó un colectivo.

—Buenas, traje el cafecito.

Ella alarga la “e” de “buenas” con tonito sexy. Su jefe apenas la mira. Está muy concentrado en su otro trabajo, ese del que no pueden hablar.

—Dejalo en la mesa, gracias.

¿Para qué se compró esa blusa nueva con encaje? Tampoco ve chances de que el viejo le meta mano bajo la pollera y descubra sus medias con liguero. Samantha se va ofendida.

El Bambi supervisa un cargamento. Nada puede salir mal. Siente que los últimos meses estuvo meado por dromedarios. Primero la pérdida de mulas, después la traición de Tumberito. Todo está demasiado turbio.

El Flaco Berenjena esconde los ladrillos de pasta base dentro de los asientos de una 4x4. El camión repleto de choclos que vino de Bolivia llamaría demasiado la atención. Aunque la quinta no esté en un *country*, se trata de una zona bastante cajetilla.

—¿Todo bien, Héctor?

—Macanudo.

Ve a Jano y se le iluminan los ojos. Le salió bueno el pibe. Aunque su padre, el Búho, lo consideraba un debilucho, él siempre supo que tenía alma de *gangster*. Ya de chiquito, cuando le enseñaba tiro, agarraba la pistola como si fuera un profesional. Y no solo eso. Después de dar en el blanco, acariciaba su cañón con carita de enamorado.

El Bambi les extiende la mano a su jefe y a Dante, que parece otro tipo con la nueva pilcha. En el fondo siente un poco de celos: en muy poco tiempo se ganó la confianza de Jano. Parece un buen tipo, nunca le dio problemas. Sin embargo, no le cierra que sea demasiado reservado.

—Berenjena, andá a comer.

—Ya almorcé, don Héctor.

—Comé de nuevo, borrego.

El Bambi sigue con la mirada al hombre desgarrado que se aleja sin chistar. Se sienta con las visitas junto a una pequeña mesa redonda de melamina.

—¿Arreglaste con Bigote Galarza? —le pregunta Jano al viejo.

—Le hice una visita.

—¿Cuánto te pidió?

—Nada. ¿Sabés? Mi sobrina es la mejor amiga de su nena. Hasta se queda a dormir en su casa.

—Me imagino la cara que puso el cagón.

—La zona sigue liberada. Igual le tiré unos mangos.

—¿Para qué rompía las bolas?

—Vos fumá.

En otros tiempos, el negocio se restringía a vender merca en la alta sociedad argentina. Cuando Jano tomó la manija, se extendió al plano internacional. Claro, el chetito tenía sus contactos. Colegio y universidad de elite, amigos con yates, vacaciones donde está la *crème de la crème*. Con su carisma y ese cerebro que Dios le dio, las ganancias se multiplicaron.

Más zorro que su padre, ni una sola causa. Lo asesora el mejor estudio de abogados. Después tiene a ese gordito insulso, Axel Braun, su contador y testaferro. Al Bambi no le gusta mucho: tiene la mano blandengue y húmeda cuando saluda. Horrible. Pero al parecer, es un hombre leal. O al menos ambicioso e inteligente, sabe que con la Barbie no se jode.

—¿Quieren un cafecito? Está recién hecho. —Samantha regresa al galpón con paso felino.

Dante sacude la cabeza. Jano sonríe como un nene, agarra la taza y se zampa un *brownie* que ya había sobre la mesa. El dulce lo puede. Las migas caen sobre su camisa y las limpia con modales de duque.

La mujer queda dura al observar la escena. El conjuro no va a funcionar. Tendrá que esperar otro mes para amarrar definitivamente al viejo.

—¿Algún problema, piba?

—Los esperan en la canchita.

Los tres asienten. Dante revisa el cargador de su pistola, Jano y el Bambi se palpan el arma. Llegó la hora de poner a los muchachos en su lugar.

La canchita es una especie de pulmón de manzana en Villa Turrón. Los punteros acordaron no construir ahí. Es el único lugar del asentamiento donde se puede jugar un picadito y andar en bici o patineta. En las inmediaciones merodean los transas del chiquitaje, siempre a la espera de clientes. Cuando a los pibes sanos se les acaben los sueños, ahí estarán ellos, ofreciéndoles olvidar su vida de mierda.

Los mandos medios de la banda esperan con ansiedad. Pocas veces su majestad se digna a reunirse con la plebe. El que maneja todo en el barrio es el Bambi, ese pendeviejo que ama andar con chupines y camisas floreadas.

Bebu y Manotas juegan a la pulseada china para hacer tiempo. Sugus, Gasparín y Sopapita les hacen hinchada y levantan apuestas. Bebu lleva las de perder: por algo a Manotas le dicen Manotas. Tienen un par de birras encima y se ríen como los adolescentes que son. Ninguno supera los veinte años. Todavía guardan esa inocencia tan peligrosa que les impide tener límites. Obedecen y punto, no se hacen muchos planteos. Mientras les paguen, todo piola.

A cierta distancia los observa el grupo de los veteranos. Sobrevivieron a la purga que hizo Jano apenas asumió el poder. Tienen las costumbres de la vieja guardia: fuman tabaco, toman vino y no prueban la merca. El Roña, el Tano

y Chumbito son hombres de confianza del Bambi, se dedican más a la logística, aunque todavía andan enfierrados.

Se oye un disparo. Las palomas que vagueaban por el cableado vuelan alborotadas en diferentes direcciones. Las madres se apresuran a entrar a los pequeños que juegan en la puerta de sus casillas. El aire se impregna de pólvora.

—¿Qué hacen, soretes?

Jano sopla la boca de su *Beretta* con aires de pistolero del Lejano Oeste y guarda el arma en la cintura. Entre su piel y la ropa interior: el contacto le produce un violento placer.

La Barbie pasa revista entre sus hombres. Se nota que algunos se bañaron a las apuradas, quieren dar la mejor impresión. Saben que gusta de la higiene y la disciplina. Manotas saborea un chicle con la misma expresión pachorra de una vaca rumiando. El patrón lo mira fijo. El chico palidece y se traga la goma de mascar.

—Se deben preguntar por qué estoy acá, ¿no? —Jano pone los brazos en jarra y los mira intimidante—. Ustedes son mis hombres de confianza. Cuentan conmigo. Manotas, a tu vieja le compré una casa. Tano, ¿quién pagó el entierro de tu mujer? Roña, bancamos la operación de tu hija. Yo también espero contar con ustedes. No tolero más traiciones. Tengo los huevos al plato. Me vuelven a cagar y me voy a la mierda. Guita me sobra. ¿Y saben qué pasa si la Barbie deja el barrio? Sé que me llaman así, no pongan caras de pelotudos. Se los comen vivos. ¿Quedó claro?

—Sí, patrón —contestan en coro los mandos medios.

Jano eleva el mentón y le hace una seña a Bebu. El soldadito viene corriendo. Le entrega un fajito de billetes.

—Comprá cerveza para todos los pibes.

Jano se corre un mechón dorado de la frente y se peina el cabello con los dedos. Ya está. Al pueblo, pan y palo. Ahora

puede irse de ese barrio que apesta a porro y aguas servidas. Quiere llegar a su mansión y cogerse a su mujer. En la cocina, entre tomates y plantines de albahaca. En su nuevo atelier con olor a pintura fresca. En la pileta, en el parque, contra un árbol, donde sea.

Asfixiado por la baranda de Villa Turrón, encabeza la vuelta por un pasillo. Dante y el Bambi trotan hacia él para escoltarlo.

En el camino se cruzan con un chico de quince años que sale de una casilla. Está arruinado por el paco y empuña una faca medio oxidada que brilla bajo el sol.

—¡Te voy a matar, gato atrevido!

Todo sucede en una fracción de segundo.

Dante empuja al Bambi y se abalanza sobre el adolescente, que está fuera de sí. Con un par de movimientos precisos logra desarmarlo.

Jano se encuentra aturdido por sus propios latidos, siente que el corazón se le va a salir del pecho. Está cubierto de sudor frío y sus mejillas se tiñeron de sangre.

—¿Y este pendejo quién es?

El Bambi carraspea. Hace un poco de tiempo para recuperarse del susto.

—Es Lechuga, el primo de Tumberito.

—Esto no se te escapaba. ¿Estás bien, Héctor? —Su mano derecha baja la vista avergonzado—. Rómpanle bien el orto. Después hagan lo que quieran.

Jano se agacha junto a Lechuga, lo toma por los pelos y le escupe un ojo. Al incorporarse, le da la espalda al Bambi y se aleja por el pasillo seguido por Dante, que nunca abrió la boca. De pronto, se devuelve: olvidó un detalle importante.

—Acordate de mandarme el video.

VII

LA LUZ DEL ATARDECER tiñe las hojas y las flores de los tilos en Delta Highlands. Anita inhala profundo y busca impregnarse de su perfume dulzón.

En verano no hay casi nadie en el *country*. Las familias con niños se van de vacaciones y queda la minoría: parejas sin hijos y jubilados. También está el personal de servicio, que debe mantener las casonas hasta que vuelvan los señores.

Salió a caminar porque no soporta estar encerrada. Jano tiene el teléfono desconectado hace tres días. El único humano con el que interactúa es Dante, ese androide que tienen como custodio. Cuando le habla, le contesta con monosílabos, sin información precisa. Es como hacer sociales con un potus.

No es la primera vez que su novio desaparece. Es más, sabe perfectamente qué pasa en estas ausencias esporádicas. Cuando vuelve, lo nota en sus pupilas dilatadas.

Al nene caprichoso las cosas no le salen como quiere. Se vuelve loco, se va de gira con putas y merca y se desintoxica en algún bulo.

¿Por qué no confía en ella?

Anita se angustia, pero en el fondo lo comprende. Todos tenemos secretos que ocultar. Hay casos en los que la verdad resulta demasiado dolorosa. Ya debemos cargarla en nuestro corazón, ¿encima hay que andar ventilándola?

Ella nunca le contó a Jano que fue esclava sexual. En realidad, no le contó a nadie desde que salió de la casa refugio. Quiso empezar de cero, ser otra persona. Cuando entró a trabajar en la peluquería del Abasto adquirió una nueva identidad. El mismo nombre, la misma cara, pero sin pasado.

“¿De dónde sos?”, le preguntó la primera noche. De sus ojos turquesas chispeaban estrellitas, como los chicos de *shōjo* manga. “Soy la morocha del Abasto”, contestó medio mareada por el daikiri y la belleza de Jano. “No dónde vivís, de dónde sos”. “De Misiones”, soltó incómoda. “Preciosa, como las piedras de Wanda”.

Que sus padres murieron cuando era chiquita. Que se vino de San Ignacio con una tía. Sí, la tía también se murió. No hace mucho, claro. Sí, le gustaría estudiar, pero tiene que trabajar.

Jano no quiso indagar más. Ella al principio tampoco. Las primeras semanas era coger y levantarse. Comer y coger. Coger y comer. Coger y quedarse dormidos. Pronto descubrieron que había una conexión que iba más allá de lo carnal. De algún modo se complementaban.

Se pone loca al pensar que está con otras mujeres. ¿Ella no es suficiente? Intenta buscar explicaciones. Con las otras solo es ponerla y sacarla, no hay sentimientos de por medio. Anita lo sabe muy bien: en el prostíbulo del Paja Testa la trataban como una mercancía. Nadie se le enamoró.

Aunque los celos la estén matando, necesita a Jano. Necesita que su cuerpo le recuerde que es más que un espíritu con instinto suicida. Hasta conocerlo se sentía sucia, horrible,

descartable. Acudía al sexo como una necesidad biológica. También como moneda de cambio cuando se sentía sola. Con él se hizo adicta al amor.

Anita escucha el motor de la camioneta de su novio. La misma con la que partió junto a Dante. El custodio regresó solo, seguramente en taxi o remís. Se lo podría haber llevado, ¿no?

Jano estaciona y baja del vehículo. La ve con desinterés, como si fuera un árbol más del paisaje, y entra a la mansión sin saludarla. A ella se le sube el corazón a la garganta. Reconoce esa mirada difusa.

Él se va desnudando a medida que camina al baño. Deja tirado el saco en un sofá, desabrocha su camisa y la arroja sobre la mesa del comedor. Su torso menudo y lampiño tiene un par de arañazos frescos. En el cuello luce marcas de lápiz labial.

Se sienta en el inodoro para quitarse los pantalones y las medias. Anita se asoma por la puerta entreabierta. Quiere ver sus rasgos de muñeco, aunque esté intratable. Que no piense que puede vivir sin él.

—¿Qué te pasa, amor?

—Nada, dejame solo.

—¿Cómo me decís eso? ¡Yo me preocupo!

—Estoy rodeado de pelotudos, eso me pasa.

—Gracias, ¿eh?

—¿Te hacés la irónica conmigo, gato cascoteado?

—¡No me digas así!

Se levanta, la mira fijo y larga una carcajada ronca.

—¿Vos pensás que por vestirme caro sos una señora?
¡Por favor!

Le agarra el escote y raja su solero blanco de seda y encaje. Anita queda en ropa interior. Por instinto, intenta cubrirse con los brazos, aunque él conozca de memoria cada centímetro de su cuerpo.

Poco dura en esa posición de Venus de Botticelli, recién nacida del mar. Él la empuja contra un *placard* y le abre las piernas con una rodilla. Ella se sacude con un llanto silencioso.

Jano la arrastra hasta el dormitorio y la tira boca abajo sobre la cama. Intenta defenderse, pero todos sus movimientos son en vano. Él saca unos precintos de la mesa de luz, esos mismos que usan para jugar, y le ata las muñecas a los barrotes de bronce.

—¡No quiero coger! ¡Por favor, soltame!

—¿Y quién quiere cogerte, puta? A ver si aprendés a estar callada.

Vuelve la tormenta. Fueron muchos meses de tensa paz. La droga lo transforma, saca lo peor de él. Al menos con ella. Sabía que debía cerrar la boca, pero lo extrañaba demasiado. Quería tenerlo cerca del modo que fuera. En estos dos años, él ha sido todo su mundo.

Se inquieta. No lo puede ver. Tanto suspenso le parece sospechoso. No quiere que la sodomice. Ese es su límite. Para ella es lo peor que hay. La humillación preferida en la cárcel. El agujero favorito de los violadores. Les encanta meterla por donde se caga.

Así la desfloraron. Vendieron dos veces su virginidad: todos sus orificios tuvieron precio. El Gordo Menefrega, gigante, pesado y grasiento, la puso en cuatro, le untó vaselina y la partió. Su culo de nena no estaba preparado. Se desmayó del dolor.

Jano disfruta de su agonía. Con calma, se saca el cinturón y lo sostiene doblado entre sus manos. Un chasquido, otro. A ella se le pone la piel de gallina.

—No quiero hacer esto. Vos me obligás.

—¡Soltame!

—Sos una india salvaje.

—¡Me voy a portar bien!

—Yo te voy a enseñar.

Los cintazos comienzan a caer sobre Anita. Sus gritos opacan el sonido del cinturón que corta el aire y hiere con la hebilla su espalda lisa y bronceada.

Vuelve la niña indefensa. Vuelve la mujer cosa.

Se resigna al castigo.

Él tiene una erección.

Termina la lluvia de azotes.

Jano se libera de su ropa y toma su miembro grueso y rosado. Va hasta la cama y se masturba junto a ella, que no tiene fuerzas ni para llorar.

Cuando acaba, su cara vuelve a tomar esa expresión infantil que la enamoró. Como si hubiera descargado en su novia toda la bronca que acumuló durante días.

Anita queda medio viva y medio muerta. Escucha que Jano entra al baño en *suite*. Mientras silba *La cabalgata de las valquirias*, abre la canilla caliente y se mete bajo la ducha.

Ahora se debe estar enjabonando, como si pudiera limpiarse lo mierda que es. Le cuesta creer que en un mismo cuerpo puedan convivir dos seres tan diferentes. ¿Estará enfermo? ¿Cómo puede ayudarlo?

Jano sale con la toalla atada a la cintura. Siente que entra al guardarropa, selecciona una muda y se viste. Elige un perfume cítrico: eso significa que está de buen humor.

Comienza a tararear el *Himno a la Alegría*. Se nota que estamos en la onda germana, recordamos la música que sonaba en el viejo tocadiscos de papá.

Anita oye el chirrido de la puerta y se desespera. Tiene ganas de mear. Además, quiere limpiarse. Está asquerosa.

—¿No me vas a soltar? —dice con un hilo de voz.

Él ríe jovial. Busca una tijera, toma sus muñecas con delicadeza y corta los precintos. Ella gira la cabeza y lo mira sin entender. ¿Dónde está el monstruo que la torturó hace media hora?

Jano le pega una palmada en la cola y juega con su melena revuelta. Ella permanece quieta ante la muestra de cariño. No puede incorporarse, le duele hasta respirar.

—Tengo una reunión importante. Te dejo sola, negrita, no me extrañes.

Capo narco. Psicópata. Golpeador. Pero ante todo, un hombre de negocios. La Barbie se prepara para una cena con personal jerárquico de la aduana. Con ellos mostrará su faceta más encantadora. Chico lindo, culto y seductor.

Lo último que oye Anita es el motor de su camioneta alejándose de la mansión. Queda dormida sobre las sábanas blancas, con la espalda cubierta de sangre y semen.

VIII

NO SABE CUÁNTAS HORAS DURMIÓ. Quizá le daba miedo despertar. Cuando abrió los ojos, estaba oscureciendo. Jano todavía no ha regresado.

Llenó la bañera. Jugó con la espuma y se sacó la mugre. Después de secarse, cambió la ropa de cama y se acostó. No quiere salir del cuarto. Es su refugio y mazmorra.

Anita navega por internet con su *laptop*. Quiere llenarse la cabeza con noticias boludas. Fulanita y menganita se volvieron a pelear. Sutanita, otra vez en pelotas. Lo que no sabés de la trola de turno que ya no tiene nada que decir.

Se burla de esos personajes, pero a la vez los envidia. Le encantaría ser parte de la farándula, pero con *glamour*. Sin embargo, cuando quiso entrar a una escuela de modelos, la trataron de gorda. “Demasiado pulposa, muy *fifties*. Bye bye”.

Que se vayan a cagar. Ahora tiene más guita que ellos. No los necesita. Bah, la guita es de Jano. Da igual. Sin ensuciarse, ella se dedica a gastarla.

¿A qué precio?

No le gusta que sus pensamientos vuelvan a la realidad. Se estupidiza un rato con juegos *online*. Nada complicado: puzzles simpáticos con animalitos abrazables.

Tiene que aprender a comportarse. Ya sabe lo que pasa cuando se sale del guion. Si es una chica buena, su novio la recompensa. Pero cuando no está atenta a las señales, desata a la fiera.

Anita descubrió el lado oscuro de Jano en su primer viaje a Punta del Este. Todavía vivían lo que llaman la luna de miel. Cada uno era perfecto para el otro. Nunca discutían. Caminaban de la mano sobre nubecitas de algodón.

Habían pasado un día hermoso en la playa. No conocía el mar. Armaron un castillo de arena, compraron churros y tomaron mate con el sol escondiéndose tras las olas.

Jano le dijo que debía arreglar unos asuntos y la dejó en la guardería náutica. Cuando llegó al yate, suspiró: estaba sola, no tenía que aguantar la mirada babosa de Axel Braun. No entendía por qué su novio insistió tanto en navegar con él. Podrían haber tomado un avión desde Buenos Aires.

Con la vejiga por explotar, entró al primer baño que encontró. Después se acordó de que no funcionaba la descarga. O quizá nadie se había molestado en arreglarla. Levantó la tapa de la mochila y encontró un montón de bolsitas.

Ella pensaba que solo exportaban calzado.

Jano apareció a la madrugada, pasado a champán. Cuando entró a la habitación, Anita lo esperaba con los brazos cruzados.

“Narco, sos un narco”, le reprochó. “Sí, ¿y?”. “¡Me engañaste!”. “Vos nunca preguntaste”. “¡Me dijiste que eras empresario!”. “Una cosa no quita la otra. ¿En serio pensás que la guita se hace laburando?”. “¡Yo me voy, no quiero saber nada!”. “Vos no te vas a ningún lado”.

Hacía años que nadie castigaba su cuerpo. Esperó que Jano se quedara dormido y se fue a la terminal de buses. No quería volver a ser la esclava de nadie.

Cuando estaba por subir al micro que iba a Montevideo, apareció su novio con un ramo de flores y trompita de arrepentido.

La reconciliación fue explosiva. No aguantaron llegar al yate. Se encerraron en el baño de mujeres y le dio duro contra la pared.

Más tarde, hubo besos y caricias en el camarote. Jano apoyó la cabeza sobre su vientre, lo humedeció con sus lágrimas y confesó que no podía controlarse.

“Sos mi cable a tierra”, murmuró con los ojos enrojecidos. “Sin vos, solo queda mi oscuridad. Por favor, nunca me abandones”. ¿Cómo negarse cuando está en plan de niño indefenso? Hace que te olvides de su costado sádico.

Anita le consultó si podía dejar el narcotráfico. Él se rio ante su ocurrencia. “Si hay demanda, hay oferta. Son las leyes del mercado”. “Buscate otro mercado”. “Si no soy yo, será otro”. “¿No es peligroso?”. “Mejor no preguntes más”.

Sí, mejor ser como esos monitos que se tapan los ojos, las orejas y la boca.

No debe ser una desagradecida. Antes la cagaban a palos y no tenía nada a cambio. Ahora, las palizas son la excepción y casi todos sus días son de princesa.

Nadie es perfecto. Hay que poner lo bueno y lo malo en una balanza. Y en la balanza de Anita, las virtudes de Jano pesan más que su perfil psicópata.

Bueno, a pensar en cosas lindas. No gana nada al revolcarse en sus miserias. Debe ponerse al día con sus redes sociales. En este momento necesita una lluvia de *likes* para levantarle el ánimo.

Acomoda su cabello en la almohada, ensaya su mejor cara de víctima, cubre sus ojos con un brazo y se saca una *selfie*. Genial. Elige un filtro que realza sus labios gruesos y la sube.

“Cuando amarte duele”. Se pasó con la frase. ¿Será que uno escribe mejor cuando lo siente? No tardan las reacciones de sus fans. Algunos son guarangos; otros, románticos. Y nunca falta la *hater* que remarca que está gorda, peluda o putona.

Un mensaje por privado. Abre el chat.

—¿Anita, sos vos?

Entra al perfil de @silverprincessba.

Reconoce esa sonrisa traviesa, las paletas levemente separadas y la nariz respingona. Ahora Karim está rubia. Sí, es Karim. Aparece en un velero con dos chongos. Alta fiesta en un boliche. Un armario lleno de zapatos. Compras, compras y más compras. ¡Bien ahí!

—¡No lo puedo creer! ¿Dónde estás?

—Acá, en el DF.

—¿En qué andás?

—A vos te digo la posta. Laburo de *escort*. Son pocas horas y pagan mucho.

—¡Ay, boluda, pero caíste en la misma!

—Va a ser poco tiempo. Me estoy comiendo a un productor. Mañana tengo un *casting*.

—¡Mucha *merde*!

—Vos tampoco la pasás mal.

—Mi novio está forrado.

—Che, está por caer un cliente. Hablemos, ¿dale? Y ya sabés: si un día te cansás de tu macho, te venís.

—Beso. Te adoro.

—Yo más.

Anita apaga el celular.

No está tan sola en el mundo. Karim la espera a miles de kilómetros. Su Karim. Sin ella no habría subsistido los largos años en cautiverio. Siempre encontraba un motivo para bromear y mirar hacia adelante.

Nunca se cansará de su macho. No concibe una vida sin él, lo ama con violencia. Además, está convencida de que no puede encontrar a alguien mejor. Sin embargo, no estaría para nada mal probar suerte en México. Es una tierra de oportunidades. Ya hubo otras argentinas que triunfaron en suelo azteca: Rosita Quintana, Marga López y cómo olvidar a Libertad Lamarque, enemiga de Evita Perón.

Anita se enfrasca en sus fantasías de divas retro y se llena de esperanza. Tarde o temprano, ella también podrá lograrlo. A su cabeza viene el fragmento de una canción de Gloria Trevi: *Y miré la noche y ya no era oscura, era de lentejuelas.*

Busca el video de *Todos me miran* e intenta bailar. Le duele el alma. Dispersa sus pensamientos negativos contra Jano, el señor de la billetera, y se enfoca en algo mejor: comer. Comer siempre la pone contenta.

Recoge su cabello todavía húmedo y va a la cocina en camión. Abre la heladera, no hay mucho para elegir. Se decide por los *muffins* de arándanos.

Debe ensayar qué expresión tomar cuando vuelva su novio. ¿Acá no pasó nada? ¿La nena se portó mal? ¿Más enamorada que nunca? Se sienta en el sillón y apoya los pies en la mesa ratona. Ñam ñam. Deliciosos. Va a buscar más comida.

Mientras Anita revisa las alacenas, le tocan el hombro y ella se sobresalta. Fue como si le clavaran un cuchillo hasta la médula espinal.

—¡Carajo mierda!

Encuentra a Dante con las manos en alto, asustado por su reacción. No sabe que las divas tienen licencia para putear.

—Disculpe, señora.

—Tengo una contractura tremenda. ¿Qué pasa?

—Quería saber si estaba bien.

Ella desvía la vista.

—Sí, ¿por qué?

—Anoche noté movimientos extraños y...

—Estoy perfecta.

Anita enfila hacia su cuarto. Quiere encerrarse a ver películas viejas y olvidarse de la realidad. Dante desliza el índice por su espalda desnuda.

—Las contracturas no dejan estas marcas.

Lo enfrenta con la mirada, pero no puede sostenerla. En los ojos del custodio encuentra ternura y comprensión. Cuando su expresión deja de ser dura, se asoma otro Dante, un Dante que la contiene y desarma.

Se cubre la cara con las manos, muerta de vergüenza.

—Estaba nervioso. Él no es así.

Dante sacude la cabeza. La toma suavemente del brazo y la lleva hasta una silla. Ella se desmorona. Amar a Jano duele, duele demasiado. Te carcome como un cáncer. Cada vez queda menos de vos. La violencia es violencia, no se tapa con joyas, zapatos y viajes.

Anita llora con pequeños quejidos. Tiene la cabeza sobre la mesa, escondida entre sus brazos. Parece una nena frágil y desamparada. Su cuerpo tiembla bajo el camión de raso crudo. Instintivamente, Dante estira una mano y busca acariciar su cabello, pero se detiene: él es un empleado y ella, la señora de la casa.

Su corazón adormecido se conmueve con esa mujer. Ya no quiere arrojarla desde el auto en movimiento en plena autopista. Siente que debe cuidarla.

Más allá de las armas, no conoce otra forma de proteger. Intenta recordar cuándo fue la última vez que él mismo se sintió seguro y le viene una imagen de la infancia.

Él estaba en el comedor haciendo las tareas. Su madre volvió de dar clases, besó ruidosamente su mejilla y le preguntó

qué quería merendar. Le pidió panqueques con dulce de leche. Comieron juntos y bromearon. Después llegó su padre con la peor noticia. Hasta ese día fueron una familia feliz.

Agarra una botella de leche de coco, maicena, extracto de vainilla y azúcar mascabo. En esta casa de veganos tiene que improvisar. Espera que la sartén aceitada esté bien caliente y derrama la mezcla.

No se pegan, para nada mal.

El olor a panqueques recién hechos invade la cocina. Anita sale de su trance y busca al custodio con la mirada. Ahí está, hurgando en los estantes, hasta que encuentra un frasco de mermelada de frutilla.

Ella sonríe naturalmente, sin esa afectación que cree de diva.

—Nunca habían cocinado para mí.

—Los hice porque tengo hambre.

Por un momento, Anita frunce el ceño. Después se relaja. El androide coloca sobre la mesa dos platos, cubiertos y la bandeja de panqueques. Saca un par de vasos y sirve limonada.

—Por esta vez le convido.

El custodio se alegra al verla devorar con placer. Se siente tan a gusto que se olvida de los modales y se chupa los dedos. Él no se horroriza: le parece encantador.

Cuando termina, Anita recoge los platos y los lleva a la piletta. Dante la aparta y se pone a lavar él. Ella lo observa como si fuera un extraterrestre.

—Por favor, no le digas nada. Si se entera de que me viste... que sabés...

—Tranquila, señora. Soy un androide, estoy programado para obedecer.

Lo mira sin entender y él esboza una media sonrisa. Ella se la devuelve. Ya no lo ve tan potus.

IX

JONATHAN SE DIVIERTE con la consola frente al televisor de sesenta y cinco pulgadas de Héctor Costello. Le recomendaron no sentarse tan cerca, puede quedarse bizco. No importa, ¿quién lo va a retar? Lo dejaron solo en el *playroom*.

El nene se zampa unas galletitas de chocolate y se baja el vaso de gaseosa. Gaseosa de verdad, no esos sucedáneos del conurbano. Va a la cocina por más. De paso, recorre esa casa que para sus ojos parece de película.

Detrás de un muro de cinco metros se esconde la guarida del Bambi. No está muy lejos de Villa Turrón, pero en esa parte del barrio todavía se puede caminar de noche.

En el frente hay una canchita de fútbol, una pileta y muchas palmeras. Así son en el imaginario popular las mansiones de los narcos colombianos. En el interior del chalet, conviven armarios y sillas de su época de pobre con muebles de diseño exclusivo. Cada ambiente está pintado de diferente color.

Hay cámaras camufladas en todas partes. Rara vez chequea las imágenes, pero su sola presencia le da una sensación de mayor seguridad.

Jonathan vuelve a su juego de mercenarios. Le encanta ver cómo se salpica la pantalla con sangre. Don Héctor le dijo que cuando sea grande puede tener un trabajo así. Es muy buena onda el viejo. Ojalá su hermana se case con él. Sería genial mudarse con ellos y tener un cuarto propio con aire acondicionado.

En el piso de arriba, con las persianas entreabiertas, suena a todo volumen Becky G. Las caderas de Samantha se mueven hechizantes al ritmo del pop latino. Su pelvis juega con los barrotes interminables de la cama con dosel: *A mí me gustan mayores, de esos que llaman señores. De los que te abren la puerta y te mandan flores.*

El Bambi, con un torso trabajado y para nada despreciable, la toma por la cintura, derrama sobre sus pechos una botella de tequila y bebe de su cuerpo.

Sus manos grandes y cálidas la vuelven loca. Samantha busca su miembro inflamado y se llena la boca con él. Le duelen las mandíbulas. Acaricia sus bolas pesadas, juega con su ano y la leche sale disparada hasta su garganta. Siente que bebe su poder.

A mí me gustan más grandes, que no me quepa en la boca... los besos que quiera darme, y que me vuelva loca.

Ahora viene la magia. Lo mejor que sabe hacer Héctor Costello. Su cabeza se pierde en la entrepierna de Samantha y le hace ver las estrellas.

Ella se concentra para atrasar el orgasmo. No quiere acabar tan rápido. Le gusta demasiado. Ningún pendejo se la chupa así. Está cerca. Muy cerca. No sabe cuánto más se podrá contener.

Suena el celular del Bambi.

Bruscamente, la deja sola y se va a hablar al pasillo. Cuando regresa al dormitorio, ya no es el viejo ardiente que la hace explotar. Es su jefe, el que ordena y dispone.

—Listo, andate. —Ella le tira besitos y se hace la sexy. A él no se le mueve ni un pelo—. Dale, piba, levantate.

—Pero me quiero bañar.

—Se van ahora.

Impregnada de alcohol y otros fluidos, se viste con pocas ganas. Cuando él se pone firme, no hay forma de convencerlo de lo contrario.

Jonathan los ve bajar por la escalera y se muerde el labio inferior. Se acabó la fiesta. Odia regresar a su vida de villero.

—¿Cuándo volvemos, Sammy?

—Vuelvan cuando quieran.

El Bambi revuelve el cabello castaño del chico. Abre un aparador, saca una caja de bombones y se la entrega. Jonathan le regala una sonrisa sin caninos.

Ella lo mira enternecida. Se hace el macho recio, pero tiene su instinto paternal. Le parece raro que no tenga hijos, ¿será estéril?

—Esto es por el Ratón Pérez.

—¡Gracias, don Héctor!

—¿Para mí no hay nada, papi? —bebotea Samantha.

—Que te convide él.

Los acompaña hasta la entrada y después de pellizcarle una mejilla a Jonathan, cierra el portón. Listo el trámite. Ya tuvo su polvo del día. Bastante gauchita la pendeja, pero a veces se pone densa.

El Bambi va al baño, se moja los rulos entrecanos y se peina con gel. Le gusta la imagen que le devuelve el espejo. En su dormitorio se cambia la camisa por otra igual de colorinche. Por último, unas gotas de perfume francés.

En la cocina, pone la pava para el mate. Saca la yerba orgánica y le agrega unas cascaritas de naranja. Conoce a la perfección los gustos de su visita. Largos años de malcriarlo.

Jano tiene las llaves de esa casa, pero toca el timbre por respeto. Y también por precaución. Jamás olvidará el día que encontró en pelotas al Bambi y a doña Irma. Muy desagradable.

—¿Todo bien, pibe?

—Traje tortitas negras.

Deja el paquete de la panadería sobre la mesa y se desploma sobre un sillón. Está agotado. Después de fumarse el mal humor de Anita, se encontró con Melany, de los monoblocks. Le pagó un remis hasta una confitería de zona norte. Luego de chamuyársela con masitas y café, la puntera le pasó el contacto de un tipo que por unos mangos está dispuesto a colaborar con información.

El Bambi se sienta frente a él. Lo hace con un poco de dificultad: la pendeja lo dejó agotado. Jano echa la cabeza hacia atrás y se acaricia la nuez de Adán. Tuvo un día duro. Y todavía no ha terminado.

—Qué barrio de mierda, ¿por qué no te vas?

—En este barrio de mierda naciste y te criaste.

—Papá fue inteligente, se fue al *country*. Sos un terco.

—Cuando tengas mi edad vas a entender.

—Ojalá nunca llegue a ser un viejo choto como vos. —Jano le guiña el ojo y el Bambi le pega un suave puñetazo en el hombro.

—¡Más respeto, borrego!

Comparten unos mates y debaten sobre fútbol. Sí, nos tienen de hijos. Fulanito es de madera. El DT es un boludo. Al arquero habría que mandarle un par de muchachos. ¿Van a viajar a la final? Vamos, Boquita, carajo.

—Bueno, pibe, ¿para qué viniste?

—Ya tenemos a nuestro espía en la banda del Koala.

—Está bien, por precaución.

—¡Precaución, las pelotas! Venganza.

—¿A quién compraste?

—Al Kiki. Su hijo murió de leucemia, no le dieron ni una mano. Está recaliente.

—¿Hiciste el cálculo costo-beneficio?

—Estoy cansado de que me tomen por boludo.

—Si vos lo decís... Siempre estoy para lo que digas.

—Lo sé.

Jano se levanta y le cambia la yerba al mate. Ceba el primero, le pone azúcar mascabo y lo toma. Fuerte y empalagoso, le encanta. El segundo se lo pasa al Bambi.

—Héctor, tenemos que hablar.

—¿Y qué estamos haciendo?

—Estoy preocupado por vos. ¿Te hiciste chequeos?

—No necesito. Estoy fuerte como un toro.

—Te noto cansado.

—No entiendo adónde querés ir.

—Lo que pasó con Lechuga es muy grave. Si no fuera por Dante, hoy no estaría acá.

—El Cheto me ganó de mano. Yo también te hubiera podido salvar.

—Héctor, estás grande. Prefiero que te hagas cargo de la logística y el manejo del personal y que Dante se ocupe de lo más pesado.

—¿Querés jubilarme?

—Todo lo contrario. Te quiero cuidar.

—Tengo las bolas bastante peludas como para que me pongan niñera.

—El próximo podés ser vos. Yo no puedo arriesgarme a eso, Héctor. Valés demasiado para mí. Somos familia.

Jano suena sincero. ¿Realmente está hecho un viejo choto? Cuando era pequeño, lo admiraba como si fuera un

héroe. Siempre le hacía preguntas lleno de curiosidad, como si fuera una enciclopedia del hampa. “¿Cómo apuntás?”. “¿Cuál es la diferencia entre una automática, una semi y una de repetición?”. “¿Adónde disparás si no querés matar?”. “¿Cómo te curás una herida?”.

Es inevitable. El tiempo pasa y los roles se van invirtiendo. Ya no es el hombre fuerte del cual podía aprender.

—¿Estás bien, Héctor?

—Lo que vos digas, pibe. Creo que me voy a dormir una siesta.

—Así me gusta, bajá un cambio. Descansá. Se vienen días pesados y te quiero con todas las pilas.

La Barbie sigue con un discurso hipócrita como gerente de recursos humanos. El Bambi deja de escucharlo. Sabe que solo son palabras que tratan de acariciarle el ego.

Cuando se acaba el agua del termo y ya no hay excusa para seguir mateando, Jano se despide. Héctor sube a su dormitorio y desde la ventana observa cómo Jano pone en marcha su coche. No puede quitarse la manía de cuidarlo.

El vehículo se aleja por la calle bordeada de plátanos de sombra. Siente que a partir de este momento empieza el final de su vida.

El cielo está despejado, pero el sol ya no pega tan fuerte. El calor afloja. Los abuelos sacan las reposeras y hacen sociales. Los chicos juegan un picadito en la vereda. Los novios salen a pasear de la mano.

El Bambi se siente muy solo. Abre el cajón de su mesa de luz y toma su *Bersa 22*. Aunque es casi un trasto, le guarda cariño. Tuvieron grandes aventuras juntos. Lo bancó en las buenas y en las malas. Este mundo moderno no sabe valorar la sabiduría de los años.

Por un momento, se le atraviesa el pensamiento más oscuro, pero le falta valor. Prefiere sentarse a ver por enésima vez *El Padrino* con una botella de whisky.

Una lástima. Hermosa tarde para rajarse un tiro.

X

ANITA PINTA LOS VERDES INFINITOS de la selva misionera. En el margen derecho se asoman las aguas plateadas del Paraná. Casi perdido entre la vegetación hay un lapacho fucsia. Sus flores languidecen, se asfixian en el cuadro.

Ella cierra los ojos y se traslada hasta ese paisaje. La brisa le trae el perfume del río. Podría hundir sus pies en la playita; o bien, recolectar nísperos silvestres. Pero no. Recoge el hacha que olvidó un leñador y se dirige a un ranchito de madera y chapa.

Empuja la puerta. Sobre un montículo de frazadas viejas, yacen Vera, su madre, y Manuel, su padrastro. Están abrazados. Se quieren a su modo. El tiempo no ha pasado para ellos. En el piso de tierra hay colillas, botellas de cerveza vacías, cáscaras de banana y semillas de mamón.

Le agarran arcadas. El ambiente está tan viciado que cuesta respirar. Increíble que haya vivido en ese chiquero. Uno se acostumbra fácil a lo bueno.

No hay rastros de algún hermanito. Quién sabe, quizá su madre lo haya perdido después de una paliza. Manuel no la respetaba ni embarazada.

En un rincón, sobre un cajón de manzanas, Anita descubre un cuaderno barato. Castillos. Arcoiris. Unicornios. Princesas. Ahí están sus primeros pasos como artista plástica.

Mientras recorre los dibujos de su infancia, le agarran el culo. Anita toma de nuevo el hacha, se da vuelta y la clava sobre la frente de su padrastro. Manuel esboza una sonrisa que no se borra a pesar de que la sangre le va cubriendo la cara. Aguanta demasiado. Finalmente, se desploma como un árbol viejo con las raíces podridas.

Su madre, ya despierta, pega un grito que espanta a todos los pájaros de la selva. Se arroja sobre el cuerpo de su pareja y lo cubre de besos. Ni repara en su hija. ¿Alguna vez la quiso? ¿Por qué no la abortó?

—Soy yo, mamá.

Vera no responde. Está abrazada al cadáver de Manuel y murmura cosas sin sentido. ¿La tendría dominada por el sexo? No importaba si durante el día la había molido a palos. Todas las noches cogían escandalosamente en esa tapera diminuta. Anita no tenía otra que hacerse la dormida.

Los recuerdos se agolpan en su cabeza y hierve de bronca. Clava el hacha en la espalda de su mamá, que no logra reaccionar ante el ataque.

Está cebada. No puede parar. Cuando sale de ese trance asesino, ve que desaparecieron los cuerpos. Ahora hay un montículo de carne picada, pelos y trapos. ¿Quién era Vera? ¿Quién era Manuel? Están más unidos que nunca, hasta que los gusanos los separen.

Admira por unos segundos esa carnicería y sonrío. Excelente *performance*. Lástima que no haya un público para aplaudirla.

Anita sale de la casucha. Necesita lavarse. Camina hasta el río, se sumerge vestida y hace la plancha. Cuando se aburre, se recuesta sobre una piedra para tomar sol.

Una mosca se posa en el dorso de su mano. Si bien siente el impulso de aplastarla, decide observarla con detenimiento. Es blanca, pequeña y perfecta. En escasos milímetros hay toda una estructura que sostiene esa vida. Deja que retome su vuelo.

—¿No te embola estar tantas horas con el pincel?

Jano la toma por la cintura y le besa el cuello.

—Me relaja, para mí tiene algo como espiritual.

—Qué flashera. Quiero tomar de la tuya, negrita.

La abraza y busca sus labios. Anita se contorsiona como una gata. Él lo interpreta como un coqueteo, pero en realidad ella busca tomar distancia. Si la sigue tocando, ya sabe cómo termina la cosa: no va a pintar nada.

—¿Me dejás seguir un cachito más?

Su novio deja de sonreír. Se está encabronando.

—No sé para qué tengo novia si nunca quiere coger.

—Sos un exagerado.

—¿Hasta cuándo me vas a tener en cuarentena?

—Amor, termino y nos hacemos mimitos, ¿dale? —propone conciliadora, por miedo a que se enoje.

—Ya fue, me quitaste las ganas.

Jano se va del atelier con un portazo. Ella se sacude de hombros y vuelve a sentarse frente a la tela. Mira y mira el revoltijo de colores, pero ya no hay fantasía. El forro de la Barbie le quitó la inspiración.

Anita se deja caer en un diván. Está mentalmente agotada. Hace catarsis con los acrílicos. Es la única terapia que su novio le permite, teme que ventile intimidades. La verdad que extraña a su psicóloga. Hay demasiados elementos nuevos en su vida y no sabe lidiar con ellos.

Las cosas se están normalizando con Jano. Después de la última zurra, anduvo con la cola entre las patas y expresión

lastimera. Ahora reclama lo que llama “sus derechos maritales”. ¿Serán así todos los hombres? No tiene mucho con quién comparar. Su padrastro era una bestia. Y de su papá ni se acuerda, murió en un accidente en el yerbatal cuando todavía era una beba. Su madre no tardó en encontrar reemplazo: se agarró al capataz.

Está furiosa. Siente que nació en un círculo de violencia y no sabe cómo escapar. ¿Tendrá un imán de psicópatas?

Cuando salió del prostíbulo del Paja Testa, pensaba que la pesadilla había terminado. Tenía por delante una vida de princesa. Sin embargo, solita volvió a meterse en quilombos.

Tiene que descargarse. Un poco de aeróbico, aparatos, bolsa y listo, queda hecha una seda. Va al vestidor. Elige un conjunto deportivo azul Francia y unas zapatillas rojas. Se sienta frente a su cómoda, se toma el cabello en una coleta y retoca su maquillaje. Debe lucir divina.

Toda esa producción es para ir a un gimnasio que queda dentro de la misma casa. Jano odia que haga sociales con la gente del *country*. Dice que son chismosos como pueblerinos. Además, no le gusta mucho la idea de que se encierre con una manada de chongos musculosos. En el fondo, le hiere el ego ser un hombre de contextura menuda y rasgos suaves.

El gimnasio da al parque trasero de la mansión. Anita usa menos de la mitad de los aparatos, el ejercicio nunca fue lo suyo. Cuando jugaban al *handball* en la escuela, la mandaban al arco porque no sabía picar la pelota.

Dante realiza flexiones de brazos. Está tan concentrado que ni nota su presencia. Ella se lo queda mirando por curiosidad: jamás le salieron las lagartijas, terminaba con la panza en el piso.

El custodio lleva unos pantalones cortos y una musculosa blanca. Nunca lo había visto sin camisa. Con cada movimiento,

sus brazos se tensan y las venas parecen a punto de explotar. Apenas tiene apoyados los dedos de los pies. Sus piernas y la espalda forman una tabla.

No se contenta con el ejercicio clásico. Innova separándose del suelo batiendo palmas, se contorsiona hacia los costados como si fuera un guerrero con arco y flecha, levanta una pierna y luego otra.

Anita deja de observar las flexiones en sí. Este androide sabe cómo manejar su físico. Y qué físico. “Se parece al David de Miguel Ángel, ¿también la tendrá como un maní?”. Ella se ruboriza con este pensamiento. Es la primera vez que se sorprende mirando a otro hombre desde que está con Jano.

Su novio le gusta, sí, pero por momentos siente que es más femenino que ella. Y no es solo su idea. Un día caminaban de la mano por un parque y un tipo tocó la bocina: “¡Qué culo, rubia!”. De inmediato, él se llevó la mano a la cadera, con ganas de cagarlo a tiros.

Dante introduce elementos de yoga. Adopta la postura del perro, flexiona los brazos, adelanta el torso y su cuerpo queda paralelo al piso. Sus movimientos son tan armoniosos que a ella le recuerdan las olas del mar.

Termina con la serie, se levanta y elonga los brazos. Anita se acerca al *dispenser* de agua con su botella de vidrio y aprovecha para saludarlo. El custodio se pone derecho, como un soldado, y baja la vista.

—Perdón, señora, el patrón dijo que podía ejercitarme.

—Todo bien.

Ella le sonrío, agradecida por la contención de la otra noche. Además, los panqueques estaban riquísimos. Pero él no reacciona a su amabilidad. Parece tener amnesia selectiva.

Enojada, se coloca los auriculares y se sube a la cinta. Escucha el *soundtrack* de *Flashdance. Take your passion and*

*make it happen, pictures come alive, you can dance right through your life.*⁴ ¡Wow, qué época! Buena música, mallas bien cavadas, hombreras, brillos y peinados vaporosos.

En su corazón hay una lucha entre la estética ochentosa y su amor por el *glamour* de las divas de antes. ¡No pegan ni con moco, todo mal! Se pone nerviosa y aumenta sin querer la velocidad del equipo. ¡Odia correr! Presiona el botón para aminorar la marcha, pero no funciona.

Anita intenta seguir el ritmo. Sin embargo, su estado físico no la ayuda. Pierde el equilibrio y cae de la cinta. No se lastima. Justo a tiempo, la atajan los brazos de Dante.

El calor de su cuerpo la marea. Cierra los ojos y siente que la mirada intensa del custodio le perfora los párpados. Él le hace upa hasta una silla.

—Gracias —dice Anita en voz baja, muerta de vergüenza.

Dante no le responde. Extiende una colchoneta en el otro extremo del gimnasio y realiza abdominales. Ella le hace *fuck you*.

—¡Así los quería encontrar!

Jano lanza su horrible risotada. Ella palidece. Menos mal que no los vio un minuto antes, cuando estaba con cara de boluda entre los brazos del custodio.

Su novio acaba de entrar al gimnasio con Axel Braun, un hombre con sobrepeso, medio colorado y piel rosada. La primera vez que lo vio, Anita pensó en Porky, de los *Looney Tunes*.

—Yo no le permití a la servidumbre usar el gimnasio.

La Barbie frunce la boca hacia abajo. No le gusta para nada su costado rebelde. A ella cada vez le importa menos. Total, tarde o temprano encontrará un motivo para usarla de *punching ball*.

⁴ *Tomá tus sueños y concretalos, las imágenes se hacen realidad, podés bailar a través de tu vida.* Fragmento de *What a feeling*, tema compuesto por Giorgio Moroder, Irene Cara y Keith Forsey.

Anita saluda al contador con una inclinación de cabeza. Él le mira el escote, marcado por la transpiración. Qué asco de tipo, tiene la consistencia de una ameba.

Dante les da un fuerte apretón de manos. Axel lo mira de arriba a abajo y sube el pulgar.

—Tenías razón, da con el perfil.

—¿Justo hoy le tenía que agarrar cagadera a tu amigo?

—Eso le pasa por hacerse el sanito y comer ensalada. Nunca se sabe cómo lavan las verduras.

Parece una conversación de locos. Anita escucha sin entender nada. Jano se da cuenta y le toma la mano, con esa mirada de chico bueno que usa cuando quiere convencerla de algo que está mal.

—Negrita, ¿te gustaría ir a Punta del Este?

—¿Pero no estás a *full* con tus negocios?

—Por eso mismo, no puedo ir yo.

—No estás insinuando que...

—Esta noche salen con el yate.

—¿Con Axel? —Anita mira horrorizada al contador. No quiere ni pensar en quedarse a solas con ese perverso.

—No, lo necesito acá. Te vas con Dante. Él ya sabe qué hacer.

Jano acaricia la mejilla sin afeitar de su favorito y le guiña un ojo. Axel esboza una sonrisa discreta. El custodio aprieta los puños tras su espalda. Anita le manda un mensaje a su pedicura: ni loca se va con los pies así.

XI

EN LÍNEA RECTA, hay poco más de trescientos kilómetros entre Buenos Aires y Punta del Este. La travesía podría ser simple, pero bajo el Río de La Plata se esconden centenares de barcos hundidos. Son un peligro si están cerca de la superficie. Se debe navegar en zigzag hasta llegar al océano Atlántico.

Anita se encerró en su camarote apenas subieron al yate. Está muerta de miedo por llevar dos toneladas de cocaína con noventa y ocho por ciento de pureza. No quiso ni salir a almorzar. Dante le dejó una bandeja con frutas junto a la puerta. Sabe que en el fondo es una nena malcriada.

Los zapatos con droga desembarcan en Uruguay: en enero, la costa se llena de argentinos y la demanda es altísima. El grueso del cargamento, distribuido en fardos, está escondido en el fondo de la embarcación y se entrega en altamar.

El custodio no durmió en toda la noche. En silencio, mientras tomaba mate, admiró la costa iluminada de Montevideo. Y al amanecer, se emocionó con las aguas teñidas de fucsia. Nunca había navegado. Tampoco había salido del país. Muchas emociones juntas que no puede compartir con nadie. A eso sí está acostumbrado.

Está contento por la confianza que le depositó la Barbie. Quién lo hubiera dicho, ese pibe de barrio por el que nadie daba un mango ahora viaja con los lujos de un narco.

Ya se encuentran cerca de las coordenadas pactadas, al límite de la plataforma continental. Dante toma los prismáticos y divisa en el horizonte el buque fábrica de *Os Pulpos*, la organización narcopesquera de Xoán Filgueira.

Saca el teléfono de conexión satelital que le entregó Jano. Busca al usuario @raqueirodoscollons y le da “me gusta” a la foto de unos pies desnudos en la playa. Después de unos minutos, los gallegos publican la imagen de un baldecito en la arena junto a tres caracoles. Otra vez “me gusta”.

—Podemos anclar, Cacho.

El capitán asiente y sigue las indicaciones. Es un hombre entrado en años, con edad de jubilarse, pero le encanta la adrenalina del contrabando. Aunque tiene amasada una pequeña fortuna, sigue en el negocio.

A tres millas náuticas, un minisubmarino se desprende de la embarcación gallega. A bordo viajan seis buzos que trabajarán en el fondo del yate hasta dejarlo bien livianito.

En teoría, no tendrían que ser molestados por Prefectura. En el puerto están locos por la llegada de turistas. Además, la gente de Filgueira ya arregló con quien debía arreglar.

Dante se despereza. Le bajó todo el cansancio de golpe, pero todavía no puede dormir. Necesita una fuerte dosis de cafeína para seguir con todas las luces.

Como si le hubiera leído la mente, aparece Anita con un termo de café recién hecho. Lo coloca sobre una mesita en popa y sirve dos tazas.

—¿Querés?

—Es lo que hay.

El custodio toma la infusión sin despegar la mirada del horizonte. Ella se siente un cero a la izquierda. Le pareció muy tierno el gesto del desayuno en la puerta, quería ser cordial con él. Pero al parecer, en este mundo no hay lugar para los buenos. Todos son hijos del rigor.

Indignada, le baja los binoculares de un manotazo. Dante se restriega los ojos. Qué ganas de joderlo, no sabe lo que es laburar. Se rasca todo el día, lo único que hace es abrirse de piernas cuando llega el macho alfa.

La mira de mala gana. Qué raro, no está pintada como una puerta. ¿Será que el maquillaje está mal visto en altamar? Debajo del caftán de seda con arabescos celestes, puede adivinar sus curvas deliciosas. Dante desvía la vista inquieto.

¿Hace cuánto que no está con una mujer? Cuando vivía en Villa Turrón, solía comerse a alguna rocha. Minas lindas, con flequillo rolinga, *piercing* y calzas ajustadas. No necesitaba esforzarse en hacerles el novio, ellas mismas lo perseguían. Y cuando él ya estaba pasado de abstinencia, se dejaba hacer.

—¿Vos sos forro de nacimiento o por deporte?

Tan hermosa y con una boca de letrina. Aunque se haga la señora con clase, se nota que viene de los bajos fondos. Dante repara en la taza de café que todavía humea en su mano. Sabe horrible, pero al menos no tuvo que prepararlo.

Tiene que recuperar sus modales, estar rodeado de bestias lo deshumanizó. Entre los pibes de la banda no se anda con mucha etiqueta.

El custodio le sonrío y Anita se vuelve como un flan. Se odia a sí misma por las cosquillas que le recorren el cuerpo. Intenta que su cara no refleje la revolución de hormonas que explota en su interior.

—¿Cómo anda la entrega? —pregunta ella con naturalidad.

—En cualquier momento llegan. ¿Tenés idea de cuánto tardan?

—Ya te vas a dar cuenta.

El yate se bambolea un poco. Los muchachos de *Os Pulpos* comenzaron a trabajar. Anita trenza su cabello como si no pasara nada. Conoce todos los pasos de la operación. Más de una vez tuvo que acompañar a Jano cuando se le caía algún contacto.

—Vení, sentate conmigo. Nuestra parte terminó.

—¿Pudo descansar bien? Me alegra verla mejor.

—Ando empastillada.

Anita se ríe y sus ojos se achinan. Dante se enternece con su hilera de dientes blancos y pequeños. Sin esos aires de diva, parece una chica de barrio.

Quizá no sea mala idea relajarse un poco. No tienen mucho más que hacer. Están a cientos de kilómetros de Buenos Aires y sus obligaciones.

—Sabés que no logro sacarte la ficha a vos. O sos adorable o dan ganas de tirarte por la borda.

—El sentimiento es mutuo, señora.

—¿Perdón?

—Yo también la aprecio mucho.

—¿Podés dejar de tratarme de usted? Me hacés sentir una vieja chota. Y no soy señora, no estoy casada.

—Está bien, Anita.

—¿Qué hace un tipo como vos en Villa Turrón? Sos educado, sabés hablar, tenés presencia...

—A algunos no nos va tan bien.

—¿Qué hacías antes?

—Laburar, como siempre. ¿Vos naciste en cuna de oro, Anita?

Se pone seria. Solo le gustan las preguntas cuando las formula ella. Esto de hacer sociales con la servidumbre es una bajeza. Sin embargo, Dante le despierta demasiada curiosidad.

—Yo nací en una tapera. Pero supe reinventarme a mí misma.

—Como las grandes divas —acota él, y recuerda a su abuela pegada al televisor todos los mediodías. “Mirtha, qué informada, qué inteligente, qué fina”, pensaba en voz alta.

—¡Exacto! ¿Qué te parece? ¿Doy para diva?

Anita posa como para una tapa de *Radiolandia*. Se ve encantadora. Su sonrisa casi infantil lo lleva a un tiempo en que todavía tenía sentimientos.

—Yo te veo como una mezcla de Sophia Loren y Selena Gomez.

—¿Soy así de linda?

Dante termina el café. Está entrando en un terreno peligroso. Prefiere cambiar el rumbo de la conversación.

—Deberías tomar clases de canto y actuación, como hacen las famosas. Encerrada en el *country* no vas a llegar muy lejos.

Alguien cree en ella. Hasta ahora, siempre se rieron de sus ocurrencias, nunca la alentaron. Como si las estrellas aparecieran por generación espontánea.

La verdad es que Anita no sabe a qué dedicarse. Nunca se vio como cantante o bailarina. Y menos como actriz. Tiene ganas de salir en las revistas y portales, que la persigan los *paparazzi*, que todas las chicas la imiten. Pero claro, en algo hay que resaltar. No basta ser linda.

Dante parece seguro de sí mismo. Qué envidia. A Anita le encantaría andar sin miedo a encontrarse con algún monstruo de su pasado. Él es un tipo duro, tiene pasta para crecer. ¿Algún día se rebelará ante Jano? ¿Armará su propia banda? Le agarran escalofríos al pensar en esa posible guerra.

—¿Vos tenés sueños, Dante?

—Obvio.

—¿Ser un capo narco?

—Yo solo quiero estar en paz.

Con esta última frase, al custodio se le quiebra la voz. Por unos segundos, se ve frágil y desamparado. Ella tiene ganas de abrazarlo, pero no se anima. Se limita a acariciarle la espalda.

La mano de Anita se desliza entre sus omóplatos y los músculos de Dante se tensan. Percibe el tenue vapor tibio que desprende su cuerpo. Es tan dulce como el calorcito de un bebé.

No, no es un androide. Solo tiene el corazón dañado. Al parecer, no es la única que carga con una historia oscura que aún le duele.

Dante le dedica una sonrisa triste y saca su celular. Escribe un mensaje en la aplicación de notas: “La mansión está llena de cámaras, ¿pensás que el yate está limpio?”.

Anita queda desconcertada. Jamás pensó que vivía en la casa de Gran Hermano y que su novio fuera el único televidente. El muy pervertido es capaz de pajearse mientras la ve llorando por los rincones. ¿Se encerrará a ver su *reality show*? Está muy ocupado como para perder ese tiempo todos los días.

Tiene que dejar de actuar como una ratita asustada. Si la graba, ¿qué importa? Ella no está haciendo nada malo. Necesita un amigo. Delirar con la pintura no es suficiente. Hablar sola bajo la ducha tampoco. A la mierda. Su novio no le puede prohibir todo. Está podrida de ser su esclava.

“En Punta del Este no hay cámaras”.

Dante lee el mensaje y le brillan los ojos. No sabe adónde quiere ir Anita, pero le gusta su osadía.

El celular vibra. Llegó una notificación de @raqueiro-doscollons. Acaba de publicar la foto de un porrón bien frío con unas buenas tapas.

El cargamento ya está arriba del minisubmarino. Las cuentas fantasmas se eliminan de las redes sociales. Los teléfonos terminan en el fondo del mar.

—Misión cumplida.

Dante le hace una venia militar y se encierra en su camarote. Está tan cansado que le duele todo el cuerpo. Se tira vestido en la cama y queda dormido de inmediato.

Anita se recuesta sobre una reposera, saca su libro electrónico y se sumerge en el glamoroso mundo de la Regencia en Inglaterra. Ama a Jane Austen. Ama *Orgullo y prejuicio*. Fitzwilliam Darcy no puede estar más bueno. Sobre todo cuando te lo imaginás como Colin Firth en sus años mozos. Esas son las ventajas de las series viejas *online*: uno se encuentra con joyitas.

Ella siempre soñó con una gran historia de amor. Pero al parecer, todo tiene su lado B. Seguro que Cenicienta y el príncipe se aburrieron de su idilio de rosas rococó rosadas. Ya se imagina una escena de su vida conyugal. “Vamos, perra, quiero todo brillando”, le grita tirado en el sofá, mientras la otra limpia el piso en cuatro patas.

Las horas pasaron rápido. Al anochecer, anclan en suelo uruguayo. Hay poco personal en aduana. Anita declara la mercancía y paga los impuestos. Los funcionarios ya la conocen, saben que trae los zapatos de *Liebling*. De hecho, tiene unos pares limpios para regalar. Siempre son bienvenidos.

Cacho y Dante descargan los calzados para llevarlos a un camión que los espera en la calle. En medio del procedimiento, aparece la jefa de turno.

—¿Quiénes son estos?

La mujer frunce el ceño con desconfianza. Abre una caja y encuentra un modelo exclusivo con cristales incrustados. Le hace una radiografía con la mirada.

Anita se le acerca y le da un beso en la mejilla.

—¿Qué hacés, Carmen? ¡Tanto tiempo! Vos estás más flaca, ¿eh? Te queda divino. ¿Qué dieta hacés?

Sí, bajó unos cuantos kilos y el ojo clínico de Anita lo nota. En realidad, ahora se le ven más las arrugas, pero eso no se lo va a decir. La funcionaria sonríe coqueta.

—¿Qué pasa que no andás con Jano?

—Está muy ocupado. Así que me mandó solita, de paso me quedo unos días para hacer compras y tomar sol.

—Bueno, tan solita no estás... —suelta con un tono pícaro y señala con el mentón a Dante.

—Por favor, ni una palabra a mi novio.

—Es tu vida, querida. Bienvenida al Uruguay.

Carmen le guiña un ojo, le encanta ser cómplice de las aventuras ajenas. Está acostumbrada a los ricachones que vienen de trampa. La mujer se sacude de hombros y agarra una caja de zapatos. Anita palidece.

—No, no, esa no —la funcionaria se da vuelta con una mueca de disgusto—. Tengo la mercadería numerada. Vení que te doy esta de acá, la traje para vos. De paso me hacés propaganda entre tus amigas.

Carmen le muestra sus dientes chuecos en algo parecido a una sonrisa. Cacho regresa al yate rumbo a Buenos Aires. Anita y Dante se apresuran a subir al camión, antes de que la funcionaria se arrepienta.

XII

ANITA SE ESTIRA CON PLACER en la cama *king size*. No hay nada que le guste más que dormir sola. Bueno, coger también le gusta, su cuerpo ya extraña los orgasmos. Pero después de acabar, siempre tiene ganas de una siesta. Ella y las sábanas frescas, nada de otra piel que arda.

Aunque se hayan registrado como pareja, Dante se fue a dormir a la camioneta que alquilaron. Una directiva de la Barbie, que por nada del mundo permitiría que pasen la noche en una misma habitación. El custodio no protestó: al menos tenía aire acondicionado.

El *Shanti Hotel* es un complejo imponente en La Barra. Está rodeado de bosques y se encuentra en un terreno elevado con vista al mar. Tiene spa, cine, casino, piletas y canchas. Sin embargo, en plena temporada está casi vacío. Algunos aseguran que se debe a que las habitaciones tienen olor a humedad. Pero las malas lenguas dicen que los dueños no se esfuerzan mucho en que se llene. Mientras puedan lavar dinero, está todo más que bien.

Anita se quedaría a vivir ahí. Con lujos y aislada del mundo. Odia el tumulto de gente. Eso es todo un tema. Si

llegara a hacerse famosa, ¿cómo podría soportar el acoso de los fans? Tendría que revisar su vocación de diva. Quizá no tenga la fortaleza espiritual para soportar tanto amor.

Tienen el día entero para pasear. Esta noche ya deben volver a Buenos Aires. El viaje no podía ser tan relámpago: demasiado sospechoso. Para ella, mejor. Estira un poquito sus vacaciones de Jano.

En otro país, lejos de su novio, se siente fuerte e independiente. Piensa en la tonta sometida del *country* y se angustia. ¿Cuál será su verdadero yo?

El problema es que lo quiere. Es muy difícil dejar de querer, aunque te engañen, te peguen y te humillen. El amor se va desgastando, sí, pero aún se aferra a lo más profundo de tu ser.

Después de la última paliza, es más consciente que nunca de su relación tóxica. Los golpes de Jano dejaron en su corazón una semilla de rebeldía. Esa plantita, que cada día riega con rencor, pide venganza.

¿Me pegás? No cogés. ¿Me puteás? No te hablo. ¿No me das plata? Desaparezco. Y eso Jano no lo permitiría. Por alguna razón la eligió para ser su muñequita y encerrarla en una jaula de cristal.

Anita trata de convencerse de esa seguridad sobre su macho, pero le dura poco. Todos somos reemplazables. Cuando murió su padre, Vera se agarró al capataz. Cuando allanaron el antro del Paja Testa, los clientes se fueron a otro cabarulo.

Llevan separados más de dos días y él no le mandó ni un mensaje. ¿Qué estará haciendo en este momento? ¿Realmente está saturado de laburo? ¿O se quería llevar a una minita a la casa? ¿Y si al volver ya no la deja entrar? ¿Qué pasará con toda su ropa, sus cuadros, sus pinceles?

La idea de volver a trabajar doce horas por día en la peluquería le da jaqueca. Además, no cree que la acepten de nuevo. Cuando se fue, le gritó a la dueña que se podía meter las tijeras en el orto.

Necesita comer. Le encanta el *buffet* de este hotel. Hay frutas tropicales, exprimidos, delicias *raw* y panificados para celíacos. Todo para engullir sin culpa. Bueno, ella nunca tiene culpa con la comida. Ya pasó suficiente hambre como para volverse anoréxica.

“Una mujer sin panza es como un cielo sin estrellas”, dicen los árabes. Anita se abraza a sí misma. Si Jano le da una patada, ya tiene un plan: hace un curso acelerado de danza del vientre, se va a trabajar a Egipto y vuelve años más tarde a la Argentina llena de gloria.

Baja a desayunar muy optimista con un *outfit* bien esteño. Sombrero, lentes de sol, bikini blanco y un kimono a tono bordado. Más *top* imposible.

Busca a Dante con la vista. Lo encuentra junto a un ventanal, tomando un café con medialunas. Es un chico clásico. Está acostumbrado a su rutina y a la soledad.

Anita lo saluda a lo lejos, pero él se pone a hablar por celular. Decide sentarse sola. ¿Siempre tiene que depender de un chongo? Elige una mesa detrás de una columna, donde puede observarlo sin temor a que la descubra.

Nota que está preocupado. Gesticula y se agita. Ella nunca lo había visto así. Está acostumbrada a la bronca contenida del custodio, sus ironías y esa falsa sumisión.

Dante aparta el teléfono y lo apoya con fuerza sobre el mantel. Al parecer estaba hablando bien bajo, porque después de esa reacción, una señora copetuda se da vuelta y lo regaña con el índice levantado. Él suaviza su expresión y se disculpa.

La vieja queda hechizada por sus modos de caballero, le pellizca la mejilla como si fuera un nene y sigue desayunando.

Anita se acerca a la mesa de Dante. Cuando él la ve, sus ojos se iluminan. Corre una silla y la invita a sentarse.

—Vos hacé la tuya, ¿eh?

—Estoy acostumbrado a levantarme temprano.

—Al pedo, ¿para qué? Estamos de vacaciones.

—Ponele...

—¿Alguna novedad del cargamento?

—Todo bien. En unos diez días llega a las Rías Baixas.

—¿Sabés algo de Jano?

—Mientras menos levantemos el avispero, mejor.

—¿Con quién hablabas entonces?

—¿Yo?

—Sí, boludo.

—Un quilombo personal. ¿Salimos?

Está nublado y cada media hora se larga una llovizna que apenas empapa. No es un día para tumbarse como una morsa bajo el sol. Manejan hasta una playa alejada, ideal para caminar.

Es muy difícil mantener el *glamour* cuando se levanta el viento y te entra arena a los ojos. Sin embargo, esta incomodidad tiene sus ventajas. Con la excusa de limpiarse, Anita desvía la vista hacia Dante, que anda ensimismado y melancólico. Es como si le costara encontrar en su vida un instante de felicidad. Aunque la existencia de ella no sea una fiesta, es consciente de que podría estar bien peor.

A Anita siempre le llamó la atención cómo el mismo momento puede ser interpretado de forma tan diferente por dos personas. Por ejemplo, para ella este es un instante perfecto. Junto a Dante se siente segura y contenida. A su lado

podría seguir caminando hasta Brasil. Pero él parece estar con la cabeza en otro planeta.

¿Por qué este hombre le despierta emociones tan dulces? A veces tiene la sensación de que lo conoce de antes. Por eso, una fuerza mayor la impulsa a sacarle la careta y descubrir qué hay debajo de esa coraza de matón.

¡Mierda! Tendría que haber traído un saquito. El kimono será muy *top*, pero no abriga nada. Anita se frota los brazos para darse calor. Sin mirarla, Dante se quita la campera y la coloca sobre sus hombros.

—¿No te vas a congelar?

—Tengo un infierno adentro —contesta él. Esta vez sí la mira, con los ojos empañados. Ella siente que su tristeza le atraviesa el alma.

Prefiere no invadir su privacidad. Seguramente le va a contestar con alguna evasiva. La comunicación entre los dos pasa por los gestos. Y los gestos rara vez mienten.

El cielo comienza a despejarse. La arena toma tonalidades doradas y desde el horizonte se precipita una bandada de gaviotas. Anita se asusta. Sin pensarlo, se aferra al brazo de Dante.

—Odio los pájaros.

—A mí me parecen lindos.

—A vos no te encerraban en un gallinero cuando te portabas mal.

—¡Qué horror!

—Las gallinas me picoteaban, unas hijas de puta.

—Las gaviotas son diferentes.

—No me vas a convencer.

—Mirá, el gallo anda pisando cada hembra que se le cruza. Pero las gaviotas se juntan para toda la vida. Aunque

estén separadas parte del año, cuando vuelven al lugar donde anidan se reconocen por su graznido.

—¡Qué tiernas!

—Y cuando tienen pollitos, les dan de comer entre los dos.

—¿Por qué sabés tanto de gaviotas?

—Les tengo cariño. Cuando era chico rescatamos una gaviota herida en la playa. La cuidamos hasta que se curó y volvió a volar.

Dante sonríe como un niño. Su mente se traslada a una época en la que todavía era feliz. Anita intenta adivinar ese pasado en sus ojos de río revuelto y termina descubriendo que sus pestañas son muy bonitas.

Las gaviotas comen los moluscos que las olas dejaron sobre la arena. Ahora no le parecen tan asquerosas, tienen su corazón.

Qué hermoso debe ser amarse para toda la vida. ¿La querrá Jano cuando se le empiece a caer el culo? ¿Cuánto les durará esta pasión? Nunca toma en cuenta sus palabras. Para él, es poco más que un adorno.

Un perro vagabundo irrumpe en la playa y espanta los pájaros. Anita se cubre la cara: tiene miedo de que le picoteen los ojos. Cuando deja de escuchar el aleteo, siente mojado el cuero cabelludo.

—¡Qué conchudas, me cagaron!

El custodio intenta contenerse, pero se dobla a carcajadas. Le duele la panza de tanto reír. Ella se pone a llorar de bronca: sabía que no debía confiar en esos bichos de mierda. Corre unos cien metros hasta el parador y llega agitada al baño. Por suerte no hay nadie. Se llena el pelo de jabón líquido, se masajea e inunda la pileta con espuma. Tarda quince minutos en enjuagarse. El secador de manos no funciona. Hace lo que puede con las toallas de papel.

Al fin está presentable. Debe recuperar su dignidad ante la servidumbre. Busca a Dante, pero no está donde lo dejó. Camina entre los médanos y lo escucha conversar por celular.

—¿Por qué no avisan a España? ¿Faltan pruebas? ¡Hay dos toneladas de merca en un buque! No tenía cómo comunicarme. Entiendo. Perfecto. Sigo con mi trabajo.

Al final de la conversación, retoma el tono monocorde que utiliza cuando habla con Jano. Cuando corta, musita entre dientes “pelotudo”.

Anita queda helada: hay un topo en la organización. ¿Para quién espía? Ella lo observa bien. Cabello corto y prolijo. Estado atlético. Disciplina casi marcial. Durante años fue escoltada por estos sujetos cuando debía declarar contra el Paja Testa y su banda. Hasta puede olerlos. ¿Cómo no se dio cuenta antes?

Dante es un policía infiltrado.

XIII

—¿TE PASA ALGO? —Dante le pregunta a Anita.

—¿Qué te importa?

Ella se levanta molesta y se dirige al *duty free* del ferry. Necesita reventar urgente la tarjeta de Jano. Chocolates, perfumes, vestidos de su marca española favorita. Todo está supuestamente de oferta.

Apenas hablan desde que se fueron de la playa. ¿Habrás escuchado algo de su conversación con el comisario Moreno? Ya fue. Si cuando arriban a Buenos Aires lo llevan a Villa Turrón, sabrá cuál es su final. Siempre siguen el mismo *modus operandi*. Búnker, tortura, video, descuartizamiento y desaparición.

Lamenta que el día haya terminado tan mal. Realmente disfruta de la compañía de Anita. Cuando se saca esa máscara superficial, queda esa chica sencilla que le hace pensar en selvas húmedas y flores frescas.

Dante reclina el asiento. Debe buscar otra estrategia para desbaratar la banda de la Barbie. Ya tiene las rutas y los contactos de la triangulación entre Argentina, Uruguay y España. Sin embargo, sus superiores insisten en que no pueden entrar en acción.

¿Moreno estará comprado por Jano o algún político implicado en la organización? No sería raro. A veces, las redes se extienden tanto que ni el capo tiene idea de hasta dónde llegan. Mientras menos sepa, mejor. Lo importante es que cada pieza del engranaje se mueva como corresponde.

Hace tres años que está infiltrado. Cayó por un dato en la pensión de doña Irma. Al Bebu, que dormía ahí, le hizo el cuento de un amigo en común y este lo recomendó para trabajar en la remisería de don Héctor *Bambi* Costello.

Dante nació como Dante Cuomo, pero desde que llegó a Villa Turrón con documentación falsa, es conocido como Dante *Cheto* Alifraco.

Su historia inventada no es extraña para los vecinos del asentamiento. Por los altibajos de la economía argentina, es común que personas de clase media pierdan su vivienda en un barrio obrero y terminen en una casilla precaria.

Esta es la misión de su vida, su objetivo apenas entró a la academia. Si tiene éxito, podrá encontrar esa paz que tanto desea.

Anita lo llama androide. Quizá no esté tan equivocada. Cuando su familia fue destruida por la violencia del narco, su alma se oscureció y el motor de su existencia fue la búsqueda de venganza.

Marcelo, su hermano mayor, tenía veinte años. Estudiaba ingeniería mecánica y trabajaba en el noroeste del conurbano bonaerense. Una mañana se bajó del colectivo y se dispuso a recorrer las cinco cuadras que tenía hasta la fábrica. Nunca llegó. En un descampado, las bandas del Koala y del Búho, el padre de Jano, se agarraron a tiros. Una bala perdida mató al pobre pibe que iba a laburar.

Su madre se dejó morir de pena. No comía y no salía de su cuarto. Su padre se dedicó a la bebida hasta que se suicidó.

Huérfano a los diecisiete años, Dante se fue a vivir a la casa de una tía en la capital. Terminó la escuela y decidió ser policía para acabar con todos los malos. O al menos, con los hijos de puta que asesinaron a Marcelo.

Lo único que tiene es su trabajo. Entrenó duro, pidió participar en los operativos más sacrificados. Se ganó la confianza de sus superiores, pero también cierto rechazo de algunos con el culo sucio. Es un oficial demasiado honesto y proactivo, no le entra en la cabeza que otros estén en la fuerza para llevarse una buena tajada.

El pelotudo tiene treinta años y todavía conserva sus ideales. “Sí, soy un pelotudo”, se reprocha, pero con la conciencia tranquila. Tiene bien en claro lo que quiere. Que cada uno siga su juego y joda lo menos posible.

Dante mira por la ventanilla y solo distingue el reflejo de la luna sobre las aguas del Río de la Plata. Mientras la embarcación se mece como una cuna gigante, el cansancio lo va ganando y se queda dormido.

Anita toma un submarino con churros en la cafetería. A la mierda lo vegano. Acá no tiene al vigilante de la liga proteccionista antiespecífica. Nunca va a entender ese costado piadoso de Jano. Si bien no le importa cargarse a un par de humanos, llora como un bebé cuando ve un camión cargado de vacas rumbo al matadero.

Cuando se fue a vivir con él, la obligó a ver una maratón de documentales como *Earthlings*, *What the health* y *Cowspiracy*. Durante un tiempo, ella se convenció y no quiso volver a tocar nada de origen animal. Sin embargo, los lácteos la pueden.

No sabe qué hacer con Dante. Se siente traicionada. Está bien, el trabajo del falso custodio es investigar y mantenerse encubierto. ¿Pero por qué no la tanteó para ver si podía confiar en ella?

¿Él puede confiar en ella?

Y ella, ¿en qué puede confiar?

Cuando su cuerpo está junto a su novio, se olvida de las agresiones y solo quiere unirse a él. Lo persigue como una perra en celo. Sufre cuando lo imagina con otras mujeres y teme que algún día la abandone.

En su propia carne no puede confiar. Todo mal. Es una pendeja caliente. ¿Y puede confiar en eso que llamamos intuición? Tampoco. Estos últimos días fantaseó con tener un nuevo amigo, un guardián a quien acudir cuando las cosas se ponen feas con Jano, y resulta que Dante es un cana.

Por lealtad a su novio, tendría que delatarlo. Y también por su propia seguridad. A ver si encima queda implicada en estos negocios turbios, cuando ella solo se dedica a disfrutar de las ganancias. A veces hace algún trabajito como este, pero siempre puede poner cara de boluda y declarar que creía que solo llevaba zapatos.

Tiene dos caminos. Seguir con esa pasión enferma que la une a Jano hasta las últimas consecuencias, sabiendo que puede terminar muerta en el camino, o arriesgar su vida por la misión de un tipo que apenas conoce.

La respuesta tendría que ser fácil, ayudar a Dante significaría perder esa especie de familia que construyeron con Jano y, sobre todo, el nivel de vida que siempre anheló. Sin embargo, bien en el fondo, ella no puede odiar a un uniformado.

Sí, hay policías come pizzas, coimeros y mafiosos. Pero ella sabe que hay otros que dan todo por su profesión. Si no fuera por los agentes que irrumpieron esa mañana en el prostíbulo, ella nunca habría sido liberada.

Ya irá viendo cómo se dan las cosas. Si guarda demasiado tiempo este secreto, Jano sospechará y las consecuencias podrían ser fatales.

—Señora, estamos por arribar al puerto de Buenos Aires. Le rogamos que regrese a su asiento.

Señora. Señora, las pelotas. Anita finge una sonrisa.

—Me falta un churro.

—Por favor, no me comprometa.

Con el ceño fruncido, envuelve la factura en una servilleta y la mastica hasta regresar junto a Dante. El falso custodio babea con la cabeza apoyada en la ventanilla. Hasta cuando ronca es lindo el hijo de puta. Tiene los labios entreabiertos y su nuez de Adán sobresale bajo la barba de tres días.

Le cuesta guardarle rencor. Cuando piensa en él, vuelve a saborear los panqueques caseros y su boca se hace agua.

Gorda, débil y pajera. No lo puede evitar.

—Solicitamos a los señores pasajeros que permanezcan sentados hasta el momento de desembarcar.

Él se despierta con un suave bostezo y le dedica una mirada tierna y somnolienta. Anita desvía la vista. “Yuta sorete”, tiene ganas de gritarle.

Mientras esperan, ella saca su *necessaire* y se maquilla. Se terminaron las vacaciones de su piel. Debe lucir impecable cuando se reencuentre con Jano.

Cuando anuncian el momento de desembarcar, Dante recoge los equipajes y la sigue con la cabeza gacha. Ella ni lo mira. Volvió a su modo de minita insoportable.

Pasan migraciones. Ya no hay nada de qué preocuparse. Para los aduaneros son una pareja más de amantes que hicieron un viajecito de trampa.

—¿Te sentís mejor? —quiere saber Dante.

Ella hace oídos sordos. Cuando llegan al *hall*, sus ojos se iluminan: su novio la está esperando, miles de flores y estrellitas brillan a su alrededor. No la abandonó. Dejó su mansión para ir a buscar. A ella, sí, no a cualquier trola.

A su mujer, a la mártir que enjuga sus lágrimas cuando se arrepiente de sus excesos.

Jano, su hogar, su cielo y su infierno. Su destino. Es lo que hay. Anita corre a sus brazos, se besan y siente cómo su saliva dulce se adueña de ella. Las manos de su novio la pellizcan, la exploran, le recuerdan a quién pertenece.

Muchas señoras esquivan la mirada por vergüenza ajena, algunos los observan con envidia y otros piensan que deberían encerrarse en un telo.

Dante carraspea.

Jano deja de lado a Anita y le estrecha la mano al falso custodio. En un momento dudó en mandarlo con su pareja, pero tarde o temprano debía exponerlo a esa prueba de fuego. Según los informes que recibió, siguieron las indicaciones al pie de la letra. Y la devoción que le tiene su novia sigue intacta.

—¿Cómo anduvieron las vacaciones, negrita?

—No tan bien.

—¿Por qué?

El policía permanece inmutable. Si Anita escuchó algo, se debe estar muriendo de risa por hacerlo sufrir. ¿Hasta dónde llegará su venganza? No puede con su curiosidad. La mira de reojo. Ella pone cara de sufrida.

—No me mandaste ni un mensajito, amor. ¿Ya no me querés?

Jano sonríe con picardía y la atrae hacia él. Anita puede sentir contra su pelvis lo duro que hay bajo su pantalón. Ya lo quiere tener adentro. No puede ser tan puta. ¿Por qué le gusta tanto?

Los dos entran a su coche alemán entre risas. Quizá ni lleguen a la mansión. Seguramente se detengan al costado de la ruta. O bien, incursionen en algún hotel de la Panamericana.

Dante está de más. Es un estorbo, lo dejan tirado en el puerto. Va a tener que tomarse un taxi hasta Delta Highlands. De nuevo a cumplir su papel de hombre duro y solitario. Un papel no tan lejano a su realidad.

XIV

SON LAS TRES DE LA MADRUGADA. El ambiente está cargado de olor a ozono y en el horizonte ya se divisan refucilos. En cualquier momento se larga la tormenta.

Dante fuma un cigarrillo en el parque. Tiene los pies desnudos hundidos en el césped, recién bañado por la regadera automática.

No puede dormir, está demasiado ansioso. Pensó que el aire fresco lo relajaría, pero unos gemidos escandalosos se cuelan entre los rosales y las enredaderas.

Anita se entrega y es pura carne. No hay memoria. Tampoco resentimiento. Su cuerpo se abre a las caricias de esa bestia que le arrancó gritos de dolor. No debe ser fácil amar y someterse a un psicópata. Se nota que está con Jano más allá de la plata: se aferra a él como si fuera lo único que le queda en el mundo.

El policía hace un esfuerzo sobrenatural para no calentarse. Sin embargo, esos jadeos lo pueden. Cierra los ojos, se tapa los oídos y su cabeza se llena de Anita. Labios carnosos. Piel cobriza. Curvas deliciosas.

Odia su costado humano. Necesita ser más androide. Con bronca, apaga el cigarrillo contra la palma de su otra mano y observa la pequeña quemadura. El ardor no es suficiente para distraerlo.

Inteligente. Ambiciosa. Bella. Pero también frágil e ingenua. Por más que se comporte como una yegua altiva y frívola, le nace querer protegerla. Es un impulso que supera la atracción física.

¿De dónde salió Anita? ¿Por qué se presta a los juegos peligrosos de la Barbie? La había subestimado. Su presencia es más importante de lo que pensaba. Sabe demasiado bien cómo se maneja la organización.

Dante regresa al cuarto de servicio. Todavía lo persiguen los ruidos de la habitación matrimonial. Se pone auriculares, se tira en la cama y mira el techo.

Con paredes de papel y dos animales cogiendo como conejos es imposible pensar con claridad. Además, es consciente de que lo están grabando. Jano se lo aclaró: la mansión está hipervigilada. Ni se gasta en buscar dónde están los dispositivos. Si lo quieren ver cagando, que lo vean.

En el mundo de hoy, no existe forma de escapar de las cámaras. Se encuentran en los municipios, los comercios, las viviendas y los satélites.

Estamos hipervigilados.

Después de todo, quizá esté bueno.

Si Jano vigila a los demás, los demás también lo vigilan a él. Dante toma su *laptop*. El puerto. La calle del galpón de *Costello Hermanos*. La autopista aledaña a la quinta. Tranquilamente se puede seguir la ruta de la droga.

El Negro Otaku tiene que ayudarlo. En la academia eran inseparables: compartían gustos y valores. Estaban convencidos de que algún día iban a ser jefes de la policía

federal. Bueno, cuando uno es chico sueña mucho. Después te vas conformando. Ahora, su amigo está en la división de Delitos Informáticos y en su tiempo libre es un *hacker* idealista que colabora con el movimiento *Anonymous*.

To: detectiveconan0054@mymail.com

From: gokupampa@mymail.com

Hola, negro, ¿qué hacés? Necesito dos gauchadas. Averiguame quién es Anita Briansky, la novia de Jano Leder. Anita, así es el nombre, no es diminutivo. Tiene veinte años y viene de San Ignacio, Misiones. Creo que trabajó en una peluquería de Abasto. Y siempre sube fotos a la cuenta @DivaDeltaOk. Eso. Avisame cuando tengas el informe y nos tomamos un café. El otro tema es más jodido.

Dante borra el historial de su computadora. Por más que su sesión tenga clave, no sabe hasta dónde llegan los conocimientos tecnológicos de la Barbie.

Se recuesta en posición fetal. Tiene ganas de soñar con algo lindo, pero nunca le pasa. Siempre le vienen pesadillas del trabajo. Montañas de cocaína, tiroteos, torturas y alaridos.

¿Por qué acumula tanta mierda?

Aparta de su mente todo rastro de violencia y vuelven las escenas que imagina en el otro cuarto. Jano, pálido como el mármol de Carrara. Anita, de crema y chocolate. Se buscan. Se invaden. Se pierden en un mar de sudor y placer.

Otra vez le gana la excitación. Decide ver porno para distraerse con otros cuerpos. No importa que sean abuelas, asiáticas, obesas mórbidas o colegialas. La cosa es llenarse de imágenes ajenas a su realidad.

Los videos lo perturban aún más. En su cabeza solo hay Anita, Anita y más Anita. Anita como diva artificial. Anita, la chica de sonrisa blanca y dientes pequeños. Anita con los ojos empañados. Anita, una diosa salvaje del amor.

La puerta cruje.

Jano irrumpe en su dormitorio y prende la luz. Solo lleva puesto un *boxer* blanco de algodón. Su torso es rosado y lampiño, parece un eterno adolescente.

Dante se cubre la entrepierna con la colcha. No soporta que invadan su intimidad, pero se la tiene que comer. Así son las reglas en el reino de la Barbie.

—¿Qué hacés cagándote de calor? Te arreglé el aire acondicionado.

—Gracias...

—Perdoname, recién me di cuenta cuando dormí acá.

El policía se incomoda. Otra vez ese extraño coqueteo y el fetiche con su transpiración. Ojalá haya cambiado las sábanas. Se le revuelve el estómago al pensar que pueden estar impregnadas de sus fluidos.

—Está mejor la herida, ¿eh?

El narco le señala el costado derecho de su abdomen. Casi no le quedó cicatriz: su consejo le sirvió. Dante ruega en silencio que no lo vuelva a tocar.

—¿Necesita algo, patrón?

—Con todo el quilombo del cargamento, no te dije gracias.

—¿De qué?

—Si no fuera por vos, no estaría vivo.

—Solo hice mi trabajo.

—Quiero tu obediencia ciega. Que seas mi hombre de confianza.

—Me siento honrado, patrón. Pero no quisiera pasar por encima de don Héctor. Él me contrató.

—Con Héctor me arreglo yo. Ya está viejo y chocho, no puedo exponerlo a quilombos como antes.

—Lo que usted diga.

—Se vienen tiempos jodidos y hay que poner huevos.

—La organización es mi vida, patrón.

—Escuchá bien. El soplón de la banda del Koala pasó un dato. Tenemos que recuperar la mercadería de las mulas.

Dante se incorpora. La idea de reventar a unos cuantos narcos le entusiasma. No importa de qué bando sean. Son unas lacras. En este caso, la operación es mucho más interesante. Si tiene suerte, caerá alguno de los asesinos de su hermano.

—No podemos entrar así nomás a Villa Compostela.

—¿Qué estrategia se te ocurre?

—Un allanamiento trucho, como hacen los chorros.

—¿Cómo es eso?

—Comprás la indumentaria policial, ni te controlan. Las armas ya están.

—La tenés clara, amigo.

—¿Cuándo hay que hacerlo?

—En cuatro días.

—¿Tiene los planos?

—Ahí te los mando.

Jano le envía un mensaje al celular con los archivos. El falso custodio los estudia y asiente. No será fácil, pero ya tiene experiencia. Más de una vez ingresó a territorios pesados para detener a los pobres giles que entregan los capos a cambio de plata y seguridad para sus familias.

—¿Cómo vas a hacer para que estos turros parezcan canas?

—Videos, patrón, videos. La policía graba sus operativos y los cuelga en la web. Se dan chapa, pero también hacen escuela.

Dante le muestra un allanamiento en otro barrio de monoblocks. Callejones estrechos y laberínticos, construcciones precarias entre los edificios y centinelas en cada esquina para alertar sobre el ingreso de intrusos.

Jano agarra la *laptop*, observa las imágenes y asiente. Ya se imagina el reguero de sangre por el territorio enemigo. Cuerpos mutilados y gemidos de agonía. Hermoso como un campo de batalla medieval. De repente, se da cuenta de que hay otra pestaña abierta y comienza a reírse como una hiena.

—¡Ah, vos sos de los míos!

La Barbie da vuelta la pantalla. Dos africanos con tres piernas desgarran a una rusa escuálida que no para de aullar. No la está pasando bien. Sin embargo, el espectador quiere ver hasta dónde llegan sus fuerzas. Si la fiesta termina en necrofilia, mejor.

—Bueno, yo... —el falso custodio titubea como si tuviera catorce años y lo hubieran sorprendido haciéndose una paja.

—Ahora que lo veo, esto es muy *light*. A mí me van otros videos. Capaz que algún día te los muestro.

Jano se para junto al marco de la puerta y lo observa mientras se acaricia el mentón. Su mirada recorre los pectorales del falso custodio, sus hombros redondos, los brazos fuertes de tanto trabajar.

—Vos no garchás, ¿no? Te deben pesar las pelotas.

El narco le roza la entrepierna de forma lenta y descarada. Dante traga saliva. Hace mucho tiempo que otra mano no lo toca. Demasiado. Desearía que esa mano fuera morena y delicada. Sin embargo, debe someterse a los dedos traviosos de su jefe.

—Tengo que descansar.

—Vos tenés que descargarte, querido. No quiero que se te suba la leche a la cabeza. Tomá, acá tenés el teléfono de un

puticlub. Está en el barrio. Andá de parte mía y que anoten todo a mi cuenta.

Jano abandona la habitación. De espaldas realmente parece una Barbie: melena dorada, culo parado, cintura estrecha. Una belleza criminal, a cualquiera lo confunde.

Dante mira la tarjeta fucsia que le dejaron. *Naughty Nights*. Por un momento se tiente, pero la rompe y tira los papelitos en el tacho de basura. No le extrañaría que en ese cabarulo de Delta Highlands se esconda una red de trata.

XV

LA OSCURIDAD DEVORA las construcciones precarias de Villa Turrón. A esta hora pocos se animan a transitar por los callejones estrechos y hediondos. Los que vuelven de trabajar rezan por llegar enteros a casa.

La gente tiene miedo, pero las sombras no. Se desplazan silenciosas y ágiles, como si fueran pequeñas lagartijas de jardín. Huelen el peligro y les sube la adrenalina.

Esta madrugada hay cachengue.

Llevan el pelo corto y sin mechitas oxigenadas. Cuando se vieron con el uniforme, la gorra y el chaleco antibalas, escupieron el espejo y desfundaron el chumbo. Una imagen demasiado real.

Cuando llegan al galpón de *Costello Hermanos*, les brillan los ojos. Ahí están los chiches: no siempre pueden jugar con ellos. Sienten que están en Disneylandia.

Sobre una mesa larga con caballetes hay una docena de ametralladoras *Minimi Saw M249*, capaces de cargar doscientas cincuenta balas. Con disciplina y aire solemne, toman las armas y vuelven a familiarizarse con los mecanismos. Sus dedos tienen memoria.

Los soldaditos forman una hilera y Dante pasa revista. Observa cada detalle de la ropa, la expresión, la postura. La mayoría entendió las instrucciones, pero algunos son un poco lerdos. La malnutrición y la falopa dejaron huellas en su capacidad de comprensión.

Manotas es un claro ejemplo. Lo peor de todo es que ni se esfuerza en mejorar. No se sacó el *piercing* de la ceja y sigue mascando chicle.

Dante le arregla el cuello de la camisa, cubre el arito con un parche y acomoda su columna para que deje de imitar a Cuasimodo. Listo, está perfecto. La banda del Koala se va a caer de culo cuando lleguen.

Manotas ve que Dante sonríe y se tienta.

—Eh, Cheto, re vas de cobani.

—Cobani de los *grossos* —acota Gasparín—. Onda GEOF.

—Y ustedes parecen pitufos —salta Bebu. Odia que molesten a su amigo.

—No sean pendejos —los reta Dante—. Y basta de hablar como turros, que quedan en evidencia.

—¡Ah, claro, habla el fino! ¿Por qué no te colás un termo en el culo, gato?

—Manotas, sos buen pibe pero medio pelotudo. Te ponés las pilas o te vas a tu casa.

El soldadito agacha la cabeza. El tono firme de Dante indica que acá no se jode. Ya no es el compañero de birras con el que solían ranchar. Ahora habla como jefe.

Dante palmea la espalda de Manotas.

—Vamos, somos un equipo.

En la esquina espera un carrito de cartonero. El caballo come alfalfa tranquilo, sin sospechar lo que se viene. El Roña, con una barba falsa y una gorra que le tapa parte de la cara, se sube al sulky de pobre y se dirige a Villa Compostela.

Debe informar cómo anda el barrio para que se dé inicio a la operación.

El viejo matón estaciona el carrito y comienza a hurgar entre los contenedores de basura. Con un espejito inspecciona el territorio. Un par de palomas insomnes gorjean desde el alero de una ventana. Las ratas caminan por el tendido eléctrico. Un perro vagabundo come sobras en un rincón. Las escaleras y los pasillos están despejados.

Jano eligió la fecha perfecta. Ayer fue el cumpleaños de quince de Solimar, la sobrina favorita del Koala. Dicen que el muy cerdo se la mueve, por eso tanto gasto. En la fiesta hubo ceviche, papas a la huancaína, anticuchos, lomo saltado, vino, cerveza y pisco sour. Ahora se duermen la mona.

El Roña se esconde tras unos cartones, saca el *handy* y da el visto bueno. “Todo piola”. Con mucha pachorra, vuelve a subirse al carrito y regresa a los callejones de Villa Turrón.

En el galpón de *Costello Hermanos*, los hombres de la Barbie se ponen el casco y el pasamontañas y suben al camión frigorífico, rumbo a los monoblocks. Cuando llegan a su destino, avanzan en fila india por un pasillo con las armas en alto y se adentran en el laberinto de escaleras.

Este aguantadero del Koala, mezcla de depósito y kiosquito de la droga, queda en el último piso de un monoblock. Dante golpea la puerta de entrada con el ariete y rompe la cerradura.

—¡Policía, policía! —grita, y todos los soldaditos lo repiten.

Iluminan el ambiente con sus linternas: una heladera vieja, un televisor de cuarenta pulgadas, una cocina humilde y en un rincón, una pareja y dos chiquitos temblando de miedo.

—¡Mi hijita está enferma! —la mujer aúlla desesperada.

La nena, que parece tener un retraso madurativo, se pone a llorar. Su hermanito la abraza y mira con odio a los uniformados. Dante hace unas señas a cuatro pibes para

que custodien a la familia. El resto avanza hacia el fondo, el verdadero objetivo de la misión.

—¡Despejado, despejado!

Derriban la puerta del búnker y encuentran a cinco soldaditos con las manos levantadas. El más viejo debe tener veinte años. Están calzados con armas cortas, pero no se animan a empuñarlas. Las instrucciones son precisas: si cae la yuta, pongan cara de boludos y cierren la boca.

La habitación no es más lujosa que los aguantaderos en Villa Turrón. Las paredes de cemento están rajadas por la humedad. En el piso hay colchones sucios, baldes, bidones, bolsas de plástico con papelitos de paco y otras con raviolos de cocaína. En una mesa hay una balanza y elementos de corte.

—¿Dónde tienen la merca? —interroga Dante.

—Esta, la que vendemos —dice uno de los chicos.

—No se hagan los boludos, esto es un allanamiento —Dante le clava el arma larga en la garganta. No le da lástima. ¿Cuánto tiene? ¿Dieciocho, diecinueve? A esa edad, su hermano ya se rompía el lomo en la fábrica.

El adolescente se pone nervioso. Moja sus pantalones y arma un charquito a sus pies. Sus mejillas se tiñen de rojo. Manotas lanza una carcajada.

—¡Qué poco aguante estos giles!

Eso sonó mal. Una boca demasiado grande para un cerebro tan pequeño. Los soldaditos del Koala se ponen en guardia.

—¿Este guacho no está con la Barbie?

A Manotas se le salió el parche de la ceja y no hay muchos estrábicos con *piercing* en la zona. Por más pasamontaña que se ponga, su voz y su mirada son inconfundibles.

—Pregunté dónde está la merca. —Dante intenta distraerlos, pero el bando enemigo ya no se come que sean policías.

El mayor de los soldaditos del Koala, que tiene pinta de jefe, saca su *Colt 11.25* y le raja un tiro a Manotas. A partir de ese momento, todo sucede de manera frenética, en cuestión de segundos. El primero en reaccionar es Bebu, que mata al líder del búnker y recibe un disparo en represalia. Al ver que su amigo está herido, Dante revienta al chico que tiene enfrente y con el resto de la banda, liquida a los otros cuatro que todavía se mantienen en pie.

Cuando terminan los estruendos de las *Minimi Saw M249*, solo se escuchan los quejidos de la familia que quedó en el cuarto de adelante. Imperturbable, Dante separa a los niños, que lloriquean sin parar, y apunta contra la pareja.

—¿Dónde está la merca?

—Nosotros vivimos acá nomás, no sabemos nada —dice el hombre con tono campechano. Es obvio que estaba al tanto del búnker. Sin embargo, cuando apenas te alcanza para comer, no podés hacerte el exquisito. Seguramente, sus alternativas eran eso o vivir en la calle.

A Dante no le importan estos análisis sociológicos. Odia todo lo salpicado por la droga. El campana, el soldadito, el transa, el capo y también el consumidor. Sin cliente, no hay narco.

El policía agarra a la nena de las trenzas y la apunta. La chiquita está tan asustada que ni llora. Sus padres palidecen.

—A ver si ahora nos entendemos —suelta Dante.

Tiritando, la mujer señala una cama. Los hombres de la Barbie levantan el colchón y descubren decenas de panes de cocaína. Están envueltos en *nylons* de colores, una referencia sobre el destino de cada paquete. No será lo robado a las mulas, pero sirve igual. La otra falopa ya debe haber desaparecido en miles de narices viciosas.

Maniatan y amordazan a la familia. No sea cosa que vayan con el cuento. Sin embargo, con el alboroto que hicieron

con el tiroteo, seguro que un vecino dio la voz de alerta. En cualquier momento pueden llegar los refuerzos del Koala. No hay tiempo que perder.

Dante da instrucciones a su grupo para que guarden la droga en bolsas de consorcio. Mientras obedecen sus órdenes, vuelve a la masacre del aguantadero. Se agacha junto a Manotas, le toma el pulso y cierra sus ojos. Murió en su ley: enfierrado y diciendo boludeces. Al lado está Bebu. Bebu, que la semana que viene cumplía veinte años y quería festejarlo a lo grande. Está irreconocible: los hijos de puta le destrozaron la cara.

—Sugus, dame una mano.

El joven, grandote y fortachón, toma el cuerpo de Manotas. Dante levanta el de Bebu. Junto al resto de la banda, que carga la merca, bajan al trote las escaleras.

La idea era volver todos vivos, pero ya fue. La misión está cumplida. El objetivo era saquear el aguantadero del Koala, y la verdad que recuperaron las pérdidas con creces.

Los vecinos siguen convencidos de que son policías. No hay ninguna luz prendida. Todas las ventanas están cerradas. Como dice la yuta, “despejado, despejado”.

Cuando ya están arriba del camión frigorífico, Dante suspira aliviado. Pero pronto recuerda que al lado tiene el cuerpo del Bebu y se le hace un nudo en el estómago.

XVI

ACABA DE LARGARSE una de esas tormentas casi tropicales que llegan después de intensos días de calor. Los gotones caen como soretas sobre el techo de chapa del galpón de *Costello Hermanos*.

Los hombres de la Barbie descargaron la mercadería y se fueron tras recibir su paga. Estaban afectados por perder a dos compañeros. Esas balas podrían haber sido para cualquiera de ellos. No importa cuánto le reces a San La Muerte o al Gauchito Gil. Cuando toca, toca.

En un rincón, los cuerpos del Bebu y Manotas están cubiertos por un plástico negro, mugriento de polvillo y manchas de pintura. Por suerte la lluvia trajo tiempo fresco. El calor acelera el proceso de putrefacción.

El Bambi habla por celular con Jano mientras camina de acá para allá. Se pasa la mano por su cabello grasiento, carraspea, lanza gargajos.

- Fue una operación muy arriesgada.
- Salió divina, Héctor.
- Perdimos a dos pibes.

—Los negros sobran. ¿Treinta kilos dijiste? Mirá, aunque sea berreta, la vendemos a los *dealers* de medio pelo.

—Tenemos que reforzar la seguridad.

—Eso después lo hablo con Dante. Quiero que te encargues de liquidar esa falopa.

—Soy viejo, no boludo. Ya entendí.

—¿Venís a casa a festejar?

—No me gusta ese caretaje, borrego. Si querés, venite a tomar unos mates y ya está.

—¡Vos te lo perdés!

Jano ríe como hiena y corta. Esa risa ya irritaba a sus compañeros de colegio. También ponía nervioso a sus papás. Sin embargo, para Héctor siempre sonó a coro de ángeles. Ángeles de culo gordo, como su preferido, cuando tenía cara de querubín.

Dante apenas habló desde que volvieron de la misión. Está sentado junto a los cuerpos de los chicos y no entiende por qué lo enferma la culpa. Nada tendría que haber salido mal. El plan era perfecto como un mecanismo de alta relojería. ¿Por qué Manotas abrió la boca? Tendría que haberlo sacado del grupo, pero el Bambi insistió. Era el mejor para torturar, lo hacía con un sadismo nato. También tenía fuerza para levantar los fardos de cocaína. Pero le faltaba materia gris, pobrecito.

¿Pobrecito? Dante se sorprende al tenerle lástima. Después de todo, compartieron tres años entre la remisería y los trabajos para la Barbie.

—Con vos quería hablar.

—A sus órdenes, don Héctor.

—Tenés que hacerte cargo de esto —dice el Bambi, señalando los cadáveres.

—Como diga.

—A Manotas lo dejás en el cementerio de siempre. Ellos saben qué hacer.

—¿No tenía familia?

—Quedó guacho de chiquito. Al principio dormía en el comedor, de más grande pudo alquilarse una piecita. —Al decir esto, al Bambi se le quiebra un poco la voz. Se nota que le guardaba cariño.

—¿Y con Bebu?

Héctor Costello saca unos fajos de dólares. Con esa plata alcanza para un lindo terrenito.

—Llevalé esto a la mamá. Acá tenés su dirección.

Desde su remisería, el Bambi es una suerte de gerente de recursos humanos de la organización. Sabe todo de cada miembro, quiénes son sus parientes, dónde viven, qué hacen. Cuando Bebu le presentó a Dante, lo sometió a un extenso interrogatorio.

Que sus padres murieron. Que tenía una novia y lo dejó. Que alquilaba un pequeño departamento en Ciudadela, pero cuando lo echaron de la fábrica, ya no tenía dónde vivir. Sí, con sus últimos ahorros pagó tres meses por adelantado en la pensión de doña Irma. Claro, necesitaba laburo urgente.

Y quedó contratado.

Ahora está cargando en una camioneta el cuerpo de ese chico de mirada pícara y sincera que le abrió su corazón. Y en cierta manera, Dante también se lo abrió. Cuando compartían cuarto, le contaba recuerdos de su infancia, nada comprometedores. Los fines de semana que se iban a cazar con su papá. Las lecciones de cocina de su mamá. Cuando su hermano le enseñó a andar en bicicleta.

Todos estos relatos de clase media eran como cuentos de hadas para el Bebu, que creció con un padre preso y una madre alcohólica, que cambiaba tanto de novio como de bombacha.

Cuando miraba los ojos llenos de ilusión de su amigo villero, se consolaba a sí mismo: su vida no fue del todo mala. Tuvo sus años felices. Sin embargo, el Bebu siempre estuvo sumergido en la mierda, solo que no era consciente. A pesar de todo, nunca dejó de hacer planes. Su sueño era juntar plata y ponerse un negocio, alejado de las drogas. Tomaba este oficio como algo momentáneo, casi inevitable.

Dante llama al contacto del cementerio privado. Le abren la puerta y deja el cuerpo de Manotas en el crematorio. No es necesario tomar muchos recaudos: con esta lluvia, nadie visita a sus deudos.

De nuevo en la camioneta, se dirige a Pilar. Por suerte no está muy lejos, tiene ganas de terminar pronto, empastillarse y dormir hasta mañana.

El temporal terminó, pero los caminos de tierra siguen embarrados. Le cuesta acceder al domicilio que le pasó el Bambi. Se trata de una casa humilde, con materiales baratos, de esas que se van construyendo de a poco y con mucha dignidad.

Dante baja del auto y aplaude junto a la reja. Sale una mujer de unos cuarenta años, con la piel ajada. La siguen tres chiquitos, que apenas saben hablar. Sin duda es Vilma, la mamá del Bebu. Tienen los mismos pómulos aindiados.

—Hola, señora, soy amigo de Dylan.

—¿Dylan? —Se le llenan los ojos de lágrimas. Lucha por no llorar frente a los pequeños—. Hace años que no viene por acá.

Bebu se había escapado de su hogar porque el padrastro de turno lo toqueteaba. Ella nunca le creyó. Tampoco se molestó en buscarlo: estaba muy ocupada con otros hijos que cuidar. Dylan, el mayor, siempre fue problemático.

—Digamos que tuvo un accidente laboral. Lo lamento.

—¿Dónde está? —El remordimiento la carcome.

—En el auto. ¿Quiere verlo?

Ella rompe en llanto y sacude la cabeza.

—No sé quién es usted. No sé si ese es Dylan. Váyase de acá.

—Pero señora...

—¡Váyase!

Un hombre pelado y gordo con una musculosa que le deja afuera media panza se asoma por la ventana. Tiene un termo bajo un brazo y el mate en una mano.

—¿Pasa algo, negra?

—No, amor, el caballero ya se va.

—Tome, señora, esta es la indemnización.

Los ojos aún empañados de la mamá del Bebu se iluminan con los billetes verdes. En cuestión de segundos, el dinero desaparece de las manos de Dante. Sin dar las gracias ni despedirse, ella le cierra la puerta en la cara.

Pobre el Bebu. Ni muerto lo aceptan de nuevo en su hogar.

Dante regresa al cementerio privado. El contacto lo recibe con cara de ojete, no le gusta que lo molesten demasiado. Antes de entregar el cuerpo del Bebu, pide quedarse a solas con él y reza un padrenuestro. Es la única oración que se sabe de memoria, y si hay un Dios, que no sea tan forro y al menos lo escuche. Este pibe la pasó para el orto acá en la tierra. Ojalá lo espere un destino mejor.

Después de hacerse la señal de la cruz, llama al personal del crematorio y se retira. Junto a la ruta, debajo de un árbol, desinfecta la parte trasera de la camioneta. Quedaron pequeños rastros de sangre, las bolsas mortuorias no son impermeables. Cuando termina, tira un poco de aerosol bactericida. Tiene que aguantar todo el trayecto hasta lo del Bambi. El camino ya lo hace con los ojos cerrados.

En el galpón toma el vehículo designado por Jano, más apropiado para Delta Highlands, y maneja hasta el *country* con el aire acondicionado al mango. Sí, es adicto al frío. Si fuera por él, se iría a vivir a la base Marambio, en la Antártida. Qué hermoso, nadie le rompería las pelotas.

El sol se va ocultando al costado de la autopista. Dante lleva más de veinticuatro horas sin dormir. El cansancio le va ganando, pero todavía tiene un buen trecho por recorrer.

Coloca en el reproductor de música un pendrive con sus temas favoritos. *It's been a hard day's night, and I've been working like a dog. It's been a hard day's night, I should be sleeping like a log.*⁵

Claudia, su madre, era fanática de los *Beatles*. Cuando estaban solos, ponía sus discos de pasta y bailaban juntos. Eran momentos mágicos.

Qué mierda haberla perdido tan pronto. Extraña sus abrazos. También extraña a su papá, cómplice y amigo, el que le enseñó a disparar, con el que hablaba de chicas, el que le daba cerveza a escondidas.

Intenta no pensar en el revoltijo de carne y sangre que dejó en Villa Compostela. Sin embargo, las imágenes son demasiado fuertes como para borrarlas de su retina. Pensaba que iba a estar bueno reventar a un par de narcos, pero a esos pibes la palabra les quedaba grande. Tenían más o menos la misma edad del Bebu, solo que estaban en el otro bando. Mataron a su amigo, sí. Por eso se engolosinó con el gatillo y no quedó ni uno.

⁵ *Es la noche de un día duro y estuve trabajando como un perro. Es la noche de un día duro y debería estar durmiendo como un tronco.* Fragmento de *It's been a hard day's night*, compuesto por John Lennon, con la colaboración de Paul McCartney.

Le cuesta reconocerse. ¿Por qué agarró a la nenita y le apuntó? ¿Hasta dónde habría sido capaz de llegar con tal de quedar bien con la Barbie?

Hasta ahora, nunca dudó de que el fin justifica los medios. La razón de su vida es el objetivo de esta misión. Por eso torturó, mató y encubrió crímenes con tal de ascender. Pero nunca vio morir a un amigo. Ahora, que ya no está, se da cuenta de que sus sentimientos eran sinceros, que realmente disfrutaba compartir tiempo con él. No era solo un *acting*.

Al fin llega a casa. O lo que sea. Donde le toca ahora dormir. Baja del auto y le duelen todos los músculos. Ya no es un pibe de veinte. De a poco, el cuerpo le pasa factura.

—¿Qué baranda, amigo! Hoy no olés a cheto —le dice Jano. Acaba de salir con un maletín y está por subir a su camioneta.

—¿Necesita algo, patrón?

—Te felicito. Les rompimos el orto.

—Gracias, patrón.

—Ahora bañate, por favor.

—Sí, patrón.

Dante sigue con la mirada el vehículo de Jano hasta que se pierde en los caminos bordeados de árboles y entra a la mansión.

Anita prepara la cena. No lo saluda. Su antipatía ya se hizo rutina. ¿Por qué busca desesperado que le preste atención? Quizá Jano tenga razón: la leche ya se le subió a la cabeza.

Bueno, está lleno de minas. Esta le gusta, pero es terreno peligroso. No se la puede coger. Tendrá que buscarse a alguna mucama, mejor si es paraguaya. Son las más lindas. O bien una cuarentona infiel, aburrida de tanto rascarse en su mansión.

Tiene que sacarse de la cabeza a esta chiruza con aires de diva. ¿Quién se cree para no saludarlo? ¿De la realeza? ¿Anita

Briansky I de San Ignacio? Por favor, qué ridícula. Y él, como un boludo, alentando sus fantasías.

Hoy le mataron a un amigo, no puede amargarse por los caprichos de una pendeja. Por respeto al Bebu, debe pensar en los momentos lindos que pasaron juntos y desearle buen viaje. Ya debe ser cenizas y humo flotando en el cielo.

Luego de una ducha caliente, que llena de vapor la habitación, se mete en la cama. Tenía toda la intención de caer rendido, pero la adrenalina de las últimas horas no lo abandona.

Llaman a su puerta.

Putra madre, debe ser la Barbie, ¿ya volvió?

Con mucha fiaca, Dante se levanta y abre. Encuentra una bandeja con panqueques y un exprimido de naranja en el piso. Un calorcito dulce sobrevuela su pecho: ella piensa en él. Se le abre el apetito.

Cuando termina de comer en su habitación, descubre que hay un papel pegado debajo del plato. Emocionado, intenta adivinar qué mensaje le habrá dejado Anita. ¿Un encuentro secreto? ¿Alguna frase romántica?

Cuando lee la nota escrita con letra casi infantil, se siente un reverendo pelotudo.

“No te debo nada”.

XVII

ARDE EL CONURBANO

Guerra en Villa Turrón: drogas, sangre y silencio

Dos bandas se disputan un territorio clave para el narcomenudeo. Hay un máximo hermetismo entre los vecinos. En los últimos enfrentamientos hubo más de diez muertos.

EL BAMBI AGARRA LA PÁGINA POLICIAL, la hace un bollo y la emboca en el tacho de basura. Linda manera de empezar un domingo: noticias de mierda.

La situación se está yendo al carajo. Ya se metieron los periodistas y esto presiona a los canas y jueces que reciben guita a cambio de tranquilidad.

Durante años mantuvieron la calma en el barrio. De vez en cuando se tiraban algún muerto con el Koala, nada fuera de lo normal. Pero el robo de las mulas no fue una tocada de culo: les metieron el brazo hasta el hombro. Había que actuar.

Después de la masacre de los monoblocks, los enemigos llegaron con todo su arsenal a Villa Turrón. Tendrían que haberse quedado chitos. Dante y los muchachos los sacaron carpiendo y vaya a saber Dios cuáles serán las represalias. La espiral de violencia no tendrá fin.

Héctor Costello se hunde más en su viejo sillón de cuero ajado. El asiento desentona con el resto de los muebles del *living*, pero él no lo cambiaría por nada del mundo. Fue el primer lujo que se dio en su época de taxista, todavía sirve para contener su cuerpo cansado.

Si Jano hubiera dejado todo en sus manos, no habrían quemado a los pibes. Él siempre cuidó a su gente. Y si Jano lo escuchara más, no estaría haciendo las locuras de ahora. El boludo de Dante pensaba que se iban comportar como agentes de la SWAT.

Acá el gran culpable es el Búho. Tuvo un hijo tan calentón como él. Jano podría haber sacado un poco la sangre fría de Erina, esa chiruza sin tetas que siempre lo miró a menos.

—¿Qué pasa, papi?

Samantha le acaricia el pecho sudado y juega con sus vellos de virulana. Tiene ganas de más, pero él ya no es un pibe. Quedó muy cansado después de darle matraca toda la noche.

La chica solo lleva una tanga y una remera gastada de Héctor, que encontró al fondo de un cajón. Ni necesita vestirse para lucir apetecible. Él la prefiere sin nada, con el cabello espeso que le roza la cintura.

Últimamente se está quedando demasiado en su casa. O demasiado poco. Depende el día, depende su ánimo. A veces se sorprende extrañándola. El fuego de esta pendeja hace que se olvide de todo.

Hacía tiempo que una mina no lo calentaba tanto. Samantha es creativa y libre de prejuicios. Así como ella goza que le revienten el culo, tampoco tiene drama en calzarse un cinturonga y hacerlo jadear. A los sesenta y tres años, Héctor Costello descubrió que todavía tiene capacidad de sonrojarse.

Samantha se sienta sobre sus rodillas, lo toma de sus rulos grasientos y le da un beso largo e indecente. Él acaricia sus muslos tersos.

—¿Por qué no salimos? Es un día hermoso.

El Bambi la mira sin entender. ¿Día hermoso? Acaban de perder a dos compañeros de la banda. Y en Villa Turrón, los vecinos todavía baldean los callejones embarrados de sangre enemiga.

—Mejor tomemos unos verdes —le dice cansado.

Samantha le pone trompita. Le encanta subir al descapotable amarillo de don Héctor y lucirse frente a sus amigas. ¿Y ahora qué *selfie* interesante se puede sacar?

La idea de engancharse al vejistorio no era quedarse encerrada y hacer vida de jubilado. ¿Por qué no salen a pasear? ¿Se avergüenza de ella? Coger con él está buenísimo. No pensaba que iban a tener tanta piel. Pero también hay otras formas de divertirse. Tendrá que levantarle el ánimo para que después la saque a comer a un restaurante copado de capital.

Lo deja solo un rato con la mala onda. Va a la cocina, calienta el agua y después cumple su papel de geisha que sirve mate en lugar de té.

Le tomó cariño: detrás de esa imagen de hombre duro, hay un espíritu paternal y protector. No por nada, Héctor Costello es uno de los hombres más queridos del barrio. Corren algunos chismes sobre él, pero no los cree. Deben ser producto de la envidia.

Lo conoció de pequeña, cuando iba a *Todos contentos*, el comedor solidario de don Héctor. Él seguramente no la registra de esa época: por esas mesas han pasado cientos de chicos. Recién posó los ojos en ella cuando comenzó a buscar por el local a Jonathan, su hermano menor.

“¿Qué hace una piba tan linda por acá?”, le dijo desnudándola con la mirada. Le contó que era Samantha, la hija de doña Irupé, ¿no se acordaba de ella? Claro, claro. Que si tenía trabajo. Que no. Que había terminado la escuela y nadie la contrataba por vivir en una villa. “Véngase a la remisería, m’hija, ya tendré algo para usted”. Así se convirtió en secretaria.

Don Héctor es un buen tipo. Ella lo quiere. Su mamá lo quiere. Jonathan lo quiere. Todos lo quieren, menos esa manga de chusmas que no soportan que tenga plata y la comparta con los pobres.

—Estás triste por lo de la banda del Koala, ¿no? —Él intenta contestarle con evasivas, pero ella apoya el índice sobre sus labios agrietados—. No me tenés que decir nada.

—Sos lo mejor que me está pasando —le susurra el Bambi, muy sincero. Porque con la vida que lleva, alejada de la acción, Samantha es la única alegría. Samantha y todo lo que ella significa: el sexo, su frescura, su practicidad y también su hermano, un nene dulce y alegre.

A ella se le encoge el corazón. Nunca le habían dicho algo así. Desde que le salieron tetas escucha piropos como “te garcho toda” y “qué buen culo, mami”. Ni una palabra de cariño. Aunque el Bambi utilizó el presente continuo, sonó muy romántico. En este momento, no hay nada mejor para él que tenerla entre sus brazos.

A Samantha le nace todo el amor y estrecha contra su cuerpo a ese hombre medio padre, medio amante, que huele a colonia de viejo y billetera.

—¿No podés relajarte un poquito y disfrutar?

Ella empieza a hacerle masajes. Hunde los dedos en las líneas imaginarias de su cuello, desarma nudos, descontractura esa espalda que carga mil conflictos y angustias.

Es verdad, tendría que relajarse un poco. La ambición y el ego lo están matando. ¿Qué más necesita en la vida? Tiene su casa, tiene su negocio legal, tiene sus autos. Y no le faltan minuzas para ponerla. Ya no es ese pibe flacucho de ojos asustadizos como un ciervo que debía robar para comer. ¿Cuántas palizas soportó para demostrar que era tan fiero como los demás? De esa época solo le quedó el apodo: el Bambi.

Podría pedirse unos meses y viajar a Calabria. Siempre quiso conocer la tierra de sus *nonnini*.⁶ Nada se lo impide. Total, ahora está Dante. A Jano le brillan los ojos cada vez que habla de su jefe de seguridad.

¿A quién engaña? Él es un hombre de acción. Ama la adrenalina. Le calientan los fierros y la pólvora. No conoce otra forma de vivir. Además, si fuera su decisión el retiro, perfecto. Sin embargo, acá lo están reemplazando. Eso le rompe soberanamente las pelotas.

Todavía se siente un pibe. Cinco polvos y ni una pastilla, ¿eh? Y tiene nafta para más. Se lanza sobre Samantha, extiende su cuerpo sobre la alfombra de piel sintética y entra en ella sin preámbulos, con el solo fin de acabar.

Sí, pendeja, gritá, retorrete, mordelo. La está metiendo hasta el fondo y sentís que estás pariendo, pero al revés. Llegás

⁶ Abuelos (del italiano).

a ese límite en que el dolor es tan intenso que lo gozás. Dejás de patalear, te ponés en sintonía y acabás cuando el viejo te llena de leche.

Cuando el Bambi la pone, se olvida de sus pensamientos más oscuros. Y mientras tenga a Samantha cerca, siempre la va a querer poner.

Si Jano lo quiere jubilar, no le queda otra que ser un burgués que se dedica a gastar guita y coger. Tendrá que dejar de lado su ego y resignarse a disfrutar todo lo cosechado.

—Piba...

—¿Ya me querés echar?

Samantha está al borde del puchero. Cabizbaja, recoge las pocas prendas que Héctor le arrancó y se dirige al cuarto para cambiarse. Aunque este numerito forme parte de su *acting*, está un poco triste. Es horrible sentirse descartable.

—¿Qué hacés?

—Es que vos siempre...

—Creo que ya estoy en edad de sentar cabeza.

Ella se da vuelta. No puede creer lo que escucha. Se sienta a sus pies, junto a ese sillón destartalado que tiraría a la mierda. Toma con cariño las manos de Héctor, que ya se están llenando de pecas.

—Ay, papi, ¿qué te pasa?

—No quiero que te vayas. Salí de ese barrio que cada vez está peor. Vení a vivir conmigo.

—Héctor...

—¿Te preocupa Jonathan? ¡Traelo!

—Pero...

—Si se queda en Villa Turrón va a terminar como chorro, paquero o soldadito, ¿eso querés?

—No puedo dejar a mamá sola.

La cara del Bambi se transforma. ¿Ahora le quiere enchufar a la suegra? Doña Irupé es una cuarentona potable, muy digna de un revolcón. Cuando era pendeja tuvieron sus encuentros, pero dos amantes bajo un mismo techo solo generarán problemas.

—Tampoco la pavada. ¿Me ves cara de Papá Noel?

—Pero mamá...

Ella no quiere presionarlo demasiado porque tiene pocas pulgas. Sin embargo, no le gusta la idea de verse separada de su familia. Su madre se deslomó limpiando para que termine la escuela, que tenga modales, que no sea una turra.

Él adivina la tormenta que se desata en su corazón. No debe ser tan inflexible. Quiere que su casa se llene de las risas de Jonathan y tener esa familia que nunca pudo formar.

—Bueno, probemos primero nosotros y tu hermanito.

Samantha lo abraza emocionadísima. Las manos del Bambi se deslizan más abajo de su cintura. Mientras ese culo esté parado y a él se le pare, todo va a estar bien.

XVIII

ANITA TOMA SOL junto a la pileta. Lleva una capelina clara, muy Audrey Hepburn, y un bikini turquesa que resalta su piel cobriza. Cada tanto, agarra el licuado de ananá, pega tres sorbos y queda extenuada. Demasiado esfuerzo para un día como hoy.

La tarde está húmeda y pegajosa como un baño turco. Insoportable. Si se mete en la casa, le agarra claustrofobia. Y si está afuera, se queja del calor.

Está podrida, no tiene ganas de hacer nada. Ni siquiera de comprar ropa. Acumula tanta que no le alcanzará la vida para usarla.

En teoría todos llegamos con un propósito a este mundo. Por momentos ella está convencida de que vino a triunfar. Quiere que la gente la mire y se olvide de su vida de mierda. Porque esa es la función de las divas. Son perfectas, casi irreales. Se dedican exclusivamente a su belleza para sumar admiradores. Pero ella solo reina en su jaulita de cristal.

Siente que es un adorno en esa mansión que le queda demasiado grande. Y no está bueno que te tomen por un florero. Hasta donde sabemos, los floreros no tienen corazón.

Y ella sí. Tiene un corazón grandote, lleno de heridas que no cicatrizan.

No aguanta tanta soledad. Jano está casi todo el día afuera y hay noches que ni siquiera viene a dormir. Sabe que lleva una vida al límite. Apenas duerme. No solo está a cargo de una organización narco. También debe manejar sus empresas legales, de donde viene el dinero declarado.

Agarra su celular y busca el perfil de Karim. Hace una semana que no postea nada. Tampoco la ve en línea. Quizá se haya ido de viaje con algún cliente platudo y obsesivo con su privacidad.

Una pena que no esté conectada. Nunca pudo tener otra amiga como ella. Solo Karim conoce su pasado. A los demás les inventó la historia de la tía que la trajo del interior. Le daba vergüenza contar la verdad.

¿Cómo no se le ocurrió buscarla antes? Nunca la dejó de extrañar. Bueno, quizá no deba castigarse tanto. En estos últimos cinco años, Anita estuvo muy ocupada en reconstruirse a sí misma.

El calor está agrietando su piel. Se quita el sombrero y camina hasta la ducha exterior. Qué lindo. Disfruta por largos minutos de tanta frescura. Ya sabe que a los niños de África les falta el agua potable, y a los de Misiones también, pero ella no tiene la culpa. Cuando era chica, se bañaba a baldazos junto a la tapera. Ahora es una ricachona con todas las comodidades.

Anita cierra el grifo y se encuentra con Dante, que la observa apoyado contra la pared. Lleva una chomba celeste y unas bermudas color caqui, que dejan al descubierto sus piernas de pantorrillas fuertes y tobillos finos.

Se siente intimidada. Como acto reflejo, se cubre los pechos, apenas tapados por los triángulos del bikini. Hace

semanas que no le habla, incluso le escribió un mensaje para dejar en claro sus sentimientos. ¿Acaso tiene que hacerle un dibujito?

Está dolida. Otra vez la tomaron por tonta. Después de analizarlo, Anita llegó a la conclusión de que Dante no pretendía ser su amigo ni su amante. Tan solo quería seducirla para sacarle información. Un sorete. ¡Dios, qué bueno está!

Decide enfrentarlo con descaro. Adopta una pose de gata, se acomoda el cabello y aprovecha para admirarlo como a un objeto humano. Cuando él sonríe, ella frunce el ceño.

—Voy a salir. ¿Necesita algo la señora?

Anita percibe cierta sorna en el “señora”. Pelotudo. Que se curta. Ella está para cosas más importantes que hablar con policías infiltrados.

Cosas más importantes.

Lo único que ha hecho últimamente es comer, coger, broncearse y leer. Ni siquiera pisó el gimnasio: ese ya es territorio de Dante, un vigoréxico obsesivo.

Tiene veinte años. No estudia. No trabaja. Aunque le dé bronca, el androide tiene razón. Así nunca va a llegar a ninguna parte.

Su desgano es tan estúpido como ese mal de amores que sufrió en la secundaria, cuando descubrió que su noviecito andaba con tres chicas más. ¿Qué será de Kevin? Ojalá esté limpiando con la lengua los baños públicos de Constitución.

Necesita disciplina. ¿Quiere ser una diva? A tomar clases de canto y baile. ¿Le gusta pintar? Y bueno, debe encerrarse y perder el pánico al lienzo en blanco.

No pisa el atelier desde que volvió de Uruguay. El cuarto está demasiado ordenado. De hecho, ni siquiera hay olor a acrílico. Junto al ventanal está el caballete. Al lado, una pila

de bastidores nuevos. El diván de *patchwork* se ve intacto, con sus almohadones en orden. ¿Qué falta? Anita se pone verde: alguien se llevó sus cuadros.

Hecha una fiera, revuelve los trastos en la casita del jardín. Porquerías y más porquerías. Sube al altillo. Juguetes retro, ropa vieja y cuadernos del colegio de Jano.

Se pone a llorar de impotencia. Esas pinturas representan parte de su vida. Son vómitos de dolor. Ese pueblo de tierra colorada que no volverá a pisar. Las palizas de su padrastro. La indiferencia de su madre. Las constantes violaciones en el prostíbulo. El feto que le arrancaron a los trece años. Su liberación.

Escucha la llave en la cerradura y el taconear de su novio, que ama el sonido de sus mocasines sobre la madera. Hoy anda de buen humor: los enemigos por ahora están replegados, la merca da sus frutos y sus aliados políticos todavía lo protegen. ¿Qué más puede pedir?

Apenas lo ve, Anita se le tira encima, con ganas de triturarlo. Él la toma de las muñecas, con cara de “yo nene bueno, no hice nada”. No entiende su escenita.

—¡Sos un forro, Jano!

—Pará, calmate. ¿Qué pasa?

—¡Tiraste mis cuadros, te odio!

—Estás loca.

—¿Desaparecieron por arte de magia?

—Los llevé a la fábrica.

—¿Qué? ¡Se van a hacer mierda!

—Están bien guardados.

—¿Tanto te jodían?

—Vamos a usarlos para estampados de *Liebling*.

Anita relaja los brazos y suspira. Después de todo, su novio no es tan bestia. De vez en cuando le asoma una veta de humanidad.

—Si a vos no te gustan...

—Yo no entiendo nada de estas cosas, negrita. Pero mi vieja vino y le encantaron.

Ella traga saliva. No le convence mucho la idea de su suegra merodeando en la mansión. Es una experta en criticar todo lo que hace la nuera. La limpieza, la comida, la decoración. Lo mal que hace la cama. Una quisquillosa. Con lo mamero que es Jano, todavía le extraña que la bruja no lo haya convencido para que se busque otra novia.

—¿Y qué piensan hacer?

—Mamá quiere ampliar el negocio a las carteras. La verdad que tiene bastante intuición.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Quería que fuera una sorpresa. ¿No te pone contenta?

—Bueno, al menos alguien aprecia lo que hago.

Jano le besa las manos. Busca sus labios y ella le corre la cara. Por más que sus cuadros estén a salvo, sigue ofendida. Odia que nunca le consulte nada. Está bien que la mantenga, pero eso no significa que la despoje de su voluntad.

—Ay, negrita, ¿qué puedo hacer para que seas buena conmigo? Tenés una casa linda, te comprás todo lo que querés. Te dejo sola casi todo el día y no te rompo las pelotas. A cambio solo te pido amor.

—Me gusta tener mis cuadros cerca. Son parte de mí.

—Qué dramática. Ya te los voy a devolver. ¿Los querés ahora? Pido un flete.

—No sabés lo mal que la pasé.

Él la empuja suavemente sobre el diván. Sus bucles brillan con la luz del atardecer y su piel pálida toma una tonalidad dorada. Tiene una belleza de otro planeta.

Anita cierra los ojos bien fuerte, no quiere caer en su encanto. Sin embargo, sus otros sentidos la traicionan. Las caricias de Jano avanzan tímidas sobre su cuerpo, como pidiendo perdón. Su aliento le quema el cuello y ya presiente su boca con sabor a café. Ojalá siempre fuera así de dulce.

—¿Cómo podés volver a quererme, negrita?

—Por ahora vas bien —dice ella molesta. No quiere hablar. Quiere que utilice su boca para cosas más interesantes.

—Vas a ser la cara de la próxima colección.

—¿Qué?

—Estoy cansado de contratar a chiruzas para que se hagan las lindas con mis zapatos. Esta vez modelás vos.

—Pero tu mamá...

—Me tienen podrido esas rubias frías. Ahora el mundo es de las morochas, esa es la tendencia. Y mi vieja no tiene un pelo de tonta.

—Tendré que ver a un asesor de imagen, pulir mi estilo...

—Todo lo que vos digas. Quiero que mi negrita esté perfecta para la campaña publicitaria.

—Ay, amor...

—Tus pies perfectos van a ser famosos.

Jano le quita las sandalias, recorre con los labios sus piernas largas y besa sus pequeños dedos de uñas celestes. Menos mal que no andaba con zapatillas. Las divas también tienen olor a pata.

XIX

POR LA VENTANA SE CUELA una corriente de aire fresco y la bombilla de luz se balancea desnuda, pendiente de un cable medio pelado. Entre las chapas del techo merodea una cucaracha, fea como ella sola. Todos la desprecian, le tiran zapatazos. Está condenada a la marginalidad. Pero ahí resiste. Come basura, se vuelve fuerte. Hasta es capaz de sobrevivir a un ataque nuclear.

Hace rato que Dante está despierto. Es raro amanecer de nuevo en Villa Turrón. Doña Irma le invitó unos mates, se cruzó con una nieta de la vieja y se fueron a coger. Sin rodeos, sin excusas. Ahora ella duerme abrazada a él, como si tuviera miedo de que se escape. Ni se acuerda de cómo se llama. Puede ser Brenda, Yanina, Carla o Giovanna. Todas son iguales, se vuelven invisibles una vez que cumplieron su cometido.

Él no promete nada. Brinda y recibe placer. Si la noche lo agarra cansado, comparten la cama, pero nunca los sueños. Cuando ya se escucha al vendedor de pan casero, se pone los pantalones y se va. Como ahora, que la mira por última vez.

¿Cuántos polvos se dieron? ¿Cuatro, cinco, seis? Ella acababa y pedía más. Él solo observaba sus ojos de gitana, levemente rasgados. En ese cuerpo vale todo. Y como vale todo, en una velada se agotó.

—¿Ya se va, m'hijito? Cómase una sopaipilla.

—Gracias, doña Irma, pero estoy apurado. —Dante se pone rojo de vergüenza. Nota cierta picardía en su mirada: en Villa Turrón, las paredes son de papel.

—No sea cartucho. Bien sabe que esta es la pensión Soto: casa, comida y poto. —La mujer se ríe y deja al descubierto los tres dientes que le quedan, amarillentos y cariados.

Dante se despide de ella con un beso en la mejilla y la vieja lo abraza con cierto desparpajo, sin perder su aire maternal. Las cosas que le hubiera hecho en sus años mozos. Bien por su nieta, que se comió a este cabro rico.

Después de la ofensiva de la banda del Koala, que acabó con otro reguero de sangre enemiga, la paz pareció haber vuelto al barrio. Una guardia de la Barbie patrulla permanentemente los callejones y cada vecino está instruido para dar la voz de alerta ante el menor movimiento extraño.

Hoy es su primer franco en meses. “¿La vas a poner, Cheto?”, le preguntó Jano, demasiado cerca suyo. Dante bajó la mirada y el narco soltó su risa de hiena. “No te me canses demasiado, ¿eh? Te quiero fresquito para mí”.

Muy a su pesar, le hizo caso a su jefe. Salió y la puso, como un animal incapaz de contener el deseo. Se siente vacío. ¿Cómo será entregarse por completo y querer fundirte con el otro? Dante sacude la cabeza: él no nació para esas cosas. La venganza es la razón de su vida, nada puede distraerlo.

“¿Y, boludo? ¿Por dónde andás?”, le escribe el Negro Otaku. Un ansioso, como siempre. Falta media hora para el encuentro, pero necesita controlar que esté en camino.

Atento a que nadie lo siga, Dante conduce hasta un viejo bodegón de Villa Urquiza. Es un local polvoriento, casi vacío, salvo por un par de jubilados que ya son parte de la decoración.

Su amigo ya se tragó un tostado y ahora engulle una torta de ricota. Sigue siendo un barril sin fondo, como cuando eran pibes. Pero su cuerpo no es el mismo: fue adoptando la silueta de policía come pizzas.

—¿Qué hacés, Negro?

—Vos solo aparecés cuando querés algo.

—Sabés que no tengo vida.

Dante pide un café con leche con tres medialunas. Hace dos años que no se ven, y la última vez fue de pura casualidad. El Negro se iba de vacaciones a Brasil y él había ido a buscar a unas mulas que venían de Bolivia.

Su amigo se hace el ofendido, pero lo entiende. No es fácil ser un agente encubierto. A él no le van esas cosas. Prefiere encerrarse en una oficina con computadoras de última generación. No podría tener un mejor empleo.

—¿Cómo viene el laburo?

—Hasta las bolas, Dante. Como siempre.

—¿Seguís con estafas *online*?

—Por suerte se lo pasaron a Ramírez, era un embole.

—¿Y en qué andás ahora?

—Pornografía infantil. Mucho trabajo fino y colaboración con la Interpol.

—Qué ganas de colgarlos de las pelotas.

—Encima no es fácil ubicarlos, suelen ser lobos solitarios.

—¿Pero los buscadores no bloquean ese material?

—Es que estos tipos son cautos, se manejan en la *deep web* o con aplicaciones casi obsoletas, como *eMule*.

—¿Y hay muchos casos en la Argentina?

—Se detectan unos veinte por día. Para entrar en las redes, los hijos de puta deben compartir material inédito.

—De los mismos pibes que se cogen.

—Te dan ganas de vomitar. Y hay de todo, ¿eh? Están los que violan a la sobrina o los que toquetean a un villerito a cambio de un alfajor.

—¿Cómo aguantás eso todos los días, Negro?

—Yo no vivo inmerso en esa mierda, amigo. El laburo es laburo. Nada más.

Dante baja la vista y se termina el café con leche tibio de dos tragos. Mientras estaba en la academia, llevó una vida más o menos normal: estudiaba y se divertía con amigos. Ahora no es más que un trabajólico.

Todo acabó tras la fiesta de graduación. Para despedir sus últimas horas de libertad casi adolescente se fueron a bailar a Flores. Ahí conocieron a Daniela, una chica inteligente y divertida, mezcla de Emma Watson y Sarah Kay. Apenas la vio, el Negro quedó enamorado.

Cuando amaneció, los grupos de mujeres y varones se fueron a desayunar a Nazca y Rivadavia. Se rieron de sus resacas e intercambiaron teléfonos, pero el único que salió acompañado fue Dante.

Para él, Daniela fue una minita más: debía priorizar su carrera. Sin embargo, ella no lo entendía, estaba demasiado enganchada. ¿Se habrá creído todo lo que dijo Dante? A veces iba demasiado lejos con el chamuyo.

Al parecer, el Negro siguió atento esa historia de amor fallida y se encargó de ser el buen amigo que curó el corazón roto de Daniela. Hace un par de años lo invitaron a la boda, pero no pudo ir. El Bambi no suele dar francos.

—¿Cómo anda el bebé?

—Martín. Se llama Martín. Y ya camina, es un terremoto.

Los ojos del Negro Otaku se iluminan y Dante se enternece. Su amigo es puro corazón. Si fuera mujer, también se enamoraría de él. Daniela se quedó con el mejor candidato: él nunca la habría hecho feliz.

—Che, ¿vos podés acceder a cámaras de seguridad?

—Si son los domos municipales, sí. Y de algunos lugares privados, también. Mientras haya internet, *Anonymous* no tiene límites.

—¡Ese es mi Negro! Mirá, necesito estas imágenes... Acá tenés fechas y horarios de referencia. Con esto podemos probar la ruta de la merca de la Barbie.

—No hay drama, dame tiempo. De curioso nomás, ¿por qué me lo pedís?

—No sé si Moreno está entongado o traban el caso de más arriba.

—¿Y qué pensás hacer con esto, Dante?

—Quiero dárselo a algún periodista para que lo publique.

El Negro se ríe con ironía y le da unas palmaditas condescendientes.

—Ningún periodista se va a quemar con una información tan pesada. ¿Quién le garantiza que no es un montaje?

—Bueno, soy policía...

—¡Tan policía como Moreno y otros soretes coimeados! No seas ingenuo.

—Entonces cagué. Perdí tres años de mi vida en esto. —A Dante se le quiebra la voz.

—Estamos en la era de las redes sociales, papi. ¿No se te cae ninguna idea?

—Son una mierda. Las odio.

—Mirá, yo consigo esos videos, subo las imágenes más contundentes y les pongo...

—“Así se mueve la merca de la Barbie”.

—Genial, no das nombre y apellido.

—Y le meto el dedo en el culo a Moreno y a todos los corruptos que encubren a esta mafia.

—Exacto, ¿viste que tan boludo no sos?

—Sos un *grosso*.

—Che, tengo que seguir laburando. Acá tenés la data que me pediste. Linda minita te buscaste, ¿eh?

El Negro Otaku le guiña un ojo, paga la cuenta y se pierde en la locura de la ciudad. Aunque casi no se vean, es el único hombre en el que confía. Solo él sabe de su guerra personal con el narcotráfico.

Dante se come la última medialuna, deja propina y abandona el bar. Lleva un sobre de papel madera en la mano. Recién cuando está solo en su auto se anima a abrirlo. Desde el documento lo mira Anita, con unos años menos y una tremenda cara de culo.

Lee una página. Lee dos. No puede terminar de revisar el expediente. Se desploma sobre el volante y llora en silencio.

XX

ERINA NIESSEN apura su jugo de *wheatgrass* y arregla su cabello casi plateado. Le duelen los músculos faciales de tanto sonreír. No es que esté feliz de la vida, pero por nada del mundo quiere que le vean cara de suegra.

Anita avanza sobre la pasarela y se come al público. Todo en ella es fuego: sus caderas, su sonrisa, sus pinturas que transmiten los perfumes y colores de la selva misionera.

La colección es un éxito. Y su nuera como modelo, también. Le recuerda a la Coca Sarli, mezcla de *femme fatale* y chica ingenua. Andaba con tremendas tetas al aire y ponía esa expresión de “no sé qué hacer”.

Sabía que esto iba a pasar. En la preventa, casi se agotaron las carteras y las botas con transparencias. Esta morochita tiene su talento. Su estilo impresionista abstracto podría brillar en cualquier galería decente, pero eso no se lo va a decir. La muy hueca ya es feliz con todo el cotillón de la campaña publicitaria.

Anita baja de la pasarela y Jano la recibe con un largo beso. Él, tan lánguido y pálido. Ella, tan voluptuosa y morena. Y los dos, tan sensuales y bellos que uno se calienta de solo

mirarlos. Los flashes invaden a la pareja y ambos sonríen, drogados de felicidad.

“Pendejo boludo”, piensa Erina. “Tenés que tener un perfil bajo”. Esta es la noche de Anita y él quiere ser parte de ella. Sí, él es el dueño de esa bomba. Sí, con esa pinta de nena es tremendo macho y hace con su novia lo que quiere.

Así le gustaban a su marido, con mucha carne y *glamour* de pueblo. ¿Por qué la había elegido a ella, menuda y magra? Claro, Christian quería una muñeca fina para exhibirla en sociedad.

—¿Cuál es la inspiración de esta nueva temporada de *Liebling*? —le pregunta a Erina una periodista que le hace prensa a cambio de sus modelos favoritos.

—*Salvaje* busca la esencia del amor —contesta lo más natural posible.

Erina se despide con una inclinación de cabeza y arrastra su cuerpo aññado hasta el muelle. Quiere un poco de soledad. Les tiene fobia a las multitudes.

Las aguas del río Luján están calmas. A lo lejos se distinguen unas pocas luces. Esta isla es ideal para presentar la colección. Los invitados llegaron en catamarán, y quienes lo deseen pueden pasar la noche en unas cabañas.

La esencia del amor. ¿Qué es eso? ¿No cansarte nunca de la piel del otro? ¿Tomarle la mano y sentir que estás en el cielo? ¿Aguantar palos y humillaciones hasta que la muerte los separe?

Christian fue la única forma que conoció del amor. Un chico malo, revoltoso y peligrosamente bello. El más caliente y descerebrado, capaz de perder un ojo después de agarrarse a las piñas con un tipo que se la quiso levantar.

Los dos eran bravos y celosos, pero él le ganaba porque era más fuerte. Solo una vez pudo pararle el carro. “¡Te aparecés

con un pibe y me borro! ¿Escuchaste? ¡Me borro!”. Estaba tan furiosa que su marido entendió que no podía joder.

Aunque se había resignado a las infidelidades, jamás hubiera podido soportar un hijo de otra. Erina estaba condenada a no concebir más. El parto de Jano fue muy doloroso y terminó con el útero desgarrado. Como si desde el principio su hijo hubiera querido marcar territorio. “Sos mía, solo mía”, le decía ya de pequeño.

Desde que enviudó, nunca pudo formar pareja. Dos veces lo intentó, pero los pretendientes tuvieron un triste final. “Lo mataron por la camioneta”, titularon los diarios tras la muerte de Uwe. Sin embargo, no le robaron nada, lo rajaron a tiros y su metro noventa quedó inerte sobre el asfalto. Peter era nadador profesional y se ahogó en su propia pileta.

¿Cómo puede apagar ese incendio que prendió Christian con sus primeras caricias, cuando eran dos chicos rebeldes y tontos? No es lo mismo un *taxi boy*. Ella es más romántica.

Erina acomoda su *ghagra choli* celeste con bordados dorados y se sienta sobre las tablas del muelle. Se concentra en el *pranayama*. El aire que pasa por su esófago, por su faringe, que inunda sus pulmones y la llena de energía.

El universo conspira a su favor. Forma parte del todo y de la nada. Disfruta de cada segundo, donde cabe una eternidad. Los pensamientos negativos son moscas que la distraen del aquí y ahora.

¿Cuánto tiempo pasó meditando? Se sorprende con la mirada fija en la humilde lancha de un isleño. Se encuentra amarrada a un poste, pero nada le impide bailar con el oleaje.

—¿Erina tiene una hija?

—Qué tonto. Nunca vas a crecer, Xoán.

—Tú tampoco. Pareces una adolescente.

Ella se sonroja. No puede evitarlo cuando lo tiene cerca. El narco gallego le extiende su mano fuerte y la ayuda a incorporarse. ¡Qué ejemplares regala la mezcla de razas: un celta con ojos de moro!

Xoán Filgueira sabe que lo desnudan con la mirada y sonríe. Está acostumbrado a ese efecto sobre las mujeres. Lleva un saco gris, pantalones negros y una camisa azul marino con los primeros botones desabrochados. Su piel luce bronceada por el sol y la sal.

—Gracias por venir.

—No podía rechazar una invitación tan tentadora.

—¿Desde cuándo te gustan los zapatos y las carteras?

—Solo si los haces tú.

—Podría diseñar una colección inspirada en vos.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo sería?

—Habría piratas, barcos y toda la gama de verdes y azules de Galicia.

—Te falta la *fariña*.⁷

—Ay, Xoán...

—Yo también medito. Es mi cable a tierra.

—Hace poco empecé kundalini yoga. El otro día visualicé un rubí en mi entrecejo.

—¿Sería el ojo de la serpiente?

—No sé, pero sentía que el prana vibraba en todo mi cuerpo.

—Un día deberíamos respirar juntos. Tengo una hermosa terraza frente al mar.

—¿No te aburrís en ese pueblo?

—¿Cómo pueblo? Por favor. Cambados, París, Londres.

—¿Tan así?

⁷ Harina (del gallego). Término también utilizado para la cocaína.

—Ni de coña. Pero es bonito, ¿eh?

Los ojos de Xoán se llenan de morriña. No soporta estar lejos de su tierra por mucho tiempo. Es una persona sensible. Le gusta. Los dos parecen sapos de otro pozo.

—¿Qué hace un hombre como vos en un negocio así?

—Es como un mandato familiar. Fuimos *raqueiros*,⁸ traficantes de tabaco y ahora vendemos merca.

—¿No te gustaría que fuera diferente?

—Vamos, que tampoco está tan mal. Deja sus buenos cuartos.

Xoán posa sus manos sobre la cintura de Erina y ella siente una suave descarga eléctrica. Quiere que se quede ahí, que no se vaya nunca. Que la envuelva en sus brazos, que cure con su calor todas sus cicatrices.

Los ojos de Erina están cargados de deseo. ¿Por qué no los lee? ¿Por qué no la besa? Si sus labios son húmedos y mullidos como los de una veinteañera.

El gallego da un paso hacia ella y Erina vuelve a sonrojarse, pero de pronto, palidece. Detrás de su pretendiente está su hijo, con expresión turbia y los brazos cruzados.

—¿Me estás buscando padrastro, mami?

—Jani, yo...

—Está linda mi vieja, ¿no, gallego? Agarrá viaje nomás, total ya me cogí a la tuya.

—*Du schamloses Kind!*⁹

—Tu madre es una dama encantadora. Nos vemos pronto.

Xoán besa la mano de Erina y se despide de Jano con una palmada en la espalda. Ya está acostumbrado al carácter efervescente de su socio argentino. Con él es mucho ruido

⁸ Piratas de tierra que provocaban naufragios y saqueaban los barcos (del gallego).

⁹ ¡Sos un chico descarado! (del alemán).

y pocas nueces, no puede tocarlo. Sin la infraestructura narcopesquera de *Os Pulpos*, la cocaína de la Barbie no entraría a Europa.

Jano cruza el brazo por la espalda de su madre y la conduce hacia la baranda del muelle. Pequeña, preciosa, única. Tiene que cuidarla. No puede permitir que cualquier boludo le rompa el corazón. Que se dedique a meditar y a leer los libros de su gurú. Y a tejer, cuando en un futuro le dé un heredero.

—¿En serio te gusta el pelotudo este?

—Qué noche maravillosa, ¿cómo está Anita?

—Ahí anda, medio borracha.

—Será morochita, pero tiene su talento. Te debo una disculpa.

—Con el tiempo la vas a querer.

—Tenemos que aumentar la producción, ¿sabés? Tres *influencers* subieron fotos del desfile y las fashionistas están como locas.

—Sos una visionaria, mami. Y gracias por hacer feliz a Anita. Ahora tiene algo de qué ocuparse. Si no, me rompe las pelotas.

—¿Vos cómo estás, *Schatzi*?

—Divino, como siempre.

—Me imagino. Hay una guerra en tu territorio y vos hecho una seda.

—No es para tanto, che. La prensa infla todo.

—Nuestras empresas dan ganancias. No es necesario que sigas con eso.

—Yo no estoy solo, mamá. Tengo gente a mi cargo.

—¿Y si le dejás el negocio a Costello?

—Está hecho un viejo choto.

Erina se muerde el labio inferior y unas lágrimas se asoman por sus ojos de hielo, pero las contiene. No quiere

que su hijo la vea llorar. No de nuevo. Ya tuvo suficiente humillación cuando Christian la molía a golpes y el pequeño Jano aprendía que así se debía tratar a una mujer.

—¿Qué pensaría tu padre?

—Estaría orgulloso de mí, construí un imperio.

—Él te quería como un profesional exitoso.

—Ahora está muerto, no le podemos preguntar.

—Tengo miedo de que la historia se repita.

—Tranquila, mami, vos seguí con tus zapatos.

XXI

EL SÓTANO SECRETO de *Todos contentos* huele a mierda. La baranda no llega al comedor solidario de Villa Turrón. Arriba, los nenes toman la merienda y hacen sus deberes, sin tener idea de lo que pasa diez metros bajo tierra.

Máicol lleva horas sentado en el inodoro. Tiene el culo acalambrado. Sus compañeros ya se fueron de compras con el fajo de dólares que se acaban de ganar. Lo sabe porque él ya lo hizo en otras ocasiones. ¿Qué salió mal esta vez?

Siguió las instrucciones con cuidado. Comprobó que cada cápsula flotara en un balde de agua y las tragó con ayuda de vaselina. Poco antes de tomar el micro de Villazón a Buenos Aires, se bajó una tableta de pastillas de carbón; después, solo ingirió tranquilizantes.

Podría haber comido algo, aunque fuera un sándwich; sin embargo, temía cagarse y que lo detuvieran en aduana. No pensó que unos gramos más harían la diferencia.

Máicol tiene la piel oscura, como los uros del Titicaca, pero ahora está pálido, muy pálido, como esa holandesa *hippie* que no paró de hablarle en un castellano tosco durante todo el viaje.

Todavía le falta expulsar medio kilo de cápsulas. Ya se bajó un tazón de sopa de espárragos, un litro de leche y un laxante para caballos. No sale más nada.

Rosmary le había rogado que parara, que se las podían arreglar; sin embargo, Fernandito necesita seguir con la quimioterapia. Si hubieran dependido de sus changas, su hijo estaría muerto.

“Esta es la última vez, mi amor”, le dijo a su esposa antes de irse. De ahora en más, haría solo trabajitos como albañil y bagayero. Nadie termina en la cárcel por pegar ladrillos o cruzar el río con mercadería de contrabando.

Ahora su panza es una bomba de tiempo. Tiene que cagar, por el amor de Dios. ¿Por qué se jodió el micro? En Salta el motor se fundió y estuvieron toda una mañana varados en la ruta. Llegó a la terminal de Liniers con medio día de retraso.

Máicol suda. Siente un fuerte ardor en el abdomen, como si un ácido lo estuviera desintegrando por dentro. Sus latidos se aceleran y entra en convulsiones. No llega a gritar. Hace gárgaras con la espuma que le sale de la boca.

—¿Y, borrego, ya terminaste?

El Bambi abre la puerta del baño químico y se encuentra con el cuerpo inerte de la mula. Asqueado, le cierra los ojos. No soporta la mirada de los muertos.

Era buen pibe. Hace años que lo conocía, nunca le trajo problemas. Muy cumplidor. En fin, son los riesgos que se corren. Odia cuando pasa esto. Prefiere mil veces traer la pasta base en un camión y producir acá el clorhidrato de cocaína, pero hay que variar un poco en la importación de insumos. Si repetís siempre el mismo *modus operandi*, te agarran por animal de costumbre.

En la exportación a España no hay muchas opciones, pero con una frontera tan permeable como la de Argentina y

Bolivia sería una estupidez no utilizar los diferentes recursos para traer la merca.

Debe hacerse cargo solo de esto, los muchachos se fueron a entrenar con Dante. Una bosta. Planeaba llegar temprano a casa y disfrutar de unos buenos petes. Samantha es una lechera insaciable. Qué piba puta, piensa en ella y ya se le para. Y se le baja cuando vuelve a ver el cadáver del pobre boliviano.

Como si tuviera un olfato especial para las desgracias, Jano lo llama. Jano, su niño bien, su preferido, que ahora lo mira a menos, pero que antes lo tenía como un héroe.

—¿Qué onda, Héctor?

—Se rompió un envase.

—Bueno, llevalo a reciclar.

Se escuchan unas risas femeninas y le corta. Debe estar en una partuza. Pendejo engreído. Nació en cuna de oro, solo sabe dar órdenes. Cómo le falta calle. Eso es culpa del Búho Leder: nunca quiso que su hijo se mezclara con el mundo del hampa.

El Bambi arrastra el cuerpo de Máicol hasta el centro de la habitación. Con un cuchillo afilado, realiza dos cortes en forma de cruz, con intersección en el ombligo. Mientras revisa las vísceras todavía tibias, imagina que prepara chorizos caseros, como cuando era chico y ayudaba a su *nonna*.

Limpiar las cápsulas pegoteadas de mierda y sangre es una tarea tan asquerosa como achurar a un muerto. Primero las sumerge en agua y lavandina, después las cepilla y enjuaga. Una vez secas, las pone dentro de un recipiente hermético, que esconde en un pozo ciego.

Por suerte, Máicol era un hombre menudo, casi desnutrido. No cuesta envolverlo en un plástico y colocarlo en un *freezer* destartalado. Cuando los muchachos lo carguen en la camioneta, los vecinos no van a sospechar nada.

Ya no está para esto. Luego de baldear y desinfectar el sótano, se pega una ducha y mete en el incinerador su ropa manchada. En estas ocasiones, siempre anda con una muda extra.

Con mal humor, pero al menos limpio, sube al comedor y saca un *pack* de cervezas de la heladera. Una voluntaria lo mira medio torcido y él se sacude de hombros. No necesita que nadie le venga a dar clases de moral.

La mujer desvía la vista hacia la ventana. Aunque recién sean las seis de la tarde, el cielo se puso negro.

—¿Pasa algo, Raimunda?

—Don Héctor, se fueron todos los chicos. ¿Puedo irme antes? Tengo miedo de que me agarre la tormenta.

—Andá nomás, yo me encargo. Tomate un remis —dice el Bambi y le da un billete de cien pesos.

Cuando la voluntaria desaparece, exhala agotado. Prende la tele y mira una novela turca. Culebrones eran los de antes. Con *Rolando Rivas*, taxista, las minas caían como moscas. Ni telo tenía que pagar. Enfilaba para una villa cariño y les daba matraca en el auto.

Mientras recuerda sus viejas aventuras amorosas, se bebe las seis latas. Aunque ya esté mareado, sigue con sed. O ansiedad. Prefiere atontarse antes que pensar que es un recogepises de la Barbie.

Se levanta para buscar más alcohol y llaman a la puerta. Los golpes son suaves y tímidos, como si no quisieran molestar.

Bajo la lluvia y sin paraguas, en la entrada lo espera Jonathan. Tiembla de frío, como un pollito mojado. El Bambi esboza una sonrisa amplia y generosa, de tío bueno.

—Perdón, ¿llegué tarde? —pregunta el chico con un hilo de voz.

Tan educado y maduro a sus diez años. Parece un pequeño caballero con su postura digna. Lleva las zapatillas azules que le regaló la semana pasada. Están impecables, las debe limpiar después de cada uso.

—¿Estás solito?

—Sí, ¿por?

Al viejo le brillan los ojos. Toma la campera empapada del nene y la cuelga en un perchero. En su interior ebulle la bestia. Con el alcohol se desespera más.

—¿Le pediste permiso a tu mamá?

—En casa no había nadie. Y la verdad que me cruje la panza, don Héctor. ¿Quedó algo?

—Obvio que para vos hay —balbucea el Bambi y le pellizca una mejilla.

El chico sonríe nervioso, no sabe cómo reaccionar. A su cuñado le tiene cariño, pero a veces se comporta de una forma extraña.

El Bambi va a la cocina, sirve un vaso de leche y prepara un tostado de jamón y queso, la merienda favorita de Jonathan. Si tuviera un hijo, no lo dejaría tanto tiempo solo.

Ojalá pueda llevarlo pronto a vivir a su casa. Samantha está tardando demasiado en decorar la habitación destinada a su hermano. Quizá le dé vergüenza admitir que su mamá se opone a quedarse sola.

Si no podés mantener a tus pibes, ¿para qué los traés al mundo? Está cansado de las madres luchonas que dejan tiradas a sus crías y se van de joda para que las vuelvan a embarazar. Doña Irupé tendría que estar agradecida de que la dejen sin obligaciones. Bien que le gusta la joda.

Cuando el viejo regresa al comedor, el pequeño ya está sentado frente a una mesa con un manual abierto. Muerde nervioso su lapicera.

—Mañana tengo prueba de matemática —murmura angustiado. Los números no son su fuerte. A él le gustan los libros y memorizar las lecciones de historia.

—Ahí no te puedo ayudar, Joni. Yo cuento con los dedos. —El viejo le muestra sus manos, que parecen dos racimos de chorizos—. Ahora comé, así se despiertan tus neuronas.

—¡Usted es tan bueno, don Héctor!

El viejo se tira sobre un sofá y lo observa devorar el tostado. Come muy rápido, casi sin respirar. Tiene los mismos labios gorditos y golosos de Samantha. Aunque Jonathan sea apenas un niño, ya se vislumbra una sensualidad natural en sus modales.

—¿Está rico?

El chico afirma con una enorme sonrisa y se toma de un trago el vaso de leche tibia. Termina con un simpático bigote blanco que pronto limpia con la manga de su remera.

—¿Hay más, don Héctor?

Al Bambi se le reseca la boca. No sabe qué contestar. Está paralizado. Su belleza ingenua lo enloquece. Después de unos largos segundos, se acerca al chico, le masajea los hombros y su nuca, suave como la de un bebé.

—Para vos, todo lo que quieras.

Las caricias siguen. Y a Jonathan se le pone la piel de gallina.

XXII

ANITA ESTIRA LA MASA y vuelve a unirla en una bola. Le gusta buscar la consistencia justa. Agrega un poco de harina, para que no quede pegajosa. No importa que tenga las uñas recién pintadas. La gracia del pan casero es hundir las manos en la mezcla y liberar tensiones.

Cada tanto, se seca la frente con el antebrazo y suspira. El calor la tiene extenuada. Encima, el horno prendido solo empeora las cosas. Pero bueno, no hay que perder la compostura, debe actuar como una diva, glamorosa hasta cuando friega.

Lleva un vestido *rockabilly* rojo a lunares blancos. Con el pañuelo en la cabeza parece una versión criolla de Lucille Ball. Solo le falta fruncir la boca con carita de boluda. Pequeño detalle. Anita se observa en la pantalla del celular y ahora sí es la protagonista de *I love Lucy*.

Coloca el teléfono sobre la ventana y se pone en acción. Toma el palo de amasar, elonga la columna y acerca su pecho a la mesada. Con expresión ingenua, como si no supiera que la cámara capta su escote y todo lo que hay en él. El plano es bien cerrado. No tiene que dar indicios de la vivienda. Jano fue muy claro al respecto.

Dante la observa desde la puerta del lavadero. Intenta olvidarla con otras mujeres, pero es imposible. Esta chica siempre se las rebusca para invadir sus pensamientos. Así se hace difícil seguir con su misión. ¿Cómo podrá protegerla? No es una pobre tonta que no sabe lo que pasa a su alrededor. Anita colabora para fortalecer el imperio.

La merca no es solo merca, está relacionada con lo más bajo de la humanidad. Violencia de película. Pibes zombis por el paco. Tráfico de personas. Esclavas sexuales. Ella misma fue víctima de esos negocios turbios. Y ahora se convirtió en cómplice de sus antiguos captores.

Según el expediente, Jano Leder era proveedor de cocaína de la red narcoproxenetista del Paja Testa. Sin embargo, las pruebas que lo involucraban desaparecieron. No hay que ser una luz para adivinar la razón. La Barbie suele aplicar la lógica de Pablo Escobar: plata o plomo.

Anita siente cómo se clavan unos ojos en su nuca. Se da vuelta, pero solo está la heladera, repleta de imanes *kitsch*. Una Frida Kahlo. Un pequeño juego de mate. Frutas humanizadas. Una llama con fondo de aguayo.

Dante se mueve silencioso, como si fuera un felino. No le gusta que ese policía encubierto la espíe. ¿Por qué a veces la mira boquiabierto, como si se le atragantaran las palabras? ¿Querrá que traicione a Jano?

Imposible. Su novio es lo más parecido a una familia. Ella no era nadie, vivía en la miseria y él la salvó de seguir limpiando la mierda de otro. Ahora es una diva, sí. Una diva de las redes. Este último video es tendencia. *#letsbake*. *#glutenfree*. *#foodie*. *#sexychef*. *#breadlover*.

Aparecen los comentarios.

“Ay, me gusta tu vestido”.

“Te doy hasta que Pinocho done sangre”.

“¿Sirve levadura en polvo?”.

“Esta vaca se escapó del matadero”.

“Con ese culo te invito a cagar a casa”.

“¿Qué le ven a esta groncha?”.

La próxima sube una foto casi en bolas, así se burla de los *haters*. ¿Piensan que se va a poner a llorar por unos comentarios malintencionados? Odian que una chica común tenga éxito. Por ahora rechazó ofertas de medios masivos: no quiere ser una figurita descartable. Solo aceptó unas cuantas campañas publicitarias. Dinero no le falta, pero está bueno tener cierta independencia económica.

Los fotógrafos la adoran. Dicen que tiene ángel. El problema son las vestuaristas. “Te vendrían bien unos kilos menos”, le dicen cuando no le entran los modelitos de talle único. Que se curtan. La ropa está hecha para la gente, no al revés.

¿Cuán lejos llegará con su carrera? Ella quiere disfrutar, nada más. No piensa cagarse de frío porque a un loquito se le ocurre hacer un catálogo de bikinis en medio de la nieve.

Anita arma bollos y los coloca sobre una bandeja aceitada. El horno ya está caliente. Media horita para que la masa leve y adentro. Después, a lavar los trastos. No quiere que su cocina se convierta en un cultivo de bacterias.

Mientras pasa la esponja por un bol, alguien la abraza por la espalda y le muerde el lóbulo de una oreja. Está a punto de pegar un codazo, pero siente un intenso aroma a café. Y se desarma. Se vuelve dócil como una gatita.

Jano la ve como ama de casa y se pone cachondo. Que cocine. Que lave. Que barra. Que borde. No como su mamá, que se las da de empresaria en un mundo de hombres.

La toma por la cintura, desliza sus manos bajo el vestido *rockabilly* y ella se contorsiona. Esos dedos delicados siempre le dieron cosquillas.

El cabello de Anita huele a pan horneado y Jano quiere comerla. ¿Qué sería su novia si fuera comida? Nada de sushi y caviar. Ni pensar en esa cocina de autor, con mucho diseño, pero poco abundante. Ella es el guiso generoso de la abuela, el asado de papá, una buena pizza con moscato, una hamburguesa doble con *cheddar*. Ningún plato vegano.

Estar entre sus brazos es sumergirse en un mar cálido y seguro, como el vientre materno. No quiere salir de ahí. Mientras ella se comporte como una muñequita obediente, todo estará bien. Cada uno debe entender cuál es su lugar.

Anita está recostada sobre la mesa con mantel a cuadros. Sus pechos suben y bajan, al compás de su respiración. Tiene los ojos entornados y la boca entreabierta. Ama que sea suya.

Ojalá fuera siempre así: Jano quisiera recortar esta escena y reproducirla cada vez que se deprime. ¿Podrá formar con ella una familia? Todavía es muy chica, quiere que viva un poco más. Un pibe no es joda. No le gustaría que a su hijo lo internen de bebé en un jardín.

¿En qué cosas piensa? ¡Dios, los sentimientos extraños que le despierta esta mujer! Sí, buena chica. No hace falta que te lo pidan. Vos sabés qué hacer. Así, más profundo. Con labios de seda y un hambre feroz.

Jano le acaricia la cabeza. Jamás debería olvidar los atributos de su novia. Llega un momento en que ya no piensa. Es imposible. Su mente se pone en blanco y se deja llevar.

Ella se lame los labios. Busca la boca de Jano. Quiere tentarlo para un nuevo *round*. Tiene que aprovechar, hoy está especialmente delicioso.

—No seas asquerosa, salí de acá.

—Pero es tuya...

—Lavate y después vemos.

Su novio se levanta los pantalones y saca un zumo de pomelo de la heladera. Como ya se descargó, ella se tornó invisible. Vuelve a ser el tipo apático y calculador que no ve en ella más que una concha.

Una concha, sí. La concha que gime. La concha que come. La concha que ríe. La concha que llora. La concha rebelde. La concha que sangra. Muchos matices, pero siempre una concha.

—¿Me llevás unos pancitos cuando estén listos? —le dice con una simpatía forzada. Se dio cuenta de que fue un poco brusco con ella.

—Claro, amor.

Jano prende la tele del comedor. Anita no entiende cómo le gusta escuchar el noticiero a un volumen para jubilados.

A veces le exaspera que su novio no tenga mundo interior. Se cree demasiado fino porque toca el piano, escucha música clásica y habla cuatro idiomas. Sin embargo, todas esas cualidades le fueron impuestas. Le falta arte. Para él, la vida no es un escenario o un lienzo en blanco por pintar.

Anita apaga el horno y lo deja entreabierto con un repasador para que la masa no quede chiclosa. Un viejo truco que aprendió en la casa refugio. Doña Erminda, la cocinera, era una mujer práctica y algo brusca, pero de gran corazón.

Una buena ducha. Se cepilla los dientes y hace gárgaras con el enjuague bucal. Sale del baño con el pelo todavía húmedo, con ese encanto de las divas al natural.

Prepara un té de hierbas y lo coloca en una bandeja junto a un par de pancitos. Está bien malcriar a Jano. Aunque a veces se porte como un cuco, luego se arrepiente y vuelve a ser encantador. Después del último episodio violento, puso otro departamento a su nombre. ¿No es una muestra de amor y confianza?

Cuando llega a la sala y ve la tele, Anita siente que se va a desvanecer. Coloca la bandeja sobre un aparador y se deja caer en un sofá. Desde la pantalla le sonríe Karim, con su aire de chica traviesa.

“México: asesinaron a modelo argentina”. El *videograph* es bastante sobrio. Informativo, para nada sensacionalista. Contrasta con el morbo de los periodistas, que babeán de emoción por todos los condimentos de este nuevo caso.

—Efectivamente, Mauricio, el cuerpo fue hallado en un estado avanzado de descomposición —dice Benítez, columnista especializado en leer portales y citar fuentes falsas.

—Pobre familia —se lamenta el conductor con cara de compungido, tratando de darle a la noticia algo de humanidad—. ¿Y cómo la reconocieron, si los cadáveres se hinchan y deforman?

—Tenía un tatuaje. Y eso no es todo. Acaban de mandarme datos exclusivos de la autopsia.

—Acá estamos trabajando a fondo en el caso. Tenemos a un enviado en Playa del Carmen —improvisa Mauricio, para que la audiencia no se vaya a otro canal—. ¿Ya se sabe la causa de muerte?

—Son datos preliminares, pero podría decirte... Perdón, es muy fuerte.

—Acá estamos para informar.

—Murió de un balazo en la vagina.

—¡Por Dios! —se escandaliza Mauricio, en un arranque de moral. Luego olvida sus pocos principios. El *rating* está subiendo—. ¿Y hay restos de semen?

—Todavía no está confirmado.

—¿Se sabe qué hacía Karim en México? Miren qué rubia y jovencita, era muy linda.

—En las redes sociales decía que era modelo.

—Bueno, para que la gente sepa, muchas chicas son engañadas y terminan trabajando en prostíbulos.

—Exactamente, Mauricio. Y estos antros suelen estar regentados por narcos.

—No se muevan de ahí, volvemos después de un corte.

Jano, como la mayoría de los televidentes, sí se mueve. No soporta perder tiempo con los anuncios publicitarios. Él ya sabe qué quiere comprar. Se levanta para estirar las piernas y se encuentra con Anita. Tiene los ojos enrojecidos.

—¿Qué te pasa, negrita?

—¡Qué horror!

—Era una puta. Sabía en qué se metía.

—No hables así.

—¿Qué, la conocías?

—No, no —se apresura a mentir ella. Todavía se avergüenza de su pasado—. Pero es que tiene más o menos mi edad.

—Algo habrá hecho. Capaz que habló demasiado —suelta con una frialdad que da miedo.

Jano sigue su camino hasta el baño, mea con la puerta abierta, no tira la descarga y vuelve a sentarse frente a la tele. Anita ni se molesta en seguirlo con la mirada. Se encuentra en estado de *shock*.

Sin prestarle atención a su novia, él hace *zapping* hasta encontrar un capítulo empezado de *Los Simpson*. Es el mítico episodio del monorriel. Marge abre un *locker* y exclama con asco: “¡Homero, aquí hay una familia de zarigüeyas!”. Jano, que se sabe el diálogo de memoria, responde: “A la grande le puse Cuca”. Y lanza su espantosa risa de hiena.

XXIII

LAVARON TU CUERPO DE PIEL AZULADA. Ni muerta te pudiste zafar de que te manoseen. Estabas indefensa, con la mirada vacía en el techo de la morgue. Tampoco reaccionaste cuando te realizaron un corte con forma de “y”, desde los hombros hasta el esternón.

Abierta. Tu realidad no cambió mucho respecto de cuando estabas viva. Siempre te pidieron que estuvieras disponible, lubricada, complaciente. Ahora tenés una sonrisa blanda, estúpida, casi forzada.

Te vaciaron de la cabeza a tu vientre plano, que Anita siempre envidió. Estudiaron el peso, el color y cada detalle de tus órganos. Luego pusieron todo en su lugar y te cosieron con horribles puntadas.

¿Dónde estás, Karim? ¿Sola, fría y ultrajada, a la espera de una sepultura? ¿Todavía vagueás en ese descampado donde te encontraron unos cirujas? ¿O te fuiste al cielo? Si te fuiste al cielo, ¿qué le dijiste a Dios, si ese viejo indecente existe?

No, vos te merecés descansar para siempre. Mezclarte con la tierra y volverte pasto, flores, árboles. Que los pajaritos te coman y vos vuelas con ellos feliz, sin memoria. Eso.

También podrías reencarnarte, ¿no, Karim? Quizá sea más justo que el universo te recompense con una vida tranquila y llena de amor. Si te cruzaras a algunos de los monstruos del pasado, los perdonarías. Porque sos demasiado buena, nunca pudiste guardar rencor.

Anita hunde la cara en la almohada y trata de ahogar el llanto. No quiere hacer ruido, su novio se daría cuenta de que está destruida y comenzarían las preguntas. No está preparada para responderlas.

Jano duerme profundamente. Podría pasarle un camión al lado y él seguiría roncando con expresión angelical, imperturbable. Qué suerte. Anita vive en estado de alerta. Ni siquiera en la tapera de San Ignacio podía descansar.

Se pone una bata y se encierra en su atelier. Necesita estar a solas con su tristeza. Karim merece que la lloren. Y si no es Anita, ¿quién la va a llorar? A lo mejor hizo nuevas amigas como *escort*, pero nadie la va a querer como ella.

¿Qué hubiera sido de Anita sin el cariño y las bromas de Karim? Siempre encontraba la forma de divertirse en el mismísimo infierno. Las patas chuecas de la abortera. La absurda coquetería del Paja Testa, que teñía sus canas con tintura barata. El aliento a dragón de Varela. Los ceceos de Yaya, la vieja celadora que se hacía la buena, pero era una cómplice más.

Karim no había sido vendida por su familia. Ella solita se fue de la mano del captor. Ya lo había visto varias veces en la estación de Merlo, donde cada mañana tomaba el tren para vender estampitas. Él siempre le dejaba dinero de más y le sonreía. Un día, la invitó a comer y le contó que tenía una fundación para chicos pobres. Ahí iba a poder dormir y estudiar. La propuesta era tentadora. En su propia casa la esperaban una madre paquera y un padre casi ausente.

Como mosca a la mierda. Fue una presa demasiado fácil. La fundación era un cabarulo de lujo para señores que querían garcharse a nenas. ¿Se preguntaban de dónde salían esas putitas? ¿Eran hijas de alguien? ¿Estaban ahí por su propia voluntad?

Karim aprendió a desconectarse. Era una técnica que descubrió cuando estaba triste y se quería morir. Pero no se quería morir para siempre, solo un ratito, para calmar el corazón y recobrar fuerzas. Esa misma técnica se la enseñó a Anita, y entre las dos se las ingenieron para sobrevivir.

Cuando cumplió dieciséis años, se volvió vieja para los estándares manejados por el prostíbulo y desapareció. Que la había comprado un cliente. Que se la habían llevado al sur. Que se había suicidado. Que la habían matado para vender sus órganos. Demasiados rumores y ninguna certeza.

¿Qué pasó con vos, Karim?

Anita está tirada en el diván y recorre los portales de noticias en busca de información. Quiere saber qué fue de su amiga durante todo ese tiempo que la dio por muerta.

Así que estuvo cautiva dos años en un departamento de Comodoro Rivadavia. Fue liberada durante un operativo de la policía federal. ¿Qué pasó después? Estuvo largos meses triste y desempleada, hasta que no le quedó otra que volver a prostituirse.

Sospechan que el portal de *escorts* que ofrecía los servicios de Karim estaba conectado con una red de trata que se extendía a Colombia, Venezuela y Argentina. A las chicas extranjeras les prometían vivienda, auto y chofer, pero no les aclaraban que terminarían endeudadas con sus chulos de guante blanco.

Karim no es la primera *escort* asesinada en México. Antes estuvo Alejandra, una exreina de belleza que terminó

desangrada en un hotel. A María la torturaron y la desfiguraron con ácido. Eugenia apareció con cortes en sus partes íntimas y un lazo en el cuello.

Todas ellas tenían clientes poderosos. Los únicos que podían costear una prostituta de lujo. Políticos. Altos cargos policiales. Y narcos de diferentes carteles. Ahí está el problema. Algunos son posesivos y no les gusta compartir agujeros, mucho menos si se trata de un tipo de una organización rival.

Karim, ¿cómo pudiste terminar así? Anita amplía una foto del departamento donde vivía su amiga. Un monoambiente coqueto, con jacuzzi y vista al mar. En el piso hay ropa tirada. La cama está deshecha. Sobre la mesa de luz quedaron un libro de autoayuda y unos lentes que usaría solo para leer.

Menos mal que Anita conoció a Jano. No hubiera sido raro que corriera la misma suerte que Karim. El trabajo en la peluquería era un infierno, horas y horas por un sueldo miserable. Ahora su vida es perfecta. Vive en una mansión, trabaja de lo que ama y tiene a un hombre hermoso a su lado. Bueno, a veces su chico se transforma en un monstruo, pero más o menos sabe controlarlo.

Cómo le gusta engañarse a sí misma. Jano es un nene malcriado que tiene peligrosos berrinches cuando las cosas no salen como quiere. Y eso ella no lo puede predecir. Apenas conoce la vida oculta de su novio. Sabe que lidera una organización narco transnacional y que estos negocios no se manejan como un kiosco.

¿Esas manos que le hacen ver el cielo mataron alguna vez? ¿O siempre impartió órdenes, porque odia ensuciarse? Aunque también se puede provocar mucho dolor sin armar una carnicería. Eso Anita lo tiene más que claro.

Una alarma se prende en su corazón. Su sonido es molesto y persistente. No puede apagarla. Cierra los ojos y le vienen

imágenes de cada paliza que le dio Jano. Desde aquella primera pelea en Uruguay hasta los cinturonzos de hace unos meses. ¿Y si se le va la mano? Digamos que no lo hace a propósito, porque la ama. No puede controlar su furia. ¿Anita terminará como Karim, joven, podrida y con olor a formol?

Sería una tarea demasiado fácil hacerla desaparecer. Nadie notaría su ausencia, está sola en el mundo. Jano tiene un poder total sobre ella, es dueño de su vida y de su muerte.

Anita se angustia y le agarra hambre. Odia estos ataques de realidad. Ella no nació para prestarle atención a verdades incómodas. Aprendió a escapar para sobrevivir, sobre todo con la mente. Porque muchas veces podés andar sin cadenas, pero con la cabeza en un pasado escabroso que no te deja avanzar.

Va hasta la cocina y prende la tele. No quiere perderse ni una novedad sobre su amiga. Ahora aparecen en la pantalla los padres de Karim. Aunque no tengan más de cuarenta años, están avejentados por el hambre y las drogas. A pesar de todo, parecen seguir juntos.

Dicen que son muy pobres y que nunca tuvieron medios para buscarla. Que están destrozados. Que quieren su cuerpo. Exigen una compensación del Estado. Al final de la nota, la mamá cae de rodillas y llora a gritos.

¿Vera habrá buscado a Anita en algún momento? Ni una carta, ni una foto. Nada. Si bien su mamá apenas sabía leer y escribir, podría haberse movido un poco. Cada tanto, vuelve la misma pregunta. ¿Vera está viva? Siempre la imagina muerta. ¿Serán las ganas o realmente lo presiente? Anita tampoco se molestó mucho en ir a buscarla. Podría convencer a Jano para viajar juntos a Cataratas del Iguazú y ahí hacerse una escapada a San Ignacio.

Todos estos planteos quedarán en un simple rumiar mental. Anita no está preparada para enfrentar a los fantasmas

de su pasado. Además, ningún resultado sanaría su alma. Si Vera está muerta, se pondrá triste. Si Vera está viva, tendrá ganas de matarla.

Mierda. Necesita comida ya. Revuelve la heladera y solo encuentra frutas y verduras para los jugos detox de Jano. En las alacenas hay legumbres, cereales y harinas sin gluten. ¿Y en el fondo qué hay? ¡Las *cookies* de girasol, algarroba y cacao amargo! ¿Qué hacen ahí? Seguramente fue la yegua de su suegra que anduvo ordenando a su manera. Siempre hace lo mismo cuando visita al nene en su ausencia. Todavía no se explica cómo esa vieja nazi valoró sus pinturas y la aceptó como modelo.

Anita se pone a comer apoyada en la mesada. Parada, sí, como los caballos. El chocolate belga se derrite en su boca y su corazón se llena de infancia. Una infancia linda, compuesta de aquellos momentos fugaces que hicieron más llevaderos el cautiverio y la explotación.

Cuando estaba en el antro del Paja Testa, había un pedófilo culposo que después de cogerlas les dejaba galletitas. Anita y Karim lo preferían porque al menos se bañaba y no era tan bruto como el Gordo Menefrega. Después de atenderlo, ellas siempre compartían la recompensa. Se atiborraban de grasas trans y se contaban los cuentos que habían leído de más chicas.

Karim, ¿qué cuentos podés contar ahora? ¿Cuándo volverá a escuchar tu risa? ¿Por qué no se tomó un avión a México apenas se enteró de que todavía existías, que podía recuperarte?

Anita siente una piedra pesada en el pecho y tiembla. No soporta la pérdida de su amiga. El frasco se le resbala y termina hecho trizas sobre el piso.

Se traga el llanto. No quiere despertar a su novio. Se agacha para recoger los vidrios, pero unas manos fuertes la apartan de los destrozos.

Ella levanta la vista y se encuentra con la mirada tierna de Dante. Este hombre que le despierta sensaciones prohibidas la engañó desde el principio. Tendría que denunciarlo. Sin embargo, por alguna razón no se anima.

Dante le limpia las lágrimas con un pañuelito descartable. Anita toma distancia. No aguanta tenerlo tan cerca. Además, ¿qué pensaría Jano si los viera así?

—No se preocupe, señora, yo limpio todo.

El tono del falso custodio insinúa mucho más. No solo se ofrece de mucamo. Con su voz le acaricia el alma y le dice: “Podés confiar en mí, siempre voy a estar con vos”.

No tiene que caer en sus encantos. Quiere seducirla para sacarle información. Debe luchar contra su esencia de pendeja caliente. Los hombres no pueden darla vuelta como una media.

Dante sigue bañándola con su dulzura, expectante. Espera una palabra, un gesto. Algo. Anita decide mirarlo con desdén y le da la espalda. Ni se molesta en contestarle. Nunca fue de hablar con las plantas.

XXIV

LAS HOJAS AMARILLAS de los tilos se mecen con modorra. El viento intenta desprenderlas, pero ellas permanecen aferradas a las ramas. El otoño tendrá que avanzar para que poco a poco terminen durmiendo sobre los caminos de Delta Highlands.

Los rayos del amanecer iluminan los rasgos delicados de Jano. Podría ser la ilustración perfecta de una Bella Durmiente andrógina. Detrás de sus párpados casi transparentes se esconden sueños turbios de hada malvada. ¿Quién podría sospecharlo? Sus labios se curvan en una mueca deliciosa de tranquilidad.

Se despereza en la cama, y al abrir los ojos descubre que Anita no está a su lado. Le gusta abrazarla, su presencia le recuerda que todavía respira.

No cree llegar a ser muy longevo. En esta profesión de *gangster* se suele vivir poco, pero intensamente. Prefiere esta existencia al límite a llevar largos años en un laburo chato y burocrático.

Quizá termine como su padre, acribillado por los enemigos después de que algún soplón lo vendiera por dos pesos. No. Eso no le va a pasar. Tiene a Dante, el hombre que lo salvó de ser un cadáver joven y bello.

Jano recorre la mansión con una bata de seda azul Francia. Le da paja vestirse antes del desayuno. Abre la puerta del atelier y ve que Anita está dormida sobre el diván. Es una chica demasiado sensible, ¿cómo lo soporta? Está bien, la rescató de un agujero, le gusta la guita, pero se nota que lo quiere. Si ella supiera lo que realmente vale, saldría corriendo. Le conviene que esté ciega de amor.

Una corriente de aire frío entra por la ventana que da al jardín. Jano toma una manta del armario y tapa a su novia. Tiene grandes planes para ella. Cuando termine de quitarle sus capas de inocencia, será una gran socia en el sub-mundo narcocriminal.

Hoy se levantó de buen humor. Está agradecido porque sus negocios están en marcha y todavía mantiene lo que considera su familia. Una madre sana y dulce. Un padre sustituto como Héctor Costello. Una mujer hermosa y buena. Y un jefe de seguridad que no permitirá que nada malo le pase. Le encantaría salir casi desnudo e impartirle *blissing* a todo el barrio, como haría Erina Niessen.

En la cocina, Jano encuentra la jarra de la exprimidora secándose boca abajo sobre un repasador. Seguramente la dejó Dante, que se levanta cuando sale el sol, desayuna y se va a correr. Le gusta que esté en forma, ese cuerpo de algún modo también le pertenece.

Hora de energizarse. Muele los granos de kopi luwak, un café de Sumatra que se colecta de la caca de la civeta, un bicho raro como él. Aunque parezca asqueroso, las enzimas del sistema digestivo de este mamífero hacen que la infusión sea menos amarga y guarde ciertas notas de chocolate y caramelo.

Hora de trabajar. Se sienta ante su escritorio y chequea los *mails*. La fábrica de *Liebling* duplicó la producción de calzado y carteras. La flota de camiones a nombre de una tía

loca tiene balance positivo. Y sus acciones en la bolsa siguen bien manejadas.

Desde las redes sociales, Xoán Filgueira avisa en clave que necesita un nuevo cargamento. Jonny Quispe informa que se viene una excelente cosecha de “maíz”, así que en poco tiempo tendrá unas buenas toneladas de pasta base para procesar y obtener clorhidrato de cocaína casi puro.

Jano reclina el asiento, huele su café y lo saborea de a poco. Vale cada dólar que pagó por estos granos de mierda, literalmente. A lo mejor podría tomarse unos días. Hace bastante que no va a Europa, a Anita le encantaría conocer el Viejo Mundo.

El celular lo saca de su ensoñación. Es Axel Braun, con su tono agudo de chanco histérico que cogen bajo la autopista mientras le dan de comer sandía.

—Poné la tele, Jano.

—No estoy para pelotudeces.

—Poné la tele, te digo.

“Así se mueve la droga de la Barbie”. “La ruta caliente de la cocaína”. “¿Quién es el misterioso narco de zona norte?”. Estos títulos no le causan gracia. Y mucho menos las imágenes en pantalla.

Los videos están editados de forma tal que asustan a los malos, pero no llegan a mostrar evidencia suficiente como para que les caiga un operativo encima. De todos modos, es un buen dedo en el culo.

Los camiones con choclos junto al galpón de *Costello Hermanos*. Movimientos extraños en el puerto junto a los yates que llevan los zapatos mágicos a Uruguay.

¿De dónde salieron esas cámaras? Qué pregunta estúpida. Siempre estuvieron ahí. La cuestión es saber quién acercó el material a la prensa.

La semana pasada cenó con el dueño de la señal de noticias. Mucho ji, ji y ja, ja y ahora le está clavando un cuchillo por la espalda. Lo contento que se veía con su bolsita de polvo blanco, escamoso y brillante. Casi casi le declaraba amor eterno a la Barbie.

Le pega un llamado.

—¿Qué pasa, boludo, me estás cagando?

—Es *trending topic* en las redes.

—No vi nada.

—Fijate mejor entonces.

—¡Sacá esa mierda del aire!

—Pibe, está en todos los canales.

Y le corta. El muy hijo de puta le corta. Qué fácil se borran estos amiguitos del poder. Tendrá que mandarle alguna advertencia para que aprenda a respetarlo. Pero eso después. Ahora tiene un problema más grave.

Sube el audio de la tele.

Mauricio, el rey del amarillismo, y Benítez, su columnista y lamebotas oficial, se regodean con las imágenes e inventan historias robadas de policiales negros.

Qué suerte tener periodistas que se guían más por el *rating* que por la información precisa. No mencionan lugares, mucho menos nombres. Por ahora, esto no pasa de ser un circo que durará un par de días.

Lo peor está en internet. Ahí la gente se escuda en identidades falsas, como esos cagones de *Anonymous*, que publicaron las cámaras de seguridad. ¿Cómo se lo comió más temprano?

Jano hiperventila y sus nudillos se vuelven blancos de tanto apretarlos. No soporta la traición. El mundo debería amarlo porque es lindo y exitoso.

Ahoga un grito de bronca y barre con el brazo todo lo que hay sobre su escritorio. Se siente un pelotudo: después va a tener que limpiarlo él. A su oficina no entra personal doméstico.

Da vueltas por la mansión como un león enjaulado. Le cuesta pensar con claridad. Hasta ahora solo había sufrido robo de mercadería y avances de bandas rivales. Nada de filtrar información al exterior: si canta uno, caen todos. A los canas y a los jueces los tiene bastante contentos, así que por ahí no viene la traición.

¿Cuál es la nueva variable en su negocio?

Alguien abre la puerta principal y Jano esboza una mueca psicópata.

—Hola, patrón.

Dante tiene las mejillas coloradas y la remera térmica pegada a su pecho. Como si nada pasara, saca una botella de agua fría de la heladera. El narco tiene la vista fija en su nuez de Adán, que se mueve suavemente con cada trago. Le encantaría arrancársela con una navaja.

No importa que esté transpirado o con el pelo hecho un desastre. El tipo es una tormenta de facha. Podría ganar muy bien como *taxi boy* o modelo. ¿Qué hacía en Villa Turrón? ¿Esa coartada de chico de clase media venido a menos será puro cuento?

Hijo de puta. Tiene ganas de cagarlo a trompadas, meterle un palo en el culo y después mutilarlo de a poco, para después hacerle comer su propia carne.

¿Será un infiltrado de la banda del Koala? ¿Cómo sabía lo de Tumberito? ¿Habría pactado entregarlo para ganar confianza y después vender al capo en una operación más importante?

Jano tironea a Dante por la muñeca y lo obliga a sentarse frente al televisor. En la señal de noticias siguen repitiendo las cámaras de seguridad.

—¿Qué mierda es esto? —pregunta la Barbie con tono monocorde.

El falso custodio arquea las cejas. Esa es su única reacción. Ya está jugado. Sabía que esto podía suceder. Lo importante es mantener la dignidad.

Jano saca un arma que tiene escondida entre los almohadones del sofá. Acaricia las mejillas de Dante con el cañón y lo observa con una mezcla de odio y tristeza.

—Patrón, no tengo nada que ver.

El narco suelta una risita despechada. Con un rápido movimiento, se sienta sobre las rodillas del falso custodio y apunta contra su entrecejo.

—¿Me ves cara de pelotudo, Cheto?

—Debe ser la banda del Koala.

—Me hubiera enterado. La cosa es más simple.

La pistola se clava en el mentón de Dante. A pesar de la amenaza, su mirada no refleja temor. Es el hombre que Jano hubiera querido ser. Alto, viril, atlético, duro. No una muñequita de porcelana. Ahora el arma juguetea con sus labios.

—¿Yeta o yuta?

El narco introduce el cañón en su boca. El falso custodio no se mueve ni un milímetro. Está resignado a su destino. De nada sirve patalear o pedir perdón. Cualquier reacción resultaría sospechosa.

En cuestión de segundos le vienen a la memoria los perfumes de su infancia. La torta de zanahoria recién horneada. Los rosales del jardín. Los pisos encerados de la

escuela. La tierra húmeda de los campamentos. Las blusas frescas de mamá.

Mamá. Necesita su calor. Ya no quiere ser el hombre duro que protege a los demás. Se siente débil. Inútil. Estúpido. Y solo.

Si lo matan, nadie va a reclamar su cadáver. Todos los que alguna vez lo quisieron están muertos. Quizá la Barbie le esté haciendo un favor. No vale la pena vivir así. Es un fracaso como policía y también como persona. Ojalá fuera un androide, como lo llama Anita. Odia tener corazón.

Vamos, Jano, decidite. Sos vos o él. Pero tené claro que después de Dante vendrán otros. Esos mismos que te cobran la coima siempre te van a controlar. Por seguridad, por ego, para traicionarte cuando venga un mejor postor.

Cuando el policía escucha el gatillar, una lágrima imperceptible se asoma por las comisuras de sus ojos pardos. Sigue entero. Sus sesos no están desperdigados por el piso. Todavía respira. Y también siente muy cerca la respiración de la Barbie, que lo estudia con la mirada.

—¡Qué verga! —se queja el narco.

Retira el arma y la revisa con un mohín de nene malcriado. ¿Habría sido una señal? Más allá de sus sospechas, su jefe de seguridad no tiene pinta de traidor. Es un hombre leal, capaz de arriesgarlo todo por él.

Jano se sienta de nuevo junto a Dante y le cruza un brazo por la espalda. El falso custodio traga saliva. No sabe qué prefiere: que le rajen un tiro o soportar estas muestras de cariño.

XXV

DANTE ESTÁ PARADO FRENTE AL ESPEJO del baño. En apenas unas horas, envejeció siglos. Hacía mucho tiempo que no se observaba con detenimiento.

Bajo sus ojos pardos hay unas ojeras grises que le dan un aire mafioso. ¿Por qué las tiene él, si el criminal es Jano? Sus labios están ajados porque no se hidrata como corresponde. Y sobre su torso hay varias cicatrices que le dejaron sus andanzas en Villa Turrón.

Se toca los brazos, el pecho, los hombros, el cuello. Sigue vivo. ¿Debería seguir como si nada o tendría que haber aprendido una lección?

Todavía siente las bolas en la garganta. Nunca estuvo tan cerca de la muerte. Si no fuera por una falla mecánica, ya lo habrían cremado en un cementerio privado.

Nadie lamentaría su ausencia. El Negro Otaku se ofendería porque no lo llama. Sus jefes se sentirían aliviados sin la presión de un subordinado incorruptible. Anita se pondría contenta porque podría andar de nuevo en pelotas por su casa.

Se recuesta. Necesita reponerse. Mañana llega un cargamento de Bolivia y debe montar un operativo de

seguridad. Ya no pueden usar el galpón de *Costello Hermanos*, quedó eschachado en los videos. Buscaron un depósito nuevo a los apurones.

Tocan la puerta.

¿Será ella? Quizá haya escuchado la discusión de esta mañana y esté preocupada por él. Sí, claro. Qué iluso. Cuando estaban en Uruguay creyó leer deseo en su mirada. Ahora solo encuentra desprecio.

—¿Cómo anda mi chico duro?

Rarísimo, ¿por qué Jano pide permiso para entrar? Siempre pasa de una porque es el amo y señor de la casa, dueño de cada objeto y persona que haya por ahí.

El narco sonríe con dulzura. Hasta parece bueno. Como si tuviera de fondo el *soundtrack* de *El Guardaespaldas*, camina hacia él con la gracia de Whitney Houston. *And I will always love youuuuu*.¹⁰

Jano empuja con suavidad su muslo y se sienta en la cama junto a él. Se ve consternado, como si en su interior habitara un demonio y no lo supiera controlar.

Dante deja que le acaricie la cara. Debe comportarse como un chico bueno y sumiso. Cualquier movimiento en falso puede ser fatal. Ahora entiende a Anita, es la única forma que encontró para sobrevivir.

—No es fácil ser un capo narco, ¿sabés? Llega un momento en que estás tan arriba que no podés confiar en nadie. Te volvés paranoico.

El falso custodio lo observa con el ceño fruncido. Se decide por jugar el papel de víctima ofendida, ya que pusieron en duda su lealtad.

¹⁰ Y yo te amaré siempre (del inglés). Fragmento de la canción *I will always love you*.

—Perdón por haber dudado de vos. Me salvaste la vida, ojalá todos mis hombres fueran así. Ahora sos mi mano derecha. Sos mi cabeza, mis brazos, mis ojos.

Jano le toca con cuidado cada parte del cuerpo que nombra. Mide las posibles reacciones de Dante, pero él no se mueve. Como si tuviera miedo, o como si le gustara.

El policía está confundido. ¿Siente empatía? La Barbie es el narco más peligroso de la Argentina. Asesino. Golpeador. Sádico. Son los códigos que aprendió. Padre delincuente. Madre delincuente. Las ratas se multiplican.

Dios, que pare con sus manos tibias y juguetonas. Dante no puede dejar de pensar que con esas mismas manos recorre la piel de Anita.

—Patrón, yo...

—Te dejo descansar.

Pero el falso custodio no puede descansar. Queda solo en la habitación de servicio y está más inquieto que antes. Disfruta de la adrenalina de jugar con los límites. Sin embargo, le da miedo no saber hasta dónde puede llegar. ¿Sería capaz de responder a los coqueteos de la Barbie, con tal de salvar su vida y seguir adelante con la misión?

Sale a tomar aire fresco.

Ya es medianoche en Delta Highlands. Por las callecitas empedradas no circulan vehículos. A lo lejos se escucha el ladrido de un perro triste que hacen dormir afuera. En algunas casonas, los patrones se escabullen al cuarto de la mucama, que cierra los ojos y abre las piernas por miedo a perder su trabajo.

Dante se detiene en una placita desolada en un extremo del *country*. Hay una cámara escondida entre las ramas de un árbol, pero a esa hora duda que alguien la controle. Menos la Barbie, que no tiene ningún interés en espiar a chicos.

Suena su celular: la llamada aparece como privada. Habla una mujer con voz de locutora. Le ofrece un servicio nuevo de telefonía y Dante pide que le pase con el supervisor. Siempre es la misma pantomima. Barreras de seguridad por si algún intruso agarra el teléfono.

Moreno comienza a pegar gritos del otro lado de la línea.

—Escúcheme, Cuomo, ¿usted está detrás de estas camaritas de mierda?

—¿A qué se refiere, comisario?

—No se haga el pelotudo, bien que filtró videos de la Barbie.

—Vivo con el tipo. Me mataría.

—¿Y qué?

—No forma parte de mi misión.

—Mire, yo sé que tiene sus valores e ideales, pero no se gaste mucho más con este caso.

—¿Qué quiere decir?

—Todo está frenado desde arriba.

—¿Y lo que investigué hasta ahora? ¡Es una organización transnacional!

—Quédese piola. Nunca se sabe si cambian de opinión.

Moreno le corta y Dante quiere prender fuego a las oficinas de la división antidrogas. Son tan cagones que ni se animan a decirle que le sueltan la mano. Prefieren dejarlo como loco malo con una causa que desde el principio estaba perdida.

¿Quién recibirá los sobres? ¿Moreno mismo o alguien de más arriba, como insinuó en la conversación? Quizá toda la cúpula esté podrida. Siempre hay diferencias entre la droga incautada y la que figura en los papeles. Y eso no es todo. Existen figuras intocables, como la Barbie.

Dante suspira y se recuesta sobre el pasto. Necesita conseguir pruebas más contundentes. En los videos se ve que

transportan unos fardos, pero podrían ser de azúcar o harina. Un allanamiento en uno de los depósitos tampoco serviría: siempre hay alguien que le avisa al Bambi. Algún topo, seguro. Los policías y los narcos se espían mutuamente.

—Cómo zafaste, ¿eh?

El falso custodio gira la cabeza y se encuentra con unas piernas interminables. Su piel morena emite pequeños destellos cobrizos bajo los faroles de la plaza.

—No entiendo lo que dice. —Dante se incorpora y sacude las hojas secas que se pegaron a su camisa.

—De boluda solo tengo la cara.

Anita le aferra una muñeca y lo mira con furia contenida. Todo en ella es pasión. Pasión para amar. Pasión para odiar. Pasión para crear. Es una chica sin grises.

—Jamás le faltaría el respeto a la señora —musita cabizbajo.

¿Cuánto más puede seguir con esta farsa? La chica tiene olfato para la mentira y le encanta meterse en problemas. Por eso sigue al lado de un capo narco.

—Yo sé quién sos, yuta de mierda —le susurra Anita al oído, en puntas de pie. Intenta sonar como una villana glamorosa, a pesar de la puteada.

El falso custodio se desprende de las manos de la chica y camina a su alrededor. No se defiende de las acusaciones, está demasiado tranquilo.

—¿Realmente sabés quién soy?

Dante esboza una media sonrisa y se sienta en una hamaca. Sin sacarle los ojos de encima, se balancea en silencio. Ella se pone nerviosa. Difícil adivinar qué reacción puede tener el androide.

—Anita Briansky, hija de Vera Medina y Jorge Briansky. Nacida en San Ignacio, Misiones. A los diez años te vendieron

a la red narcoproxenetista del Paja Testa. Cinco años después, fuiste liberada en un operativo policial. Te llevaron a una casa refugio y terminaste el colegio con un programa acelerado. Excelentes notas. Es verdad, de boluda solo tenés la cara.

—¿Por qué te metés conmigo? ¡Ni se te ocurra decirle a Jano! Si hablás vos, hablo yo.

Antes de que Anita arme un escándalo, Dante se baja de la hamaca y apoya un índice sobre sus labios. Ella lo mira a los ojos y se ahoga en un mar de dulzura. No. No puede confiar en él. Es el enemigo de su estabilidad. Y sobre todo, el enemigo de Jano, el hombre que la sacó de la miseria.

Sí, puede confiar. Porque lo tiene cerca y el calor imperceptible que desprende su cuerpo la paraliza. Necesita estar pegada a él.

—Cuando cumpliste la mayoría de edad, te soltaron la mano. Muy feo. El juicio había terminado y vos en teoría te podías arreglar solita. Conseguiste trabajo en una peluquería en el Abasto. Después conociste a Jano. De nuevo sos una esclava.

—¿Qué sabés vos?

—Ahora te cogen y te fajan, ¿cambió mucho tu situación?

Ella le pega una cachetada. Dante ni pestañea. Toma su mano entre las suyas y deja de sonar sarcástico.

—En el prostíbulo se merqueaban, ¿no? ¿De dónde salía esa merca? Tu novio se las vendía.

A Anita le cruje el corazón. Hasta donde sabía, la droga era un negocio familiar: difícilmente Jano podría escapar de él. Además, el que se droga, se droga solito. Oferta y demanda. Suena lógico. ¿Pero ser cómplice de monstruos que raptan y violan niñas? Es demasiado.

El pasado nunca la abandonó. Forma parte de su presente y está impregnado en su piel. Quizá sea parte de su naturaleza

estar sometida a un amo. En este caso tuvo algo de suerte. Al menos su verdugo es el único hombre que quiso.

—¿Adónde querés llegar? ¿No te cansás de destruir lo poco que tengo en mi vida?

Anita hubiera preferido seguir en la mentira. Las divas están hechas para la ficción. En la vida real se ajan o se llenan de bótox. No hay magia.

Dante la toma por los hombros y ve que ella tiene los ojos húmedos, con un brillo enfermo. La princesa se quedó sin su castillo de naipes.

—Anita, ya no tenés el pelo enmarañado y la cara impregnada de mocos y sangre, pero seguís acurrucada en ese cuartucho con paredes de *durlock*. Le tenés pánico al exterior.

—¿Vos cómo sabés? Cómo...

El dolor y la vergüenza bloquearon su memoria durante años. En cuestión de segundos, se van cayendo esas telarañas que la protegieron de la verdad.

Aquella mañana de disparos y gritos también la habían mirado con ternura. Al principio tuvo miedo: ese hombre andaba armado y llevaba casco y pasamontañas. Sin embargo, dejó llevarse por su corazón. Esos ojos no podían mentir.

Le tambalean las piernas y Dante la abraza. Envuelta en su calor, deja que salga toda la angustia que tiene adentro. Su cabeza se amolda de forma perfecta sobre el hombro del policía. Quisiera quedarse así por siempre.

—Anita, Anita, salís de un infierno y te metés en otro. ¿No querés que te rescate?

Por primera vez, descubre una sonrisa sincera sobre los labios rosados de Dante. No. No es un androide. Es un príncipe de verdad. De esos que vienen con un corcel blanco, luchan contra un dragón y salvan a la damisela.

¿Pero su príncipe no era Jano?

¿Hay cuentos con dos príncipes?

La invade un fuerte mareo y se despega del falso custodio.
Con él tan cerca no puede pensar. Será mejor volver pronto a
la casa, antes de que su novio llegue y note su ausencia.

Dante se hamaca solo en la plaza, mientras observa cómo
Anita se pierde por los caminos bordeados de tilos.

XXVI

DOS PIBES FUMAN PORRO FRENTE AL RÍO. La Barbie los mira con asco desde un cafecito de Puerto Madero: no soporta la baranda a pis de gato y caca de murciélago. Qué desperdicio gastar plata en un producto tan berreta. ¿Por qué no se ponen unas plantitas en la casa? Mucho mejor que meter esa bosta en tus pulmones.

A él no le va la marihuana. A lo más, alguna variedad holandesa bien perfumada. Sinceramente, prefiere sustancias más fuertes como la cocaína *Yen*, la más pura en el mercado. Cuando está bajoneado, aspira unas líneas. Su mente se agudiza y sus sentidos se expanden. Lo malo es que también se despierta su Leviatán. *Cuando él se levanta, los dioses se espantan y huyen llenos de terror.*¹¹ Y Anita, cuando lo ve con los ojos desorbitados y su media sonrisa enferma, también tiene ganas de escapar.

Debería dejar el vicio. Sí, es un vicio. No lo puede controlar, se volvió problemático. Los grandes narcos nunca consumen el veneno que venden. Pero él es débil. Por más

¹¹ Job 41:25.

que intente parecer autosuficiente, sigue siendo el nene que busca impresionar a su papá.

Las traiciones lo deprimen. Todo el mundo debería amarlo porque es el más lindo. Está convencido. Se lo vienen diciendo desde que tiene uso de razón. Por algo sus padres podían meter droga en sus pañales cuando viajaban a Europa: nadie hubiera sospechado de un querubín.

Melany Condorí baja del taxi y mira perdida esas calles tan nuevas de la ciudad. No parece Buenos Aires. Y mucho menos el mismo país que Villa Compostela, en el conurbano profundo. Los rascacielos de Puerto Madero y los monoblocks de su barrio pertenecen a dos planetas distintos.

Jano le pidió que se tomara un remís hasta capital y de ahí, cualquier taxi hasta el café. Demasiados recaudos como para entregar una donación. Podría haber usado de correo a cualquier nene de la villa.

—Qué linda te viniste, Melany.

La voz del capo narco acaricia sus oídos. Suena muy sincero.

—No exagere, don Jano...

¿Realmente será tan malo como lo pintan? Las pocas veces que lo trató siempre fue un caballero. Además, su madre es una dama con un gran corazón. Si no fuera por Erina Niessen, su centro comunitario no podría dar cuatro comidas al día.

—Tengo una hora libre. Quisiera hablar con usted.

Melany asiente. Toma el menú, ve los precios y le dan náuseas. ¿Cuántos kilos de arroz puede comprar con una medialuna? Siempre tan pesimista. Tiene que aprovechar la invitación. Se decide por un té de hierbas con una *cheesecake* de frutos rojos. Por quedar fina nomás, porque con un mate cocido y tortas fritas ella está contenta.

Jano desliza un sobre por la mesa. Es la donación mensual para su merendero. La mujer siente el grueso fajo de billetes bajo el papel madera y lo guarda entre su panza y la bombacha. Si alguien le quiere afanar, tendrá que manosearla. Y hay que ser guapo para animarse a una belleza tan rancia.

—Gracias. Después le rindo los gastos.

—No es necesario, Melany. Entre nosotros hay confianza.

—Claro.

—¿Cómo anda tu familia? Porque tenés hijos, ¿no? Debe haber sido difícil criarlos sola.

—Doy gracias a Dios que me salieron buenos.

—¿Ah, sí?

Melany se acomoda bien en la silla. Es hora de hablar de su mayor orgullo. Sus chicos siempre fueron muy honestos y esforzados.

—Marco estudia para doctor y Luca es ingeniero en sistemas.

—¡Qué bien!

—Siempre trabajando, ¿eh? Marco ayuda en una verdulería, pero Luca está en una empresa muy importante.

—¿Cuál?

—No me sale el nombre, es en inglés. La oficina queda por acá. Dicen que es un genio de las computadoras.

—La felicito, Melany.

—¡Ay, gracias!

La puntera comienza a contar anécdotas aburridas sobre sus hijos maravillosos y Jano desconecta el cerebro. Se limita a asentir con una sonrisa bonachona.

Cuando termina su café, interrumpe a la mujer y se despide de un beso. Ni le deja plata para volverse. Que se arregle con el sobre de la donación. Él ya tiene lo que buscaba.

Fue demasiado fácil. Otro perro que muerde la mano de quien le da de comer.

A lo mejor es pura casualidad, tendría que consultarle al Bambi. Es el mejor para buscar información en su red de viejujas calientes.

—¿Qué hacés, Héctor?

—Acá en la lucha, borrego.

—Buscame todo sobre Luca Condorí. Quiénes son sus amigos, qué lugares frecuenta, si tiene antecedentes.

—Al pelo.

A Jano le hierva la sangre. Le habría encantado clavarle a la vieja un tenedor en la yugular, pero se contuvo. Demasiados testigos. Sus crímenes deben ser limpios y perfectos. Además, quizá ni sepa de las andanzas de su hijo en la *deep web*.

Hay cosas que son peor que la muerte. Con la muerte se acaba todo, ni te enterás si tus deudos lloran o se cagan de risa porque ya no estás. Sin embargo, un tipo que queda paralítico e impotente sufre el infierno en vida. Y una mujer desfigurada con ácido pensará en suicidarse cada vez que se mira en el espejo.

La Barbie se ajusta el cinturón de su sobretodo *camel* y sube a su auto. Maneja rumbo a Palermo. Necesita los abrazos de mamá. Quiere sentir su perfume a sándalo y escuchar sus palabras de amor. Un amor puro, sin interés. Ella lo amaría pobre, feo y enfermo.

Estaciona en las inmediaciones de Plaza Armenia. Enfrente vive su madre en un coqueto *penthouse* con terraza. Todo es cristal y luz. Algunos arbustos cubren los ventanales, pero igual se puede adivinar qué pasa adentro.

Erina Niessen está concentrada en sus asanas. Tiene una esencia por demás ansiosa y tiende a contracturarse. Por eso necesita todos los días una hora de elongación. Ya no piensa

en los movimientos, se deja llevar por la suave melodía del mantra. *Aad guray nameh, jugaad guray nameh.*¹²

De pronto, se da cuenta de que Jano la observa desde un sillón. Desarma la postura con cuidado y se sienta junto a él. Por más que su nene esté sonriendo, tiene los ojos tristes. Estos indicios son peligrosos. Alguien le hizo daño y se va a querer vengar.

—Qué linda visita, *Schatzi*.

—Si yo no vengo, vos ni aparecés.

—No quiero ser como esas suegras molestas que te caen a cualquier hora. Cada uno tiene su intimidad.

—¿Es una indirecta?

—No, Jani, por favor. Vos pasá cuando quieras. Pero estaría bueno que te pegues un llamadito.

La mirada del narco se nubla. Nota que su madre se puso nerviosa por algo que no ocurrió. Jano se para y recorre el departamento en busca de evidencia. Algún mocasín, un cepillo de dientes azul o una fragancia masculina. Nada. Hace un mohín de decepción y vuelve junto a Erina.

—*Was ist los? Sei doch nicht so komisch.*¹³

—No pasa nada, ma. Solo estoy un poco nervioso.

—Esos videos no prueban nada. No hay de qué preocuparse.

—Alguien los filtró. Alguien que conoce en detalle las operaciones de la banda.

—Por favor, *Schatzi*. Todo el barrio sabe qué pasa. Los lazos entre Villa Turrón y Villa Compostela son muy estrechos.

—¿Vos decís que la banda del Koala sabe dónde están mis depósitos?

¹² Me inclino ante la sabiduría primaria, me inclino ante la sabiduría a través de las eras (del sánscrito).

¹³ ¿Qué pasa? No te comportes tan raro (del alemán).

—¿Y vos no sabés dónde la esconden ellos?

Jano guarda silencio. Sus rasgos perfectos se afean por la expresión de maldad. Tiene tanta bronca que no puede ocultarla. Y menos delante de su madre. No hay por qué disimular ante la mujer que más lo conoce.

Ella le toma la mano y lo invita a sentarse sobre el *parquet*. Debe contener a la fiera. Quiere protegerlo de sí mismo. Además, tiene miedo de ser salpicada por la sangre de sus víctimas.

—¿Por qué no hacemos unos *pranayamas*, Jani? Dejemos que el eterno sol nos ilumine y la energía del universo nos dé una respuesta. *Guruji* dice...

—Me importa un carajo lo que diga ese chanta.

—¡Pero *Schatzi*!

—No vine para que me adoctrines.

Jano rechaza el abrazo de su madre y abandona el departamento. Se jura no volver a pedirle consejos. Él ya es grande y sabe cómo resolver sus problemas.

Erina queda con el corazón encogido. Lamenta que su hijo no quiera encontrar paz en la sabiduría de *Guruji*. Gracias a sus palabras volvió a nacer. Ahora no deja que la oscuridad vuelva a invadirla. Su hijo ya está grandecito y es dueño de su vida, no tiene por qué hacerse cargo de él. Luego de secarse una lágrima, realiza una respiración profunda y exhala.

Desde Plaza Armenia, Jano observa la silueta de su madre. Sabe que está haciendo el saludo al sol. Ella sigue con su vida, como si no le importara lo que su único hijo pueda llegar a hacer. ¿Acaso él no es un pedacito de su cuerpo?

La Barbie frunce la boca. La gente tendría que vivir en función de él. Pero que sea un sentimiento genuino, ninguna sumisión de esclavo.

Mientras piensa en un mundo hermoso donde todos lo aplauden y le dicen lo bonito que es, suena su celular. Antes de atender, se encierra en el auto. No quiere que nadie lo escuche.

—¿Qué pasa, Héctor?

—Ese Luca Condorí es medio pajarón, pero tiene lo suyo.

—¿Qué encontraste?

—¿Sabés cómo se financió la carrera? Vendía falopa a sus compañeros.

—¿Esa mierda del Koala?

—Los pendejos ni saben lo que toman. Y este les hacía precio.

—¿Sigue en contacto con esos hijos de puta?

—Casi ni aparece por el barrio. Se compró un puto departamento en Caballito. Esa guita no se hace tan rápido laburando.

—Este es el forro que filtró los videos.

—¿Estás seguro?

—Es un *hacker*. Salta a la vista.

—¿Qué hacemos?

—Solo quiero sus manos... y su chota.

XXVII

LAS DIVAS DE VERDAD no nacieron en cuna de oro. Y si tenían cuna de oro, no tardaron en terminar de culo al barro. Rita Hayworth era violada por su padre. Hedy Lamarr fue esclava de su primer marido. Marilyn Monroe creció en un orfanato. En la Segunda Guerra, Audrey Hepburn tuvo malnutrición.

No importa cuánto sufra ahora. Lo mejor está por venir. Llegará un día que mirará hacia atrás y se dirá “todo valió la pena”. Si uno trabaja duro, los sueños se hacen realidad.

¿En serio? ¿Así de fácil es la cosa?

Hay millones de chicas con infancias terribles, pero muy pocas alcanzan la fama. Algunas mueren jóvenes, otras viven sometidas y las que tienen suerte se conforman con una existencia mediocre.

Anita tiene veinte años y no sabe cómo va a terminar. Prefiere no pensar en eso. Está encerrada en su atelier hace tres días. Sin comer, sin bañarse, sin ver la luz del sol. Corrió las cortinas para que Dante no la controlara a través del ventanal.

Jano se fue otra vez de gira. Vaya a saber Dios por qué se enojó. Está aprendiendo a no extrañarlo. Mejor que esté

lejos. Necesita tiempo con ella misma, viajar a su interior y bancarse lo que encuentre.

Su alma es un embudo negro cubierto de tormentas. El zumbido de los vientos la ensordece. Esta es su esencia: oscuridad y caos. No importa que intente disfrazarla con *glamour*. Los pequeños instantes felices son una droga que distorsiona su realidad.

Es una mujer autodestructiva. Cada paso que da es para hundirse más. Pensaba que Jano había venido a rescatarla de la miseria, pero de nuevo está encerrada y sometida. Aunque el cuarto sea más bonito y al parecer tenga más libertad, su cuerpo está marcado a fuego como una vaca.

No importa el camino que elija, nunca termina bien. Si es activa, la embarra. Si es pasiva, igual. ¿Acaso ya olvidó cómo fue a parar al prostíbulo del Paja Testa?

Cuando volvía del yerbatal, su padrastro pretendía que las mujeres de su rancho lo trataran como a un rey. Sin embargo, se encontraba con la cara de ojete de Anita.

La quiso domar como a una yegua salvaje. Fueron largos años de palizas. Nadie la defendía. Una vez terminó en el hospital y su mamá se limitó a decir que se había caído. La médica terminó de enyesarle la pierna en silencio. No le pagaban dos mangos para meterse en casos de violencia intrafamiliar.

Durante un par de semanas, Anita estuvo muy servicial con Manuel. Lo esperaba con mate, masajeaba sus pies cubiertos de callos y le calentaba el agua para que se bañara. Vera estaba feliz: creía que su hija lo había aceptado.

Todo era teatro. Estaba planeando su venganza. Una noche, después de que el hombre se gastara media quincena en vino, esperó que estuviera bien dormido. Agarró el hacha con el que cortaba leña y se dispuso a reventarle

el cráneo. Pero su madre, que tenía sueño liviano, abrió de pronto los ojos y pegó un alarido.

Vera siempre fue muy cerebral. La cuestión era sobrevivir. Y la selva misionera es un territorio duro para una mujer sola. Por eso se juntó con Manuel.

En ese entonces eran tres, pronto serían cuatro. Alguien sobraba en la tapera. A su macho no lo podía dejar: era capaz de molerla a golpes. Además, ¿cómo iba a mantener a dos criaturas?

La mentira sobre un trabajo de niñera y un colegio de monjas en la capital calmó su conciencia. Un hombre educado y de traje, como ese amigo de Manuel, no podía mentir. “Portate bien”, le dijo en la terminal de micros. Vera dejó en su mejilla un beso mezclado con lágrimas y nunca más se vieron.

—Negrita, ¿qué hacés ahí?

La voz de Jano la trae al presente. Suena dulce y comprensivo a través de la puerta de roble. Será mejor que le abra antes de que pierda la paciencia y aparezca el monstruo.

Cuando la ve, la cara de Jano se transforma. No es lo que esperaba. Hace días que extraña a su chica siempre arreglada, con el cabello perfecto y el maquillaje delicado, casi natural. ¿Qué hace esa bruja en el atelier? Puede oler que hace rato no se baña. Tiene el pelo grasiento y la piel brillante. Además, está vestida como una vieja. Debería quemar esa bata floreada de *matelassé*.

—Estoy medio enferma. No quería molestar.

Ella tose. Qué mala actriz. Hace tiempo que anda rara. Bah, siempre fue rara. No sabe casi nada de ella salvo esa historia inconsistente de Anita, la huerfanita.

La Barbie intenta controlarse. No quería volver a casa nervioso después de ejecutar la operación contra Luca, el hijo de Melany. Está tratando de cambiar por amor, pero ella ni se esfuerza por él.

—¿Por qué no confiás en mí, negrita?

Anita lo mira con expresión de cachorrillo herido. Ese chico encantador es una máquina de hacer plata. No importa a qué costo. ¿Los pibes se cagan a tiros? ¿Salen a robar para comprar droga? ¿Las mulas terminan con la panza abierta? Son solo detalles de un mercado que se rige por la oferta y la demanda.

—¿Vos conocías al Paja Testa?

—¿De qué me hablás?

Jano saca su caja de tabaco, arma un cigarrillo y se pone a fumar con una paciencia sospechosa. Seguro que busca ganar tiempo para inventarse alguna historia. Oculta algo: lo conoce como si lo hubiese parido.

—¿Vos tenés vínculos con alguna red narcoproxenetá?

—No es mi asunto lo que hagan mis clientes.

—¿No te importa que secuestren a nenas y las prostituyan?

—¿Qué me estás ocultando?

—¡Sos un monstruo!

—¿Por qué casi te desmayás por esa putita de México?

—¡No le digas puta!

—Putita, putita, putona, ¿qué te gusta más?

La Barbie suena jocoso, pero sus ojos se vuelven más saltones y cada tanto se muerde el labio inferior.

—¡Basta!

—La conocías, ¿no? ¿Por qué me mentís, india de mierda?

Se acerca tanto a ella que sus narices se rozan. Anita pega la espalda contra la pared. Sus heridas recobran la memoria y vuelven a sangrar. O al menos, así lo siente.

—Karim era compañera de colegio.

Él esboza una sonrisa enferma, lanza una bocanada con aroma a chocolate y sacude las cenizas sobre la cara de Anita.

—No te creo una mierda.

Jano se va pegando un portazo. A los pocos minutos escucha que llena el *jacuzzi* y pone a todo volumen la obertura de *El holandés errante*. Se viene una larga sesión de higiene personal y pensamientos absurdos como invadir Polonia y recuperar Alsacia y Lorena.

Ahora están bajo el mismo techo, pero Anita lo siente lejos. Quizá sea su culpa esta vez. Nunca tendría que haberle ido con cuentos. Lo que comienza mal, termina mal. Temía que la rechazara, que la tomara por una prostituta. Como si ser prostituta fuera un crimen. Bien que las usan hasta que no son más que despojos que se ofrecen por monedas en las calles.

“El pecado es para la puta, el perdón para el cliente”, leyó una vez en un grafiti. ¿Al fiolo qué le toca? ¿Y al sorete que engaña a madres para que entreguen a sus hijas?

—Es una bestia.

—No me hizo nada.

—Claro, es relindo que te llamen india de mierda.

Dante viene de entrenar con los muchachos de Villa Turrón: todavía lleva el uniforme negro con chaleco antibalas, sucio de tierra y pasto. Esas botas le quedan demasiado bien. A ella le gustaría tener unas así, aunque no sean muy femeninas.

Van a la cocina. Mientras él le prepara un exprimido de naranja, Anita lo espía de reojo. Quizá no quiera solo garchar. Quizá sea otra alma solitaria en busca del verdadero amor. Como dice Mirtha Legrand: “Lo que no es, puede llegar a ser”.

Se toma el jugo de dos tragos y Dante sonrío. Le gusta que se alimente, que se cuide, que se quiera. Ella todavía no lo delata ante Jano y duda que lo haga. Sabe que su corazón es noble, solo tuvo la mala suerte de toparse con la gente equivocada.

Esa necesidad de protegerla le nace de las entrañas. Ya la sentía antes de saber quién era ella: la criatura temblorosa y débil que lloró cuando volvió a ver el sol. Ese día, Dante se sintió feliz de ser policía. Salvar vidas le daba tanta satisfacción como imaginar su venganza.

—No todas nacemos con suerte, ¿sabés? Me hubiera encantado tener una familia normal, conocer a un chico normal y llevar una relación normal. Pero este es mi destino.

—¿Tan poco te querés?

—Soy una puta baqueteada, Dante. Vos ni te imaginás cuántos hombres pasaron por mí. Cuando cumplí la mayoría de edad, el Estado me dejó tirada. Vivía en una pensión llena de cucarachas y dejaba de comer para darme algunos gustos. Aunque te suene estúpido, Jano es lo mejor que me pudo pasar.

A Anita se le quiebra la voz y llora en silencio. Dante le acaricia el cabello enmarañado. Hasta así se ve bonita. Le gusta salvaje, recién salida de la selva. En este momento, daría la vida por ella. No quiere que la lastimen más.

—Escuchame bien, entre los dos podemos deshacernos de la Barbie.

—No se puede hacer nada. Tiene comprados a todos.

—Todavía quedan jueces honestos. Necesito documentación, Anita. Jano es muy meticuloso, estoy seguro de que lleva registro de todas las transacciones.

—Puede ser, a veces se queja de que Axel es un colgado y que debe chequear todo.

—¿Lo tendrá en la computadora?

—No, es demasiado paranoico. Y más ahora, después de los videos.

—¿Vos podrías conseguir esos documentos?

—Dante, no me pidas algo así. No sabés el esfuerzo que hago para cubrirte.

—¿Cómo podés querer a un tipo violento?

—No entendés. Jano es mi casa. Es mi todo.

—¿Por eso puede hacer con vos lo que quiera?

Anita baja la vista avergonzada. Es una triste sometida. Así nunca va a poder ser una diva fuerte.

Sin pedir permiso, Dante la abraza. Ella siente que su calor la envuelve y se relaja contra su pecho. Los hombres no son todos iguales. Quien te quiere, no te aporrea.

—Yo no te rescaté para que terminaras así.

—No tengo otra.

—Sí, tenés otra.

—¿Querés que termine como mi amiga Karim?

—No estás sola, Anita.

XXVIII

LOS DÍAS SON CADA VEZ MÁS CORTOS en Villa Turrón. Con el frío repentino se renueva la temporada de zombis. Algunos pibes se van mientras duermen. Los que sobreviven, se suman a las ranchadas de paqueros que siembran el piso de tierra con papelitos metalizados.

Samantha recorre con sus tacos aguja los estrechos pasillos de la zona antigua del barrio. Los vecinos ya no se atreven a gritarle guarangadas: saben que es la mujer del Bambi. Quien se mete con sus intereses termina como un asteroide en un agujero negro.

La chica lleva en su cartera decenas de fotos de Jonathan. Después de cada lluvia, vuelve a empapelar las paredes con la cara de su hermano. Todas las semanas recorre las casillas y pregunta por él, pero la gente se limita a sacudir la cabeza.

Hace dos meses que no tiene noticias del chico. Por lo que pudo reconstruir, salió de la escuela, pasó por el comedor y se fue en medio de la tormenta. Héctor le dijo que no lo alcanzó con el coche porque tenía mucho trabajo.

Su novio le prohibió hacer la denuncia policial: empeoraría las cosas. Todo se trataría de una pelea entre bandas. El

Koala quedó recaliente por los últimos enfrentamientos y seguramente planeó un golpe bajo. Al parecer, Joni está secuestrado y piden como rescate una suma de dinero exagerada. Hay que negociar.

Ella no tiene autoridad para cuestionarlo, solo puede remitirse a pegar carteles y soportar la mirada condescendiente de la gente.

Las piernas le duelen de tanto caminar. Encima debe usar unos tacones de mierda porque ahora es una señora. O mejor dicho, pronto lo será. En medio de tanto dolor, Héctor le propuso matrimonio.

Samantha se detiene en una casita de material que su abuelo construyó con mucho esfuerzo. Hace quince años lo mataron de una puñalada en un bar. A don Elbio siempre le gustó el vino tinto, y cuando estaba borracho era una máquina de decir boludeces.

Irupé está arrodillada frente a un precario altarcito dedicado a Nuestra Señora de los Milagros de Caacupé. Sus manos, ajadas y con principio de artrosis, están unidas en una plegaria silenciosa.

Todavía es una mujer joven, pero carga tanto sufrimiento como si hubiera vivido un siglo. ¿Por qué tuvo que desaparecer su Jonathan? Y ella, como una idiota, se encierra a rezar y a rezar. Oraciones inútiles para un Dios que permitió que mataran a su propio Hijo.

En un arranque de ira, barre con su brazo las velas, las flores y la estatuilla que están sobre un cajón de madera. La Virgen queda decapitada sobre el piso de cemento. Mejor así. Que la mire con su carita de frígida, ni siquiera sabe lo que es hacer un *mitã'i*.¹⁴

¹⁴ Niño (del guaraní).

No. Pobre Virgencita. Ella la comprende, tuvo que soportar cómo le clavaban a Jesucito en la cruz. Irupé junta los pedazos de la estatuilla y los une con pegamento.

Samantha está convencida de que su madre está loca. No es la primera vez que la sorprende con un ataque místico. Ojalá sea algo transitorio. Por ahora, es capaz de manejarse sola y no jode a nadie. Hasta junta fuerzas para seguir fregando mugre ajena.

A pesar de que Irupé protesta, le llena la heladera cuando la visita. También le trae regalos como ropa de marca y electrodomésticos. Sobre todo estas últimas semanas, tan duras por la ausencia de Joni.

—¿Qué hacés ahí parada, mi reinita? ¿No me vas a saludar?

Irupé vuelve a ser la misma de siempre. Sus ojos negros y brillantes la estudian con satisfacción. Su hija es una muñeca.

La mujer trae de la cocina unas chipitas recién horneadas. Su sexto sentido de madre siempre le avisa cuándo la van a visitar. Samantha se devora la bandeja en un par de minutos.

—Mami, ¿cuándo vas a venir a casa?

—Ya estoy en casa.

—En serio...

—No quiero ser un estorbo, mi reinita.

—¿Pasa algo con Héctor?

—Fue hace mucho tiempo.

—¿Qué?

—Tranquila síqué.¹⁵ Ya tiene el caballo cansado, pues.

—¿Pensás que Joni va a volver? ¿Por eso te quedás?

Abrir la boca podría poner en peligro a su hija. Irupé agarra su bolso de tejido y retoma una bufanda que le encargaron. Changa que hay, changa que agarra.

¹⁵ Latiguillo en el hablar paraguayo.

Samantha le retira las agujas con cuidado y le toma el mentón. Su mamá tiene los ojos cargados de lágrimas. Odió verla sufrir. Irupé merece vivir tranquila.

—No me muevo hasta que me digas la verdad. ¿Qué pasa?

—Nada, hija. Cosas que dicen en el barrio.

—¿Y qué dicen en el barrio?

—Vos sabés que don Héctor siempre fue muy calenturiento. La gente habla tonterías.

—¿Anda con otra mina?

—Es otra cosa.

—No me des más vueltas.

—Y andan ahí diciendo que Joni no desapareció. Que lo desaparecieron, luego.

—Claro, la banda del Koala.

—Yo siempre escuché que él tenía así como una debilidad por los *mitã*.¹⁶ Y con Joni, luego.

—Lo quiere como a un hijo. Vos no sabés lo dulce que es con él.

—Y por eso, m'hija. Cualquiera siqué lo que están diciendo.

—Bueno, ma, me voy a laburar.

Samantha se despide de un beso. Queda con el corazón hundido. No puede creer que la gente sea tan mala y envidiosa. Si un rico los caga encima, no pasa nada. Pero si un vecino progresa y vive un poco mejor, se ponen como locos.

Sus amigas ya no le hablan desde que sale oficialmente con Héctor. Dicen que es una arrastrada, que está con él por la plata y no es del todo así. Si esas yeguas probaran lo caballero y ardiente que es su novio, cambiarían pronto de opinión. Cuando encontrás un buen rabo, no tenés que soltarlo.

¹⁶ Niños (del guaraní).

Son turras. No entienden nada de la buena vida. Gladys trabaja como repositora. Xiomara friega pisos como su vieja. Wendy reparte volantes para una parrilla. Cuando cobran, se gastan todo en la bailanta.

Samantha no es así. Como ahora la mantiene el Bambi, cada peso que gana como secretaria lo invierte en ladrillos. Tiene visto un terrenito cerca, fuera de la villa. Quiere que su mamá esté en un lugar más seguro, sin la horda de drogones que te pueden matar por dos pesos.

No hay nadie en la remisería. Mejor. Se saca esos zapatos pitucos y se queda en patas. Ella nació para andar cómoda. Ya se enganchó a un tipo con guita, no necesita coquetear. Lo único que debe hacer es tenerlo contento en la cama. Dejarlo bien cansado para que no picotee por ahí.

Va a la cocina, agarra una cápsula y se prepara un capuchino. Lo toma parada, de a sorbos cortos. Antes de trabajar ahí, se conformaba con el torrado más barato, que colaba con una media vieja.

Samantha siente que un bulto sobrenatural se apoya contra su culo. Quiere interrogarlo. Quedarse tranquila. Corroborar que vive con el hombre más generoso. Sin embargo, su cuerpo se contorsiona. Dios, si fuera rica, le pagaría a este viejo para que le diera placer.

Mientras su cabeza se llena de culpa y recuerdos de su hermano, el Bambi la toma en brazos y la lleva al galpón. Entre chapas y herramientas, Samantha siente cómo la clavan hasta la garganta.

Sí, su entrepierna se hace agua. Un cosquilleo recorre toda su piel. Ella no lo mira, no dice groserías, no gime, no suspira. Él nota que algo anda mal y sigue dándole bomba. No hay cosa que odie más que la leche cortada.

Cuando acaba, se limpia con la punta de su camisa hawaiana y acaricia la frente de Samantha, que sigue con los ojos cerrados. Sus pestañas están húmedas de lágrimas.

—¿Qué pasa, piba?

—Lo de siempre, perdoname.

Ella le da la espalda y él vuelve a apoyarla, haciéndole cucharita. Su calor es paternal. Lo necesita en su vida. Este hombre no puede ser un monstruo.

—¿Hay algo que no me estás diciendo?

—Ay, papi. La gente es mala. Viste lo que dicen en el barrio...

—Qué gente de mierda. La verdad es que me dan ganas de cerrar el comedor e irme bien al carajo.

—No, papi, no. Yo te creo a vos.

El Bambi la abraza más fuerte y le besa el cuello con dulzura. Esto no es solo garche: debe ser amor. Un amor añejo, exquisito y profundo, como un whisky caro.

—Te prometo que voy a rescatar a Joni antes de que nos casemos. Estoy juntando la guita, dame un tiempo más.

—¿Está bien? ¿Le dan de comer? ¿Dónde duerme?

—Lo van a tener que cuidar, piba. Si le pasa algo, la venganza será terrible.

El calor vuelve al cuerpo de Samantha. Se da vuelta, besa sus labios agrietados y masajea la bestia dormida bajo su *slip* verde flúor. No le puede pedir más a la vida: está orgullosa de su prometido platudo, solidario y encima, bien dotado.

XXIX

LA RELACIÓN SE FUE AL CARAJAJO.

Ahora sí, se fue al carajo.

No es acostumbramiento. Tampoco falta de pasión. Se trata de verlo y asustarse. Estuviste dos años en un cuento con pasajes oscuros y de pronto, la careta de Jano se derritió. Abajo quedó expuesta esa criatura del inframundo que tanto miedo te da.

Esta es su esencia, Anita. Lo permanente. A veces tendrá algún exabrupto humano que te confunde. Sin embargo, ya no te engaña.

Jano se lleva la cuchara a la boca con la nariz fruncida, como si revolviera un pote con diarrea. Pero no es diarrea. Es una deliciosa crema de calabaza, morrón y leche de coco. Anita sabe que está rica, por eso se sirvió tres veces.

No es que extrañe sus caricias. Ese comportamiento apático le genera incertidumbre. Siempre sintieron una atracción tan fuerte como los polos opuestos de un imán. Podían gritarse y revolearse vasos y floreros, pero después venía una intensa reconciliación. Ahora no le dan ganas de tocarlo ni con un palo.

¿Amás a este nene malcriado con berrinches peligrosos? ¿Estás dispuesta a ser su satélite toda tu vida? Es fácil querer a Dr. Jekyll, aunque después hay que bancarse a Mr. Hyde.

Dicen que por la plata baila el mono. Pero la verdad es más triste: baila por la tortura. Si no anda erguido, se ahorca con la cadena. Su única recompensa es la comida. Cuando se torna demasiado agresivo, el domador lo vende por su carne.

Tenés que ser pilla. Debés resultar útil para tu amo, así no te descarta tan rápido. ¿O querés terminar en un descampado llena de gusanos, como Karim? Ojo, a veces el monito tiene suerte y lo rescatan activistas. Aunque lo más probable es que termine en una olla.

Llega un mensaje al celular de Jano. Él lo lee, frunce el ceño y se limpia la boca con una servilleta. Cuando se levanta, deja sobre la mesa el cuenco sucio. ¿Dónde quedó ese acuerdo tácito de que cada uno lava lo suyo? Claro, para algo está la fregona.

—¿Adónde vas, amor?

—Yo no ando al pedo, ¿sabés? Me la paso laburando para que estés como una reina.

Anita levanta sus manos con guantes de látex y lo mira con sarcasmo. Tenerla de esclava es un gran negocio. Durante el día limpia, a la noche coge. Y nada de andar vestida como una chiruza: debe estar perfumada y producida.

—Mirame como quieras, me tenés los huevos al plato.

Seguro que ahora se va de gira. Cuando regrese, estará infumable. Quizá le convenga correr a la cama y hacerse la dormida apenas lo escuche llegar.

Ella ve cómo se aleja con su coche por el camino hacia la ruta. Dante también lo observa desde el jardín, donde está colocando sensores perimetrales. Si entra una mosca, a Jano

le llega un mensaje al celular. La mansión se parece cada vez más a una cárcel de alta gama.

Listo. No hay que amargarse. Vacaciones para el monito. La cadena está floja: puede andar en cuatro patas, comerse las pulgas y rascarse el culo.

No está bueno vivir así. Dante tiene razón, nunca salió del prostíbulo del Paja Testa. Quizá no sea mala idea acelerar los tiempos. Jano la va a matar tarde o temprano. Si lo hace cuando ella intente recuperar su libertad, al menos tendrá una muerte digna.

Una heroína bella, valiente y fuerte. Eso tiene que ser. No una taradita que se asusta por cualquier cosa y se tira en la cama a llorar, hasta que viene el macho alfa y la salva.

Anita entra a la oficina de Jano. Todavía huele al café de esta mañana. Debe tener cuidado: es tan obsesivo con el orden que podría darse cuenta si un lápiz quedó a un centímetro de diferencia de su posición original.

Sobre el escritorio hay una taza sucia y un montículo de expedientes. Su trabajo como abogado le deja unas pocas monedas, pero bastante prestigio.

En los cajones hay más papeles. ¿Cómo se le ocurrió especializarse en derecho internacional? Ella lo ve más como defensor de violadores y genocidas.

Abajo del mueble palpa un objeto metálico. Está sostenido por unas bandas elásticas. Lo retira con cuidado y descubre que es una *Bersa 380*, como la que usaba en las clases de tiro con Jano. Un poco pesada y con el caño más bien corto. Fácil de usar.

Al principio le pareció sexy disparar, pero pronto se aburrió. No encontraba ningún desafío en comprobar una y otra vez que tenía buena puntería. En aquella época fue muy feliz. Le gustaría guardarla de recuerdo. Sin pensarlo dos

veces, mete la pistola en su cartera. Su novio siempre anda calzado, duda que la vaya a extrañar.

Vuelve a su tarea de espionaje. Revuelve decenas de carpetas hasta que se encuentra con un álbum de fotos. Jano se ve muy joven y aparece con una chica, seguramente una exnovia. Paliducha, flaca y con cara de mosquita muerta: seguro que a Erina Niessen le encantaba. Viajaban por el mundo, con aire despreocupado. Anita no tiene celos, solo envidia. A lo mejor en esos tiempos él no estaba a cargo de la organización y conservaba un poco más de humanidad.

En la última página hay una orquídea blanca disecada. Muy parecida a esa flor fresca que le dejó en la almohada la primera vez que amaneció junto a él.

Anita se seca una lágrima traicionera que se arrastra por su mejilla. No es fácil acabar con el amor. Una parte de ella todavía adora a ese príncipe azul que le enseñó a tener placer.

¿Por qué Jano dejó que avanzara sobre su alma tanta oscuridad? Ella misma supo domar su costado violento y vengativo. No le gusta ser así. Sin embargo, su novio parece feliz con su maldad. Sus muestras de arrepentimiento no son más que un truco para conservarla a su lado.

Mientras se lamenta por amar a un hombre que ya no existe o quizá nunca existió, su mirada se centra en cinco volúmenes de *Los Miserables*. Rarísimo. Jano considera una pérdida de tiempo leer literatura. Prefiere los libros de no ficción. Anita deja el álbum de fotos sobre el escritorio y agarra el primer tomo.

Destrozó la novela de Víctor Hugo y utilizó la encuadernación antigua para llenarla de hojas contables. Fecha. Asiento. Debe. Haber. Y una columna extra para la descripción. Utiliza palabras clave, pero no hace falta ser un genio para saber de qué se trata.

En el mismo estante hay más clásicos gordos. *Don Quijote de la Mancha*. *El conde de Montecristo*. *Ulises*. *Los Hermanos Karamazov*. *Ana Karenina*. *En busca del tiempo perdido*. Todas son novelas mutiladas con asientos contables.

Cuando Anita saca su celular para tomar fotos de las pruebas, escucha que el auto de Jano estaciona frente a la mansión. ¿Tan rápido tenía que volver? Desesperada, comienza a poner cada libro en su lugar. Dios, ¿cuál era el puto orden? Alfabético, seguro. Disciplina prusiana hasta en la biblioteca.

Los pasos llegan al pasillo. No es solo el taconear nervioso de Jano. Viene acompañado. Los horribles futuros posibles la paralizan. Cuando abren la puerta, ella está con expresión idiota y los brazos caídos.

—¿Qué mierda hacés acá?

Los ojos de la Barbie chispean con furia. Está sudado, como si hubiera tenido que hacer fuerza. Sus manos están sucias de polvo y grasa. No le viene mal un poco de mugre: le da un toque varonil. A su lado está parado Axel Braun, alias Porky. El contador no tiene ni una gota de *glamour*, simplemente se ve como un chancho recién salido del chiquero.

—Entré a limpiar.

—Sabés que acá limpio yo.

Jano recorre la oficina y escanea el ambiente. Las sillas están como corresponde. La biblioteca, impecable. Los papeles sobre el escritorio no se movieron ni un milímetro, pero hay algo de más. Cuando ve el álbum con encuadernación de cuero bordó, siente una punzada en la boca del estómago.

Margit. Su mirada lánguida, su voz suave, como si tuviera miedo de hablar. Y ese cuerpo frágil, que temblaba con las caricias intensas que protegían su virtud.

No le importa que lo vean como un narco asesino. Tampoco si le dicen violento y golpeador. Le duele que descubran su vulnerabilidad. Quisiera descuartizar a Anita ahora mismo. Es la única persona capaz de despertarle tanto amor como odio.

Tiene que revisar cuentas con Axel, pero está tan enojado que apenas puede pensar. Solo quiere que ella pague por hacerle sufrir. Porque esas fotos las tiene reservadas para cuando está borracho y añora su vida de chico normal.

Jano tamborilea los dedos sobre su cinturón y le dedica una mueca enferma a su novia. La espalda de Anita recuerda los últimos azotes.

—Esta negra se porta mal, muy mal. ¿Qué debería hacer, Axel?

El contador, que se hacía el desentendido mientras jugaba con su celular, pone cara de boludo. Nunca sabe qué espera escuchar la Barbie.

—A las minas hay que tenerlas cortitas.

—Exacto, amigo. Y eso que lo intento, ¿eh? Pero esta india salvaje no aprende.

Jano la toma de los pelos y echa su cabeza tan atrás que casi le parte el cuello. Con la otra mano raja su blusa de seda y deja al descubierto sus tetas, que amenazan con escaparse del encaje del sostén.

La manosea como si fuera un cacho de carne y sus mejillas le arden. Se siente humillada. A Axel se le salen los ojos de las órbitas. No puede estar tan buena esta perra. Intenta disimular su deseo, pero Jano parece disfrutar que se caliente.

—¿Vos qué harías con esta mina, Axel?

La Barbie nota la creciente erección del contador y se ríe como hiena. Eso vale más que cualquier respuesta. Nadie puede resistirse a un cuerpo tan fresco y generoso. Como si

fuera la peor basura, le pega un empujón a su novia y la tira al piso.

—Te doy una hora, es toda tuya.

Antes de cerrar la puerta del despacho, se vuelve hacia Anita y le da un beso en la frente. Ella no se molesta en rogarle. Cuando él se propone una maldad, no hay nada que lo detenga.

—Tranquila, negrita. Nadie te va a hacer nada que yo no quiera.

XXX

EUN-YOUNG ACARICIA LA CABEZA de ese cliente rubio y sensible, que se acaba de quedar dormido sobre la barra del bar. No le entendió ni la mitad de lo que dijo, seguramente alguna pena de amor. Y ella sabe de esas cosas, por algo terminó como puta.

Normalmente, este joven prefiere contratar a varias chicas, siempre asiáticas. Se emborracha, las toquetea un poco y convida merca. Merca de la buena. Algunas, agradecidas, ni quieren propina. Ella prefiere el efectivo, está juntando para volver a casa.

Nunca soñó con venir a Sudamérica, pero se enamoró de un argentino coreano y se gastó todos los ahorros para reencontrarse con él. Cuando le fue a tocar timbre en Buenos Aires, descubrió que el sorete tenía esposa y tres hijos.

La poca plata que le quedaba se le fue en una semana de hotel. Le daba vergüenza llamar a su familia, que nunca había visto con buenos ojos a su novio. Decidió hacer la calle. Que su cuerpo sirviera para algo, ya no le interesaba tener placer.

Se vistió con un estilo sensual, pero elegante. Eligió un café coqueto de Barrio Norte, se sentó con cara de ingenua

y comenzaron a caer los clientes. Les encantaba que hablara poco y trabajara mucho.

Ahora vive en un *country*. *Naughty Nights* es una mansión rodeada de un bosque cerrado, para que no se asomen los curiosos. Aunque tiene un solo franco semanal, su vida no es tan dura. Entre lo que le descuentan por el alojamiento y lo que gasta para producirse y comer, algo puede ahorrar. Seúl está cada vez más cerca.

—¿Querer dormir?

Jano responde con un quejido. Ella lo interpreta como un “sí”. Además, quiere llevarse a la habitación a este muñequito rubio, nunca pudo tenerlo para ella sola. Aunque sea para mirarlo. Le entenece su vulnerabilidad.

Es un cliente vip. Lo dejó claro el señor Varela, el dueño de este club nocturno. Dicen que el viejo chulo es muy bravo. Más vale ser calladita y obediente, no generar problemas.

Dos matones lo cargan hasta la cama. Eun-young le acomoda las cobijas y se sienta a observarlo, mientras peina su largo cabello negro. Parece un angelito, ¿qué pasará por su cabeza? Un chico tan lindo no tendría que pagar por amor.

Jano es incapaz de soñar. O al menos, soñar como suele hacerlo la mayoría de la gente. Nunca vuela ni se le presentan situaciones disparatadas. En su mente se recrean situaciones de su vida y se estresa al pensar que podría haber actuado mejor.

Ahora visualiza un primerísimo primer plano del culo rosado de Axel Braun. Las cámaras tienen una definición tan alta que logra escuchar el chasquido de sus bolas contra Anita. Él está encerrado en el sótano y lo mira todo en directo. El cerdo resultó ser más perverso de lo que pensaba.

No sabe qué lo excita más: si el cuerpo rechoncho del contador o los alaridos de su novia. Necesita hacerse una

paja y nada se lo impide. Se siente todopoderoso. Amarse a sí mismo tiene su encanto.

Después de contenerse casi una hora, Axel emite un chillido grotesco y acaba sobre la cara de Anita. Él se ríe satisfecho. Guarda su pija pringosa, nada de limpiarse. Eso es de putos.

Anita está descompuesta. Se la ve horrible, con la tez casi amarilla. Ya no aguanta las náuseas y devuelve sobre los mocasines de Axel. Él los había dejado junto al escritorio, con su ropa bien doblada.

El contador recoge sus prendas con asco y deja la oficina. Mira a cada lado del pasillo, se sacude de hombros y se sube al auto. Sí, casi desnudo y en patas. En algún lado lavará el vómito inesperado.

Los ojos de Jano vuelven al despacho. Anita ni se puede mover, está en estado de *shock*. La situación ya no le parece divertida. Le gustaría llevarla en brazos hasta el baño y limpiarle la guasca ajena. Pero no le da la cara.

Es un pedazo de mierda. ¿Por qué la castigó por indagar en su pasado? ¿Acaso él mismo no siente curiosidad por los traumas que le oculta Anita?

Margit no se merece ni un solo pensamiento. Y mucho menos, que violen a la mujer que ama. Lo que pasa es que nunca se pudo vengar de su traición. Cuando tanto odio no se canaliza, uno se enferma o termina enfermando a los demás.

Fueron novios en la secundaria. Comenzaron a estudiar derecho y planeaban poner juntos un estudio de abogados. Pero la muy zorra se cogía a un profesor. Todos sus compañeros sabían que era un cornudo y él fue el último en enterarse.

Siempre la trató como a una princesa. Jano se moría por hacer el amor, pero ella hacía pucheros y hablaba de lo hermoso que sería esperar hasta el altar. Y él la respetaba. No quería perder a esa chica que tanto le recordaba a su madre.

Se sintió un pelotudo. No tuvo fuerzas para reprocharle por qué lo engañó. Se encerró durante una semana en su cuarto y ni quería comer. Sus padres estaban preocupados. Le preguntaban qué pasaba y él no contestaba.

La última vez que la vio estaba dentro de un ataúd, rodeada de orquídeas blancas. Parecía dormida, con las mejillas rosadas y el cabello trenzado. Tuvo un accidente con el auto cuando volvía de clases. Dicen que murió en el acto.

Si bien ya pasó más de una década, la herida todavía duele. Margit los traicionó a él y a su familia. Erina la adoraba. Aún la recuerda junto al cajón, sonriéndole hasta el último momento.

De chico se escondía cuando el Búho fajaba a Erina. Le pegaba en la espalda, en el abdomen, en los muslos. Donde no se viera. Se juraba que nunca le tocaría un pelo a una mujer. Pero después de Margit, supo que a las minas había que tratarlas a sopapo limpio.

Esta máxima se fue reafirmando a lo largo de su historial amoroso. Las que se dejaban llevar por su cara bonita se asustaban ante el primer rugido de la bestia. Y las novias de su billetera escapaban con todos sus regalos caros cuando la cosa se ponía turbia.

Anita es diferente a las demás. Después de cada paliza, siempre vuelve como un perrito, meneando la cola. Hoy no se imagina la vida sin ella. Su cuerpo fue moldeado para él. Cuando se pierde en su perfume, el resto del mundo queda fuera de foco. Aunque le moleste que guarde secretos, le gusta que sea tan misteriosa. En el fondo, la entiende. Son demasiado parecidos.

No debería tensar demasiado la cuerda. Se puede romper y él se va a quedar sin Anita. Otra vez solo por pensar que todas las minas son iguales. Por no reflexionar un poquito

y darse cuenta de que su madre fue una víctima y él está repitiendo la historia.

¿Ya se habrá despertado? ¿La encontrará cuando llegue a casa? Se fue a la mierda. No tendría que habérsela regalado a Axel. El muy cerdo se tomó muy a pecho las indicaciones de su jefe. Le gustaría darle un buen susto, pero todavía le resulta útil: es el mejor en lavar dinero.

Jano siente que unas manos frescas le acarician las mejillas. Abre los ojos y Eun-young le sonríe con ternura. Este hombre le gusta demasiado. Es delicado y casi femenino, como un *kpop idol*. Además, por la calidad de sus trajes se nota que es rico. Con él podría dejar pronto el paraíso ficticio de *Naughty Nights*. Le gustaría presentarlo a sus padres.

—¿Té? ¿Café? ¿Pete?

Él se incorpora, la mira condescendiente y le deja un fajo de dólares sobre la mesa de luz. No quiere ningún servicio esta vez. Necesita abrazar a su negrita.

Eun-young frunce sus labios rosados y forma un corazón. Definitivamente, su vida amorosa es un fracaso. Revisa con desgano los billetes y su cara se ilumina: ya tiene para el pasaje. Ahora hay que ver cómo reacciona el señor Varela cuando le comunique su renuncia.

A pocos kilómetros de ese puterío de lujo, Anita está tirada en la cama con ganas de morir. Por más que se haya bañado se siente sucia. Todavía percibe el sudor grasiento de Axel Braun sobre su piel. Le duele todo: Porky no le perdonó ningún agujero.

Pensaba que Jano sería el último hombre en su vida. Quizá por eso le aguantaba tantas humillaciones. Más allá de ese amor, que ya se volvió escuálido, no quería que su cuerpo siguiera siendo público.

No es la señora de la Barbie. Es su juguete. Él puede usarla, prestarla o romperla. Total, es un objeto. Y los objetos son reemplazables.

Escucha los pasos de Jano por el pasillo. Ni se molesta en adoptar una pose de gata. Si se enoja y termina por rematarla, hasta le hace un favor.

—¿Estás despierta, negrita?

Café recién hecho. Tostadas humeantes. Seguro que también trajo pocillos con dulces caseros. La quiere comprar con comida. Las fosas nasales de Anita se dilatan y Jano sonríe: aunque esté enojada, lo va a escuchar.

—Perdoname, pensé que te iba a gustar este jueguito de a tres. Nunca más, te lo prometo.

Ella no le contesta. Jano se incomoda, pero sigue con su discurso. Le gusta escuchar su propia voz cuando está arrepentido: se siente un chico bueno, puro y dulce.

—Vos me provocás, negrita. ¿Dale que te vas a portar bien?

Jano se acuesta junto a ella y la abraza por la espalda. Cuando le acaricia las mejillas, nota que está llorando en silencio. Como se deja mimar, piensa que lo perdonó. Se queda dormido, con la conciencia tranquila.

Las lágrimas de Anita no son un signo de reconciliación. Son mares de bronca contenida. Cuando la respiración de Jano se vuelve suave y constante, se deshace de su abrazo y comienza a desayunar.

Las tostadas están en su punto justo. El café con leche de coco, más que perfecto. Lástima que el mozo sea un psicópata. Anita observa a Jano con una mezcla de asco y añoranza. Se acuerda de la canción que cantaba doña Zenaide, una brasileña que tenía un almacén en San Ignacio. Nunca había entendido su melancolía. Ahora se identifica con esa mujer de sonrisa

triste. *Nada do que foi será de novo do jeito que já foi um dia. Tudo passa, tudo sempre passará.*¹⁷

Mientras tararea *Como uma onda*, mira a su novio con otros ojos y su mente se aclara: por primera vez tiene ganas de acuchillarlo.

¹⁷ *Nada de lo que fue será de nuevo en la forma que fue antes. Todo pasa, todo siempre pasará.*

XXXI

ES UNA MAÑANA FRÍA EN VILLA TURRÓN. El aire huele a tortas fritas y neumáticos quemados. En la avenida alledaña, un grupo de vecinos hace un piquete en reclamo de la urbanización. La protesta es en vano. En el fondo, ellos lo saben. Pero al menos se sienten idealistas al pedir por sus derechos.

Mientras haya corruptos que se babeen con una buena coima, los callejones estrechos y las casitas precarias van a seguir ahí. Los narcos y sus cómplices necesitan que a ese puñado de gente le falte dignidad. No es que hayan nacido así: la sociedad misma los fue despojando de ella. Cuando van a buscar laburo, los rechazan porque viven en una villa. Ven en la tele casas divinas, con calefacción y agua potable y ellos duermen en un rancho. Si se están muriendo, las ambulancias se niegan a entrar al barrio. Aunque tengan sueños de progreso, deben dejar la escuela para trabajar.

Lo extraño no es que la pobreza sea un caldo de cultivo para delincuentes. Lo que asombra es que, ante tanta injusticia, todavía haya pibes decentes que no caigan en el camino fácil. Si salís de caño, en una hora podés hacerte el día. Y si no te gusta cortarte solo, preferís un patrón, los narcos pagan mucho mejor que en una fábrica.

Dante patrulla los pasillos junto a Sugus, Gasparín y Sopapita. Van vestidos de negro, con chalecos antibalas, y en sus cinturas se dibuja la silueta de la pistola. Desde que les impuso un duro entrenamiento, los soldaditos caminan más erguidos, imponen autoridad con su sola presencia. Junto a otros pibes que se sumaron a las filas, forman una suerte de fuerza parapolicial.

Si un guacho está robando en el barrio, ahí van los soldaditos y le dan para que tenga. Si el gatito de una nena se subió al techo de una casilla y no quiere bajar, ellos la ayudan y se sacan una *selfie*, como buenos héroes. Y si alguien abre la boca de más, los muchachos de la Barbie también entran en acción.

Ahora están parados frente al kiosco de Marco Aurelio. Al viejo no le gusta nada que le cobren por seguridad. Por eso, cansado de pagarles a los narcos, decidió denunciar a la organización. No entiende que en Villa Turrón hay que cuidarse entre todos. Si fuera por los demás, arrasarían el barrio con topadoras.

Bigote Galarza, el comisario de la zona, les informó de inmediato de la traición. Así que anoche balearon la fachada del local. Este fue el primer aviso. La próxima, atacan su casa.

Dante mira a Sugus e inclina la cabeza. Hora de recaudar. Marco Aurelio, bien morocho de nacimiento, se pone pálido cuando lo ve. Le entrega un sobre al soldadito y con sonrisa nerviosa, les ofrece cigarrillos a sus compañeros. Los pibes quieren aceptar y el falso custodio los frena. Lo correcto es recoger la cuota por seguridad.

Cuando terminan la ronda por el barrio, Dante reparte una pequeña comisión a cada soldadito y sigue caminando solo por los laberínticos callejones. Pocos se animan a recorrer los rincones más oscuros, pero a él le da lo mismo.

Ojalá fueran realmente peligrosos, así le pegarían un tiro y dejaría de lamerle el culo a la Barbie.

Escucha que alguien está llorando. Avanza unos pasos y ve que junto a un paredón está sentada Samantha, la novia del Bambi. Tiene el maquillaje corrido y un tacón roto. Junto a ella hay un montículo de panfletos con la cara de un nene.

Dante se agacha, le da la mano y la ayuda a levantarse.

—¿Vamos a tomar un café?

—Si se entera Héctor...

—Es un café, por favor.

Samantha se esfuerza en sonreírle. Dante siempre fue un buen tipo. Lo conoce desde que entró a trabajar en la remisería. Era el único que no le decía guarangadas, y cuando estaba hasta las manos la ayudaba a tomar nota de los clientes. Si hubiera sabido que se convertiría en un hombre fuerte de la Barbie, habría pensado en él para sus conjuros de amor.

Dante intenta no mirarla demasiado. Se suele entusiasmar cuando ve melenas largas y abundantes, como la de Anita. Y en el caso de Samantha, sería peligroso usarla como sustituta. En los primeros tiempos se tiraban onda, pero cuando comenzó a rumorearse que le hacía petes al Bambi, paró con sus flirteos.

Entran al primer barcito de mala muerte que encuentran. Está vacío. La moza mira atenta un programa de chimentos. Dante le hace una seña y ella los atiende de mala gana.

—¿Qué quiere, amigo?

—Dos cortados, por favor.

Samantha asiente. Está acostumbrada a que decidan por ella. Aprendió a perder de a poco la voluntad. Lo que todavía no aprendió es a controlar sus emociones. Aunque Héctor le diga que no se preocupe, su corazón es sordo. Mientras no vuelva Jonathan, su angustia no tendrá fin.

—¿Por qué estabas tirada en ese callejón?

—Hay veces que no aguanto. Se hace difícil.

—¿Qué te dice la policía?

—Vos no entendés nada, Cheto.

—No vas a llegar muy lejos repartiendo papelitos.

—Si meto a la yuta, me lo matan.

—¿Quiénes?

—¿Vos sos boludo o te hacés? ¡La banda del Koala!

Dante acomoda la silla más cerca de la mesa y se inclina hacia Samantha. Sabe que se arriesga con lo que le va a decir, pero hay un pibe de por medio. No quiere hacerle el juego al Bambi. Ya es demasiado.

—El Koala no secuestró a nadie.

Samantha forma con sus labios una perfecta “o”. Qué bonita es, una pena no haberla aprovechado cuando todavía estaba libre.

—Pero Héctor me dijo...

—Entonces debe ser así.

Ella frunce el ceño, confundida. ¿Habrà hablado de más? No quiere poner en peligro a Jonathan.

—Debo seguir con esto, ¿querés un par?

Dante toma los panfletos y promete repartirlos en el barrio. Odia ser tan cínico. Su intuición le dice que ese chico ya está muerto. Se despide de Samantha y sube al auto con un peso en el pecho.

¿Qué necesidad tiene el Bambi de mentir de forma tan descarada? Si la banda del Koala lo hubiera raptado, la Barbie no habría tardado en reaccionar. Y él se habría encargado del operativo.

El camino hasta el *country* lo hace con los ojos cerrados. Se acostumbró rápido al contraste obsceno entre las clases sociales. El mundo es injusto y él no puede hacer mucho al respecto, ya tiene bastante con sus planes de venganza.

Estuvo tres días enteros trabajando en Villa Turrón. Aunque le cueste admitirlo, extraña dormir en una cama cómoda, bañarse con agua caliente y tener como paisaje algo más que chapas podridas, tablones y basura.

En el jardín se encuentra con Anita. Lleva un *sweater* crema, un gorro chocolate, jeans y botas marrones que le llegan por encima de las rodillas. Está inmóvil, apenas pestañea. Tiene la misma mirada triste que su madre tras la muerte de Marcelo.

—Lo intenté, Dante. Te juro que lo intenté —dice con un hilo de voz.

—¿Qué pasó?

—Quise sacar unas fotos y...

—¿Te descubrió?

Ella desvía la vista. Dante le acaricia el mentón y la obliga a mirarlo. Los ojos del policía reflejan su tristeza.

¿Por qué es ella quien tiene vergüenza? Seguro que Axel se fue de lo más tranquilo a su casa. El silencio solo hace que rumie una y otra vez su dolor.

—Me entregó. Soy una puta, Dante. Otra vez soy una puta.

—¿Cómo fue?

—¿Eso importa, morboso? ¡Me la metieron sin que yo quisiera!

—¡Lo voy a cagar a tiros!

Dante carga el arma y camina hacia el despacho de Jano. Ya fue demasiado lejos. No soporta que siga cagándole la vida a la gente. Esa lacra ni tendría que haber nacido.

Anita corre tras él y lo obliga a darse vuelta.

—No sirve de nada...

—Dejame.

—¡Mataría a toda tu familia!

—¿Qué familia? —Dante sonríe con amargura—. Ni vos ni yo tenemos algo que perder.

—Por favor...

Lo abraza, no se le ocurre otra forma de retenerlo. Es la única persona en la que puede confiar. Los dos buscan lo mismo: destruir a Jano.

En otro tiempo se hubiera calentado con el contacto de sus brazos fibrosos y su vientre duro, pero su libido está muerta. Si llega a recobrar su libertad, se va a meter a monja. Casa, comida y ni un macho cerca. Bah, quizá algún cura, aunque seguro sea viejo, gay, impotente o todo junto.

—¿Cómo hacés para no tener miedo, Dante?

—¿Cómo hacés para vivir con miedo?

—Es muy fácil decir eso cuando medís un metro ochenta y tenés entrenamiento casi militar.

—¿Querés estar sometida por siempre?

—Ya no sé qué hacer —se le quiebra la voz.

—No quería exponerte, Anita, pero vos sabés demasiado.

—¿Querés que Jano me mate?

—Vamos a negociar para que entres en el programa de testigos protegidos.

—Claro. Cuando termine el juicio, me dan una patada en el orto.

—¿Confiás en mí?

—¿Y qué va a ser de mí cuando Jano esté en cana?

Dante toma las manos de Anita y las besa.

—Siempre voy a estar para cuidarte.

XXXII

LA BARBIE EXPANDE EL MAPA sobre la plancha de corcho en la pared y coloca chinchas en los extremos. Si le dan a elegir, prefiere el papel. Esta era digital le produce desconfianza. Todo es muy artificial. Desde la imagen hasta las palabras. Las emociones son reemplazadas por *emojis* y los chistes por memes. Además, está el riesgo de que algún intruso se meta en tus cosas.

La zona que llama su atención aparece con un verde intenso. Ya se imagina el bosque cerrado, la poca luz que se filtra entre el follaje y las hermosas cocinas de cocaína que podría instalar. Si bien confía en su socio boliviano, Jonny Quispe, esta es la mejor forma de asegurarse de que la droga tenga la máxima pureza.

—¿Vos decís que Toto nos consigue estas tierras?

—Toto te consigue lo que quieras.

Axel Braun se revuelve de placer en el sillón Luis XIV. Desde que son hermanos de leche, lo siente más cercano. Compartir la mujer: eso sí es de amigo. Hacía tiempo que no probaba algo diferente al cuerpo brotado y rechoncho de su Margarita. ¿Y si propone hacer una fiesta *swinger*? Se quedó con ganas de más.

Jano le hace una seña y el contador se para junto a él. La compra de esas hectáreas es clave para descentralizar la producción, con base en el Gran Buenos Aires. Pueden poner un aserradero y aprovechar el desmonte para una pista clandestina. Así, las avionetas livianas, hábiles para volar a baja altura y burlar radares, pueden traer la pasta base de Bolivia y seguir camino con la mercadería ya procesada.

—Che, ¿la zona está deshabitada?

—Hay un par de indios.

—Ah, no vive nadie.

—Toto se encarga de ellos.

No será la primera vez que se quedan con tierras de pueblos originarios. El experimento de Toto en el delta resultó más que bien. Prendieron fuego a los ranchos y la gente salió despavorida en canoa. Cuando quisieron volver a sus casas, señores terratenientes ya habían comprado las parcelas por chaucha y palito.

El humo fue tan denso que llegó a la capital. Las noticias decían que se trataba de quema de pastizales, pocos hablaron de esas pobres personas que se transformaron en los primeros desplazados del narco de la Argentina. Ahora viven hacinados en villas y subsisten del cartoneo, cuando antes recibían todo de la naturaleza.

Toto Álzaga Guerrero, el poder en las sombras. O no tanto. Nació en cuna de oro, es pariente de media oligarquía y su cara aparece en los diarios. Este parásito extiende sus tentáculos entre la función pública y la actividad privada. Todos sus negocios son lícitos, lo que no quita que tenga aliados turbios.

—Tenés que arreglar las rutas al interior, Axel.

—¿Estás seguro de meterte en territorio ajeno? Ya tenés una guerra con la banda del Koala.

—No vamos a entrar como mayoristas.

—¿De qué va el negocio entonces?

—La idea es venderle a la aristocracia sojera. No hay que despreciar el oro verde.

—Los viejos no sé, son otra generación, pero los pendejos tienen tanta guita que se aburren.

—Exacto. Nosotros vamos a hacer que se diviertan.

Jano se ríe como hiena y Axel lo sigue, con un gruñido bizarro, similar al de un chanchito en un corral. Sin la habilidad y los contactos de su amigo contador, el negocio no habría ido tan lejos.

—Bueno, manejalos vos. Mandale besos a Toto.

Axel asiente. Recuerda los tiempos cuando los tres llevaban trolas a su yate y pasaban días de partuza. Ya desde entonces a Jano le gustaba mirar. La metía, sí, pero parecía disfrutar más como *voyeur*. Ahora no pueden juntarse como antes, sus agendas están colapsadas.

Cuando el contador se aleja por el pasillo, la Barbie no puede evitar pensar en su culo gordo y rosado. Le encantaría desnudarlo, ponerle una manzana en la boca y asarlo lentamente en un horno a leña.

—Patrón, ¿tiene un minuto?

—Todos los que quieras.

Jano ve a Dante vestido de cheto y le brillan los ojos. Qué actitud. Qué porte. Le produce emociones encontradas como Ricky Martin o John Travolta en la pista de *Fiebre de sábado por la noche*. Aunque la cosa no vaya más allá de lo platónico, le encanta fantasear. Por eso se acomoda un mechón dorado detrás de la oreja y le sonrío coqueto.

—Estoy preocupado, patrón.

—¿Qué pasa?

—El hermano de Samantha desapareció hace dos meses.

—Héctor no me dijo nada.

—Quizá no quiso preocuparlo.

—¿Qué pasó con el pibe?

—Hay rumores peligrosos. Dicen que lo raptó la banda del Koala.

—¿Qué pelotudez es esa?

—Por respeto a don Héctor, no voy a repetir otras cosas que se cuentan.

La Barbie baja de su nube de pedo multicolor. Las palabras de Dante le tocan sensaciones que no quiere recordar. Una mañana cálida y su primera clase de tiro. No, pueden ser fantasías de su infancia. Imposible. Héctor Costello es más que un tío. Casi un padre. O mejor dicho, el padre que hubiera querido tener.

El Bambi no lo trataba de maricón cuando se impresionaba con la sangre. Tampoco lo dejaba afuera del negocio por considerarlo un niño de mamá. A escondidas del Búho Leder lo formó como *gangster*. Lo bien que hizo, porque después ese chico delicado se tuvo que hacer cargo de un imperio narco.

—Me voy a la remisería.

—¿Lo acompaño, patrón?

—Estoy calzado. Al que me toca, lo quemó.

Dante se muerde la lengua. Cualquier palabra estaría de más. Que se arreglen entre ellos. Lo mejor que podría pasar es que se agarren a tiros y terminen como un colador. Nadie extrañaría a estas lacras.

Jano se va sin despedirse. Se siente un boludo, no tiene idea de lo que ocurre en Villa Turrón. Si no fuera por su jefe de seguridad, todavía pensaría que las aguas están calmas. Una de dos: el Koala secuestró a Jonathan y Héctor lo quiere resolver solo, o realmente oculta algo pesado.

¿Dónde se encuentra su costado cerebral? ¿Por qué sigue tan negador? El viejo es lo que es. Pico de pato, pluma de pato y hace cuacuá. Quizá por su profundo cariño no haya podido ver lo evidente.

De nuevo vienen a su cabeza el sol brillante, el bosque de eucaliptus y el aroma a tierra húmeda. Ese día, el Bambi lo iba a llevar al cine, pero en realidad se fueron a un campo en Ezeiza.

“A los trece años, los judíos hacen su bar mitzvá y se hacen adultos, ¿sabías”, le dijo Héctor mientras hacían un *picnic* en un claro. Aunque Jano ya era un adolescente, en su cuerpo apenas se asomaba la pubertad.

“Yo no soy judío y no quiero que me corten nada”.

“Tranquilo, borrego, digo que ya sos un hombrecito, te voy a enseñar a disparar”.

Sobre unos troncos colocaron botellas de vidrio. Héctor le mostró cómo debía pararse, lo abrazó por la espalda, le tomó las manos y se las acomodó sobre el arma. Jano estaba demasiado entusiasmado. Se sentía macho, tan macho como su padre.

No le molestó que le respirara en la nuca. Tampoco le pareció extraño que lo rozara algo duro por atrás cada vez que gatillaba. Lo tomó con naturalidad, seguramente se trataba de la pistola del viejo.

Cuando terminaron la práctica, el Bambi estaba retraído, como un ciervo asustado. Ninguno volvió a hablar de aquella primera clase de tiro. Con el tiempo, Jano se fue olvidando de aquella travesura. Jamás pensó que el arma que se apoyaba contra su culito no era de acero.

Desde aquella escapada a Ezeiza, nunca volvieron a tener tanto contacto físico. Jano interpretó que ya estaba grandecito como para sentarse sobre sus rodillas o que le acaricie el cabello.

A toda velocidad, sin importar las multas, la Barbie llega a la remisería *Costello Hermanos*. Cuando entra, saluda a Samantha y evita mirarla a los ojos. De alguna forma, tiene culpa.

Como sospechaba, Héctor trabaja en el galpón. Está ajustando los compartimentos secretos de una camioneta. El viejo reconoce los pasos sigilosos de su preferido. Parece una pantera: te cae cuando menos lo esperás.

El Bambi se lava las manos manchadas de grasa y le da un abrazo paternal. Esta vez, Jano permanece frío, sin devolver el saludo. Tiene un mal presentimiento.

—¿Pasa algo, pibe?

—Tenemos que hablar.

Caminan a la oficina en silencio. Samantha pregunta si quieren café y le cierran la puerta en la cara. A Héctor le caen todos los años encima. Sus ojeras se oscurecen, sus arrugas se vuelven profundas y adopta una postura más encorvada.

—¿Por qué no me dijiste que Jonathan desapareció?

—¿Quién te fue con el cuento?

—¿Qué, no desapareció?

—La gente es envidiosa y dice boludeces.

—¿Cuál es la boludez? ¿Que lo secuestró la banda del Koala o que te lo garchaste y se te fue la mano?

El tono de Jano es frío y monocorde. El viejo baja la vista: las palabras de su favorito se clavan en sus oídos como mil alfileres.

—Yo no quise...

—¿No podías confiar en mí?

—Me metí solo en este quilombo.

—Sabés que se arma la podrida si aparece.

—Nunca lo van a encontrar.

—La monada está caliente. No quiero quilombos en el barrio. Te tenés que ir de ahí.

—¿Otra vez me estás jubilando?

—Es peligroso que estés por Villa Turrón.

—A mí no me mandás, borrego.

—¡Vamos a ir en cana por tu puto vicio!

—¿Vos pensás que pedí nacer así?

—Ninguno de los dos es un angelito, pero vos te fuiste al carajo.

El Bambi saca un revólver del escritorio y carga las balas en el tambor. El guerrero se siente deshonrado. En este momento, un samurái se haría el *harakiri* con su *tantō*. Esos caballeros sabían cómo morir. Le entrega el arma a Jano, resignado. No hay lugar para él en este mundo.

La Barbie guarda el revólver en el cajón y toma las manos del viejo con ternura. No era su intención lastimar sus sentimientos. Solo intenta protegerlo. Si se llega a filtrar la verdad, el Bambi es boleta.

—Te quiero lejos, Héctor. Aunque sea, andá a la quinta, pero rajá de Villa Turrón.

—¿Y qué hago con Samantha?

—Dejame arreglar las cosas a mí.

XXXIII

UNA BANANA. Una banana suave, tibia y dura que entra y sale de tu boca. Es eso, nada más. Solo tenés que evitar ahogarte. Pensá en cosas bonitas, como reventar la tarjeta de crédito. ¿Te acordás de ese tapado español que viste? Bueno, te comprás uno de cada color, ¿para qué gastarte en decidirte por uno si podés tener todos?

Te dejan un baño de crema sobre tu linda cara. Es nutritiva, orgánica y sin sufrimiento animal. La piel te va a quedar bien tersa, mejor que con la cosmetóloga. Seguí con el *show*. Portate bien sucia. Te pasás la mano por la frente, por las mejillas, por la nariz y lamés ese helado de vainilla. Es bajo en calorías y rico en proteínas. Aprovechá, que en esta casa no se puede comer un puto asado.

Simulá que te gusta. Dejalo descansar, adoptá una pose de gata y volvelo a estimular cuando el ritmo de su respiración se normaliza. Perfecto. Supiste medir los tiempos. Jano repite los mismos movimientos que antes te hacían jadear. Pero ya no respondés a ningún estímulo. Intentás recordar cómo reaccionabas cuando lo querías y actuás bastante bien.

“Si te ponés tensa, te duele más”, te repetía Karim después de que te desgarraba un cliente. Habías sido violada cientos de veces y seguías siendo estrecha, como si tu cuerpo se negara a aceptar la realidad.

Ahora manejas tu físico sin problemas. Estrecha. Dilatada. Espasmos. Temblor. Rubor de bronca que tranquilamente pasa por éxtasis. Él se come el cuento, no se requiere demasiado esfuerzo. En este momento solo es capaz de pensar con la pija.

—Ay, negrita, me dejás agotado.

—Feliz cumpleaños, amor.

Anita le regala un beso y camina contoneando sus caderas hacia el baño. Por fin es libre. Libre para mirarse en el espejo y odiarse. Libre para abrir la ducha y tapar con el ruido de la lluvia sus arcadas sobre el inodoro.

Podría haberle envenenado el desayuno, pero no está dispuesta a ir en cana por esta lacra. Tiene que actuar con inteligencia. Debe clavarle un cuchillo en la espalda cuando menos se lo espere. Que le duelan la vida y el alma.

El agua limpia el resto de los fluidos de Jano. Sin embargo, todavía se siente sucia. Le gustaría volver a nacer y dejar en un limbo cada uno de sus recuerdos. ¿Eso se puede hacer sin morir? Quizá deba probar con la hipnosis. Cuando se libere de su novio, se va a atender con un buen psiquiatra tipo Brian Weiss.

Elige un traje sobrio. Apenas se maquilla. El cabello se lo arregla con una trenza simple. No quiere que la tomen por un gato cascoteado. El juez amigo se encuentra de turno y hay que aprovechar.

Ella está lista, ¿pero Dante? Lo busca en cada ambiente y en el jardín. Quizá se haya olvidado de la cita. Para no parecer nerviosa, comienza a preparar masitas de manzana. Semillas

de girasol, lino molido, aceite de coco, especias dulces. El molde tiene forma de corazón.

Anita se sienta a esperar en el *living* mientras el ambiente se inunda a canela. Le gusta que su casa huela a hogar. Si no fuera por Jano, sería feliz todo el día ahí. Es más, ni necesitaría ir de *shopping*: podría comprar su ropa por internet.

Abren la puerta y aparece el falso custodio junto a una morocha tetona, más bien bajita, pero con unos tacos aguja que dan miedo. La joven entra a la mansión y abre bien sus ojos café, sin disimular su sorpresa. Eso sí es tener plata. Plata y gusto. Nada que ver con la casona del Bambi, que mezcla trastos con muebles de diseño.

Dante la toma por el brazo con cariño y Anita frunce el ceño. Ella tendría que ser la única que disfrute de su caballerosidad. No le gusta nada que le saque el tapado, y sin dejar de sonreírle, le ofrezca un té.

—Te presento a Samantha, la mujer de Héctor Costello.

—Un gusto.

Anita le extiende la mano a esa chiruza grasa. Si no podés pagar un buen maquillaje, mejor ni te pintes. No, no hay intenciones de levante. Sus ojos están tremendamente tristes.

—Qué bueno que estás acá, Samantha. Gracias por venir.

Jano aparece con un traje gris y el cabello húmedo, atado en una cola de caballo. Suena correcto, quizá algo cordial. Anita se da cuenta de que no está cómodo. Con una sonrisa falsa, la invita a entrar a su despacho.

—No seas boluda, no hay nada entre ellos dos —la tranquiliza Dante, mientras le entrega un vaso de licuado verde—. Su hermanito desapareció y Jano le va a dar explicaciones.

—¿Qué le pasó al nene?

—No sé. Hay cosas en las que no me meto.

Dante saca una botella de vidrio de la heladera y bebe con placer, mientras su nuez de Adán se mueve suavemente. Ella lo pintaría así, con la luz anaranjada del atardecer.

El policía se limpia con el dorso de la mano y mira a Anita, que está boquiabierta, con la vista clavada en su cuello.

—¿Vos estás bien?

—¿Ya nos vamos?

—Me tiene que contestar el secretario del juez.

—Ah, no, yo ya estoy producida, vamos directamente.

—¿Podés dejar de ser tan ansiosa?

Anita baja la cabeza. Si no habla ahora, quizá después no se anime. Por más que confíe en Dante, el futuro le pone la piel de gallina. Ella no tiene profesión, solo sabe barrer cabellos ajenos. Sin los contactos de Erina, su carrera como modelo está acabada. ¿De qué va a vivir?

Si bien Jano puso propiedades a su nombre, debe haber alguna cláusula en su contra. Está muy bien asesorado. La ley está para usarla a gusto del consumidor.

No se puede tener nada que dependa de un papel. Salvo que sean... papeles. Millones de papeles verdes, con ese perfume a tinta inconfundible. Perfume a dólar, una delicia. En la chacra de Punta del Este, su novio llenó la cama de billetes y le hizo el amor sobre una fortuna.

En la Argentina nunca le vio tanto efectivo.

Ahora que recuerda, a Uruguay no solo llevaban cocaína. Jano viajaba con bolsos deportivos de doble fondo y no se despegaba de ellos. Anita notaba después que la tierra en el fondo estaba removida, pero no le daba importancia: pensaba que eran topos.

—Dante, ¿qué me van a preguntar?

—Vos contá lo que sabés.

—¿Todo, todo?

—Bueno, los viajes a Uruguay, la conexión con *Os Pulpas*, los contactos en aduana.

—¿Realmente querés cuidarme?

Dante la mira con una dulzura profunda y asiente. Sí, hay diferencia con Samantha. Anita es especial. Al menos para este chico valiente y hermoso.

¡Dios! Anita se pone sentimental. ¿Cómo pueden sacudirla emociones si está rota por dentro? *Si yo tuviera el corazón, el corazón que di. Si yo pudiera como ayer querer sin presentir.*¹⁸

Si ella hubiera sido diva en la década del treinta, habría sido *groupie* de Discépolo. Ya se imagina a los dos en la tapa de *Radiolandia*. La pareja más glamorosa de la República Argentina.

—Sé que es muy pronto, Anita. Pero por vos soy capaz de todo.

—Metemos a Jano en cana y dejás la policía. Te contrato como custodio.

—Mi profesión es mi vida.

—¿Querés ser un loco que lucha contra molinos de viento? Jano tiene a media policía comprada. Y ni te cuento de la justicia. ¿Por qué te creés que hacen lo que quieren en Villa Turrón?

—No es tan así, yo soy un infiltrado.

—Hay que tener vigilado al enemigo. Mientras, lo exprimís con coimas.

—¿De qué vamos a comer?

—Vos ya lo dijiste: de boluda solo tengo la cara.

—¿Dónde tiene la guita Jano?

—Pensá en mi propuesta. ¿Vamos?

Dante suspira resignado. Anita se pone un sobretodo y se observa en el espejo del pasillo: se ve como una mujer digna, recatada, formada en colegio de monjas.

¹⁸ Fragmento de *Uno*, tango con letra de Enrique Santos Discépolo.

Cuando están por salir de la mansión, aparece Jano. Samantha se encuentra detrás de él, con los ojos rojos y el rímel corrido. Intentó arreglarse en el baño, pero quedó mucho peor. Anita piensa que podría ser su asesora de imagen, fea no es. Solo le falta un toque de distinción.

—¿Adónde van ustedes dos? —pregunta el narco con tono jocoso.

—Quería comprarme algo especial para esta noche.

—Sabés que te prefiero sin nada.

—Ay, amor, pero yo...

—Dante, llevá a Samantha.

La novia de Héctor está muy débil. El falso custodio la ayuda a caminar hasta el auto. Se ve mucho más bajita que cuando entró, el pecho le pesa demasiado y anda encorvada. Anita piensa que no debe haber recibido buenas noticias. Pobrecita. Prefiere no preguntar, Jano se pondría furioso.

Quiere abrazarla: es su hermana en el dolor. Ella sabe lo que es sufrir y mostrar una sonrisa, como si no pasara nada. A lo mejor podría acompañarla y subirle el ánimo. Tienen más o menos la misma edad, quizá terminen como amigas.

Anita se dispone a subir al auto con ellos, pero Jano la detiene. Tiene los ojos cargados de deseo.

—Te quedás acá, negrita. Todavía no termino con vos.

XXXIV

A ERINA NIESSEN la criaron como una princesa.

Una princesa bien, no plebeya como Cenicienta. Ella no necesitaba zapatos prestados: sus papás tenían una fábrica. De pequeña la llevaban a la modista y era la mejor vestida en los cumpleaños. Sus compañeras le tenían envidia.

La *Oma*¹⁹ Lotte le contaba historias de sus antepasados que parecían *Märchen*²⁰ por sus elementos casi fantásticos. Erina estaba convencida de que su familia había sido dueña de castillos y miles de almas.

Martín y Eva hacían un esfuerzo enorme por darle lo mejor a su única hija. Preferían que fuera la rica de una escuela pública antes que la pobretona de un colegio privado. ¿Cómo la hubieran mirado los herederos de automotrices y laboratorios?

Con el tiempo, Erina se dio cuenta de que no era una princesa de verdad. Cuando se caía y se lastimaba, su sangre era bien roja, como la de cualquier sirvienta. ¿Cambió su postura soberbia después de esa revelación? Para nada.

¹⁹ Abuela (del alemán).

²⁰ Cuentos de hadas (del alemán).

El ser princesa es una cuestión de actitud. Ese es el espíritu de su nueva colección infantil. No necesita pagar la franquicia de Disney para que las niñas se sientan parte de la realeza. Colores pasteles. Cristales. Perlas. Los diseños de Erina son tan exquisitos que pronto tendrá que lanzar una colección para adultos.

Los primeros rayos del sol se cuelan por los árboles del parque y atraviesan el ventanal de su despacho en *Liebling*. La idea se le apareció en un sueño, manejó hasta la fábrica y estuvo toda la madrugada trabajando. Así es la inspiración, no hay que dejarla escapar.

Erina se prepara un tecito de rooibos, canela, jengibre y miel. Antes de pegar el primer sorbo, lo piensa mejor y ralla un poco de cúrcuma sobre la taza: nunca está de más ese ibuprofeno natural.

Ya está como nueva. Toma las acuarelas y los dibujos cobran vida sobre las cartulinas. Si sus padres no la hubieran subestimado como diseñadora, se habrían llenado de plata con sus creaciones. Sin embargo, optaron por las ideas de Christian porque era hombre.

Christian. Si no hubiera sido tan lindo, jamás le habría dado bola. Era de familia alemana, sí. Pero no eran alemanes bien, sino de esos anarquistas revoltosos que sublevaban a los obreros.

Le llega un mensaje al celular.

“*Buongiorno, principessa*”, le escribió el romántico de Xoán Filgueira. Erina sonríe con ternura: su enamorado ni se imagina cuánto odia *La vida es bella*. La primera mitad de la película se tuvo que bancar la cara de boludo de Roberto Benigni, haciéndose el gracioso. ¿Por qué no se contentó con guion y dirección? La gente fea no tendría que aparecer en la pantalla, al menos en papeles protagónicos.

Hace tres días que el narco gallego está en la Argentina. Después de arreglar unas exportaciones de su empresa marisquera, empezó a mandarle mensajitos románticos. Dios, si ya cogieron, ¿por qué tantas vueltas? No están en edad para perder tiempo en el cortejo.

Recuerda los movimientos suaves de Xoán y se le eriza la piel. Horas y horas en la cama, saboreándose sin apuro. Se quedó dormida en sus brazos y al despertar, meditaron juntos entre los bonsáis de su terraza.

Es la primera vez que goza con un amante. Antes añoraba la pasión desenfadada y algo egoísta de su marido. Él quería siempre, muchas veces. Ella no tenía otra que abrirse de piernas, hasta cuando no tenía ganas.

“Te veo en hora y media en el hotel”.

Sonríe como una boba frente a su celular. Amplía la foto de Xoán y acaricia su barba entrecana, su mentón cuadrado, su nuez de Adán. Pronto podrá disfrutar de ese cuerpo trabajado con yoga y *running*.

Erina acomoda sus pinceles, toma su cartera y sale de la oficina. Cuando está a punto de tomar el ascensor, se encuentra con Jano. Tiene los ojos hinchados, como si hubiera estado llorando por horas. Su cabello dorado se encuentra revuelto y graso. Algo no anda bien.

—*Ach, Schatzi. Was ist passiert?*²¹

—¿Podemos hablar?

No. No pueden hablar. Tiene el tiempo justo. Hoy quiere coger, hace meses que no coge y tiene derecho a coger. Coger, coger, coger.

—Claro, mi vida.

Jano se despaturrea sobre un diván. No se saca las zapatillas y Erina tiene ganas de agarrarlo de las mechas y pegarle

²¹ Ay, tesoro. ¿Qué pasó? (del alemán).

una buena sacudida. Ese tapizado le salió una fortuna. Inhala profundo y exhala en cuatro tiempos. Mentalmente pronuncia tres *ohm*. Perfecto. Ya está. Su hijo ahora necesita contención.

—Mamá, ¿vos sabías que Héctor es un pedófilo?

Erina queda helada. Sabía que era un depravado, que se iba de putas con su marido, pero jamás hubiera sospechado que le gustaran los nenes.

—¡Mi amor! ¿Te hizo algo?

—Si ese viejo me toca, lo cago a tiros.

—*Und als du klein warst?*²²

—Mató a un nene de Villa Turrón, ma. Imaginate las cosas que le debe haber hecho.

—Bueno, me quedo tranquila. No te hizo nada.

—¿Te cuento esto y reaccionás así de pancha?

Erina se acerca al diván y se sienta en el piso junto a su hijo. Está hecho un manajo de nervios, se quiebra de nada. La caída de un ídolo lo descolocó por completo.

—Jani, no sé por qué te escandalizás.

—¡Es un pedófilo, ma!

—Y vos sos un narco.

—Yo soy un hombre de negocios.

—Bueno, Héctor es un hombre que ama diferente.

—No lo puedo creer... ¡Mató a un pibe!

—Empatía, Jani. ¿Sabés lo que es eso? Yo aprendí con el tiempo a ponerme en los zapatos del otro.

—Héctor se fue al carajo. Es un monstruo.

—¿Quién no lo es, *Schatzi*?

Erina le toma la barbilla. A Jano le tiemblan los labios. No soporta esa mirada acusadora, disfrazada de ternura. Le está

²² ¿Y cuando eras chico? (del alemán).

tirando encima todos sus muertos. Sus enemigos y esos que mató por si acaso. Esas vidas eran un detalle en el universo que gira en torno suyo.

Jano aparta la mano de su madre y se levanta bruscamente. El odio vuelve a invadir a ese hombre que, hasta hace unos minutos, estaba quebrado.

—No sé para qué mierda vengo a verte. Siempre salgo peor que antes.

Con tristeza, Erina lo observa alejarse. Hijos chicos, problemas chicos. Hijos grandes, problemas grandes. Ni toda la sabiduría de *Guruji* podría con este malcriado.

Mientras fue a la escuela, dejó de lado sus sueños de empresaria y se dedicó a su crianza. Le cocinaba, le preparaba la ropa, estudiaban juntos. Muchas veces, a Jano le agarraba sueño y ella hacía las tareas por él.

Hasta ahí, la historia oficial. Después tiene todo un prontuario como madre. Cuando aparecía algún bastardo del Búho, Erina obligaba a las amantes a que abortaran. Esas almas no tenían derecho a encarnar. Y después está el caso de Margit, esa atorranta que le rompió el corazón a su nene. No se arrepiente de nada.

¿Cómo le paga Jano estos sacrificios? Con berrinches, celos y una nuera pata sucia. ¿Por qué la naturaleza es tan fuerte? Le gustaría ser menos apegada a su hijo, pensar más en ella y poder seguir tranquila su camino hacia la iluminación.

Verdamnte Scheiße.²³ Se le hizo tarde. Jano siempre se las ingenia para cagarle su intimidad. Es un perro rabioso que marca territorio con tremendas meadas.

Erina aprieta el acelerador y maneja hasta un hotel en Puerto Madero. Ya es media mañana. Algunas señoras

²³ Maldita mierda (del alemán).

paquetas desayunan frente a la dársena y las mucamas sacan a pasear a los nenes en cochecito. A ella no le gusta mucho este barrio, tan nuevo y artificial. Le parece que está poblado de arribistas. Prefiere las partes de Buenos Aires con historia, como San Telmo, Recoleta o Palermo.

Líneas rectas. Acero. Cemento. Vidrio. Los edificios están despojados de sensibilidad. Cada pieza tiene su función, no hay lugar para adornos u homenajes a la arquitectura clásica.

Entra a la recepción del hotel. No distingue a nadie con actitud sospechosa. Al parecer, su hijo no mandó a ningún matón para controlarla.

—Habitación trescientos dos, por favor.

La empleada la mira de arriba abajo con falsa cortesía. No puede creer que esta vieja se vaya a comer al bombón que entró hace una hora a esa misma *suite*. Erina se siente incómoda y adopta la postura más digna posible. ¿Desde cuándo se deja intimidar por una chiruza?

Apenas abre la puerta, la invade el perfume de Xoán. Está dormido, apenas tapado por una toalla. Le enternece que luzca tan indefenso. Ese hombre es suyo. Podría amarlo o acuchillarlo. A más de un sicario le gustaría tenerlo en esta situación tan vulnerable.

Erina abre la ducha y se estremece con el agua helada. El impacto vale la pena. Mejora el sistema inmunológico y la circulación. Su cabello se ve más brillante. Cuando termina de enjuagarse, se seca frente a un espejo de cuerpo entero.

¿Quién es esa vieja que la mira con ojos cansados?

Ahí están sus canas, que nunca quiso teñir. Cada dolor es un aprendizaje, ellas le recuerdan que todo valió la pena. A esta vida vino a quemar karma y es responsable de cada uno de sus actos.

Igual, qué horror ver que su piel ya no está tersa como antes. Su cara tiene un aire juvenil, pero sus líneas delatan que ya no es una pendeja. ¿Cuántos años le quedarán de plenitud? Siente que entró en la cuenta regresiva.

—Qué guapa te ves pensativa.

Los brazos de Xoán la rodean por la espalda. Sus caricias le recuerdan el aquí y ahora. Ella es carne. Ella es deseo. Necesita ceder a sus pulsiones más dulces, porque si no las libera se volverán amargas.

Son dos presos que recién quedan en libertad. Acumulan toda una condena de abstinencia. No tienen paciencia para tantra. Sienten que pasó un siglo desde la última vez. En sus besos hay desesperación.

Se aman en el baño. Sí, se aman. Solo piensan en tenerse el uno al otro. El útero de Erina baila como una medusa y despide oleadas de placer.

Xoán la lleva hasta la cama, le besa los párpados y se recuesta a su lado. Ella siente su calor y sonrío. Dormir juntos es lo más cercano al nirvana.

Cuando despierta de la siesta, Erina se encuentra con los ojos de su amante, que la miran como si fuera la creación más bella del mundo.

—Cásate conmigo, *principessa*.

Así de directo. Ella no sabe si tomarlo como un baldazo de agua fría. El gallego es práctico hasta en sus declaraciones románticas.

—Ay, Xoán...

—¿No quieres que todos los días estemos así?

Él recorre con su índice el vientre de Erina y de nuevo la invade ese cosquilleo hambriento de amor.

—No somos dos adolescentes, tenemos nuestras obligaciones.

—Viajemos a la India. Aprovechemos el tiempo que nos queda a los dos. Vamos, que tenemos suficiente pasta como para vivir sin trabajar.

—Está la fábrica... y Jano.

—Hace tiempo que tengo ganas de dejarles el negocio a mis hijos.

—Xoán...

—Siempre he soñado con una mujer como tú. No quiero dejarte escapar.

Erina lo abraza y le regala un beso profundo. No quiere escucharlo más. Sin embargo, las palabras de Xoán quedaron en su corazón.

XXXV

SON LAS NUEVE DE LA MAÑANA y la luz de la ventana se refleja como un cuadro perfecto contra la pared. Hace unas semanas, los rayos rebotaban en la esquina de la habitación y formaban una “v”.

Héctor Costello nunca había reparado en estos detalles de la inclinación solar. Ahora está muy al pedo, como los griegos antiguos que se dedicaban a meditar sobre la vida y el mundo, mientras los esclavos trabajaban por ellos.

A su lado todavía duerme Samantha, con el cabello grasiento y un moco que sube y baja por su nariz. Entre sueños, la chica estira un brazo hacia su novio. Necesita tener contacto con su cuerpo para sentirse segura. Lleva semanas con fuertes pesadillas. A veces se despierta a la madrugada, bañada en sudor y con el corazón que se le sale del pecho.

Cuando llegaron a la quinta, él tuvo la sensación de que los estaban metiendo en un mausoleo de lujo, con pileta y parque. No estaba muy lejos de la verdad. Ya ni cogen. Apenas se hablan. Son dos muertos vivos que ven pasar las horas en una lenta agonía.

Extraña sus ojos pícaros y su cuerpo adicto al placer. Por culpa del Bambi, ahora anda encorvada, no quiere comer y le esquivo a la ducha.

Con el tacto que lo caracteriza, Jano le contó que Jonathan fue asesinado por la banda del Koala. Para darle más credibilidad al asunto, hasta se molestó en amasijar a un transa enemigo que vendía falopa en una zona prohibida.

A pesar de todo, el pibe lo quiere.

Héctor realiza abdominales junto a la cama. No debe achancharse por estar lejos de la acción. Un buen soldado siempre está listo para la guerra. Además, dicen que hay que permanecer activo para que no te agarren los achaques de la edad. *Mens sana in corpore sano.*²⁴

Sí, el Bambi se cree un tipo muy sano. Durante un tiempo tuvo algo parecido a remordimientos y asco por sí mismo, pero al irse topando con tipos como él, pasó a creer que era un incomprendido por la sociedad.

Él no tiene la culpa de haber nacido en una cultura equivocada. Podría haber sido un centurión romano, rodeado de rubios mancebos. O también un apuesto samurái, enamorado de un pequeño actor del teatro kabuki.

¿Qué hay de malo en adorar la belleza de un niño, tan hechizante como un pimpollo a punto de florecer? Él mismo tuvo a un hombre que le enseñó todo lo que debía conocer en el amor.

Juanca era el kiosquero preferido del barrio. Piropeaba a las mamás, regalaba golosinas y conocía trucos de magia para divertir a los chicos. Héctor tenía diez años cuando comenzó a trabajar con él. El tipo dejaba que comiese mil alfajores y le tiraba unos mangos para ayudar en la casa.

²⁴ *Mente sana in corpore sano* (del latín, frase del poeta romano Juvenal).

Cuando a Héctor la voz se le puso ronca y una gran protuberancia comenzó a abultarse en su pantalón, Juanca lo llevó de putas y dejaron de ser amantes.

Si bien todavía se le para cuando piensa en la mano grande y caliente del kiosquero sobre su piel de bebé, no volvió a tener la necesidad de un hombre. Ahora él es un viejo grandote y peludo, como el Juanca de su infancia.

Héctor siempre tuvo cuidado con ese amor por los niños. Los buscaba apocados e introvertidos, con padres ausentes. Avanzaba hasta donde ellos le permitían tocar.

Estas cacerías se volvieron más esporádicas cuando descubrió el paraíso sexual de Camboya. Se aguantaba todo el año para después hacer estragos con esos chiquitos sumisos, de mirada esquiva.

¿Qué le pasó con Jonathan? ¿Tan pelotudo se volvió que no pudo prever que se iba a defender? Quiso gritar, le mordió la mano y le pegó una tremenda patada en los huevos que le cortó la respiración.

—Ay, papi, qué temprano.

Samantha se despereza sin taparse la boca. Abandonó todos los modales de señorita. Con esfuerzo, le regala al Bambi una sonrisa triste y él le besa la frente.

—¿Querés unos verdes, piba?

—Un ratito más.

La chica se despaturrea boca abajo y se tapa la cabeza para que no la despabile la luz. Héctor le da unas palmadas en el culo y la deja sola.

Todavía con lagañas en los ojos, se prepara unos buenos mates y come un par de tortitas negras. Si bien se rasca el higo casi todo el día, no le gusta laburar con el estómago vacío.

Más que nada, su tarea es hacer acto de presencia en la cocina de cocaína: ahí es la autoridad. Antes estaba a cargo

el Rata Bellver, un amigo de la vieja guardia. Había viajado a Bolivia especialmente para aprender a preparar la mejor merca. Jonny Quispe también le enseñó a estirla, sin que pierda mucha calidad.

Ahora cambiaron los roles. La Barbie no dio muchas explicaciones. El Rata se puso contento con el pase a la remisería, extrañaba la ciudad.

El laboratorio se encuentra en un enorme subsuelo bajo un bosquecito que hay al fondo del terreno. Entre unos arbustos se esconden las rejillas de ventilación.

El Bambi entra a una casilla de herramientas, corre unas latas oxidadas y abre la rampa que lo lleva al corazón de la banda de la Barbie. De ahí salen unas cinco toneladas anuales de máxima pureza. Se trata de mercadería de exportación, para narices bien exquisitas.

Entre ollas gigantes, bidones vacíos y reflectores, los pibes lo saludan con una inclinación de cabeza. Solo llevan guantes y máscaras para la manipulación de ácidos: los obligan a trabajar desnudos. Tienen los ojos saltones, las costillas marcadas y les sobresalen las vértebras.

El olor a amoníaco lo voltea. Tendrá que comprar unos extractores más modernos, estos deben ser de la época del Búho Leder. Al Bambi le indigna que no se cuiden las condiciones laborales. Hay que defender los derechos que dio Perón.

Después de cruzar unas palabras con la muchachada, sube corriendo la escalera que lo lleva al bosque. Una vez afuera, tose a gusto y larga unos gargajos bien amargos, como el aire que respiró por media hora.

Por algo el Rata Bellver está hecho bosta. Si bien tienen la misma edad, parece su abuelo. Si no fuera tan obsesivo y carcamán, lo habrían retirado hace tiempo.

La mañana es casi primaveral. Son esos días que engañan: después del calor llega la tormenta de Santa Rosa y regresa el invierno.

Dicen que julio los prepara y agosto se los lleva, pero él no necesita cuidarse tanto. Con una actitud bien de macho, se saca la camisa y toma sol sobre una reposera. Cuando está por rendirse a una siestita, lo interrumpen los benteveos. Bicho feo, bicho feo.

Héctor siente que los pájaros se burlan de él.

Daría todo por volver a ser joven. Como cuando iban a la playa con el Búho y hacían estragos con las minas. Erina miraba despectivamente sus músculos, con un fuerte deseo detrás de su postura altiva.

La mejor parte era cuando sus amigos salían a caminar y lo dejaban al cuidado de Janito. “Vamos, tío, vamos a jugar”, le insistía el querubín con su voz chillona. Se hacía rogar un rato, porque le gustaba escucharlo, y después se ponían a armar castillos de arena.

El Bambi amaba tomar su mano y ayudarlo a excavar con la palita. Cada tanto, se hacía el tonto y armaba una torre deforme, lo que hacía estallar en carcajadas al pequeño. Era hermoso verlo sacudir su cabecita de bucles dorados.

¿Cuándo fue el último verano juntos? ¿Jano tendría once, doce años?

Héctor mira el cielo: ya debe ser mediodía. Le va a comprar unos churros a Samantha. Ojalá se ponga de buen humor y se la chupe un rato, está cansado de pajearse. Ya se conoce de memoria los videos que le pasan sus amigos.

Se pone la camisa encima, sin abrochar, y maneja hasta el pueblo. La quinta se encuentra bastante aislada, lo único que podés comprar cerca son las frutillas que cultiva un vecino.

Doña Martha, la panadera, lo recibe con una sonrisa de dientes chuecos. Héctor le guiña un ojo y le pide una docena de facturas, cinco prepizzas y tres kilos de pan. También pasa por el almacén, la verdulería y la carnicería. No tiene ganas de hacer más viajes al pueblo esta semana.

Cuando se acerca a la quinta, ve que hay unos patrulleros estacionados junto a la tranquera. Qué raro, para los operativos antinarcóticos suelen utilizar camiones de incógnito. Aunque sean tres gatos locos, debe andar con cuidado. Pega la vuelta por un camino de tierra hasta la parcela de un vecino, agarra la ametralladora que tiene escondida en el doble piso del baúl y salta el alambrado.

Escondido entre los eucaliptus, ve que un grupo de diez uniformados sale de la casa y se dirige hacia el bosque. ¿Samantha estará bien? ¿Le habrán hecho algo? ¡Pobrecita!

Los policías entran a la casilla de herramientas. Qué idiotas, ¿cómo no piden refuerzos? En el subsuelo los espera una muerte segura. Los pibes ya saben qué hacer.

—¡Policía, policía! ¡Abajo, abajo, abajo!

Espera que suene algún disparo, pero nada. Los pendejos se deben haber cagado encima. Seguro que están con las manos en alto, temblando como nenas.

La adrenalina vuelve al cuerpo del Bambi. Estos cobanis de mierda no van a destruir su imperio. Sí, su imperio. Porque el Búho y él se rompieron el orto para ocupar un lugar decente en este negocio. Porque cuando murió su amigo, dedicó su vida para que Jano ganara seguridad y se pusiera al frente de la organización.

Con los ojos cerrados, lleno de bronca, baja las escaleras que lo conducen al laboratorio y abre fuego. Escucha gritos ahogados. Caen yutas y cocineros. Bien, por cagones. Justicia divina.

Tanta muerte lo enloquece. El olor a pólvora y sangre se vuelve más fuerte que el amoníaco y se excita. Todavía es bien macho. Un Arnold Schwarzenegger. Un Sylvester Stallone. A él nadie lo va a jubilar. Intenta imaginarse la sonrisa de satisfacción de Jano, cuando esta matanza pase a ser una anécdota. Le gusta que su preferido sonría. El brillo en su mirada le recuerda a cuando era chico.

Se le acaban las municiones y deja caer la ametrallora. Está agotado. Como si despertara de un sueño, abre los ojos y observa su entorno. Esta carnicería es una obra de arte. El piso está cubierto de cadáveres y cuerpos en convulsión. La sangre formó extrañas figuras en las paredes. De pedo no les dio a los precursores químicos: la cocina habría volado.

Héctor saca un pucho y se pone a fumar. Va a tener mucho laburo limpiando esta mierda. ¿O le conviene rajarse? Tendrá que consultarlo con Jano.

Un ruido entre los tambores lo sobresalta y se lleva la mano a la cintura para agarrar su *Bersa 22*. Sin embargo, el policía es más rápido y le pega un tiro en la frente.

Con cara de sorprendido y los ojos bien abiertos, el Bambi se desploma sobre un charco de sangre ajena. La vista se le nubla y apenas escucha lo que ocurre alrededor. El dolor al principio es intenso, pero de a poco se vuelve dulce y su mente se aleja de la realidad.

Su cabeza regresa al último castillo de arena. Jano quiso agarrar solo la palita. Cuando terminó de armar la fortaleza, le sonrió con satisfacción y se metió en el mar. El sol se hundía entre las olas. El cielo estaba teñido de violeta. Y Jano bailaba con sus últimos vestigios de inocencia.

XXXVI

“CAYÓ LA BANDA DE LOS NARCOPEDEÓFILOS”, reza el *videograph* gigante, que abarca un cuarto de la pantalla. Las letras negras sobre fondo amarillo están levemente animadas y cada tanto son reemplazadas por un zócalo que dice “urgente”.

“Ahora” tal cosa. “Urgente” tal otra. “En instantes”, la misma mierda, pero con otro olor. El periodismo, que tantas veces manipuló y hasta le trajo diversión, le revuelve el estómago.

Jano está experimentando el extraño placer de estar del otro lado de la noticia. Si bien no es su cara la que aparece en la pantalla, se siente identificado con todos esos rostros anónimos que lloran por las víctimas de la inseguridad.

Siempre le llamó la atención cómo esa gente que acaba de perder a su pareja, a su hijo o a sus padres tiene fuerzas para hablar con los periodistas. Algunos no contienen las lágrimas. Otros hablan con un tono monocorde. Después están esos que se preocupan por la cámara y que sonríen nerviosamente, sin ser conscientes todavía del horror.

¿Qué actitud adoptaría si un cronista le preguntara sobre Héctor Costello? Sacaría su *Beretta* y lo dejaría como un colador. Por favor, hay que respetar el duelo ajeno.

Su día comenzó como cualquier otro. Desayunó con Anita en el jardín, visitó una multinacional para asesorarla jurídicamente y después se pegó una vuelta por *Naughty Nights*. Mientras esa coreana de ojos enamoradizos silbaba el estribillo de *Trouble maker* y bailaba tan perra como Hyuna, recibió un llamado telefónico. Al principio no le dio bola, pero como insistían tanto, se preocupó.

Era Tito, el hermano menor de Héctor. El tipo es un vago que solo sirve para testafarro. Se la pasa todo el día medio borracho, haciendo alarde de la guita que le viene de arriba.

Cuando escuchó “se nos fue el viejo”, se le nubló la mente. Le importó un carajo que la policía haya reventado la cocina y que mataran a todos los pibes que trabajaban ahí. El Bambi está muerto y para Jano, el mundo dejó de girar.

Soltó desganado el vaso de whisky y los cristales estallaron contra el piso. Al verlo llorar como un bebé, Eun-young corrió a su lado y besó sus lágrimas. El llanto de Jano se volvió más fuerte, porque él no quería estar ahí, consolado por una puta. Necesitaba a Anita.

En ese momento, se preguntó cuándo había sido la última vez que su novia lo había mirado con amor. Está bien, ya no discuten. Se abre de piernas sin que se lo pida, se porta muy guarra y se preocupa por cansarlo mucho para que la deje de joder.

Si bien en el prostíbulo cada uno estaba en la suya, se sentía incómodo brindando un espectáculo. Se deshizo de los brazos de Eun-young y volvió a la mansión. Anita lo saludó con la mano desde la cocina. La muy falsa le sonrió encantadora y ni le preguntó cómo estaba. Si hubiera estado de humor, le habría pegado una buena zurra.

Ahora está encerrado en su oficina frente al televisor. No puede despegar los ojos de la pantalla. Cada tanto repiten

un video del laboratorio clandestino, bañado en sangre. Ojo, agregaron la leyenda de “imágenes sensibles”. En un bulto tapado por una manta reconoce al Bambi. Nadie más podría usar esas zapatillas fluorescentes con unos chupines tan feos.

Aparece un primer plano del comisario Moreno, jefe de la división antidrogas. Se nota que lo maquillaron para la ocasión. No se da cuenta de que lo están grabando, se lame la mano y se la pasa por las tres chuzas que adornan su pelada. Cuando ve que tiene una cámara enfrente, esboza una sonrisa bobalicona y da *play* a su *cassette*.

—Nuestros efectivos llegaron por un caso de pornografía infantil y se encontraron con una cocina de cocaína. Se trataría de una organización de la que no tenemos registro.

Bien que te quedás con los sobrecitos de esta organización de la que no tenés registro. Mejor que siga con esa cara de pelotudo, sabe que si se destapa la olla, también se salpica él.

Mientras Moreno sigue con su discurso lleno de jerga policial y poco contenido, el camarógrafo se entretiene con unos buenos fardos de pasta base que están amontonados en un rincón. Por suerte ya habían despachado la última producción de merca pura.

Nueve policías dieron su vida en la lucha contra el narcotráfico. Los productores armaron una placa por cada tipo, con su foto correspondiente. Quizá la hayan pifiado con alguna imagen, ¿pero quién se va a quejar? ¿El muerto? Bastante trabajo les dio publicarlas antes que la competencia. En televisión, todo es para ayer.

El director poncha las cámaras del piso. Ahí está Mauricio, feliz por estar en su sexta hora de maratón informativa. El caso es demasiado jugoso y el *rating* se disparó.

Benítez, el acólito preferido del rey del amarillismo, observa su celular con expresión seria y Mauricio le pregunta

si tiene una primicia. El columnista se deja rogar un rato, al filo de que la gente cambie de canal, y empieza a soltar información. O algo así.

—Lo cierto es que la banda estaría ligada a una red de prostitución infantil.

—¿Los clientes tenían relaciones con los chiquitos? Muy fuerte. Muy fuerte.

—Efectivamente, Mauricio, narcopedófilos y pedófilos drogadictos.

—Qué horror. Uno que es abuelo y escuchar estas cosas, adónde vamos a parar.

Mientras los dos periodistas hablan, la pantalla se parte y muestra las fotos incautadas en la quinta. Aunque estén blureadas, no dejan mucho para la imaginación. Jano identifica las locaciones: la remisería *Costello Hermanos*, el comedor *Todos contentos*, un callejón turbio de Villa Turrón.

Qué viejo pelotudo, ¿por qué tenía que ver pornografía infantil en la quinta? Lo buscaba la división de delitos cibernéticos. Así de fácil cayó. Seguramente no tomaba recaudos, ni sabría lo que es una IP.

—También podrían haber utilizado a los niños como mulas. Eso no lo tengo chequeado —dice el mentiroso de Benítez.

—Seguí consultando tus fuentes. Ahora nos vamos a la pausa. No se mueva de ahí, trabajamos para usted.

Al parecer, la que cantó todo cuando apareció la policía fue Estela, el ama de llaves. Jamás hubiera imaginado que solo buscaban la computadora de Héctor. El macho de América no podía ser un bufarrón.

Qué tipo kamikaze. Hacía tiempo que tenía ganas de morirse. Y Jano tiene la culpa. Primero lo trató de viejo chocho. Después se subió a un pedestal moralista y lo apuntó

con su dedo acusador. Lo obligó a sentirse una lacra, cuando los dos eran buenos candidatos para el infierno.

No recuerda haber estado tan triste. Cuando murió su papá, sintió dolor, bronca y alivio. Hasta los veintitrés años siguió el mandato paterno de estudiar y hacer contactos de elite. Ni siquiera era libre para elegir a sus amigos. Pero sin el Búho, podía cumplir su sueño de la infancia: ser un *gangster* de ley.

Gracias a Héctor se convirtió en lo que es hoy. Él era el verdadero jefe de la organización. Aunque dividían ganancias, nunca quiso ostentar títulos. Prefería ser una especie de capataz de la droga.

Habría sido un narco y un comepibes, pero con él se portó mejor que un padre. Mientras que Christian Leder le pegaba y lo trataba de maricón, el viejo lo contenía y apoyaba sus proyectos.

Ya no existe la única persona en la que podía confiar ciegamente. Salvo su madre, que ahora se hace la independiente, todos a su alrededor bailan por la plata. Y cuando se acabe, se buscarán a otro jefe.

Llaman a la puerta. Dante entra a la oficina. Lleva ese uniforme que inventó para patrullar Villa Turrón. Le queda demasiado bien. Sospechosamente bien. Aunque el Cheto le haya demostrado lealtad, lo incomoda verlo vestido así.

—¿Qué necesita, patrón?

Jano saca una pequeña caja metálica con cerrojo. Se la entrega al falso custodio junto a una llave.

—Pará toda la actividad en la organización. Acá tenés para que los pibes se tomen unos días.

—¿Qué hacemos con el cargamento que está por llegar?

—Desvialo al sur.

—¿Y qué va a pasar con *Os Pulpos*?

—A Filgueira lo tengo en el bolsillo. ¿No sabías que es mi nuevo padraastro?

El narco sonríe amargamente. Dante prefiere ahorrarse los comentarios y se despide con una inclinación de cabeza. ¿Hasta cuándo tendrá que seguir sus órdenes?

Antes de salir, pasa por la cocina para armarse una vianda saludable. Su estómago no soporta más las frituras de los bolichitos.

—Anda como loco, ¿no?

Anita aparece con un canasto de ropa sucia. Tiene cara de culo, odia esas tareas domésticas. Ya no encuentra divertido jugar al ama de casa. Él la ayuda a cargar el bulto y pone todo a lavar.

—Está triste, le pegó lo de Héctor.

—Y sí, Dante, después de todo tiene corazón.

—¿Por qué no vas a hacerle unos mimos?

—¿Me estás tomando el pelo?

El policía intenta parecer serio. Ella se tapa la boca y ahoga una carcajada.

Se sientan en el piso y permanecen en silencio, mientras ven cómo giran las prendas en la máquina de carga frontal. Es una película muda y aburrida, pero de algún modo hipnótica.

En las penumbras del lavadero, él busca su mano y la agarra con timidez. Ella desvía la vista del lavarropas y se encuentra con el río revuelto de sus ojos.

Sin dejar de mirarla, Dante acaricia sus dedos con delicadeza, como si tuviera miedo de que se rompan. Se detiene en los nudillos, dibuja pequeños círculos y luego resbala sus yemas hasta la última falange.

Anita se muerde el labio inferior. Un hormigueo nace en su vientre y se expande por su cuerpo como un dulce oleaje. Junta las rodillas, contrae los músculos de su entrepierna y

deja que la marea suba hasta que no pueda respirar. Dante aprieta su mano. Ella le clava las uñas, lanza un gemido ronco y se deja ir con ese mar que se desbordó.

Él besa su cabello con perfume a mango y desaparece. Anita ni se da cuenta. Todavía vibra en otra dimensión. Ya no es una bolsa llena de escombros.

XXXVII

AL BAMBI LO VELAN a cajón cerrado en el comedor *Todos Contentos*. Las voluntarias levantaron los tablones de madera y los taburetes y acomodaron los bancos frente a un altar improvisado.

“Dicen que la bala lo desfiguró”, murmura una señora gorda de arroz y polenta.

“¿Te acordás cómo la tenía? Qué desperdicio”, acota una viejita con pinta de monja.

“No sé dónde van a comer mis pibes”, se lamenta una madre con cinco críos colgando.

El barrio está de luto. El funeral de Héctor Costello es el acontecimiento más importante de los últimos tiempos. Cuando los móviles de televisión aparecieron, los rechazaron a pedradas. Ahora cerraron los accesos con volquetes y neumáticos incendiados.

Dejen que los pobres lloren a su muerto.

No fue fácil que les entregaran los restos, pero algunos contactos de la Barbie todavía permanecen fieles a su proveedor de coimas.

A metros de los piquetes, los cronistas hablan del “Pablo Escobar de Villa Turrón”. No saben que a él le hubiera gustado más que le dijeran “El Padrino del conurbano”.

Los narcos no suelen ser queridos en los barrios. Envenenan a los pibes, los llevan por mal camino. Sin embargo, la banda instaló un estado de bienestar en Villa Turrón. Nadie pasa hambre, los pendejos no suelen chorear a los vecinos y cuando las ambulancias no quieren entrar, hay un médico tumbero que atiende emergencias.

Dante observa la pobre pompa funeraria junto a la entrada del comedor. Debe evitar que haya disturbios, sobre todo por parte de los familiares de Samantha. Su madre está hecha un ovillo en un rincón, con los ojos cerrados y un rosario entre sus manos.

La policía dijo que en un ataque de locura, la novia del Bambi se arrojó a una olla con ácido sulfúrico. Algo absurdo, porque ese químico se utiliza combinado con otras sustancias para la producción de clorhidrato de cocaína.

Qué raro. Su nombre ni apareció en los partes oficiales. Quizá haya entrado en el programa de testigos protegidos. No sabía que existía ese recurso jurídico, pero en todo caso, ¿quién tiene el acta de defunción de Samantha Gutiérrez? Una mentira piadosa puede salvar una vida.

Doña Irupé no se hace muchas preguntas sobre el destino de su niña. Ella solo piensa que tiene dos hijos muertos y ningún cuerpo que velar. Dante le ofrece un café. La mujer le agradece el gesto con una sonrisa triste.

Va a tener que vigilarla. Jano le ofreció veinte mil dólares para comprar su silencio y ella los rechazó. ¿Cuánto sabrá de la banda? ¿Se imaginará que Jonathan terminó en el crematorio de un cementerio privado?

A Dante le baja la presión. Siente que las piernas no lo pueden sostener y sus palpitaciones le retumban en la cabeza. Tiene sobredosis de velas, flores y olor a muerto.

Sale del comedor: ya es de noche. Estuvo horas metido ahí adentro. Comienza a caminar sin rumbo por los callejones. Esquiva a borrachos y paqueros que se quedaron dormidos con la panza vacía. Mira por costumbre las escaleras precarias que serpentean las paredes.

Qué suerte no haber nacido en Villa Turrón.

Cuando llegó al barrio, estaba lleno de resentimiento y era feliz si debía reventar a un transa. Ahora está convencido de que la vida es una película en blanco y negro, con toda su escala de grises.

¿Por qué está triste por la pérdida de Héctor Costello? El viejo era pedófilo, narco y asesino. Sin embargo, lo trató como a un hijo y gracias a él pudo ocupar un lugar en la organización. Esas emociones eran genuinas, no como las de Dante, un gran actor.

Hoy le duelen el Bambi, su hermano, sus padres, Bebu y esa vida soñada que no pudo tener. Apenas le queda la sed de venganza, aunque ya no le encuentra mucho sentido. Los narcos son como cucarachas, matás a uno y aparecen veinte.

Los estallidos de tres disparos lo traen a la realidad. Seguro que ya se armó quilombo. Estos pibes se ponen en pedo y se pelean entre ellos. Dante corre hasta la canchita, pero no hay ninguna masacre. Los soldaditos se están gastando los billetes de la Barbie.

Cumbia de la vieja. Tragos y merca libre. Las minas fáciles afloran como soretes después de la lluvia. Todos están bien empilchados. Cadenitas de oro, chomba, chaleco y altas llantas. Sugus tiene al mango los parlantes de su auto. Gasparín canta desafinado. *El día que yo me muera no quiero flores ni*

*coches negros. Quiero que la vagancia me lleve al hombro hasta el cementerio. Quiero que mis amigos tiren los tiros apuntando al cielo.*²⁵

Festejan la vida de ese viejo que pagaba bien y siempre te sacaba de un apuro. Festejan la muerte de ese pervertido que los manoseaba cuando eran chicos. Festejan que esta vez no son ellos los que están en un cajón.

—Cheto, vení, no seas ortiba.

Sopapita le ofrece cerveza en una botella de plástico cortada. Él acepta. Todos están unidos en el dolor. Dante se sienta en una silla y cada tanto le pasan la jarra loca. Necesita desconectarse.

Está cansado de ser un agente secreto. ¿Y si se queda a vivir en la villa? La verdad que se adaptó demasiado bien a su papel de matón. Como si hubiera nacido para dar órdenes, tener sangre fría y armar golpes contra el enemigo.

No, por favor. Basta de tanta miseria y sangre. Quiere algo diferente. Un trabajo en el que no deba andar enfierrado. Llegar a su casa y que lo esperen con una sonrisa. Dejar que lo cuiden. Mirar al otro y entenderlo sin hablar.

Eso suena muy cursi. Quizá se esté poniendo viejo. ¿O así se sentirán los enamorados? Cuando baja la guardia, se acuerda de Anita. Sus ojos achinados, su piel cobriza, sus dientes pequeños. Cada vez que se ven, el resto del mundo deja de existir. Nunca se aburre con ella. Es inteligente y aguerrida. Así le gustan las mujeres, fuertes de verdad. Nada de mosquitas muertas ni feministas truchas que te hacen pagar la cuenta.

A la mierda con la misión. Es absurda e interminable. Quiere escaparse con Anita, pero sin plata no pueden llegar

²⁵ Fragmento de *No estaba muerto*, de Dany Lescano y la Roka.

muy lejos. Los tentáculos de la Barbie alcanzan los rincones menos esperados.

—Eh, guacho, levántate. Estamos ATR.

La nieta de doña Irma lo saca a bailar. Sigue la noche retro de alcohol, falopa y cumbia. A la fiesta se suman otros vecinos que recién salieron del funeral del Bambi.

Dante está mareado y parece una marioneta en los brazos de la joven. Su cara con forma de corazón se le aparece difusa bajo un flequillo rolinga. Lo único claro es su cuerpo caliente, que se pega contra él como una sanguijuela.

Los pibes hacen una ronda a su alrededor y de vez en cuando apoyan al Cheto. Medio en broma, medio con ganas, él se deja llevar por la música. *Gatillo fácil te gritan al pasar. Gatillo fácil y nada más. Gatillo fácil, nunca vas a pagar, porque sos cana rati de la federal.*²⁶

¡Qué insulto a la Federica! Ahora canta y salta con el grupo. No tiene derecho a usar el uniforme. Que se lo metan en el orto. El sistema solo le pone palos en la rueda, no existe la justicia. Los sueños de la infancia, cuando se hacen realidad, pierden su color.

La nieta de doña Irma le ofrece su boca son sabor a faso y cerveza. Dante la esquiva. Al menos por hoy, su bragueta está cerrada a la comida rápida.

Laura, Jennifer o Abril no se da por vencida. Lo arrastra lejos del baile, detrás del arco de la canchita, y le desabrocha el pantalón. Volado, sin fuerzas, intenta deshacerse de sus manos con ñas fluorescentes.

—¿Qué te pasa? ¿Sos puto ahora?

—No me siento bien.

—¿Estás triste por don Héctor?

²⁶ Fragmento de *Gatillo fácil*, de Flor de Piedra.

—Tomé demasiado.

—A mi hermanito le sacaba fotos, ¿sabés? Y mi vieja se quedaba callada porque volvía a casa con guita.

—Me quiero ir.

—¡Curtite, gato!

Él se sube el cierre. Los pibes se cagan de risa y le arrojan vasos descartables. La chica queda arrodillada, hecha una furia. Tendrá que sacarse las ganas con alguno de esos giles, que no le llegan ni a los talones al Cheto.

Con visión doble y sosteniéndose de las paredes, Dante llega a la pensión de doña Irma. Siempre hay un cuarto para él. Apenas le abren la puerta, corre hasta el baño, abraza el inodoro y vomita. El líquido es blancuzco y espumoso. No hay nada peor que tomar con el estómago vacío.

Se pega una ducha. El mareo se va, pero su cerebro todavía no funciona bien. Tiene mil quinientas ideas que chocan entre sí y se pelean por salir de su boca. Él solo atina a sonreír como un tonto: le gusta que su cabeza esté de vacaciones.

Como entre sueños, camina hasta la cocina. Hay algo que huele demasiado bien. La vieja le sonrío con tres dientes y le entrega una porción de consomé de pollo.

—Nada mejor pa' la resaca, m'hijito.

Dante se emociona. Ama ese gesto maternal. Recién ahora, borracho y medio dormido, descubre los encantos de su vida paralela.

—¿Sabe que la quiero mucho, doña Irma?

La vieja se sorprende. El Cheto siempre fue parco, sin perder la educación. De todos modos, no le molesta que le bese la mano y la abraze fuerte. En esa bestia de un metro ochenta hay un chico triste que extraña a su madre.

Aunque todavía esté oscuro, los pajaritos ya empezaron a cantar. Con la panza llena, se tira en la cama. El colchón de

resortes locos le resulta más cómodo que el doble somier de Delta Highlands.

Antes de cerrar los ojos, agarra su celular para poner la alarma: tiene cinco llamadas perdidas. El número figura como privado. Solo un tipo puede ser tan insistente en un horario marginal.

—¡Hola, Moreno! ¿Qué hacés? ¡Alta facha en la tele!, ¿eh?

—Cuomo, ¿está ebrio?

—Venite a la villa, que sigue la fiesta.

—¿Está en un lugar seguro?

—Me chupa un huevo.

—¡Cuomo! ¿Es usted?

—No hay pruebas. Nunca hay pruebas. Tengo sueño.

—Buenas noticias, Cuomo. Se salió con la suya.

—¿Me vas a dejar dormir?

—Al viejo lo pudieron los pibes y la cagó. Ahora vamos por la Barbie.

XXXVIII

JANO ASPIRA UNA LÍNEA, lanza un cuchillo y Anita se sobresalta. Él ya le advirtió que si grita, se pone nervioso. Y lo que necesita en este momento es mucha concentración.

Con una mirada turbia, mientras revoleaba la pistola en su índice, la invitó a jugar en el parque. “Quedate quietita, sos mi diana humana”, le advirtió después de agarrarle el culo.

Anita está parada contra una tabla de madera con círculos concéntricos. El sol le da de frente y su novio es una mancha borrosa entre destellos de luz. Por ahora tiene buena puntería. Está eufórico. Se ríe como hiena cuando ve su cara de pánico.

Nunca se había drogado delante suyo, pero ya no necesita guardar las apariencias. Ella sabe que es un monstruo y aunque lo disimule, él se da cuenta de que le guarda rencor. Está bien, si a un perro lo molés a palos, un día te va a saltar a la yugular.

Este cuchillo se clavó entre su cuello y el hombro. Anita pega un alarido. Aguantó más de lo que él hubiera imaginado. A lo mejor tendría que aprovechar y lanzarle una daga directa al corazón.

No. Todavía la ama. No soportaría otra pérdida. Con Héctor tuvo suficiente. El viejo era el único que lo quería de verdad, sin buscar cambiarlo, sin hacerle reproches.

Anita debe estar enojada. Cuando pase todo este quilombo de la cocina, la va a invitar a Francia. Nada mejor que una propuesta de casamiento en París. En el fondo, es un conservador y siente que están viviendo en pecado.

Mientras Jano se pone romántico y sueña con hijitos morenos de ojos turquesas, Anita imagina mil formas de asesinarlo. No puede creer que haya estado enamorada de ese animal. Qué ciega. Con gusto se despellejaría para olvidar las caricias en su piel.

Quisiera encerrarlo en un calabozo y ver cómo se va muriendo por inanición. A lo mejor, desesperado, intenta sobrevivir comiendo su propia mierda. Eso estaría bueno. Aunque también la tiente el empalamiento, a lo Vlad Tepes.

—Amor, tengo hambre, ¿almorzamos?

Intenta sonar bien gata. Hacer como que le gusta. Como cuando quería deshacerse pronto de un cliente en el prostíbulo del Paja Testa.

—Yo te voy a comer a vos.

Hace días que no cogen. Con tanta angustia, Jano solo atinó a meterse drogas y alcohol. Ya tiene síndrome de abstinencia de su cuerpo. Sobre el pasto recién cortado la besa, la toca, la muerde. Anita se deja hacer.

Todo queda en un juego de manos. ¿Será que le afecta saber que ya no hacen el amor? Muerto de vergüenza, Jano se levanta los pantalones y la escupe.

—Ya no me van las gordas. Me voy a buscar una mina decente.

Bien. Que ella piense que tiene la culpa. La Barbie se aleja silbando *En la gruta del rey de la montaña*, como *M el Vampiro*. Un peliculón. Es un fanático de Fritz Lang. Casi tuvo un orgasmo cuando vio la remasterización de *Metrópolis* con música de Freddie Mercury. No podía más del amor.

Mala idea irse de putas. Si no funcionó con Anita, menos con ellas. Basta de humillaciones. Mejor se hace una buena maratón de cine alemán. *¿Nosferatu? ¿El gabinete del doctor Caligari?* No. Prefiere empezar con algo ochentoso. *Fitzcarraldo* le vendría bien. Durante el rodaje de esa película, los indios le ofrecieron a Herzog matar a Kinski. Un loco hermoso.

Jano se encierra en la oscuridad de su microcine y queda aislado del mundo. Quiere sumergirse en otras realidades, sus problemas lo agobian. Es más divertido ver a Kinski con sus ojos desorbitados.

Anita sigue recostada sobre el césped, con la mirada clavada en el cielo. Todavía no se limpia el gargajo de su novio. Sigue con el corazón en la boca. Por los cuchillos. Por la muerte cercana. Por la posible reacción de Jano después de que no se le pare. Digamos que la sacó barata.

Podría seguir ahí toda la tarde. No tiene nada que hacer. Jano le prohibió que siguiera con su carrera de modelo publicitaria, ya que cualquier pajero se tocaría con ella. También la obligó a cerrar sus cuentas en las redes sociales. Está más aislada que nunca.

—Esta bestia se supera.

Gira la cabeza y se encuentra con unas zapatillas negras impecables. Más arriba hay unas piernas fuertes, con un delicado vello castaño y al final, una cara de pocos amigos.

Dante se pone en cuclillas y le limpia la cara con perfume y pañuelitos descartables. Se acerca tanto a ella que puede sentir su aliento a manzana verde. Dulce, fresco y algo ácido.

—Perdón, ¿vos viste lo que me hizo?

—Justo hacía una ronda.

—¿Y dejaste que me torturara?

Furiosa, se incorpora y apura el paso hacia la mansión. Le indigna que el policía la haya visto sufrir así, le había prometido que la iba a cuidar. No puede confiar en los hombres. Tendría que hacerse lesbiana, aunque sería al pedo. Tiene tanta mala suerte que le tocaría una yegua como la doctora Ponte, la abortera que la desgarró en el prostíbulo del Paja Testa.

Los seres humanos son una mierda.

La mejor opción sería convertirse en la loca de los gatos. Va a adoptar cuanto minino se le cruce. A la noche hará cucharita con sus cuerpitos peludos y mantendrá su mente ocupada en cambiarles las piedras y ponerles comida.

Si no fuera tan cagona, se habría rajado un tiro hace rato. Pero por alguna razón sigue aferrada a la vida. Quizá tenga la ilusión de que después de tanto sufrimiento, todo saldrá bien. Como en los cuentos.

Cenicienta tiene una familia sorete y después se queda con un príncipe. Blancanieves escapa de su casa, queda medio muerta y la despiertan con el beso del amor. Bella queda cautiva por Bestia, que parece malo y en realidad es un tierno.

¿Y Anita?

A ella no le queda más que contentarse con la puta realidad. No puede soñar con ser princesa porque hay que tener mucho culo y no todas son Máxima Zorreguieta. Tampoco puede aspirar a ser una diva porque no sabe bailar, cantar ni actuar. En algún momento quiso formar una familia con Jano, pero esa fantasía quedó muy lejos, siente que hace siglos lo dejó de amar.

Se refugia en su atelier. Prepara las pinturas y plasma sobre la tela remolinos rojos, negros y púrpuras. Las espirales son tan retorcidas como su cabeza. Toma un poco de algodón, lo desmenuza y lo esparce como si fueran nubarrones en un temporal.

Todavía hay luz, le falta oscuridad. Saca de un cajón unos carboncitos que suele usar para la pipa de agua y los muele en un mortero. Polvo negro. Cenizas volcánicas. El hollín de las chimeneas victorianas.

Satisfecha, lanza una carcajada y se sorprende al sonar como una hiena. Demasiado tiempo con Jano Leder. Sin querer, uno termina copiando gestos, miradas, sonrisas y palabras.

Alguien la toma por la cintura, la aparta del bastidor y arroja sobre el lienzo una colorida lluvia metalizada. No quedó mal, pero esa obra no es ella. Ahí no están plasmadas sus emociones. Ahora, el cuadro quedó como un himno a las *drag queens* o al carnaval de Gualeguaychú.

—¿Qué hiciste?

—Estaba muy sombrío.

Dante la observa con ternura. No soporta que esté tan relajado cuando ella quiere prender fuego a todo. Encima que no distraja a Jano mientras la usaba de diana humana, se tiene que bancar que arruine su arte.

—Rajá de acá. Quiero estar sola.

—¿Qué podía hacer? Soy un empleado, ¿te olvidás?

—Te divertiste con su jueguito perverso, ¿no?

—Yo siento en mi carne tu dolor.

Él la abraza y Anita apoya la cabeza en su pecho. Con su calor, se evapora hasta la última gota de bronca. Tienen que resistir juntos, los dos están atrapados en el mismo infierno.

—No te van a pegar más, bonita. La Barbie tiene los días contados.

Es como si le dijeran que Papá Noel existe. Anita se marea y toma asiento en el diván. ¿Está contenta? ¿Tiene miedo? ¿Le agarró nostalgia? ¿O todo junto?

Ella empapeló las paredes con delicados motivos barrocos. Eligió muebles de época en un mercado de pulgas y mandó a restaurarlos. Combinó lo mejor de lo clásico con los colores del *patchwork*. Esa mansión es suya. Es el único hogar que conoció.

—¿Cuándo vienen por él?

—En cualquier momento.

Es una estúpida. Al final se encariñó con la jaulita de cristal. Debe luchar contra su costado de mantenida. Un hogar no tiene por qué ser cuatro paredes y un techo. El hogar está donde uno se siente bien. Como los brazos del policía, que entiende su confusión y la contiene en silencio.

Sí, Dante es su casa. Siempre lo fue. Incluso antes de conocerlo, cuando vivía en el rancho de San Ignacio e intentaba tapar la miseria con flores silvestres en latas de durazno.

No importa que haya cámaras escondidas. Quiere besarlo. Son tantas horas de grabación que Jano tendría que tener mucha suerte para encontrar sus miradas cómplices y las charlas tímidas.

Anita busca sus labios, pero él se para y empieza a caminar ensimismado por el atelier. Necesita ordenar el torbellino de ideas que sacude su cabeza. Tiene que buscar la forma de salvar a Anita de cualquier persecución judicial.

—¿Pensaste en mi propuesta, Dante?

—¿Cuál?

—Debo llegar a Uruguay. Jano tiene dólares enterrados en la chacra de Punta del Este.

—No sería correcto...

—¿Querés que tus jefes se fumen la guita? ¿O el Estado, que se caga en los dos?

Anita puso en palabras lo que tiene atorado en la garganta hace meses. Él es un número más para la fuerza policial. ¿Cuántas veces desaparecen drogas o dinero incautado? Esta

vez, no le haría mal a nadie. Sería una especie de justicia por mano propia. ¿No tiene derecho a ser feliz?

La moral es un concepto demasiado relativo.

—Mi tía vive en Madrid. Podemos quedarnos allá.

—¿España? Mirá que está Filgueira.

—El gallego no va a gastar pólvora en chimangos. Vos sos una pichi.

Anita frunce la nariz, pero le da la razón. Lo preocupante sería que cante para que le reduzcan la pena, no que se escape.

—¿En serio te vas a ir conmigo?

Suena tan infantil, con sus ojitos achinados que brillan de ilusión. Dante sonríe, acaricia esa cara de muñeca rusa y besa su nariz respingona. Su cuerpo habría ido más allá, pero quiere respetarla. Aunque a veces se olvide, ella todavía transita el duelo del desamor.

—Voy a ver en qué anda la Barbie. Andá armando tu maleta.

Dante abandona el atelier y ella queda con un dulce hormigueo. Tanta espera la vuelve loca. Espera por la libertad. Espera por volver a reírse a carcajadas. Espera por gozar de nuevo como mujer.

Cuando Jano esté tras las rejas, su vida se volverá perfecta, como en los cuentos de hadas. Así de simple. ¿Qué podría salir mal? Sin el Bambi y la tropa desorganizada, el capo está acorralado.

Se acerca al cuadro que había estado pintando y todavía le parece demasiado oscuro. La intervención de Dante no fue suficiente. Saca del cajón más purpurina y el cielo se ve atravesado por centenares de estrellas fugaces.

El corazón de Anita está lleno de luz.

XXXIX

“*WER IST MAMAS LIEBLING?*”,²⁷ canturreaba Erina con su querubín en brazos. Jano era un bebé gordo y llorón. Hasta los tres años obligaba a su madre a cargarlo, aunque ya había aprendido a caminar. Si sus deseos no eran cumplidos, nadie podía parar el berrinche.

El Búho Leder estaba orgulloso de su pequeño. Cuando nació, les mostraba a las visitas que tenía pito y que iba a ser un macho de aquellos. ¿Cuánto habrá durado este periodo de enamoramiento? ¿Cuatro, cinco años? El amor terminó cuando lo llevó a la Bombonera.

“¿Qué te pasa, pendejo? ¡Sos un pecho frío!”, gritó indignado su padre cuando se durmió en pleno superclásico. Claro, si Erina lo llevaba de compras salía corriendo, todo era risas. Con ella aprendió su gusto por la moda. Por eso, cuando sus rollos dejaron de ser tiernos, comenzó a comer igual que su madre. Nada de golosinas y pastas, muchas frutas y verduras.

²⁷ ¿Quién es el favorito de mamá? (del alemán).

Erina y Jano eran inseparables hasta que murió el Búho. Ahí los buitres comenzaron a cortejarla. ¿Por qué no los espantaba? ¿Tanta necesidad de un hombre?

Él tendría que haber nacido en la época en que las minas se quedaban calladitas y vivían en función de los machos. Está podrido del empoderamiento femenino. Se creen superiores por un par de tetas. Lo único que tiene sentido en la Biblia es que Eva haya nacido de una costilla de Adán.

El feminismo mató a la madre que conocía. Ahora es una mujer que no tiene códigos con su propia sangre. Piensa en su concha y en todos los tipos que se puede voltear. O mejor dicho, en un solo tipo. Eso es peor. Se arrepiente de haber hecho negocios con Filgueira.

Jano llora como un niño sentado sobre la alfombra, con la cabeza apoyada en la cama matrimonial. Siente que su alma está vacía. Nadie lo quiere. No tiene por qué seguir en este mundo.

Con las manos temblorosas sostiene una carta de su madre que le llegó esta mañana. La tinta está corrida por sus lágrimas. Las de Jano, claro. Erina escribió esas palabras con la sangre más fría.

*Mein lieber Jani:*²⁸

El día que naciste fui la mujer más feliz del mundo. Nadie ha tenido un hijo tan perfecto como vos. Desde entonces, me dediqué a amarte y protegerte. Sé que ya sos un adulto y no tengo que andar diciéndote qué hacer.

Te pido perdón por querer controlar tu vida. Por eso, Schatzi, te tengo buenas noticias: sos libre. Podés cortar el cordón umbilical. Dejaré entre nosotros todo un océano y miles de kilómetros para que puedas levantar vuelo.

²⁸ Mi querido Jani (del alemán).

Cuando estés cansado de tu camino, te estaré esperando en el ashram de Guruji. No te preocupes por mí. Luego de tantos años de soledad, encontré a mi alma gemela.

*Ich liebe dich bis zu den Sternen,*²⁹

*deine Mutti*³⁰

—¡Anita! —grita desquicidado por los pasillos de la casa—. India de mierda, ¿dónde estás?

Jano está colorado de bronca. Se tira de los pelos y logra arrancarse un pequeño mechón. Cuando la encuentre, le va a dar una buena paliza. Eso siempre lo calma, aunque después le agarre culpa.

No tiene madre. No tiene padre. No tiene al Bambi. Su novia desaparece cuando más la necesita. ¿Quién le queda? Su destino es pagar por amor. Esta vez no quiere una coreana cogible con ojos enamoradizos.

—¡Dante! ¡Dante! ¡Dante!

El Cheto cobra un sueldo. No le queda otra que obedecer sus órdenes. Con cara de culo, el falso custodio se presenta en el dormitorio. Está recién bañado y lleva el torso desnudo. Lo inquieta sentir el perfume de su piel limpia. Su mente se va sin remedio a sus pectorales cuadrados, su abdomen plano y aquella herida que una vez le curó. ¿Quién lo habrá apuñalado? A él también le gustaría tener cicatrices con historia.

—Diga, patrón.

—Haceme unos panqueques con mucha mermelada.

—Patrón, yo...

²⁹ Te amo hasta las estrellas (del alemán).

³⁰ Tu mami (del alemán).

—Vamos, hasta la gorda de Anita los probó. ¿Pensás que no los vi? Yo veo todo, querido.

—Quería preguntarle si podía volver a Villa Turrón. No hay nadie que controle a los pibes. Don Héctor los ponía en su lugar.

—No cambies de tema, quiero mis panqueques.

—Señor, es posible que algunos transas se estén aliando con el Koala.

—En un momento hay que aprender a soltar, ¿sabés? Eso me decía siempre mi vieja. Y ahora la muy yegua me soltó.

Jano queda hecho un ovillo junto a los pies de Dante. El policía no soporta verlo quebrado. Lo prefiere con los ojos desorbitados y risa de hiena. No quiere tenerle lástima.

Lo más escalofriante de los villanos de verdad es que son humanos. Videla iba a misa y tomaba la comunión. Hitler era vegetariano. Bin Laden fue un niño tímido, malcriado por su madre.

Más allá de su maldad, la Barbie solo busca amor. Y no un amor a cuentagotas, sino incondicional y enfermo. Le agarran pataletas porque el mundo no gira a su alrededor. Dante intenta empatizar con él: está cansado de odiar. Se conforma con tener justicia. Aprendió que su vida tiene más sentido que una venganza.

Se agacha y acaricia con torpeza el cabello del narco. Un poco de *acting* no viene mal para despejar sospechas: se vienen días difíciles. Jano cierra los ojos y se calma. No se esperaba esa muestra de cariño, pero la acepta con placer. Se siente como una *fangirl* que al fin llamó la atención de su ídolo.

—Solo cumplo con mi función. Debo cuidar sus intereses.

—Ni te calientes. Esto se va a la mierda.

—¿Cómo? —el policía intenta sonar sorprendido.

—Los jueces ya no me atienden el teléfono. Muchos fueron mis profesores, otros venían a comer a casa. Ahora se hacen los pelotudos.

—¿Qué piensa hacer, patrón?

—Que me vengán a buscar. No me importa nada.

—¿Y Anita?

—Al que le gusta el durazno, que se banque la pelusa.

Dante no puede evitar fruncir el ceño. Necesita sacarla del *country* antes de que les caiga un operativo cerrojo. Si Samantha realmente está viva, seguramente dio detalles de toda la organización, incluida la mujer del jefe. El miedo es así: suele transformar hasta a los más leales.

—Patrón, estas son turbulencias. ¿Por qué no esperamos a que pase la tormenta?

—Turbulencias, tormenta... No me vengas con esos eufemismos boludos.

—¿Por qué deja que se venga abajo el imperio? ¿Qué pensaría su padre?

—¿Y qué querés que haga? ¡Estoy solo, todos me abandonan!

—Este no es el patrón por el que arriesgué mi vida.

Dante se cruza de brazos y le da la espalda. A ver si funciona hacerse el ofendido. El silencio es incómodo. Escucha cómo Jano se traga los mocos, acomoda su ropa y se incorpora con la mayor dignidad posible.

—Esperá, no te pongas así. Yo sé que sos de fierro. Pero la situación me supera, ¿entendés?

—¿Y por eso quiere terminar en cana?

—Con un buen abogado, tal vez...

—¿Usted no sabe qué le puede pasar en la cárcel?

Sus miradas se clavan en el gran espejo que hay sobre la cómoda de Anita. El falso custodio no necesita explicarle que

tiene un cuerpo lánguido y una carita de nena que no pasarían desapercibidos en un pabellón. Los porongas sacarían sus facas para disputarse su pequeño culo parado.

Quizá no sea mala idea refugiarse en el *ashram*. *Guruji* le daría la bienvenida, sobre todo si realiza una donación jugosa. Puede salir del país por un paso clandestino en el norte y viajar de Brasil a la India. Tiene un par de pasaportes falsos para este tipo de emergencias. Debería actuar rápido, antes de que se libre un pedido de captura internacional.

La vida le está dando una segunda oportunidad. Lejos del negocio, podría desintoxicarse. No más drogas. No más gritos. No más golpes. Está dispuesto a ser un nuevo hombre para Anita.

“La sangre trae más sangre”, le había advertido Erina con un molesto tono dulzón. Poco después, la espiral de violencia que había generado se volvió un búmeran incontrolable.

—A ver, ponele que me voy, ¿y qué pasa acá?

—Yo me encargo de los pibes. Con unos mangos se ponen en pedo y ni piensan en venderse al mejor postor.

—¿Qué vas a hacer con el negocio?

—Tendríamos que dejar que se enfríen las cosas por acá. Estaría bueno centrarnos en la cocina del norte.

—Axel maneja la clientela sojera.

—Si vamos más para el sur están los petroleros. Dicen que es una mierda lo que venden ahí.

—¿Vos cómo sabés tanto, Cheto?

—Yo leo los diarios, patrón. Quiero estar informado para ayudarlo en el negocio.

—Salió bueno el pibe, tenía ojo el viejo.

Jano vuelve a lanzar su risotada de hiena y de pronto se encoge de hombros. La angustia vuelve a desbordarlo, como un vómito asomando por la garganta.

El Bambi se fue, pero le dejó a un hombre de confianza. Como si fuera un ángel guardián. Emocionado, el narco acaricia su mejilla áspera por la barba incipiente. Dante se estremece al sentir sus manos frías y húmedas, como la piel de un sapo.

—¿En serio me vas a ayudar, Cheto?

El falso custodio imagina que tiene frente a él a Anita, con sus tiernos ojos achinados. Tanto se sugestionaba que cree sentir el perfume a mango de su cabello.

—Puede confiar en mí, patrón.

Por primera vez, Dante le sonrió a la Barbie.

XL

EL INVIERNO ESTÁ MURIENDO y se despide en septiembre con una larga bocanada de aire frío. En medio de la noche, la neblina avanza por la ruta, cruza descampados y se escurre por las callecitas empedradas de Delta Highlands.

La luna llena está empañada por nubarrones que la vuelven azul y distante. Jano la observa desde el jardín de su mansión, junto al lago artificial que sueña con humedales de juncos, pajonales e irupés.

Está en bata y descalzo, con un vaso de whisky tibio que no se decide por tomar. Siempre buscó escapar de esa marea oscura y aceitosa, que lo ahoga en una angustia punzante. Cuando ve todo negro, no recuerda cuál es la realidad. ¿El mundo es una mierda o todo depende del cristal con que lo mires?

Una bandada de gansos aparece por la finca del vecino. Protestan como si fueran viejas en una reunión de consorcio. Nadan, discuten, se picotean y aún siguen juntos. Unos masoquistas.

Jano intenta ahuyentarlos con patadas al aire y sus graznidos lo aturden más. Cae de culo al barro, el whisky se

derrama sobre el césped y las aves lo rodean agitando las alas. Son una corporación mafiosa. Después de amedrentarlo con sus ojos opacos, se alejan en patota por el espejo de agua.

Hasta esos bichos horribles tienen compañía. Si atacan a uno, saltan todos. Por un momento los envidia. Más allá de la marea oscura, en su corazón hay un sentimiento permanente: la soledad.

No quiere dejar la mansión. Sus paredes son testigos de su paso a la adultez. Ellas escondieron sus lágrimas y vieron nacer a esa bestia que se inventó para que nadie le vuelva a hacer daño.

La última vez que el Búho Leder se sacó el cinturón y quiso lacerar su espalda, su hijo no lo esperó cabizbajo. Jano dio un paso adelante, lanzó una risotada de hiena y su padre retrocedió. Un monstruo sabe reconocer a otro.

Tiene que cortar con el pasado. Se lo dejó bien claro Bigote Galarza: “Rajá de ahí”. Sabía que en algún momento iban a ir por él, pero no tan rápido.

Vacío. Se siente vacío. Vacío de poder. Vacío de amor. Vacío de cualquier instinto de supervivencia. Escapa porque su cerebro así se lo recomienda. Si fuera por él, se quedaría pataleando en el barro.

¿En qué momento la cagó? Hasta hace un año, sabía ponerle límites a su Leviatán. Podés atacar a la banda del Koala. Agarrate con los traidores. Si ella te habla insolente, hacete el sordo. Vamos, buen chico. Te merecés una maratón de ejecuciones del Estado Islámico. A cuchillo limpio, un laburo artesanal. Claro, después pondrán las cabezas sobre las rejas de una iglesia. Tenés razón, tiene su encanto medieval. Primero portate bien. El Leviatán se acurruca en su cucha.

—¿Vos pensás salir así?

Anita lo espera en la habitación con los brazos en jarra. Lleva un trajecito color crudo y el cabello tomado bajo un sombrero *vintage*. Armó dos valijas enormes con lo que consideraba esencial. Jano le dedica una sonrisa condescendiente: le encantaría ser tan básico como ella. ¿Tendrá vida interior o será una muñeca voluptuosa y llorona, rellena de fantasías absurdas? Quizá el exilio sea una oportunidad para conocer a fondo a su mujer, alejado del estrés de un negocio que apesta a muerte.

Jano deja que la bata de seda se deslice por sus hombros y caiga con elegancia sobre el *parquet*. Adopta una pose lánguida, irresistible para ella en otros tiempos. Pero esos tiempos ya no existen.

Anita se muerde el labio inferior de impaciencia y le da la espalda. Le revuelve el estómago todo lo que antes pudo despertarle deseo o ternura. Esa espalda casi reptil, con las vértebras sobresalientes y un poco encorvada. Esas piernas torneadas y lampiñas. Y sobre todo esa piel blanca, frágil y escurridiza como la de un *axolotl*.

Jano amaga con manosearla y ella da un paso atrás. No la entiende. Al principio vivían pegoteados y no soportaban separarse por mucho tiempo. ¿Qué cambió? Inhala profundo, exhala despacio y larga toda su energía negativa.

Jedem das Seine. “A cada uno lo suyo”. Se le viene a la cabeza la horrible inscripción en la entrada del campo de concentración de Buchenwald. Al menos a él no lo están mandando al matadero. Solo le falta amor.

Se pega una ducha rápida para borrar cualquier indicio de su pelea con los gansos. Tararea *El ocaso de los dioses* bajo la lluvia caliente e impregna su piel con ese jabón que lo deja como un postrecito de vainilla.

Después de secarse, entra con calma al vestidor y elige su mejor traje de primavera. Antes de mirarse en el espejo, agarra un sombrero Borsalino que le regaló Héctor. Tiene que llevarse algo de él, aunque sea por cábala. Ahora sí está listo. Se observa en el espejo y sonríe: parece un muchacho de Don Corleone.

—¡Dale, vamos, Dante está en la puerta!

Él le indica que espere. Saca ese teléfono que tiene para emergencias, coloca un chip nuevo y llama a su contacto en Brasil. “*Ey, João, tudo bem por aí? Sim, estamos saindo*”.³¹ Su *sotaque*³² es tan encantador como el de Josef Mengele en una playa paulista.

Corta la comunicación. Toma su maleta, le ofrece un brazo a Anita y ella lo acepta. Imposible resistirse a un galán digno de Ingrid Bergman. ¡Dios, se ve irresistible con este *look* de mafioso italiano!

Se reprocha por ser tan puta y débil, ¿cómo puede babearse con este tipo que casi la mata? Ese tipo también le enseñó lo que es el placer. El cariño se acabó, pero a veces, su cuerpo recobra la memoria.

Le echan un último vistazo a la mansión y suspiran. Después de todo, allí intentaron construir un hogar. Anita deja escapar una lágrima. Tiene la capacidad de imaginarse su vida como una película, y si estuviera en el cine, en esta escena lloraría.

Dante los espera junto a un auto viejo, medio destartalado. Lleva una gabardina *beige* y pantalones chocolate. Cuando los ve salir, apaga su cigarrillo y los saluda con una inclinación de cabeza. No los mira a los ojos, tiene la vista clavada en algún punto imaginario detrás de ellos.

³¹ Hey, João, ¿todo bien por ahí? Sí, estamos saliendo (del portugués).

³² Acento (del portugués).

Anita y Jano se esconden en el asiento trasero. El coche todavía huele a fritura y mugre. Dante se lo compró esa tarde a un guardia del *country*, que no podía creer que le ofrecieran tanta guita por una batata.

La autopista está casi desierta. Cada tanto se cruzan un vehículo que pronto dejan atrás. En quince minutos, se encuentran girando en la rotonda que los lleva al aeropuerto de un municipio de zona norte.

Hace años que no se realizan vuelos comerciales. Más que nada trabajan con escuelas de aviación, *charters* privados y exportaciones agrícolas. Cada tanto, los cargamentos de soja y arándanos salen con yapa. Ahí se esconde el verdadero negocio.

Sobre la pista los espera el Mudo Calandria, el piloto de confianza de la Barbie. Tiene un aire a Tom Cruise en *Top Gun*, pero con más pinta de muñeco de torta. Los saluda con un fuerte apretón de manos.

—Un gusto. Si me permiten, voy calentando los motores.

Calandria se despide con una venia militar y sube a la cabina de control.

—Yo me voy a echar un cloro —dice Jano como si nada—. Anita, aprovecharé que el viaje es largo.

—No, está bien.

—Como quieras. Si después te hacés encima, cosa tuya.

El narco apura el paso hacia el baño de la pequeña terminal aérea. No tiene ganas de mear en un papagayo a bordo. Desde la muerte del Bambi, se baja termos y termos de mate por día. Es una forma de tenerlo presente.

Anita se da cuenta de que Dante no lleva valija y se le hace un nudo en la garganta. No quiere quedarse sola con Jano sin saber que su policía está cerca. En el exilio, con documentos falsos, podría desaparecer muy fácil.

—¿Vos no vas a venir?

—Yo me quedo hasta que el avión despegue.

—¡Prometiste que nos íbamos a escapar juntos!

—Y lo vamos a hacer.

—¡No, Dante! ¿Me vas a dejar con este monstruo?

—Necesito sacarte del país. Acá no te puedo cuidar, todavía le quedan amigos poderosos. Apenas se distraiga, vos corré. Por el amor de Dios, Anita, corré.

—¿Y este hijo de puta se va a salir con la suya?

—Tengo mis contactos en Interpol.

—¿Pero cómo nos encontramos? ¿Qué voy a hacer sin vos?

Los ojos de Anita brillan húmedos por el reflejo de los faroles. Él juega con un mechón de su cabello, se lo acomoda detrás de la oreja y le acaricia el lóbulo. Es pequeño, suave y rellenito, como su cuerpo de *pin-up*.

Ella inclina la cabeza y roza con la mejilla su mano cálida. No quiere dejarlo ir. El contacto con su piel es un beso silencioso que la transporta a un mundo de corazones y estrellitas. Solo con él se siente completa. Solo con él cree que puede renacer.

Ya pueden sentir el taconear inquieto de los mocasines de Jano. Dante se apura en sacar un papel de su bolsillo, lo deposita en la palma de Anita y le cierra el puño. Tras esbozar una sonrisa triste, le susurra al oído: “Siempre nos quedará Madrid”.

—¿Qué cuchichean ustedes dos?

El narco regresa con los ojos desorbitados. Después de dudarle tres segundos, se pegó una última línea sobre la tapa del inodoro. Ahora se siente valiente, optimista y fuerte.

—Que tenga buen viaje, patrón.

Jano lo abraza y demora el instante en que su pecho siente los latidos furiosos del falso custodio. Le gustaría llevárselo para que lo siga protegiendo. Nunca lo verá con el torso bronceado bajo el sol carioca. Tampoco comerán cocadas ni beberán caipiriñas hasta llegar a un éxtasis de cachaza y limón.

Hasta acá llegan sus caminos. La separación le cuesta más de lo que hubiera pensado. Pronto comenzará una nueva vida para él. Quizá no sea mala idea dejar el negocio para siempre. Que se arreglen Axel, Toto y Dante. Un buen tiempo en el templo de *Guruji* le vendría bien.

Dante se deshace del abrazo y los ayuda a subir el equipaje. Este es el comienzo del final. Ya tendrá que rendir cuentas ante Moreno por no haber avisado de esta fuga. Obediencia debida, como los milicos. Esa será su excusa perfecta. ¿Quién se anima a decirle que no a la Barbie?

Se escucha el aullar lejano de unas sirenas. Los tres miran hacia la ruta y ven acercarse una caravana de patrulleros. Jano vuelve la vista a Dante con el ceño fruncido. Su hombre de confianza está demasiado calmo, casi aliviado.

Al capo le caen todas las fichas.

De nuevo esa sensación de niño abandonado bajo la lluvia y que nadie quiere adoptar. Traición, traición y más traición. ¿Yeta o yuta? Las dos cosas. Dante se da cuenta de que quedó al descubierto y levanta una mano, con gesto conciliador.

Pero la Barbie quiere sangre. Tiene bronca, resentimiento y mucha desilusión. Sin palabras, toma su *Beretta* y le dispara en el pecho. Basta un tiro para que Dante se desplome.

Anita pega un grito agudo e insoportable. Se le cruzan mil pensamientos, uno peor que el otro. Deja de ser ella. Como un acto reflejo saca un arma de su cartera y vacía el cargador contra el narco.

Jano siente que un millón de cigarrillos prendidos le perforan la piel. Yegua. Así que para esto le enseñó a disparar. Ahora sí se merece una buena zurra, pero su cuerpo ya no es su cuerpo. Es una masa amorfa y sanguinolenta que tambalea y cae como un saco de papas.

Ella se ríe... ¡Ella se está riendo! Nunca la había visto tan hermosa. Violenta. Desagradecida. Traicionera. ¿Infiel? No le da la cabeza para hacerse muchas más preguntas. Solo sabe que la ama.

Su vista se tiñe de rojo, pero él está feliz. Aunque suene ridículo, en medio de tanto dolor encuentra paz. Jano esboza una última sonrisa y Anita le vuela los dientes con un puntapié.

Guarda el arma. No tiene más odio que descargar. Recuerda que Dante yace inerte sobre la pista y cae de rodillas junto a él. No le importa que Calandria esté despegando en tiempo récord. Apenas nota las sirenas, cada vez más cercanas.

Intenta encontrar alguna respuesta en su expresión vacía. Está peor que dormido. Lo abraza. Lo sacude. Nada parece conectarlo con esta noche pasada a pólvora.

De pronto, abre los ojos y su mirada vuelve a bañarla en dulzura. Él quiere hablarle, pero sus párpados caen pesados. Solo se escucha una ronca exhalación.

Las luces rojas y azules de los patrulleros ya se divisan por la rotonda. Anita deja un beso sobre sus labios todavía tibios y comienza a correr.

XLI

CUANDO ANITA CONOCIÓ EL RÍO DE LA PLATA, sus ojos se llenaron de lágrimas. “¡El mar!”, gritó con la poca inocencia que le quedaba. Sus compañeras de secundaria se rieron, pero nunca le contaron que ellas habían reaccionado igual cuando hicieron por primera vez la excursión.

La brisa húmeda que baja del norte le recuerda sus tardes junto al Paraná. Con su madre solían ir a pescar para abultar un poco más la olla. Mientras Manuel se dormía la mona tras una borrachera, Anita buscaba gusanos y Vera esperaba que picase algún pacú, un dorado o un surubí.

El odio se ocupó de bloquear gran parte de su memoria. Fue un mecanismo de defensa. Los momentos de madre e hija no combinaban con la burda venta de una nena a un cafiolo de cuarta.

Vera no es Anita. Anita no es Vera. Vera miraba sumisa desde un rincón cuando Manuel la molía a cintazos. Si abría la boca, la paliza era para las dos. El típico análisis de costo-beneficio. Su madre no era más que un animalito que buscaba sobrevivir.

¿Y ella qué?

Quiso creer que Dante todavía respiraba cuando lo dejó. No podía hacer nada, ni siquiera sabe primeros auxilios. Seguro que la policía venía con una ambulancia.

Tiene que estar vivo. Si no fuera así, sentiría que le arrancaron parte del alma. Anita toma su teléfono, pero en vez de prenderlo decide arrojarlo al río. El cerdo de Axel Braun seguro que tiene sus contactos para rastrearla y mandarle a un par de sicarios.

Aquella noche de sangre y pólvora corrió hasta no sentir las piernas. El destino la llevó a una cabañita en un bosque. En vez de toparse con siete enanitos, encontró a una vieja fumona que la adoptó de hija. Durante una semana, la bañó, le dio de comer y hasta la vistió con su ropa de *hippie*. Según la mujer, durante los primeros días solo desvariaba.

Ya es tiempo de hacer el *check in* para el ferry hacia Punta del Este. Anita saca sus documentos falsos: otra vez un apellido que no combina con su piel cobriza. Antes esperaban a una rusa fina y estilizada. Ahora, con Silvia Ekberg, seguramente se imaginan a una rubia voluptuosa que juega con gatitos y baila en la Fontana de Trevi.

Ella es una perra mestiza y fuerte, no una mascota débil con *pedigree*. Jano se pasaba por el culo los principios rancios y racistas de su madre. Él valoraba sobre todo la belleza.

Es un día de semana tranquilo. A esta hora no viaja ningún turista. En migraciones, Anita observa con disimulo a los funcionarios y elige a uno con pinta de nuevo. Al menos nunca se lo había cruzado.

Viene la prueba de fuego. Le sacan una foto. Le toman las huellas digitales. Pone cara de circunstancia y coquetea con el joven. Todo perfecto. Sus documentos pasan por originales.

Ahora viene ese no-tiempo eterno hasta embarcar. Mira a su alrededor y todo resulta demasiado tranquilo. ¿Nadie la

busca? ¿No hay prefectos y policías ansiosos por arrestarla? ¿Tan poco significaba en la vida de Jano que ni la Justicia la tiene en cuenta?

Le duele el ego.

Anita se sienta en un bar y pide café con leche con media-lunas, el desayuno preferido de Dante. Sin pastillas, no tiene otra forma de controlar la ansiedad. Comer, comer, comer.

El televisor está prendido, pero nadie le presta atención. Ahí tiene a Mauricio, el rey del amarillismo. Para tener más de setenta años, está demasiado bien. Es el único capaz de tener horas y horas de aire sin perder su rapidez mental y esa gran habilidad para maltratar a su equipo. ¿Será un *acting*? Anita busca en sus ojos el brillo enfermo de Jano, pero no encuentra ningún indicio de humanidad.

Una barrida de “último momento” corta la monotonía de la pantalla. Aparece una cámara de seguridad del aeropuerto, que alguien se encargó de filtrar. El *videograph* animado reza con letras gigantes “imágenes exclusivas”. La escena se ve difusa. Gracias a Dios, esa noche había neblina.

—Era un rumor y ahora te lo estamos confirmando. Después de una investigación que...

—Vamos, Benítez. La noticia. Sujeto, verbo y predicado. ¿Vos no estudiaste periodismo?

El columnista traga saliva y obvia el ataque de Mauricio. Tiene que estar bien con el viejo. A él todavía no lo conoce nadie y le sirve sentarse en su programa.

—Cayó la banda de la Barbie. Estaba liderada por Jano Leder, que fue abatido en el operativo. Su familia es dueña de una importante fábrica de calzados. Era abogado y asesoraba *ad honorem* a organizaciones internacionales en cuestiones humanitarias.

—¡Qué espanto! ¡Qué doble moral!

—Exportaban a Europa cocaína al por mayor. No se descartan conexiones con *Os Pulpos*, la temida mafia gallega.

—Acá me cuenta una fuente que este caso estaría relacionado con los narcopedófilos. Quizá recuerden al pervertido que tenía pornografía infantil y escondía una cocina de cocaína en su quinta.

—Efectivamente, Mauricio. La policía allanó la mansión de Leder en Delta Highlands y me dicen que el material en sus computadoras es muy impresionante.

—¿Encontraron videos suyos con nenes? ¿Los penetraba? ¿También era pedófilo?

—Hay secreto de sumario, Mauricio. No podemos dar más información.

—Analicemos el video, Benítez. Qué pasa ahí.

—Todavía no lo tenemos claro, se guarda un máximo hermetismo. Podemos deducir por las imágenes que Leder intenta escapar y le dispara a un presunto agente encubierto. La mujer balea al narco y huye. Quizá ella también colaboraba con la justicia.

—En el parte policial solo hablan de un cuerpo.

—Y solo hablan de una persona... Pero en las imágenes que se filtraron vemos a tres.

—¿Vos decís que son dos los muertos?

Benítez pone su cara más seria, que tanto ha ensayado frente al espejo. Tras una breve pausa, cargada de suspenso, asiente. Y se hace el que sigue buscando más información en su *laptop*.

Anita siente que una ola polar invade sus venas y sus arterias. Pronto queda paralizada, como si fuera una escultura de hielo. Ya no tiene dudas. Dante está muerto. Su cuerpo debe estar despanzurrado en una morgue, sin nadie que lo reclame. Ese chico vivía solo para su misión, quién sabe qué

lo motivaba. Se arrepiente de no haberle preguntado. Se portó como una pendeja egoísta, siempre mirándose el ombligo.

Lllaman a embarque. Junto al resto, avanza como ganado. No quiere escuchar los pensamientos que se amontonan en su cabeza. Son ideas peligrosas, pero a la vez sensatas.

¿De qué sirve seguir huyendo?

Mira por la ventanilla y las aguas la llaman. Vení, que abajo tenemos un lecho de chocolate. Vení, dejá que te llenemos los pulmones de microalgas verdes.

Tarde o temprano la van a encontrar. No quiere que la violen de nuevo, no quiere terminar con un tiro en la concha como Karim. Si su destino es ser un cadáver bello y joven, que sea por su propia decisión.

Anita sube a la cubierta superior. Se agarra de la baranda y observa cómo los edificios de Puerto Madero se vuelven cada vez más pequeños. En otro momento, la imagen la hubiera emocionado. Ahora nada tiene sentido.

Él la quería. Sin dudas la quería. Siempre atento a sus emociones. Sus ojos brillaban cuando ella sonreía, se volvían opacos cuando le era indiferente. Disfrutaba cuando lo hacía sufrir. Primero lo veía como un androide, después como un pajero que buscaba seducirla para sacarle información. Sin embargo, nunca dejó de ser un policía. Un guardián de corazón, capaz de inmolarsse por su causa.

Dante. Qué pérdida de tiempo. Tendría que haberle sido infiel a Jano, total él se iba de putas cada dos por tres. ¿Y si el narco los descubría? Morir juntos hubiera sido más que romántico, como en esas novelas que tanto le gustan.

—Seguís cogible, guacha, ¿eh?

Reconoce esa voz ronca de loca que se hace el macho mataputos. Imposible. No puede creer que esté libre. La invade el miedo. Se aferra más fuerte de la baranda y se le

quiebra una uña.

Ahí lo tiene parado a Varela. Lleva un traje caro de mal gusto y su cabello está tomado en una coleta. Bien de pendeviejo. Con los años se volvió más menudo y encorvado.

¿Tanto escándalo por esta cucaracha?

Con un tetazo podría tirarlo de la cubierta.

Anita esboza una media sonrisa tan siniestra como la de Jano cuando hacía chasquear su cinturón. Avanza con los puños apretados hacia Varela y el proxeneta retrocede. Esos ojos desorbitados no son los de la chiquita que amansó en el prostíbulo de Villa Fiorito.

—Me confundí. Disculpe, señora.

El cagón pega media vuelta. Sabe oler el peligro. Si realmente es la misionera, ¿de qué le serviría? Esta loca le sacaría los ojos al primer cliente. Además, ya está medio viejarda para sus estándares, le queda poca vida útil. Mejor se va a tomar un whiscacho. Tiene que estar relajado para los negocios que lo esperan en Uruguay.

—Varela, escuchame bien. —El hombre-rata se detiene y la mira asustado—. Señora, las pelotas.

Anita se vuelve hacia el río. No necesita verlo como para saber que bajó corriendo las escaleras, con los pantalones llenos de caca.

¿En que estaba?

Ah, claro, que se quería morir.

La sangre le hierve, los rayos del sol brillan sobre las aguas y el cielo se tornó más azul. Anita se ríe casi a gritos. Varela acaba de salvarle la vida.

Pero no puede seguir adelante solo por odio. Ya aprendió que conduce al caos. El amor tiene que ser su sostén, y por suerte, ella lo conoció.

Saca de su cartera el mensaje que Dante le entregó en el

aeropuerto y el corazón se le encoge. Quizá sea una póstuma declaración de amor. Despliega el papel. Nada de eso. Siguió con su estilo de androide hasta el final. Con una letra casi ilegible, escribió el nombre de su tía y una dirección.

Primero se desilusiona, pero de pronto siente que sus ojos pardos vuelven a cubrirla de dulzura. Hasta cree percibir sus manos cálidas, aferrándole las muñecas. Su voz, desde lejos, le acaricia los oídos. “Yo no te rescaté para que terminaras así”.

Aunque él ya no esté, tiene que intentarlo.

Siempre les quedará Madrid.

XLII

CUANDO ESTÁS EN UN PARADIGMA autodestructivo, cada movimiento te conduce a una espiral de dolor. Caminás en círculos en el mismo terreno fangoso y maloliente. Reconocés los obstáculos, te confiás y tropezás. Hacés tiempo para que esta pesadilla se acabe con una buena racha o cuando te bajen el telón.

Después vienen los reproches. Te quejás de nada. Pasan cosas peores. Pero esta es tu propia lucha y solo vos sabés lo que se siente. Quizá sea ese karma que debés quemar.

Tenés derecho a revolcarte en autocompasión. Tenés derecho a llorar y llorar. Eso sí: no dejes que te pisoteen. Hay soretes que se alimentan del sufrimiento ajeno. Llevalo con dignidad, el mentón bien alto y las palabras medidas.

Si tenés paciencia, vas a encontrar tu mejor arma y te llevarás puestos a todos tus monstruos. Con una fuerza que ni te imaginás, rajará esa barrera invisible que no te deja ser feliz.

Con el tiempo, esa guerra dejará de formar parte de tus silencios y servirá para que otras no sufran lo mismo que vos. Si tienen mala suerte, sabrán que hay una salida.

Está bueno empoderarse. Sin embargo, también está bueno que te acompañen en el largo proceso de la sanación.

¿Qué sentías cuando Dante te bañaba en dulzura con su mirada? ¿Y cuando te estrechaba contra su pecho? Era un calor mágico, inexplicable, capaz de cicatrizar las heridas más profundas.

Agradecé que pudiste conocerlo y seguí con tu camino.

Anita se sorprende con estos pensamientos *new age*. Se parece a su exsuegra. Qué vieja de mierda con doble discurso. La muy zorra se le adelantó y sacó toda la guita que había enterrada en la chacra de Punta del Este.

¿Ya sospechaba la que se venía?

Con lo que trae de Buenos Aires tiene suficiente como para vivir un par de años. Y si consigue algún trabajo, podrá tirar un poco más. Después están las joyas, que tendrá que vender por menos valor en el mercado negro.

Anita desayuna en la terminal de buses de Punta del Este. En el portavalores tiene guardado el pasaje que compró en efectivo en una agencia. Si todo sale bien, esta misma noche estará volando rumbo a España.

Todavía faltan dos horas para que salga el micro a Montevideo. Es muy temprano y la ciudad está casi desierta. Por las calles caminan lugareños o turistas que no tienen problema en viajar fuera de temporada. Es una fecha ideal para disfrutar de las playas con calor y sin gente.

Saca su libro electrónico y retoma *Rojo y Negro*. Odia al protagonista, un machirulo de cuarta. ¿Qué le encuentran las minas a Julien Sorel? Intenta averiguarlo entre las páginas, pero no puede concentrarse. El dueño del bar, un argentino antipático, subió el televisor al mango.

Anita se encuentra de nuevo con Mauricio, el rey del amarillismo. El conductor está haciendo alarde de supuestas

primicias. Ya se sabe de memoria sus latiguillos. “Una noticia de alto impacto”. “Apabullante”. “Conmociona”. “Como nunca visto”.

¡Qué horror! Siente que de alguna forma, el periodista la persigue. ¿Qué le habrá hecho en otra vida para merecerlo? Ahora se hace una fiesta con una nena violada y estrangulada por su tío. El crimen se descubrió porque los vecinos denunciaron un olor nauseabundo.

El tema da para largo. El morbo garpa.

—Señor, disculpe, ¿podría bajar el volumen?

—¿Le molesta la tele?

Anita asiente.

El hombre apaga el aparato. Ella no alcanza a decir gracias, porque el muy sorete prende el equipo de audio y se escucha la voz de Baglietto, cargada de melancolía.

*Hoy, amor, igual que ayer, como siempre, en el diario no hablaban de ti. En el diario no hablaban de ti. En el diario no hablaban de ti ni de mí.*³³

Anita resopla. Paga la cuenta y sale hecha una furia. Está intolerante. No se soporta ni a ella misma. Encima se le pegó esa canción, que la pone más nerviosa.

Comienza a llover y se refugia en un cibercafé. Necesita hacer un paneo rápido por los principales portales de noticias. ¿Realmente en el diario no hablan de ti ni de mí?

El Koala aprovechó la muerte de Jano para avanzar sobre Villa Turrón, pero los soldaditos salieron a defender el territorio y se generó una masacre. Las fuerzas federales intervinieron en un operativo sin precedentes, que terminó con cincuenta detenidos. Se incautaron setecientos kilos de cocaína. Días después, el gobierno provincial mandó unas topadoras y arrasaron con tres búnkeres. Las autoridades de

³³ Fragmento de *Eclipse de mar*, tema original de Joaquín Sabina.

turno sonrieron ante las cámaras, felices de este gran golpe al narcotráfico.

Gran golpe, la pindonga. Se remitieron a cortarle la cola a la lagartija. Solo cayeron los giles. ¿Qué importa si la estructura en el conurbano fue desmantelada? El núcleo, el poder en las sombras, sigue intacto. Axel Braun, especialista en lavado y artífice del entramado en el interior. Y sobre todo, Toto Álzaga Guerrero, la pata política de la banda.

Anita se hizo de buenos enemigos. No solo pueden atacarla desde Argentina. Cuando Erina se entere de que mató a Jano, utilizará sus influencias sobre Xoán Filgueira para que la busquen los chavales de *Os Pulpos*. España tendrá que ser un destino transitorio.

¿Dónde está esa vieja zorra? ¿Por qué los medios no hablan de la posible implicación de *Liebling* en la exportación de cocaína? Pobre Dante. Al parecer, su investigación quedará en la nada.

El cielo se despeja y sale a caminar. Llega hasta la Punta, donde el Río de la Plata se mezcla con el Atlántico. Junto a los acantilados merodean las gaviotas, atentas a moluscos y peces desprevenidos. Se mueven en bandada y sus graznidos aturden. Son más que sociables estos bichos, nada que ver con ella. Le molestan los tumultos de gente, no sabe cómo comportarse.

Uno de los pajarracos se posa sobre una baranda de la rambla e inclina la cabeza, como si la estuviera estudiando. Tiene la mirada tierna de un cachorrito.

¿Será una señal de Dante?

Anita se masajea las sienes y toma asiento en un banco. Tiene que dejar de hacerse una telenovela con todo. Más que nunca necesita los pies en la tierra.

El control de migraciones en España es más severo que entre Argentina y Uruguay, dos países hermanos. Cuando cruzás el charco, te sentís como en casa. De hecho, si ves un mapa, la república oriental parece estar abrazada por la provincia de Buenos Aires y la mesopotamia.

¡Dios, basta de divagar! Tiene que inventarse una buena historia para los funcionarios, no sea cosa que la manden de vuelta, como a veces ve en la tele. “Está bien, son negritos”, exclamaba Jano cuando aparecían esas noticias.

Saca un cuaderno de su cartera y toma apuntes con ganchos estenográficos. Esa materia antediluviana tiene que servirle de algo.

Silvia Ekberg, estudiante de bellas artes. ¿Dónde se queda? En la casa de su tía, Marisa Moraga. Claro, no tienen el mismo apellido, si es su tía política. No, no sabía que debía traer una carta de invitación. Pero si el pasaje es de ida y vuelta, tiene que seguir estudiando. Si la cosa se pone difícil, bebotea un poco al tipo y ya está. Y en caso de que sea una mujer, la ablanda un poco con elogios.

Ese será el primer paso. Después se viene lo más difícil: sobrevivir. ¿Cuál será el lugar más seguro para migrar? Apenas habla castellano y chapucea inglés. Podría aprender alemán, ¿por qué no? De tanto escuchar a su suegra ya sabe algunas palabras como *Schatzi*, *Mutti* y *verdammte Scheiße*.

Dicen que Berlín no es una ciudad cara, y que además es muy amigable con los inmigrantes. Toman lo *multikulti*³⁴ como un valor agregado. Podría anotarse en una escuela de idiomas y trabajar como camarera para cuidar sus fondos.

Le encantaría bajar del avión con algún *outfit* como los de Marlene Dietrich en *El Ángel Azul*. Una cabaretera más

³⁴ Multicultural (del alemán).

bien rellenita y pícara, que recién empezaba a pulir Joseph von Sternberg. ¿Será verdad que le arrancaron muelas para pronunciar sus pómulos?

Viaja a Montevideo entretenida con su propia película. En la estación de Tres Cruces toma un *transfer* hasta el aeropuerto. Solo lleva una valija de mano violeta, bien liviana.

—Disculpe, señora, ¿necesita ayuda?

Anita se muerde el labio inferior y pega media vuelta. Un viejo barbudo y encorvado, con lentes culo de botella, le sonrío con sus dientes amarillos. Tiene puesto un sobretodo que apesta a naftalina. Apenas carga una mochila como equipaje.

—No, gracias.

—¿Adónde viaja, señora?

—¿Señora? Usted podría ser mi abuelo.

El viejo vuelve a mostrarle sus dientes espantosos. Anita apura el paso. Hace los trámites de migraciones. Se perfuma gratis en el *duty free* y compra unos chocolates suizos, por si le agarra hambre en el avión. “Si te mandás una cagada, mandátela bien”, le recomendaba Jano cuando andaba tentada con porquerías.

Se sorprende al pensar en él sin resentimiento. Sí, mató a Dante. Le quitó su última esperanza en el amor. Pero él era así, un animalito dañado. Mordía por su instinto de supervivencia, no conocía otra forma de defenderse. Bueno, para Jano el mundo mismo era una amenaza. No tenía remedio. Al principio le dio bronca verlo tirado en el piso, con una expresión casi angelical. Ahora piensa que quizá hasta le hizo un favor al dispararle. Ojalá haya encontrado paz en la muerte.

Llaman a la puerta de embarque. Anita se queda helada cuando ve que el viejo está primero en la fila. El tipo la saluda

entusiasmado. Ella espera que se acumule la gente hasta quedar última.

Está en la recta final. Recorre el brazo mecánico que la lleva hasta el avión. Chau, Argentina, hasta nunca. Chau, justicia idiota. Chau, medios comprados. Chau, Delta Highlands. Chau, soldaditos de Villa Turrón.

Asiento 23 A. Cuando encuentra su lugar, le agarran escalofríos. En el 23 B la espera el viejo molesto. Demasiada coincidencia... ¿Será un sicario disfrazado?

Ya sobrevuelan el océano cuando a su compañero se le da por charlar. Le pasa por boluda, tendría que haberse puesto los auriculares y ver una serie. Ahí no hay chance de que la jodan.

—Qué bueno que vaya a Madrid, señora, ¿tiene familia?

Anita suspira exasperada.

—Vacaciones.

—Yo voy por un gran amor, ¿sabe?

—Ah.

—Así como me ve, soy un romántico. No se deje llevar por las apariencias.

—...

—Quiero terminar mis días junto a ella.

El viejo comienza a toser tan fuerte como si estuviera por expulsar los pulmones por la garganta. Anita le da la espalda, no sea cosa que la contagie.

Después de retirar las bandejas de la cena, las azafatas apagan las luces. El viejo gargajea cada dos por tres y Anita tiene ganas de estrangularlo.

En algún momento, el cansancio la vence y logra dormir, pero no por mucho tiempo. En medio de la noche, siente que la están observando. Abre los ojos y descubre una mirada tierna que la conmueve.

Esa mirada.

Primero la gaviota. Ahora este pajerto. Ve a Dante en todas partes. Dios mío, está loca. Anita se pone el antifaz y se vuelve hacia la ventanilla.

Llega el desayuno. La comida es sagrada. El viejo le habla y ella le contesta con resoplidos y monosílabos. Recién lo encuentra algo simpático cuando le ofrece sus medialunas. Se las comió bien rápido, antes de que se arrepienta.

En Barajas, Anita cambia dólares por euros. Cuando llega a la estación de metro, estudia el mapa y se siente agobiada por la inmensa red subterránea. De San Ignacio a Villa Fiorito. De Villa Fiorito al Abasto. Del Abasto a Delta Highlands. Punta del Este. Montevideo. Hola, Madrid.

Aunque recorrió un largo camino sola, se siente pequeña e indefensa, como una hormiguita. Las piernas se le aflojan y todo le da vueltas.

Empieza a temblar. Se sienta sobre su maleta junto al andén y llora todo lo que no lloró. Lágrimas por Dante. Lágrimas por Jano. Lágrimas por la niña inocente que ya no es. La gente debe pensar que está loca. ¿Qué importa? En su llanto hay sanación.

De pronto, se le cruzan unos pantalones gastados con un fuerte olor a naftalina. Alguien le extiende una mano que antes no supo reconocer. Anita se seca los ojos, levanta la vista y el mundo vuelve a brillar.

—¿No querés que te rescate?

Ella sonríe con ironía.

Ahora es una princesa que se rescata sola.

Fotografía: Pablo Sacchi



Paula Castiglioni nació en Buenos Aires en 1984. Ama leer y escribir desde pequeña. En 2003 comenzó a estudiar periodismo en Taller, Escuela, Imagen (TEA) y, en paralelo, entró como pasante en América TV. Desde entonces, ha trabajado como productora y guionista en programas de investigación que se centran en temas policiales y sociales. También coprodujo y guionó el documental *En busca de Sefarad*, que ganó el premio revelación del Festival Internacional de Cine Judío de Punta del Este 2018. *Pistoleros* es su primera novela.

Pistoleros no es una novela fácil. Es una crónica, un retrato de la violencia sufrida en carne propia por sus personajes protagonistas, que no pocas veces propicia el nudo en el estómago, mirar para el costado, tragar saliva y aire y ganas, para poder volver a leer. Pero es también, en su notable prosa, en su paciente reconstrucción de la estructura del tráfico de blancas, del narcotráfico, de la cadena de montaje que se establece para llevar adelante tanta muerte y miseria, una violencia necesaria. Porque es necesario comprender, sentir uno mismo, lo mismo que los personajes para poder dimensionar aquello que Paula Castiglioni reconstruye con minuciosa entrega. *Pistoleros* es, por tanto, un relato valiente, auténtico, vertiginoso y fundamental para la coyuntura actual en la que vivimos.

Rodolfo Santullo

Una historia de traficantes asesinos que apunta a un desenlace de resonancias trágicas. Pero la rápida y trepidante narración de Paula Castiglioni no depende solamente de una trama bien urdida; priva una sólida y sabia estructura narrativa que arroja la ambigüedad moral de los personajes. En la prosa porteña de la autora, las palabras cantan.

Gerardo de la Torre

Una novela donde la violencia encuentra su acomodo literario. Bella y contundente, su autora otorga una poderosa y tierna voz de mujer al desbarajuste de la vida.

Mauricio Carrera

SDC

